

Selecta

SI ME LO PIDE EL CORAZÓN



BETHANY BELLS



MINSTREL VALLEY

D.J.57

Si me lo pide el corazón

Minstrel Valley 1

Bethany Bells

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en
minstrelvalley.com
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Minstrel Valley es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

Prólogo

Hay PROYECTOS. Sí, así, con mayúsculas. Y este es uno de ellos.

En un mundo cada vez más distante, donde parece que lo que prima es darse publicidad, pelotear para que compartan nuestras noticias y, lo que es peor, alabar a tontas y a locas, encontrarse con este trabajo es un lujo, a la vez que un privilegio que se me haya permitido prologarlo.

He leído obras de todas y cada una de las autoras que intervienen en esta colección, y son estupendas. Muchas de vosotras ya habréis disfrutado de las novelas de unas cuantas, así que huelga presentarlas. Os conmino, en cambio, a descubrir a las que aún os son desconocidas, no os arrepentiréis. No lo digo porque las considere compañeras, incluso amigas. Quien me conozca un poco sabe que no vitoreo por el simple hecho de hacerlo.

No podéis imaginar el arduo trabajo que ha significado planificar la serie. Horas y horas rastreando información y verificándola para, después, comunicar e intercalar los resultados con el resto del grupo, de manera que los datos y las situaciones coincidieran al escribir las distintas historias: calles, posadas, entornos geográficos, etc., etc. Cada autora ha ido aportando enlaces, fotografías, vídeos, mapas... Todo ello en un ambiente donde ha primado el compañerismo, la complicidad y, por descontado, el buen humor.

Ellas lo han disfrutado, y vosotras también lo haréis con esta colección.

Serán novelas divertidas, románticas, dulces, plenas de sentimiento, con personajes que os enamorarán; hasta con leyenda incluida. Historias paridas por la imaginación de unas autoras merecedoras de elogio, no ya solo por su capacidad para ilusionarnos, su disposición a compartir sino, sobre todo, por la

manera encomiable de aplicarse al trabajo para ofrecer lo mejor de sí mismas.

Acaso esté pecando de blandengue, pero a medida que escribo este prólogo, me voy emocionando.

Cada historia del colegio de señoritas de Minstrel Valley tendrá lugar en un mes distinto. Un año completo a lo largo del cual iremos descubriendo la vida de estas jóvenes que, además de enfrentarse a su yo como personas, conocerán el amor.

Estoy convencida de que todas y cada uno de las novelas os cautivarán.

No quiero extenderme más, pero sí daros las gracias por confiar en estas autoras y en *Selecta*.

Y ahora, voy a leer esta primera entrega, o lo que es lo mismo: a soñar despierta.

Nieves Hidalgo.

Las damas de Minstrel House no solo aprenden capacidades y logros para ser elegibles, sino para el cultivo de su alma y de su mente. Lo aprendido, formará parte de ellas durante toda su vida.

Reglas de decoro de la señorita Sherman
Escuela de Señoritas de lady Acton

*Una dama se prepara para la temporada y, convertida en una joven aspirante, se sumerge en ella, la vive, trata de conseguir sus objetivos y afronta el resto de su vida con lo que pueda lograr.
Una Dama Selecta es aspirante siempre. Se prepara para la temporada antes, se prepara durante y se prepara después, y se seguirá preparando hasta que consiga el éxito.
No cualquier logro. El éxito.*

Lady Acton

Capítulo 1

*P*incipios de marzo de 1835

Era poco más del mediodía cuando llamaron a la puerta, un par de golpes firmes.

Olivia Coombs se sobresaltó y alzó la cabeza. Con el movimiento, la larga cabellera negra, de guedejas gruesas y ensortijadas, se movió como si tuviera vida propia.

¿Quién podía ser? ¡Menuda contrariedad! La señora Meyers, que hacía las veces de criada y cocinera, estaba pasando el día en casa de su hija, ella no esperaba a nadie y, como era domingo y no tenía otra cosa que hacer, se había estado bañando, mientras pensaba con tristeza en la reciente muerte de su madre.

En esos momentos, vestida solo con la camisola, el corsé y las enaguas, se estaba secando el cabello, arrodillada junto a la chimenea de su dormitorio. No era momento para recibir a nadie.

Pero daba igual lo que pensase: quien quiera que fuese volvió a llamar, esa vez con un evidente toque de impaciencia. O quizá era apremio, podía estar pasando algo. ¿Sería la señora Perkins, su vecina inmediata? Tenía cinco hijos y un sexto a punto de nacer. Podría ser que hubiera llegado ya el momento...

Olivia se levantó, se puso la bata de camino y ni se detuvo a calzarse. Bajó las escaleras, cruzó el pequeño vestíbulo y abrió.

Para su sorpresa, se encontró frente a frente con un desconocido de unos treinta años, un joven muy atractivo, moreno, alto y de porte elegante. No era alguien del pueblo, seguro. No solo conocía a todos los habitantes de Minstrel

Valley, sino que también hubiese podido deducirlo sin ningún problema de su apariencia general.

Ningún campesino de los alrededores hubiese utilizado un sombrero de copa como el que cubría en parte su cabello, brillante de puro cuidado, o el traje de excelente paño, cortado por uno de los mejores sastres de Inglaterra; ni tampoco el pañuelo de cachemir que cerraba el cuello con un lazo perfecto, o las resplandecientes botas de caña alta.

Eso, por no hablar del bastón de madera noble con empuñadura de oro.

Todo ello desprendía un aire innegable a Londres, a selecto y a gente importante. Algo que, hasta ese momento, había estado siempre muy lejos de su puerta.

—¿Sí? —preguntó, atónita.

—¿Señorita Coombs? —Olivia asintió. Vio que las pupilas del hombre se fijaban en su pelo, suelto de cualquier modo y algo húmedo todavía, y luego en su escote. Cruzó más la bata, incómoda, sin poder evitar ruborizarse. Hubo un brillo curioso en los ojos del desconocido, pero su expresión permaneció pétreo —. Permita que me presente: soy Marcus Hale, el marqués de Northcott. Primo de lady Acton —añadió, quitándose el sombrero.

¿Lord Northcott? ¿El marqués, en su casa? Era el título más conocido e importante de la zona. La mayor parte de las tierras de Minstrel Valley, incluida la hermosa mansión de su límite noreste, llamada Minstrel House, había sido de los Northcott durante muchas generaciones; solo unos veinticinco años atrás, uno de los últimos marqueses se lo entregó todo a su hermana, la actual lady Acton, que había nacido allí.

Incapaz de salir de su asombro, Olivia hizo una inclinación, algo atolondrada.

—¡Milord...! ¡Encantada, es un honor!

Él se limitó a asentir con sequedad, por todo saludo.

—Sin duda. ¿Podría concederme un momento, señorita Coombs?

—Pues... —Hizo un gesto vago hacia el interior—. Estoy sola y ya ve que, ahora mismo... —rebulló sobre sí misma, llamando la atención del caballero sobre su escasa ropa, sus pies desnudos y su situación en general, tan incómoda —, me resulta imposible...

—Sí, desde luego. Me hago cargo.

Mientras hablaba, el hombre echó un vistazo a lo que podía ver del pequeño vestíbulo y la cocina de la casa, visible a través de su puerta abierta. No debió sacar una gran opinión de lo que encontró, pese a que el hogar de Olivia era un sitio humilde, pero limpio y cuidado.

De hecho, a decir del modo en que arrugó aquella elegante nariz de patricio seguro de su propia importancia, en la descripción debió quedarse con el «humilde», y se limitó a ignorar el resto.

Eso, para el caso de que hubiese elegido un adjetivo amable.

—Si quiere, puede esperar en la cocina, mientras subo y me arreglo —propuso ella, indecisa. Quizá le estaba juzgando mal. Su madre siempre le advertía de lo engañoso de las primeras impresiones. No podías conocer a un hombre solo por un comentario o una mirada—. No tardaré más que un par de minutos.

—No se preocupe, no tengo ningún interés en entrar. —¿Y eso, de qué modo podía interpretarlo, que no resultara ofensivo? Lord Northcott se apoyó en el bastón con un gesto lleno de petulancia—. En realidad, solo le traigo un mensaje de milady.

Ella frunció el ceño, decidiendo que, quizá, las primeras apariencias no engañaban siempre. Estaba por asegurar que lord Northcott era, sin más, un imbécil.

Pero, como también era un marqués, se armó de paciencia.

—Muy bien, milord. Usted dirá.

Las pupilas del hombre volvieron a centrarse en ella.

—Lady Acton y yo llegamos ayer por la tarde, a última hora, desde Londres. Nos hemos instalado en la casa grande —señaló con el bastón hacia el noreste, más o menos—, en...

—En Minstrel House, sí, lo sé, lord Northcott —le interrumpió ella, cada vez más molesta por su engreimiento—. Resulta que yo nací aquí. He visto la silueta de ese palacete en el horizonte desde que tengo memoria. —Y siempre lo había visto vacío, iba a añadir, pero decidió callarse. No tenía ganas de conversar con él. No le estaba cayendo simpático, mejor terminar cuanto antes—. Le ruego que sea breve, por favor. Tengo frío.

Él contuvo una ligera mueca.

—Por supuesto, señorita Coombs. Mi cometido es sencillo: lady Acton desea invitarla a que vaya esta tarde a tomar el té con ella.

Eso sí que la desconcertó por completo.

—¿Yo? ¿Que vaya yo? ¿A Minstrel House? —Lord Northcott asintió—. Pero ¿está seguro?

—Por completo. No suelo equivocarme en misiones tan sencillas, se lo aseguro.

—¿Pero si lady Acton no me conoce en absoluto...! —Nada, que no conseguía salir de aquel estadio de estupefacción—. ¿Qué puede querer de mí?

Él la miró con fijeza.

—¿Seguro que no lo sabe?

—¿Yo? —Frunció el ceño, harta de su actitud, y decidió afrontar la situación de frente—. Pero ¿se puede saber qué le ocurre, milord? Usted y yo no nos conocemos en absoluto. ¿Por qué me habla como si le debiera dinero o le hubiese pisado?

No estaba preparado para un contraataque directo, y le tomó por sorpresa, se le notó en la cara. Lord Northcott apretó los labios, como conteniéndose de decir algo amargo, se giró y regresó al sendero de piedras blancas que cruzaba su pequeño patio delantero, desde la cancela de la valla de madera pintada de blanco, hasta la escalerita de media docena de peldaños que conducía a la puerta de su casa.

—A las cinco —le oyó decir mientras se alejaba—. En punto.

—¡Oiga! ¡Pero...! —Salió un par de pasos, hasta el primer peldaño, aunque no se alejó del umbral. Sentía el suelo helado bajo los pies, y corría un aire frío y desagradable. Solo le faltaba coger una pulmonía, con el pelo todavía húmedo—. ¡Se lo advierto, no iré!

Él no se volvió. Había llegado a la entrada y estaba abriendo la cancela.

—Sí lo hará. Claro que lo hará.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué está tan seguro?

—Porque, si las cosas son como pienso, algo que no dudo, acudir a esta cita forma parte de su plan. —Salió y, entonces, sí, se giró hacia ella—. Y yo me

ocuparé de hacérselo pagar caro.

—¿Qué? —Olivia tardó un largo segundo en tragar saliva—. No tengo ni idea de qué me está hablando, milord. Solo puedo imaginar que ha llegado a alguna conclusión errónea sobre mí, sin siquiera conocerme.

En lugar de ablandarse o, al menos, dudar, lord Northcott le lanzó una mirada llena de desdén.

—¿Así que afirma que es inocente? Curiosa posibilidad. La afrontaremos juntos, llegado el momento. —La estudió, allí plantado, con gesto desafiante—. No estoy indignado por mí, señorita Coombs. Al fin y al cabo, yo puedo defenderme y no suelo confiar en nadie que no conozca mucho, por lo que no se me decepciona con facilidad. Pero aprecio a lady Acton. Muchísimo. Para mí, es como una abuela, y ella sí que tiende a ser demasiado indulgente con los demás.

—Pero yo...

—Si de verdad no sabe nada de todo esto, ni tiene ningún interés en enredarla en sus pérfidos manejos, no vaya a la cita. *No vaya*, señorita Coombs. No la anime a tener esperanzas en una superchería ridícula. De hecho, será la única manera en que yo pueda creer en su supuesta inocencia. De otro modo, no olvide que no voy a quitarle ojo de encima, en ningún momento. —Utilizó el bastón para señalarla, con un gesto acusador—. Se lo advierto muy en serio, no voy a permitir que nadie se burle de los buenos sentimientos de lady Acton.

Olivia abrió los ojos como platos.

—Pero ¿se puede saber de qué demonios me habla, milord? ¿Aprovecharme de lady Acton? ¡Yo nunca haría tal cosa!

—Ah, ¿no? —replicó, despectivo—. Ya lo veremos. —Le lanzó una última mirada y se fue.

Ella le observó mientras se alejaba y luego volvió a la casa y cerró. ¿Qué había ocurrido? No lograba entenderlo. ¿Estaría loco aquel hombre? ¿Sería de verdad el marqués de Northcott, o era un enfermo mental, escapado de algún sitio? ¿Por qué había dicho aquello de que él podría defenderse, o de que no iba a permitir que se burlase de lady Acton? ¿Y lo de la invitación a tomar el té con ella, en Minstrel House? ¿Se lo habría inventado?

Olivia se estremeció y se abrazó. ¡Por Dios, estaba helada! Lo prioritario en

esos momentos era quitarse todo ese frío de encima cuanto antes, necesitaba volver al dormitorio, a la chimenea, y entrar en calor.

Pero apenas había llegado a la mitad de la escalera, cuando volvieron a llamar a la puerta.

—¿Será posible? —musitó. ¿Sería de nuevo aquel loco? Quizá ahora quería invitarla a cenar en Clifford Manor, la otra mansión importante de la zona. Volvió sobre sus pasos y abrió de golpe—. ¿Se puede saber qué...?

Al otro lado del umbral, Annie Thompson la miró con sorpresa, abriendo mucho sus grandes ojos verdes. Eran su mejor rasgo en un rostro por lo demás poco atractivo, aunque tan dulce que inducía a la ternura. Annie también iba de luto por la madre de Olivia y, ese día, llevaba un sombrero negro muy coqueto sobre el cabello oscuro, y una capa con la que cubría el chaquetón y el vestido, todo del mismo color.

También tapaba algo más que no supo identificar, pero que deformaba su figura, de por sí bajita y quizá demasiado voluptuosa.

—¿Llego en mal momento? —preguntó Annie.

—No, no te preocupes. —Se apartó del umbral, para cederle el paso—. Vamos, entra. Hace frío.

—Sí, claro. Te recuerdo que todavía estamos en invierno. —La muchacha cruzó el umbral y se dirigió a la cocina. De camino, mientras Olivia cerraba la puerta, le mostró el paquete que había llevado oculto: un par de recipientes de barro, bien envueltos en tela de arpillera. Los dejó sobre la mesa—. Mi madre y yo hemos pensado que no querrías venir a casa...

—Es que...

—Y que tampoco te apetecería cocinar —la interrumpió a su vez Annie, que conocía su estado de ánimo—. Con lo que, al final, te pasarías el día sin probar bocado, hasta el regreso de la señora Meyers. De modo que te he traído emparedados para el té y un estofado para la cena. ¡Ah, y tarta de manzana!

Olivia sonrió, sintiendo una oleada de cariño. En momentos así, recordaba que no estaba tan sola como creía, incluso llegaba a sentirse mal por haberlo olvidado. Tenía a la señora Meyers, y a muchos otros vecinos y, sobre todo, a Annie, que había sido la aprendiz de su madre y había formado parte de su vida

durante mucho tiempo.

Acababa de cumplir los doce cuando empezó a acudir a coser cada día a su casa, siete años antes. Primero hizo mil labores sencillas pero repetitivas, hasta coger la soltura necesaria con la aguja como para ayudar a confeccionar las distintas prendas que les encargaban las mujeres del pueblo y de los alrededores. Olivia era solo cuatro años mayor que ella, y habían terminado siendo casi como hermanas.

Por eso, Annie también iba de luto, como ella. Sentía la pérdida de Mery tanto como su propia hija.

Olivia sonrió, agradecida.

—Muchas gracias. De verdad.

—No seas tonta. Lo que lamento es no poder convencerte para que vengas. Estás muy sola aquí.

—La señora Meyers llegará para la cena.

—Lo sé, pero...

—Por favor, Annie. Quiero estar en casa, con mis cosas. Con las tuyas. — Adelantó una mano y la apoyó en el brazo de su amiga—. Necesito despedirme de ella, poco a poco.

Los ojos de la muchacha se llenaron de sentimiento.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Mucho —contestó, mientras volvía a sentir el dolor de la pérdida como una punzada aguda en el pecho—. Por más que lo intento, no me hago a la idea...

—Solo han pasado tres semanas, muy poco tiempo.

—Sí, demasiado poco. Todavía tengo la impresión de que, en realidad, no ha ocurrido. Que no ha sucedido, que no...

—Oh, Livvy... —exclamó Annie, tomando sus manos.

Olivia sintió que las lágrimas inundaban sus mejillas. Su madre... se había quedado sin su madre. ¿Cómo podía haberse abatido sobre ellas todo aquel desastre? Mery Coombs, tan fuerte, tan alegre, tan hermosa, se había ido para siempre. Ya no volvería a subir ni a bajar la escalera con un alegre repicar de tacones; no le declamaría aquellos versos compuestos por ella misma, para relatar la leyenda de *La Dama Blanca y el juglar*, ni se escucharía su voz, con

aquella costumbre tan suya de cantar mientras hacía las tareas de la casa; jamás volvería a probar el estofado de carne como solo ella sabía prepararlo, ni se reirían juntas, unidas y felices por estar una con la otra, compartiendo la mesa y la vida.

Olivia se limpió los ojos y suspiró. Debía continuar, lo sabía. Debía tratar de salir adelante, era lo que Mery hubiese querido. Se limpió las lágrimas, forzó una sonrisa y tiró de Annie hacia la escalera, para subir al primer piso.

—Vamos, ven. Ayúdame con el pelo.

Al entrar en su dormitorio, echó un tronco al fuego y se sentó en el suelo, sobre la vieja alfombra que su madre había comprado de segunda mano en una feria, dos años antes. En la mesita tenía un vaso de agua, el cepillo y el espejo que había estado usando para verse.

Annie se quitó la capa y se arrodilló tras ella, para cepillarle la melena.

—¿No has salido nada hoy? —preguntó, con un tono que anunciaba noticias interesantes.

—No —dijo Olivia—. Y no pensaba salir. Prefiero quedarme leyendo.

—Pues te advierto que está siendo un día de lo más emocionante. Todo el mundo anda alterado por la llegada de lady Acton.

—Oh, sí, cierto. —Recordó que lo había mencionado lord Northcott—. Llegó ayer, ¿no?

—Sí, a última hora de la tarde. ¡Y ha venido acompañada, nada más ni nada menos, que de su primo, el marqués de Northcott! ¡Una de las mayores fortunas de Hertfordshire! ¿Te imaginas qué hombre elegante debe de ser? —Por desgracia, no necesitaba imaginarlo. Solo tenía que cerrar los ojos para volver a verle, comportándose de un modo muy grosero—. ¡Marion Grenfell afirma que esta mañana se ha cruzado con él, y que es guapísimo!

Se refería a la hija menor del coronel Grenfell, un coronel de dragones retirado, cuya casa estaba cerca de la salida suroeste del pueblo. La joven Marion, de quince años, tenía demasiados pájaros en la cabeza. Muy mimada por su padre, lo único que parecía importarle en la vida era reír y conseguir un buen marido, lo más rico posible. Olivia no sentía mucha simpatía por ella, de tener alguna.

Su hermana mayor, Edith, era otra cosa muy distinta. Había cumplido ya los diecisiete años y era educada y formal. A ella sí que la apreciaba de verdad.

—¿En serio? —Agitó la cabeza—. Bueno, no tengo mucha confianza en el criterio de esa muchacha respecto a los hombres.

—Vamos, Livvy... No digas eso.

—¿Por qué no? Sabes que no soy amiga de los chismes, ni la juzgo. Por mí, como si se escapa con un buhonero. Pero, seamos sinceras, está tan deseosa de conquistar a un hombre, que cualquiera le parecería guapo.

—¿Qué cosas dices! Además, aunque tuvieras razón, da igual, porque la apariencia física es lo que menos importa en un caballero.

—Ah, ¿sí?

—Bien sabes que sí. Bueno, respecto a lo de guapo, claro. Mientras sea elegante en el vestir y tenga unos modales exquisitos, el resto, da igual. Seguro que lord Northcott cumple con eso, por no hablar de que es noble, y muy rico. ¡Y sigue soltero!

—Seguro que debido a algún grave defecto de carácter —masculló Olivia. Annie se encogió de hombros.

—Eso tampoco importa. Mi madre dice que un título nobiliario, junto con una renta de más de cincuenta mil libras, como la de Northcott, corrigen por completo cualquier defecto. —No se percató del gesto desdeñoso de Olivia. Ni por todas las riquezas del país hubiese disculpado el comportamiento desagradable de aquel hombre—. ¡Oh, Livvy! ¿Te imaginas?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser, mujer? ¡El casarte con alguien así, claro está! —Annie se puso en pie y empezó a dar vueltas y vueltas sobre sí misma, bailando, mientras estrechaba el cepillo contra el pecho como si fuese su pareja. El aire que movían sus faldas hizo oscilar las llamas de la chimenea—. ¡Oh, de verdad, Livvy, quién fuera una dama importante para poder aspirar al corazón de lord Northcott! Aunque, quién sabe, tú misma dices siempre que el amor todo lo puede y...

—¿Y sabes por qué ha vuelto lady Acton a Minstrel Valley? —preguntó Olivia, deseosa de terminar con aquel tema.

A Annie no le importó. Ese otro también era de su interés. Dejó de bailar y

volvió a su lado.

—No, no lo sé todavía. ¡Pero Mildred Cotton contaba, en la tienda de la señora Gibbs, que ha oído decir que lady Acton ha venido para organizar un nuevo Baile de Primavera, como en los tiempos de nuestras madres!

—¿De verdad? —¿Un Baile de Primavera? ¿Tras casi veinticinco años de no aparecer por allí? ¿Y qué relación podía tener aquello con la invitación de lady Acton? ¿Habría dicho algo al respecto la señora Cotton? Olivia dudó. Se sentía reacia a hablar de ello, por si tenía que soportar más insensateces sobre las rentas del marqués, pero merecía la pena intentarlo—. ¿Sabes una cosa? No hace ni cinco minutos que lord Northcott ha estado aquí.

—¿Qué dices? ¿El marqués de Northcott? ¿Aquí? ¿En tu casa? —repitió Annie, con voz algo estridente. La miró a los ojos, buscando la broma—. No es posible. Te burlas de mí...

—En absoluto. Por eso estaba abajo y te he abierto tan rápido. Habían llamado a la puerta, y... —Se encogió de hombros—. Bueno, era él.

Annie estrechó con fuerza el cepillo y dio un par de saltitos.

—¡Oh, Livvy! ¡Livvy! —chilló—. ¡El marqués de Northcott, aquí! ¡Oh, Dios mío! —La miró, a la expectativa—. Y, dime, ¿tiene razón Marion Grenfell? ¿Es tan guapo como dice?

—No. Exagera. —No estaba siendo justa, lo sabía. Lord Northcott era, con diferencia, el hombre más atractivo que se hubiese encontrado nunca, pero no estaba dispuesta a admitirlo, de ningún modo—. No niego que, quizá, algunas mujeres pudieran encontrarlo agraciado, pero te aseguro que no ha sido mi caso. De todos modos, lo peor en él, con mucho, es su carácter.

—¿A qué te refieres?

Al recordar el modo en que había hablado, no pudo ocultar su enojo.

—¡A que creo que no me he encontrado jamás con alguien tan desagradable en toda mi vida, claro está! ¡Te lo juro, Annie! Es engreído, soberbio y carece de toda delicadeza.

Annie apretó los labios, en una muequita llena de decepción.

—Qué lamentable... Pero ¿qué quería?

—Oh, pues... Lady Acton quiere que vaya esta tarde a tomar el té con ellos.

—¿Qué? ¿Tú? ¿En serio? ¿Lady Acton te ha invitado? —Olivia asintió—. ¿Pero cómo...? ¿Por qué?

—Ni idea. No puedo imaginar qué interés puede tener en verme. ¡A mí...! ¡Si no soy nadie!

—¡Eso no es verdad!

—¿Cómo que no? No soy más que la hija de un campesino y una costurera de pueblo, ambos muy trabajadores, sí, pero también muy humildes.

—¡Pero tú eres hermosa, Livvy! —Annie la miró con su rostro poco agraciado lleno de sentimiento. Era una extraña mezcla de amor incondicional y leves toques de envidia—. Eres bella, tienes *elegancia natural* —lo dijo de seguido, incidiendo en ello—, todo el mundo lo dice, y podrías estar en cualquier salón de Londres, que encajarías muy bien. Además, tus modales son intachables y eres culta. Te gusta mucho leer y trabajaste mucho en la escuela, hasta convertirte en maestra. ¡Incluso fuiste a Londres para conseguir el título!

—Sí, cierto, y todo fue gracias al esfuerzo de mis padres. Pero ese ha sido mi mayor logro en la vida: llegar a ser una sencilla maestra de pueblo. —Se sobresaltó—. ¡Oh, Annie! ¡Igual es por eso!

—¿Qué? ¿Por eso? ¿Qué quieres decir?

—Que es posible que el padre Ellis le haya hablado de mí a lady Acton.

—¿Hablar? ¿De qué? ¿Por qué?

—Para salirse con la suya, claro está. —El padre Ellis, el párroco del lugar desde la trágica muerte del padre Roberts, siempre estaba exigiendo una mayor severidad en las aulas, algo que Olivia no compartía—. Lady Acton es una mujer muy mayor. Ahora que ha vuelto al pueblo, seguro que quiere que todo sea más... «riguroso», más «como ha sido siempre». Disciplina, en vez de comprensión y amor, tal como exige el odioso padre Ellis.

—Qué tontería. Lady Conway es de la misma edad y siempre te ha apoyado. ¡Y qué decir de lo bien que se portó siempre con tu madre!

Eso era cierto. Lady Conway, la condesa viuda de Conway, era una mujer admirable, que siempre las había ayudado mucho, a ella y a Mery.

Cuando Olivia tenía unos siete años, Mery y Mildred Cotton tuvieron una pelea terrible en el lavadero de la plaza. Su madre estaba allí, ocupada con su

colada, mientras ella jugaba con otros niños a salpicarse con el agua, cuando pasó la señora Cotton con la que entonces era costurera de lady Conway, una muchacha de la que ya no recordaba el nombre, solo que era una criatura cotilla que había hecho mucha amistad con la señora Cotton.

Fue la primera vez que Olivia oyó mencionar un misterioso viaje a Escocia de su madre y decir que alguien sospechaba que no era hija de Bernard Coombs.

Mery arañó a aquellas arpías, a las dos. No contenta con ello, mordió con saña a la señora Cotton y le puso un ojo morado a la otra. Ganó la pelea pero, como consecuencia de aquello, pasó la noche en una celda de la casa de la vieja Guardia y todas las señoras del círculo de Mildred dejaron de encargarle ropa.

Olivia y ella pasaron hambre y su situación hubiese sido peor con la llegada del invierno, de no ser porque, de pronto, una tarde, lady Conway la hizo llamar. Con naturalidad, como si no hubiese pasado nada, le dijo que su modista había tenido que irse a Londres y que necesitaba a alguien para los arreglos cotidianos de su ropa, el mantenimiento general de sus pertenencias. Desde entonces, nunca había faltado un buen sueldo en su casa.

Y, de hecho, cuando el sobrino de lord Conway, Richard, llegó para pasar una temporada en Minstrel Valley, diez años atrás, se le pidió a Olivia que le enseñase el pueblo y que le presentase a otros jóvenes del lugar.

Olivia así lo hizo, y le presentó a su amigo Edward Hastings. Edward y ella eran bastante traviosos por aquellos tiempos, y el pobre Richard suponía una víctima demasiado tentadora. Recordó la broma que le organizaron en las ruinas, cuando Edward se disfrazó de fantasma con una sábana y casi le hicieron llorar porque, aunque ellos no lo sabían, Richard estaba en Minstrel Valley porque su padre se había suicidado.

Fue un comienzo triste, pero nunca se arrepintieron de ello, porque también fue el inicio de algo muy grande. A partir de aquel momento de inesperada intimidad se sintieron muy unidos. ¡Aquellas tardes en el bosque; aquellos paseos en barca por el lago, con baños incluidos; aquel explorar las ruinas, como todos los niños del pueblo, intentando descubrir un misterio antiguo...!

Se hicieron muy amigos, como solo podía hacerse alguien a esa edad, en esa época maravillosa del verano.

«Pronto se cumplirán diez años», pensó, con nostalgia. Richard, Edward y ella se habían juramentado para reunirse de nuevo una década después, el primer domingo de agosto de mil ochocientos treinta y siete. Se preguntó si ellos lo recordarían, si se presentarían a la cita. Quizá ya estaban casados y felices por ahí, sin un solo pensamiento para aquella niña de catorce años que fue Olivia Coombs.

¿Y ella? ¿Iría? Sí, claro que sí. Era la única que quedaba en Minstrel Valley de los tres, debía asistir en nombre de todos. Se vería sola en las ruinas, y sería triste, pero debía acudir. Guardaba un recuerdo entrañable de aquel verano y de aquella amistad.

—Sí, tienes razón —susurró, volviendo al presente—. Y yo también la aprecio mucho, tú lo sabes. Me ha ayudado en todo momento, y hasta asistió al funeral de mi madre, una gran dama como ella... Nos hizo un honor que no olvidaré nunca. Pero, no sé, lady Acton puede ser muy distinta. Quizá se parezca a su primo —añadió con horror.

—Creo que estás sacando conclusiones demasiado precipitadas.

—¿Eso piensas? Pues yo creo que mejor no voy. Puedo quedarme en casa, como tenía previsto, tomar el té con tus emparedados y pasar la tarde de domingo leyendo.

—¿Qué dices? —Annie la miró atónita—. ¿Cómo que no vas a ir? ¡Olivia Coombs! ¡Si lady Acton, la señora de Minstrel House, te llama, tú acudes y punto, y no hay más que hablar! ¡Sobre todo, si es el propio lord Northcott quien viene a transmitirte en persona su invitación! No puedes perderte algo así.

No, visto de ese modo, desde luego, no podía hacer algo así. Sobre todo, tras la extraña escena que había vivido con aquel hombre. O quizá por ella. Olivia agitó la cabeza, intentando recordar y analizar la conversación. ¿Qué había insinuado? Que ella tenía algún plan retorcido en marcha para burlarse de lady Acton, o algo por el estilo, y que solo si no iba esa tarde a Minstrel House, demostraría su inocencia.

Menuda tontería. ¿Lo había dicho para que no fuese, para que dejase pasar de largo aquella invitación? No le veía otro sentido a todo aquello. Pero, lo más importante, ¿de dónde había sacado semejante idea absurda de que ella estaba

embarcada en un intento de ese estilo? ¿Y cuál era el pecado del que la acusaba?

No podía entenderlo, y necesitaba una explicación. Aunque fuera una que la enojase.

—Está bien, iré —murmuró—. Iré y afrontaré lo que sea.

—Por supuesto que sí. —Annie sonrió y se puso otra vez en pie—. Vamos, te ayudaré a prepararte.

—¿A prepararme? —Olivia arqueó una ceja—. Que yo sepa, no hay mucho que pueda hacer. Te recuerdo que estoy de luto.

—Ya... Pero, aun así, hay que lograr que estés lo más presentable posible. —Su amiga fue al armario y empezó a revolver entre sus pocos vestidos—. ¡Dios mío...! ¡Es verdad que lo has teñido todo!

—Pues claro. ¿Y qué más da? No pretenderías que me vistiese de azul.

—No, claro. Pero podrías haber guardado algunas cosas, para el futuro.

El futuro... Olivia apartó el ramalazo de pena que la envolvía cada vez que imaginaba ese largo tiempo que iba a tener que pasar sin su madre.

—Si te digo la verdad, no me sentía con ánimos de pensar en eso.

Annie la miró con pena. Seguro que intuyó lo que estaba pensando.

—No te preocupes, cariño, no importa. —Escogió uno, el mejor que tenía. Era el último que le hizo su madre y el que usaba solo para ir a misa o dar un paseo los domingos—. Bueno, este va a tener que servir para tomar un té en Minstrel House.

Capítulo 2

Eran las cuatro y media cuando Olivia salió de su casa acompañada de Annie. Seguía haciendo bastante frío y el aire olía a lluvia. El viento había aumentado, se empeñaba en colarse a través de las ropas, así que ambas se envolvieron bien en las capas, con los sombreros bien encasquetados.

—¿Quieres que te acompañe hasta el portón de Minstrel House? —preguntó Annie, cuando llegaron al cruce de Cemetery Street con Scott Lane.

«Querida Annie», pensó. La casa de su amiga estaba ya muy cerca, quedaba un par de edificios a la izquierda, justo detrás de la iglesia de Saint Mary, mientras que Olivia tenía que girar hacia Legend Square, para dirigirse hacia el este y tomar por King's Road. La mansión de lady Acton estaba a unos veinte minutos largos, a paso rápido. Si Annie la acompañaba, tenía por delante casi una hora de caminata, bajo un cielo que amenazaba tormenta.

Era muy generosa ofreciéndose, porque le hubiera gustado contar con su compañía, pero negó con la cabeza. No tenía sentido obligarla a semejante esfuerzo. De haber hecho un buen día para dar un agradable paseo, quizá, pero no era el caso.

—No, y de verdad que te lo agradezco mucho, querida. Es muy considerado de tu parte, pero no es necesario.

—Muy bien. —Annie la miró con intención—. Solo prométeme que no te darás la vuelta a mitad de camino.

Olivia se echó a reír.

—No, descuida. Iré, entraré en la mansión, si es que de verdad me lo permiten, y descubriré qué es lo que pasa. Mañana ven a desayunar y te lo

cuento todo.

Annie sonrió.

—Eso espero. —De pronto, algo atrajo su mirada—. ¡Eh! —exclamó, sobresaltándola, y corrió hacia la calle en la que Scott Lane se convertía en Church Street, por el lateral de la iglesia de Saint Mary.

A pocos metros, muy cerca de la puerta de la casa del cura, la anciana Joan Newell, armada con su vieja hacha y vestida de negro de la cabeza a los pies, estaba haciendo trizas una carretilla que pertenecía al padre Ellis, la que usaba para llevar o traer las herramientas de jardinería, plantas nuevas, etc. El padre Ellis podía no conservar un gran concepto del ser humano, a decir de sus sermones, pero desde luego sentía un gran amor por las plantas. Tenía un bonito jardín en la parte trasera de la casa, un rinconcito conectado con el cementerio, que también cuidaba con esmero. El señor Randall, el guardés de Minstrel House, que era también un excelente jardinero, solía ayudarle en aquellas labores.

Annie llegó a tiempo de sujetar la muñeca de la anciana en el aire, antes de que diera un nuevo golpe, aunque el mal ya estaba hecho.

—Oh, Dios mío... —susurró Olivia.

En los últimos años, la abuela Joan solía llevarse cuanta madera quedaba a su alcance, fuera de alguien o no, para alimentar el fuego de su casa. Se había convertido en una ocupación casi obsesiva, en la que no entraba a razonar qué podía llevarse o qué no. A la gente del pueblo no le importaba; al fin y al cabo, había sido la partera de Minstrel Valley durante un buen montón de años, y casi todo el mundo la apreciaba mucho.

Pero, el padre Ellis y la señora Cotton, no. Por distintas razones, ambos eran partidarios de ingresarla en un asilo para pobres. Olivia no conocía ninguno, pero imaginaba que un lugar así sería algo horrible, un infierno para las gentes allí atrapadas. Incluso, aunque fuera un sitio agradable y limpio, y la quisiesen, estaba por asegurar que, si la sacaban del pueblo, la pobre anciana no duraría mucho tiempo.

Y había tenido que ir a romper la carretilla del padre Ellis...

—¡Abuela Joan! —estaba exclamando Annie—. ¿Qué le tenemos dicho? ¡No

puede ir por ahí destrozándolo todo o apropiándose de las cosas ajenas!

La anciana, muy mayor, murmuró algo ininteligible. Olivia se acercó y la abrazó con cariño.

—Abuela Joan, ¿qué hace aquí? ¿Dónde se había metido? —No la veía desde el funeral de su madre—. ¿Por qué no viene a casa conmigo?

—Hacía frío en el bosque... —creyó entenderle—. Las manos de Mery están heladas, necesita madera para el fuego. Va a tener una niña.

—Oh. —Parpadeó para alejar las lágrimas. Tuvo que tragar saliva para poder hablar—. Por supuesto. Pero iremos a coger leña juntas más tarde. ¿Le parece?

—Será mejor que nos la llevemos de aquí, antes de que nos vean —la urgió Annie—. Como salga el padre Ellis, va a montar un escándalo. Y si mezcla a Worth en esto, el condestable puede verse obligado a detenerla.

—Sí, vamos. La llevaré a casa.

—No, ni hablar. Al final, vas a llegar tarde. Además, dijiste que la señora Meyers no volverá hasta la cena. Si dejas sola a la abuela Joan, es muy probable que no esté a tu vuelta. —Olivia no pudo negarlo: tenía razón—. La llevaré conmigo. —Annie abrigó bien a la anciana con el mantón negro, en un gesto lleno de ternura—. Pero tenemos que pensar qué hacer con ella. Está claro que sola ya no puede vivir. Debe tener como un millón de años.

—Qué exagerada. Pero gracias, Annie. Cuando vuelva pasaré a buscarla.

—No, no te preocupes. No hay ninguna prisa. Se puede quedar a dormir con nosotras.

—Ah, perfecto. Pues, si quieres, la traes mañana, desayunamos en casa y te cuento cómo ha ido todo.

Annie sonrió.

—Estupendo, así lo haré. ¡Ya lo estoy deseando!

Se dieron un beso en la mejilla y se separaron. Olivia las siguió con la vista hasta que desaparecieron al doblar la esquina; luego, se aseguró de que no la veía nadie, y arrastró los restos de la carretilla hasta unas matas cercanas. Allí, trató de ocultarlos lo mejor posible, aunque sabía que no tardarían en encontrarlos y todo el mundo sabría quién había cometido el estropicio...

Bueno, al menos no podrían probarlo. Algo a su favor, porque si tenía que

morder también a Mildred Cotton para que dejase en paz a la abuela Joan, no dudaría en hacerlo. Se sacudió las manos y siguió su camino, en dirección a la plaza de Legend Square, el corazón del pueblo y su única zona empedrada, gracias a la generosidad de un antiguo marqués de Northcott. A partir de allí, el recorrido se extendía a lo largo de un par de calles, en casas pequeñas pero encantadoras, casi todo el año adornadas con flores.

Minstrel Valley, encajado entre colinas de formas suaves, como Scott Hill o Lake Hill, tenía un tamaño medio; o, dicho de otro modo, tenía lo que Mildred Cotton y otras señoras del lugar consideraban un «tamaño perfecto». El centro era aquella plaza, rodeada de los edificios más importantes: la iglesia de Saint Mary; la tienda de la señora Gibbs, que ofrecía toda clase de artículos que pudieras necesitar o los encargaba a Londres si no los tenía; el Salón de Fiestas del ayuntamiento y la casa del doctor Anthony Wilson, que había sido médico en el pueblo durante casi tres décadas.

También estaba allí el propio Ayuntamiento de la parroquia, por supuesto, en un edificio bastante grande que englobaba también el juzgado de paz y la llamada Casa de la antigua Guardia. En ella, además de dependencias oficiales, como un despacho y dos celdas para los delincuentes, disponía de alojamiento para el funcionario titular de mantener el orden en el pueblo y sus alrededores. En esos momentos, era utilizada por el condestable Nerian Worth, desde hacía ya más de un año.

Allí, casi en el centro de la plaza empedrada, estaba el pozo principal de Minstrel Valley, y el lavadero al que iban todas las mujeres de los alrededores a hacer sus coladas. Gracias a las aportaciones de todos, llevaba ya unos años techado en parte, para protegerlas de la lluvia o del sol excesivo.

Muy cerca, en su lado noreste, podía verse una estatua. Estaba frente a la entrada del Salón de Fiestas del ayuntamiento y presidía una zona muy bonita y agradable, con bancos y unos jardines. Era de cuerpo entero, algo muy poco habitual en una localidad de ese tamaño, pero en su caso había sido donada por una lady Northcott del pasado, quizá la esposa del que decidió empedrar el sitio.

Estaba dedicada a la leyenda más importante de la localidad. Tallada en piedra, y con evidente talento, se veía una pareja de enamorados ataviada con

ropas del Medievo, él con flauta y laúd a la espalda, ella como una dama noble. Estaban enlazados en un abrazo muy estrecho, en el acto previo a darse un beso rebotante de pasión. Aunque la figura estuviera elaborada con piedra de un gris vetado de blanco, el gesto, las miradas fijas y las bocas cercanas, parecían transmitir una intensa impresión de vida propia.

Se captaba el deseo por lograr aquella unión, la sensación sublime de que nada ni nadie podrían evitarla.

«LA DAMA BLANCA Y EL JUGLAR. El amor eterno», decía justo debajo.

¡Era tan hermosa! ¡Tan inspiradora! Aunque no todos pensaban igual, por supuesto. Mildred Cotton, por ejemplo, que vivía a pocos metros y tenía que verla cada día cuando salía de casa, había intentado organizar varias veces peticiones populares para retirarla, «por indecente». Claro que, lo extraordinario en el caso de aquella mujer amargada y odiosa, hubiese sido lo contrario. Para ella, la imagen de aquella pareja no tenía nada que ver con el amor, sino con la desvergüenza y la impudicia.

Por fortuna, semejante propuesta nunca había salido adelante. En el pasado, el padre Roberts se negó a tomárselo en serio. El amor eterno, aseguró, solo podía ser un amor auténtico, algo inspirado por el Divino en persona, por lo que no tenía sentido hablar de inmoralidad alguna.

El padre Ellis, por el contrario, estuvo de acuerdo en intentar convencer a lady Acton de la conveniencia de quitar aquella estatua y cambiarla por una de la Virgen María, alegando que, además de eliminar una imagen sin duda escandalosa, la sugerida era mucho más conveniente, dada su cercanía con la iglesia.

Para ello, ni corto ni perezoso, le envió una carta al respecto. Olivia lo sabía gracias a lady Conway, que era muy amiga de lady Acton y se lo comentó a Mery, divertida.

La respuesta había sido rotunda: cuando lady Acton era niña, le encantaba pasear por allí y contemplar aquella obra de arte. Ni ella ni sus padres habían encontrado nunca razón alguna para tanto escándalo, por lo que la estatua se quedaba.

¿O acaso estaba insinuando que la familia del marqués de Northcott tenía una

moral relajada?

Aquello había zanjado el asunto por completo. Olivia se alegraba y compartía la opinión de lady Acton. A ella también le había gustado ir allí, de pequeña, a sentarse en uno de los bancos o en el suelo, y contemplar con embeleso las figuras enlazadas de aquella pareja de enamorados y soñar con la idea de que algo así pudiera existir de verdad.

El amor eterno. El amor completo, auténtico, verdadero...

Esa tarde de domingo, se detuvo ante ella y volvió a pensarlo. Amor, amor, amor... ¿Podía de verdad existir algo así? ¿Y habría alguien en el mundo destinado a ella, como esa joven dama tuvo su juglar? Bien sabía el Cielo que nunca lo había necesitado tanto como en esos momentos. ¡Se sentía tan sola!

Oyó un crujido. La puerta de la casa de la vieja Guardia se abrió a su derecha y dejó salir a Nerian Worth, el condestable.

Olivia titubeó. Aparecer justo después de hacerse tal pregunta... ¿Sería alguna clase de señal?

De serlo, no sabía si alegrarse o no. Simpatizaba mucho con el condestable, era un buen hombre, aunque siempre se sentía algo inquieta en su compañía. Era evidente que estaba interesado en iniciar una relación formal con ella, no dejaba de hacer insinuaciones. De hecho, justo el día anterior, la había vuelto a invitar a dar juntos un paseo por los alrededores esa tarde de domingo, pero Olivia había declinado, excusándose en su luto y en su poco ánimo. No se sentía con fuerzas, dijo.

Quizá por eso, el señor Worth la miró sorprendido al descubrirla allí, aunque no tardó en mostrar su sonrisa habitual, tan luminosa que lograba alcanzar sus ojos verdes. Eso era lo que más le gustaba de él, que parecía alguien franco y cercano. Además, pese a su aspecto rudo, de hombre acostumbrado a las armas, era muy guapo, con aquel cabello rubio ceniza y aquellos ojos tan bonitos, y le tenía por un hombre trabajador y eficiente.

Ahí estaban las pruebas: resolvió en menos de un día el misterio de la desaparición del cerdo moteado de Conway House, el que criaban cada año en el sitio para su cena de Navidad, uno de los delitos más graves que se habían dado en Minstrel Valley en los últimos años.

Los malhechores resultaron ser un grupo de actores ambulantes que se habían detenido a las afueras del pueblo para dar un par de funciones, y que decidieron robarlo una vez levantaron campamento, para venderlo en el mercado de otra parroquia. Por eso, gracias a Worth, tuvieron el honor de alojarse todos juntos en las celdas de la casa de la vieja Guardia, hasta que el juez de paz decidió enviarlos a Londres.

—¿Señorita Coombs? —dijo Worth, con una inclinación algo tosca, pero adecuada. Ella replicó con otra mientras pensaba que, por suerte, había estado allí metido y no había descubierto a la abuela Joan, con su hacha pequeña y negra, haciendo otra vez de las suyas. No creía que hubiese hecho nada contra la anciana, al contrario, pero era mejor no ponerle en ese compromiso—. Qué sorpresa encontrarla aquí. ¿Al final, se ha animado a pasear un poco?

Olivia dudó. No le apetecía mucho dar explicaciones, pero quizá le viniera bien su opinión en aquel asunto.

—En realidad, no, lo siento. Pero se ha presentado a mediodía un hombre en mi casa, asegurando ser lord Northcott, y me ha dicho que lady Acton me espera para tomar el té. —Miró hacia el reloj de la torre de la iglesia, comprado entre todos los lugareños y añadido tras el incendio. El padre Ellis siempre refunfuñaba con el hecho de que tenía algún fallo y se retrasaba a cosa de un minuto por hora, pero con su ayuda calculó que eran poco más de las cuatro y media—. A las cinco.

—¿En Minstrel House? —Se mostró tan sorprendido como ella, lo que la animó un poco. No se había vuelto loca ni nada por el estilo—. Pues no sé qué decirle a ese respecto, la verdad. Sí que es cierto que lord Northcott también me ha visitado a mí.

—¿A usted? ¿También está invitado al té de lady Acton?

—No, no, en absoluto —replicó, decepcionándola. Hubiese sido una buena explicación para todo aquello: que lady Acton hubiese querido conocer a los que ocupaban algún cargo público en el lugar, entre otros la maestra y el condestable. Pero no, tampoco era eso, al parecer—. Jamás aspiraría a algo así, señorita Coombs. Pero, como ya sabrá, ayer por la tarde, a última hora, llegó lady Acton desde Londres con todo su séquito. Ha traído muchos criados y acompañantes.

—Rio, dejando claro que iba a hacer una broma—: Casi dio la impresión de que pretendía duplicar la población de Minstrel Valley.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. ¡Le aseguro que el camino de Londres nunca había visto tantos carruajes juntos! Fue algo impresionante verlos pasar por este mismo sitio, en dirección a King's Road.

—No me enteré. Qué pena. Me hubiese gustado contemplar semejante espectáculo.

—No se preocupe. Se lo describiré con todo lujo de detalles, el día que usted prefiera, dando un paseo.

—Oh. —Olivia se ruborizó—. Está bien. Muy amable, gracias. ¿Y dice que lord Northcott le visitó?

—Sí, esta mañana. Serían las once pasadas. —Debió hacerlo justo antes de ir a verla a ella—. Se ha presentado en mi despacho para pedirme que extreme la vigilancia de la zona, mientras estén aquí. —Frunció el ceño, como si estuviera molesto porque alguien supusiera que no había hecho bien su trabajo, hasta el momento—. Como le he dicho, yo extremo la vigilancia, siempre.

—Ya veo. ¿Y qué le ha parecido?

—¿Lord Northcott? —Cuando ella asintió, siguió—: Serio. Rígido. Muy formal. —Se encogió de hombros—. Como es el primer marqués que conozco, no puedo compararle con ningún otro. Aunque podríamos probar a hacerlo con un palo seco.

Olivia se echó a reír.

—Sí, como poco, podría ser con algo así. —Le sonrió con auténtico sentimiento—. Gracias, señor Worth. Tiene la habilidad de levantarme el ánimo.

—Me alegra mucho saberlo. —Hubo un instante de indecisión. Olivia supuso que él tampoco sabía si despedirse ya o cómo hacerlo—. ¿Quiere que la acompañe hasta Minstrel House? —preguntó entonces Worth—. Pensaba dar un paseo, ya sabe, pero no tengo ninguna preferencia alguna por la zona.

—Oh... —Olivia miró al cielo, cada vez más cubierto de nubes. En los momentos en los que salía el sol, todo se alegraba, pero no tardaría en desaparecer por completo—. Me encantaría, pero sería muy poco amable por mi

parte pedirle que fuera hasta tan lejos, porque creo que va a caer tormenta.

—Sí. —También miró hacia arriba—. Espero equivocarme, que no soy el viejo Swan. —Se refería al anciano Jonas Swan, que tenía una caseta con barcas en el lago. Las alquilaba a pescadores o a gentes que quisieran dar un paseo, y no había nadie como él para adivinar el tiempo—. Pero no le doy más allá de una hora. Espero que luego tengan la consideración de enviarla de vuelta en coche, si llueve.

—Seguro que sí. En todo caso, no se preocupe por mí. Me las arreglaré.

—Estoy convencido de ello. De tener problema, ya sabe que puede hacerme llamar. Pero, de momento, me aseguraré de que llega bien, acompañándola. —Hizo un gesto, ofreciéndole el paso hacia Town Hall Street, la calle que salía de la plaza en dirección al este, entre el ayuntamiento y la carpintería de Josep Gambier. Era el que, más adelante, tras bifurcarse un par de veces, se convertía en el King's Road, el camino que llevaba a Minstrel House—. ¿Vamos?

Olivia sonrió.

—Sí. Muchas gracias.

Empezaron a caminar entre calles, hacia la salida más cercana del pueblo, por el este. Olivia se sentía algo nerviosa, por el asunto de lady Acton pero, también, por la incomodidad de no saber qué decir. Nerian Worth era simpático, y muy guapo, pero su relación se estaba complicando mucho. ¿Le gustaba? No estaba segura. Le encontraba atractivo, sin duda, pero...

Pensó en la estatua. Aquel beso no dado, pero tan vivo. Aquel amor eterno, que parecía convulsionarlos en ese abrazo tan estrecho, como buscando fundirse en un solo cuerpo... Ella no sentía nada así, ni de lejos. A lo más, un agrado amistoso.

¿Quizá estaba mitificando el amor?

—Y bien, ¿cómo se encuentra? —preguntó de pronto él.

Olivia suspiró para sus adentros. Odiaba esa pregunta, pero no hubiese quedado bien decírselo. Sobre todo, porque intuyó que también Worth estaba nervioso y había estado buscando algo amable que decir.

—Bien. Es duro, pero voy mejor, le agradezco su interés.

—La entiendo bien, y me alegra que lo vaya superando. Es usted una joven

muy fuerte. —¿Lo era? No lo creía, la verdad. Pero su madre le había enseñado dos verdades fundamentales en las que basar su vida: había que buscar siempre el amor, pese a cualquier obstáculo que pudiera interponerse; y había que afrontar todas las desgracias con los hombros erguidos y la cabeza muy alta—. Al principio, temí que pidiera un tiempo libre en la escuela... —Se ruborizó—. Es que... Me agrada mucho escuchar las risas de los niños.

Olivia le miró sorprendida.

—¿En serio? —No siempre, pero en ocasiones se juntaban más de treinta niños, de Minstrel Valley y de las granjas de los alrededores, incluso de otros pueblos cercanos sin colegio. Entonces, antes de entrar o al salir, los críos se reunían para jugar en la plaza, a unos metros del edificio de la escuela en sí, y se formaba una buena escandalera—. Pensé que le molestábamos.

—¡No! ¿Qué dice? En absoluto. Al contrario, me gusta mucho oírles, me hace sentir bien. Es como si... —Buscó el modo de explicarse—. Es como si viviera en un pueblo feliz, por lo que, está claro que cumplo bien con mis obligaciones.

—Comprendo. —Ella sonrió. Pese al aspecto rudo de hombre de armas, estaba claro que era un hombre de corazón tierno. Algún día, sería un buen padre—. Es muy bonito, eso que dice.

—Gracias. —Caminaron media docena de pasos más antes de que se decidiera a preguntar—: ¿Piensan ir usted y la señorita Thompson al Baile de Primavera de Meryton?

Desde que dejó de celebrarse en Minstrel House, al estar cerrada la mansión y ausente su dueña, las gentes del pueblo acudían a los que se daban en otros lugares, como Meryton, la localidad cercana de mayor población. Allí, en el Salón de Fiestas de su ayuntamiento, se organizaban eventos muy alegres y concurridos. A veces, incluso acudían gentes llegadas de Londres para pasar unos días en el campo.

El año anterior, Nerian Worth la había sacado a bailar las dos veces que podía hacerlo sin comprometer su reputación, y luego las había acompañado a casa, a Annie, a Mery y a ella. Había sido el comienzo de esa relación absurda, ese camino tortuoso hacia alguna especie de compromiso, en el que no acababan de avanzar, pero tampoco retrocedían.

—No, este año creo que me quedaré en casa.

Quedó claro que no le gustó la respuesta, pero Worth era un caballero. Apretó los labios y asintió con gravedad.

—Lo entiendo. Todo es demasiado reciente.

—Así es. Gracias por comprenderlo.

—Soy un torpe. No debí mencionarlo.

Ella no dijo nada. Caminaron de nuevo otra media docena de pasos. Worth abrió y cerró las manos, en un gesto algo nervioso.

—No sé si sabe que he comprado una casita —dijo entonces—. Es la que queda en el camino a Londres, con un terrenito en la parte trasera.

—¿La casita del viejo Perkins?

—Sí, exacto.

—¡Pero si se cae a pedazos! —Se dio cuenta al momento de su falta de tacto, y se ruborizó—. Disculpe.

—No se preocupe, es cierto. Pero, gracias a eso, me ha salido a buen precio. Además, siempre me han gustado las labores de carpintería y los arreglos domésticos. —Oh, Dios, más virtudes para el señor Worth: cauto con el dinero y hábil en los temas caseros. Ya se lo imaginaba, en los días de fiesta, pintando las paredes o cambiando la madera del tejado, rodeado de niños que no paraban de reír y querían que «papi» les diera otra vuelta en brazos. La imagen resultaba enternecedora y muy muy tentadora—. Ese lugar tiene muchas posibilidades. Sé que lo convertiré en un sitio que cualquiera estaría contento de llamar «hogar».

Olivia le sonrió.

—Entonces, le felicito por la compra y el empeño, señor Worth.

Él se encogió de hombros, quitándole mérito.

—No podía seguir en las dependencias del ayuntamiento, no es más que un cuartucho para un joven sin raíces que va a estar solo una temporada. Yo llevo ya un tiempo en Minstrel Valley y me gusta este lugar. Tengo la firme intención de establecerme aquí y hasta... hasta casarme. —Suspiró, como cogiendo fuerzas—. ¿Por qué no? Ya tengo una edad, un buen trabajo, ahora también una casa, y creo que puedo ofrecer mucho a la mujer adecuada.

—Sí, por supuesto.

Worth la miró de reojo.

—Sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Olivia se lo pensó un momento, pero no tenía sentido simular ignorancia.

—Sí, señor Worth. Creo que sí. Claro que sí. —Titubeó, segura de qué era lo correcto, lo sensato, pero, como siempre, no se decidió a dar el paso—. Pero, discúlpeme, no me siento ahora mismo con ánimos de afrontar ese tema. Como bien acaba de decir usted mismo, no es el momento.

Él se ruborizó ante la ligera crítica.

—Lo entiendo. Perdone, perdoneme por sacarlo a colación, cuando tiene tan reciente su pérdida. Lo dicho, soy un torpe.

—No, no lo es. Es un hombre encantador y me siento agradecida y halagada por su interés. —Agitó la cabeza—. Discúlpeme usted a mí, que no ha dejado de mostrarse amable y considerado, pero... no es el momento —repitió, no se le ocurría otra cosa—, eso es todo.

—Comprendo. No se preocupe. Hablaremos más adelante.

Ella no dijo nada, pero no pareció importarle. Cambió por completo de tercio y se dedicó a ofrecerle una conversación ligera, muy entretenida. Sobre todo, le contó anécdotas de su trabajo con tanta gracia que la hizo reír, y también dudar.

No podía negarlo: Worth era un hombre maravilloso, el ideal de cualquier mujer, y ella era una tonta por no sentir lo que quería sentir en su presencia. Estaba perdiendo una gran oportunidad y, con veintitrés años, ya no estaba en posición de seguir haciéndolo. Todo el mundo decía que el condestable era un buen partido, uno de los mejores de la localidad, y estaban en lo cierto.

Pero... Siempre un «pero». Ese era el problema.

Olivia suspiró y decidió dejar de darle vueltas a aquello. Ya lo pensaría más tarde, en otro momento. En ese instante tenía que centrarse en el té con lady Acton, en lo que pudiera querer de ella, si es que deseaba algo.

A pesar del día, cada vez más gris, y del viento desagradable, no tardó en disfrutar con la caminata, en la que solo se cruzaron, y ya poco antes de llegar a la casa de los guardeses de Minstrel House, con un hombre a caballo.

Alguien doblemente llamativo, puesto que era chino, al menos en parte, como hijo de un lord inglés y una mujer oriental. Esa mezcla había decidido su

apariencia, tan exótica, con aquellos ojos rasgados y aquel color peculiar de la tez. Y qué decir de su caballo, un purasangre inglés negro, bellissimo, de estampa impecable. Se decía por el pueblo que tenía el nombre de un demonio, y que por eso nadie conseguía recordarlo.

Qué montura más apropiada para un hombre como él.

Olivia le conocía de vista y sabía que se llamaba Derek Lee. Alguien que, pese a su raza, ostentaba el título de cortesía de conde de Mersett, puesto que era el único hijo del marqués de Leavenfield, familia de lady Acton. Se trataba, de hecho, de un pariente lejano de la dama, pero con el que mantenía un contacto bastante estrecho.

Lord Mersett iba mucho por Minstrel Valley desde hacía unos pocos años, aunque nunca se alojaba en Minstrel House, sino en la posada de la colina, The Old Flute.

La gente rumoreaba, y la señora Cotton y su grupo de señoras estaban escandalizas. ¡Un chino! ¡Una criatura impía y, con toda probabilidad, capaz de actos atroces! ¡Y se le consideraba y aceptaba como noble! ¡Menuda barbaridad! ¿En qué estaban pensando el rey y los otros grandes hombres de Inglaterra?

¡Eso por no hablar de que iba tan bien vestido que podía confundirse con cualquier caballero, si no le veías la cara, algo que parecía una doble ofensa contra toda lógica, como si el mundo se hubiese vuelto del revés!

—Imaginen —había oído comentar a aquellas señoras, en la tienda de Bella Gibbs—, ¡como si hubiesen vestido con traje y chistera a un negro! ¡Y le llamasen «milord»!

Quizá hubiese debido intervenir, sintió tanta rabia que ganas le dieron. Pero, en realidad, no vio la necesidad. Ellas no aprenderían nada y, a lord Mersett, todo aquello parecía importarle poco. Quizá ni siquiera sabía que existiera la odiosa señora Cotton. Cuando le preguntaban por su presencia allí, tan habitual, decía que le gustaba la zona. De vez en cuando salía en bote, pero raramente pescaba.

—Lord Mersett —dijo Worth como saludo, llevándose una mano al ala del sombrero, cuando pasaron por su lado. El otro hizo un gesto con la cabeza y detuvo el caballo.

—Condestable. Señorita Coombs...

Olivia se ruborizó, mientras hacía su genuflexión. De modo que lord Mersett sabía cómo se llamaba... Supuso que aquel detalle no implicaba gran cosa, pero no pudo por menos que sentirse complacida por ello. El conde de Mersett era un hombre muy atractivo. Le hubiera gustado verle ataviado con las ropas de su tierra, se sentía muy intrigada, pero, para su decepción, vestía al estilo inglés, siempre muy elegante.

De vez en cuando, se preguntaba si todos los hombres chinos serían tan guapos como él.

Claro que, en ese preciso momento, con unos feos moratones en la barbilla y un ojo algo hinchado, no tenía muy buen aspecto, que se dijera.

—¿*Otra vez* le han asaltado, milord? —preguntó Worth, con un claro tono irónico.

Lord Mersett sonrió.

—Sí. Pero no se preocupe: *otra vez* ha sido lejos de aquí. Además, no robaron nada. Pese a lo que pueda parecer, sé defender lo mío.

Worth se echó a reír.

—Estoy seguro de ello. Muy bien... ¿Se aloja en esta ocasión con lady Acton? —preguntó.

Lord Mersett hizo un gesto ambiguo.

—En realidad, la acompañé ayer desde Londres, pero ya sabe que me gusta mi independencia, y prefiero la posada. He ido a almorzar a Minstrel House, pero ya me marchó. —La miró a ella—. Sé que tiene prevista una reunión con usted, señorita Coombs. Le ruego que no olvide en ningún momento que lady Acton se encuentra muy delicada.

Olivia frunció el ceño, con auténtico desconcierto. ¿Qué querría decir con eso?

—Por supuesto, y lo lamento mucho. No lo sabía. —Pensó si preguntar por su mal, o por el asunto que iban a tratar, pero le pareció poco educado—. Lo tendré muy en cuenta, milord.

Él asintió.

—Gracias. No sé si volver a Londres —añadió, cambiando de tema. Miró al

cielo—. Sospecho que lo más prudente sería quedarme por aquí hasta que mejore el tiempo.

—Yo le aconsejaría ser cauto, sí —asintió Worth—. Si se queda, puedo pasarme más tarde por la posada, para tomar una cerveza con usted.

Un brillo cruzó aquellos ojos rasgados.

—Será un placer. Pero ya sabe que me retiro temprano.

—Le gusta madrugar mucho. Lo recuerdo, sí. Iré pronto.

—Muy bien, entonces, allí le espero, condestable Worth. Señorita Coombs... Hasta pronto. —Se llevó una mano al sombrero. Worth hizo lo propio y Olivia le dedicó una reverencia.

—Adiós, lord Mersett. Un hombre muy peculiar —añadió, cuando se hubo alejado. Miró al condestable de reojo—. Parece que le conoce bien.

Worth se echó a reír.

—¿Esa impresión dio? No, no le conozco en absoluto. Sospecho que no permite que nadie logre algo así. Pero, de vez en cuando, tomamos una cerveza juntos. Me cae bien. Pese a su posición, está en tierra extraña y guarda un secreto.

—¿Un secreto?

Worth titubeó. Seguro que pensó en algo, pero buscó el modo de no tener que contestar de un modo directo.

—Seguro. ¿Quién no lo hace?

—Yo misma, me temo.

—¿Eso cree? La animaría a reflexionar al respecto. —Olivia lo hizo, casi sin darse cuenta. Pensó en todas esas pequeñas cosas íntimas que nunca le contaría a nadie. Y pensó en Bernard Coombs—. Todos tenemos alguno, en algún lugar. Algo de lo que no hablamos. —Al ver que ella no decía nada, sonrió—. ¿Lo ve? Todos guardamos alguno.

—¿Usted también?

Worth le guiñó un ojo.

—Desde luego.

La casita donde vivían los guardeses de Minstrel House, los Randall, estaba en el camino, poco antes de llegar a las grandes puertas que cerraban las verjas de la

mansión. Olivia decidió probar suerte: se apartó de Worth, subió al pequeño porche de madera, decorado con una mesita, dos mecedoras y muchas macetas, y llamó a la puerta. Nadie contestó.

—Supongo que estarán atareados en la mansión —sugirió el condestable, desde el camino.

—Quería saber si me podían decir algo respecto a la invitación de lady Acton, o del nuevo marqués de Northcott...

—No va a tardar en saberlo por sí misma.

Ella lanzó una risita nerviosa.

—Eso me temo.

De todos modos, no perdió la esperanza hasta comprobar el patio trasero, por si la señora Randall estaba allí ocupada en cualquier tarea. Estaba un poco sorda, y podía no haber oído cómo llamaba a la puerta. Pero no: en la casa no había nadie.

Siguieron, por tanto, hacia la mansión. De lejos, ya había quedado evidente que su dueña se encontraba de vuelta en el pueblo. Habían abierto de par en par todas las contraventanas y las puertas de los balcones de piedra, y de la gran terraza que había en el segundo piso, para airear bien su interior.

Más de veinte años después de su última visita, lady Acton había regresado a casa.

Capítulo 3

La mansión de lady Acton, junto con el molino que movía la noria con la fuerza del río Oldruin, era una de las últimas edificaciones del pueblo. Ambas estaban situadas en el extremo noreste del pueblo y, más allá, ya solo quedaban zonas de bosque y tierras de labranza hasta la siguiente parroquia.

También era la más grande en un lugar en el que, por la belleza del paisaje, lo romántico de su leyenda y la cercanía a Londres, se habían levantado varias residencias elegantes más, sobre todo en los tiempos en los que los marqueses de Northcott pasaban largas temporadas en Minstrel Valley.

Se decía que, por aquel entonces, casi habían llegado a crear una pequeña corte en el campo, con sus amigos y allegados, puesto que el príncipe regente, más tarde rey George III, se alojó con ellos más de una vez, en cierta ocasión durante tres meses seguidos.

Algunas historias que circulaban por el pueblo aseguraban que había estado muy enamorado de la joven hija de los marqueses, lady Helena, antes de su matrimonio con el conde de Acton y quizá, también, durante. Incluso se rumoreaba que pudo haber un nuevo acercamiento cuando quedó viuda, con alguna oferta muy fuera de lugar para una dama, aunque no era algo que hubiese podido confirmarse nunca, y ya era poco probable que pudiera hacerse alguna vez.

La segunda mansión en tamaño y esplendor era Clifford Manor. Estaba situada todavía más lejos del agua, en la base de la colina de Scott Hill, de hecho, muy cerca de las ruinas del viejo castillo de los Scott. Más antigua incluso que Minstrel House, pertenecía desde siempre a los condes de Clifford,

los únicos cuya familia tenía sus raíces bien asentadas en aquella zona. Aun así, hacía mucho que tampoco iba ninguno de ellos por allí, más de una década como mínimo.

Lady Constance Hamilton, en esos momentos condesa viuda de Clifford, fue una de las mejores amigas de lady Acton en sus años jóvenes, y era la más antigua de cuantas le quedaban. Olivia apenas la recordaba. La última vez que estuvo en el pueblo solo la vio de lejos, a través de la ventanilla de un coche en movimiento. Entonces, pensó que era muy anciana, pero teniendo en cuenta que ella no había cumplido los diez años, resultaba comprensible.

También estaba Conway House, que se alzaba justo junto al lago, una gran casa señorial a la que fueron a vivir el conde de Conway y su esposa a principios de mil ochocientos, tras una boda que, para ambos, supuso un segundo matrimonio deseado durante mucho tiempo. Ambos preferían mil veces la vida del campo y visitaban poco Londres, aunque mantenían un contacto muy estrecho con los marqueses de Northcott cuando estaban en Minstrel Valley. De hecho, lady Conway llegó a convertirse en una de las mejores amigas de lady Acton y lady Clifford.

Fue una consecuencia natural: las tres tenían una edad parecida y compartían un temperamento agradable, y gustos y formas de pensar muy afines. Las tres disfrutaban mucho en sus caminatas por el bosque, explorando las ruinas o dando un paseo por el pueblo; incluso acompañando a sus maridos cuando pescaban desde las rocas de Lake Hill, el mejor sitio para los barbos, según se aseguraba.

Por eso, cuando Minstrel House pasó a manos de lady Acton, que había nacido allí y lo amaba, se pensó que, con el cambio, se establecería en el lugar de continuo y llegaría una nueva época de esplendor. Se esperaban fiestas, cacerías, paseos de botes repletos de nobles, almuerzos en el campo e, incluso, reuniones culturales de las que tanto disfrutaba la dama, que tenía fama de ilustrada.

Pero, muy por el contrario, la tragedia de la muerte de su sobrino, el heredero de los Northcott, en un accidente al caer del caballo cuando viajaba del pueblo a Londres, hizo que el dolor le hiciese intolerable el vivir allí.

Minstrel House quedó cerrada a cal y canto, lady Acton se llevó su pena a Europa y las gentes de la buena sociedad londinense no tardaron en buscarse otros lugares en los que intentar aliviar el eterno aburrimiento que les acosaba.

Eso determinó el destino de la mayor parte de las otras edificaciones importantes de la zona, cerca de media docena. Estaban dispersas por todo el valle, sobre todo en la parte cercana al lago, y, en su mayoría, habían sido construidas por nobles londinenses o gentes acaudaladas que querían tener un lugar en el círculo íntimo de los marqueses de Northcott, pero que no eran invitados a Minstrel House.

A partir de entonces, todas cayeron en una lenta decadencia. Pasaban meses, a veces años, con los postigos cerrados; solo unas pocas tuvieron suerte y fueron alquiladas por temporadas, sobre todo en los veranos, como Roswel House.

Por eso, al margen de lo que pudiera ocurrir esa tarde, Olivia se alegraba del regreso de lady Acton. Quizá eso indicase que las cosas iban a empezar a cambiar. A Minstrel Valley le vendría bien la presencia de aquella gente, el pueblo crecería y, tal vez, ella consiguiera más fondos para la escuela, que era su principal empeño en esos momentos. Incluso, a lo mejor, pudiera por fin crear esa biblioteca que había imaginado tantas veces, pero que veía difícil organizar.

Y, también, era un placer ver tomar nueva vida a aquella casa tan bella. Era como un monstruo fabuloso que hubiese estado hibernando varias décadas, para ahora despertar, bostezando lentamente. Olivia la contempló mientras se acercaba, con la misma admiración de siempre.

La mansión estaba encarada hacia el sur, en dirección al lago Minstrel. Sus terrenos inmediatos estaban rodeados por un muro de piedra. Pegado a él por el interior, cerca de las grandes puertas, había una casita para el portero, pequeña, pero lo bastante grande como para que pudiera vivir allí un matrimonio, de estar casado.

Una vez se cruzaba aquella entrada, el camino se dividía: el sendero izquierdo iba hacia las caballerizas y las cocheras, que quedaban en aquella parte del edificio, en su lado oeste, y el sendero derecho, que se internaba en el jardín delantero y se dirigía hacia las grandes escaleras de entrada.

A pocos metros podía divisarse un bonito estanque propio, rodeado de sauces,

con peces de colores y una linda caseta para la docena larga de patos que allí vivían. También contaba con un cenador de hierro forjado rodeado de zona ajardinada, en el que, en el pasado, podía verse a los marqueses de Northcott y sus invitados en las noches de verano.

El edificio en sí constaba de un bloque central y dos largas alas que se extendían a este y oeste, con un tejado brillante y oscuro. En su impresionante fachada se combinaban los distintos tonos de la piedra gris de la cantera cercana y una multitud de detalles de decoración inspirados en la elegante arquitectura francesa. Eso, unido a sus varias torres cilíndricas de distintas anchuras y alturas, pero todas con tejados cónicos, le daban un aspecto muy romántico de castillo.

La gran escalera semicircular de la entrada, muy blanca, estaba dividida en tres secciones, como si fuera un gran queso al que hubiesen cortado un par de triángulos. El terreno inclinado de los huecos eran zonas dedicadas a jardín, en las que se plantaban flores de temporada, siempre combinando los colores con exquisito cuidado.

Los tres tramos de escalones convergían en una amplia plazoleta rodeada de una balaustrada, en la que estaban las grandes puertas de madera oscura de Minstrel House, talladas con un gran escudo de los condes de Acton, aunque Olivia había oído decir que, en otros tiempos, lucieron el de los marqueses de Northcott.

Pero, aunque la mansión era bonita de frente, una imagen que atraía la mirada y provocaba admiración, era su parte trasera la que terminaba de encandilar a sus visitantes. Los jardines que allí se extendían, protegidos del exterior por un muro de piedras de un gris más pálido tomadas de las viejas ruinas romanas que se habían levantado en otra época allí cerca, justo detrás de donde ahora se alzaba Clifford Manor, eran famosos en toda la región.

En el pasado, era en ese lugar donde la lady Northcott de turno organizaba el famoso Baile de Primavera de Minstrel House, todo un acontecimiento en los alrededores, con el que se celebraba la llegada del buen tiempo y se buscaba afianzar lazos con las personalidades locales; pero, al poco de convertirse lady Acton en la dueña de la mansión y de dar su primer baile como tal, no habían vuelto a celebrarse.

De hecho, fue desde entonces que ni lady Acton ni los sucesivos herederos del marquesado habían aparecido por allí, alejados por la pena de su pérdida. Siendo como era una más de sus muchas propiedades, y ni siquiera una de las más importantes, esa ausencia decepcionó a los lugareños, pero tampoco fue algo que hubiese sorprendido demasiado a nadie.

Durante más de veinte años, la gran mansión de Minstrel House había estado siempre cerrada, siempre, desde que Olivia tenía memoria. Los guardeses, el señor y la señora Randall, vivían en una bonita casa muy cerca y se ocupaban casi por completo de su mantenimiento, aunque, dos veces al año, contrataban un gran número de mujeres del pueblo, con las que formaban un grupo para limpiar a fondo.

Fue en una de esas ocasiones cuando Olivia pudo entrar y ver aquella maravilla por dentro. Tenía diez años, pero jamás lo había olvidado.

En ese momento, tanto tiempo después, Worth y ella subieron las escaleras de la entrada por su sección central, cruzaron la plazoleta y se detuvieron ante la puerta.

Se miraron. Olivia titubeó.

—No se preocupe —le susurró el condestable, con una sonrisa de ánimo—. Piense en que va a probar unos emparedados deliciosos, de esos que las gentes sencillas no podemos ni imaginar. ¡Si puede, guárdeme uno o dos en el bolsito!

Ella se echó a reír y golpeó con el aldabón tres veces.

Pensó que quizá le abriría la señora Randall, al menos eso esperaba, porque la conocía de siempre y se hubiese sentido algo más tranquila, pero no.

Fue hombre de mediana edad. Tenía el pelo muy gris, ya blanco en algunas zonas, pero seguía siendo grande y fornido. La expresión de su rostro cuadrado, de líneas toscas y duras, era bastante huraña. Llevaba un traje oscuro, de buen paño, pero no se trataba de un mayordomo. ¿Quizá un portero?

A pocos pasos, en el gran vestíbulo, pudo ver a dos doncellas situadas en línea, una morena y una pelirroja. Vestían de negro, con delantales y cofias muy blancos. Ambas estaban serias, pero la morena no tenía aspecto de sonreír muy a menudo. La otra, por lo menos, sí.

—Soy la señorita Coombs —dijo Olivia, algo intimidada a su pesar—. Tengo

entendido que lady Acton me está esperando.

—Oh, sí, desde luego —replicó él, con más cordialidad de la que hubiese imaginado. Tenía una voz profunda que llamaba la atención—. Bienvenida, señorita Coombs, lady Acton bajará enseguida. —Miró al condestable, indeciso—. ¿Y el caballero? ¿A quién debemos presentar?

—Oh, no, a nadie, no se preocupe —dijo Worth, agitando una mano—. Soy el condestable de Minstrel Valley, Nerian Worth. Solo he acompañado a la señorita Coombs en el camino, pero no quiero molestar, ya me voy. —Se volvió hacia Olivia, consultándole con la mirada, aunque también añadió de palabra—: La dejo aquí, entonces. ¿Le parece bien?

Ella sonrió. Qué hombre tan encantador... ¿Por qué era tan tonta? Si se esforzaba, podría llegar a quererle, seguro. No sería el amor vehemente con el que había soñado siempre, ese que le arrebataría todo sentido y le llenaría el corazón, pero ya tenía edad como para saber que esa clase de pasiones solían quedar relegadas para las fantasías románticas.

La realidad era muy diferente. En ella, te enfrentabas a una larga sucesión de días, cada uno con su propio obstáculo más o menos difícil, y podías darte por afortunada si conseguías un compañero como Nerian Worth, alguien en el que apoyarte, amable, considerado y deseoso de agradar.

Decidido: si volvía a mencionar la posibilidad de ir juntos al Baile de Primavera de Meryton, le diría que sí.

—Sí, desde luego. —Sonrió—. Muchas gracias por la compañía.

—Al contrario, gracias a usted. —Se llevó una mano al sombrero, mientras se inclinaba. Olivia le devolvió una rápida reverencia—. Ha sido todo un placer, señorita Coombs.

—Lo mismo digo. Hasta pronto, señor Worth.

Él sonrió, dio media vuelta y se alejó. El hombre que había abierto la puerta se volvió hacia las doncellas.

—Lucy, Doll, por favor...

La orden implícita quedó clara, al menos para la pelirroja, que avanzó de inmediato. La morena le lanzó una mirada inexpresiva y permaneció inmóvil, como dejando claro que no era quién para darle órdenes; pero él, que estaba

saliendo, no se dio cuenta.

—Sí, señor Barry —dijo la pelirroja. Hizo un gesto hacia su abrigo y su ridículo—. Permítame, señorita Coombs.

—Sí, por supuesto —replicó ella, aturdida, mirando a una y otra—. Gracias... ¿Lucy?

La pelirroja rio, divertida.

—Ya me gustaría. Lucy es ella. Yo soy Doll.

La muchacha morena siguió sin decir nada. Se limitó a esperar a un lado, con los hombros bien erguidos, como una reina segura de su belleza. Desde luego, era alta y muy guapa, Olivia no tenía problema en reconocerlo. De hecho, llamaba la atención pese al atuendo de doncella.

Pero su expresión estropeaba el conjunto. Era demasiado seria, en absoluto cordial. No parecía una joven muy agradable.

Prefería con mucho a la otra, la pelirroja, que era muy distinta en el trato, y para nada fea. Tenía una nariz de duendecillo muy graciosa en un rostro salpicado de pecas. Y desbordaba simpatía, la tenía por las dos, menos mal. No dejó de sonreír y de alentarla con el simple gesto, mientras la ayudaba a quitarse la capa y el chaquetón que llevaba debajo, y también el sombrero.

Por desdicha, cuando terminó, se marchó con sus cosas y fue la morena la que señaló hacia el vestíbulo.

—Acompáñeme, por favor —dijo con una voz sensual, muy apropiada para su aspecto.

Olivia la siguió, con la sensación de estar flotando, atrapada en un estadio intermedio entre el miedo y el entusiasmo. Como si estuviese viviendo un sueño.

La otra vez que entró solo tenía diez años. Lo hizo a escondidas de su madre, que nunca quiso ir a Minstrel House, ni siquiera a limpiar, y eso que pagaban mucho mejor que en cualquier otro trabajo del pueblo. No aprovecharon la ocasión ni durante aquella temporada terrible, tras su pelea con Mildred Cotton, en la que nadie le daba nada para coser y pasaron muchas penalidades. Infortunios que, sin duda, hubiesen sido más de no haber ayudado el bendito padre Roberts.

A saber cuáles eran las razones de su madre para empecinarse así, nunca quiso

revelarlas, como tantas otras cosas. Pero la pequeña Olivia tenía voluntad propia y mucha determinación. Deseaba ver cómo era el interior del gran castillo mágico de las afueras, ese lugar maravilloso que poblaba muchos de sus sueños infantiles, de modo que aprovechó que iba hacia allí una de sus vecinas, la señora Lambert, para salirle al camino y ofrecerse a ayudarla a llevar los cubos y escobones; con esa excusa, pudo colarse dentro.

En ese momento era mayor, pero, al entrar, experimentó la misma impresión de maravilla que entonces. El vestíbulo de Minstrel House volvió a dejarla sin aliento, por completo, mientras las pupilas se le iban solas de un lado a otro, saltando por su cuenta de detalle en detalle.

Más hermoso que impresionante, era un espacio muy amplio, con suelos de mármol blanco vetado de un gris que a veces parecía plata. Las paredes estaban vestidas con paneles cubiertos de un papel pintado en finas rayas grises y azules, y en las cortinas que cubrían ventanas y las grandes puertas que se veían al fondo, se combinaban los mismos colores. No veía qué había al otro lado, pero a través de sus paneles de cristal se filtraba la luz del exterior. Por eso, y por su posición, dedujo que daban al jardín trasero.

Una gigantesca lámpara de araña, que debía pesar más que un hombre, colgaba de la lejana bóveda que conformaba el techo del primer piso, a lo largo de un par de metros desde allá en lo alto.

En el pasado, los cuadros de las paredes habían estado cubiertos por sábanas. En ese instante pudo comprobar que había de todo: paisajes, retratos de hombres y mujeres de varias épocas y edades; incluso había una naturaleza muerta en un lado. En todos los rincones y junto a las paredes había peanas o pequeños muebles, en los que se exhibían estatuas, jarrones, figurillas de todo tipo y otros objetos de adorno, con toda probabilidad antigüedades muy caras.

Pero hubo algo que llamó su atención por completo.

De frente, al fondo, la gran escalera central, también de mármol blanco, subía hasta un rellano muy amplio, adornado con un gran cuadro con marco dorado, antes de dividirse en dos para continuar hasta el primer piso. En el retrato, que tenía más de dos metros de alto y más de uno de ancho, se veía una muchacha de cuerpo entero, rubia, con ojos claros, muy bella y distinguida.

Estaba arreglada como para asistir a un baile o cualquier otro evento significativo. Su vestido, blanco con detalles azules, de un tejido delicado que a veces se difuminaba con el resplandor que la iluminaba desde el fondo, era muy elegante, y llevaba unas joyas, collar y pendientes con piedras preciosas que parecían topacios.

En la mano derecha, cubierta por un hermoso guante de seda y encajes, sostenía un abanico abierto a medias, y mantenía los hombros erguidos, en una pose perfecta.

Todo en ella le produjo admiración. Y, también, una sensación extraña, algo que no pudo entender.

—¿Quién es? —preguntó extasiada. No solo era la belleza del cuadro, o el atractivo físico de la mujer. Era, también, esa elegancia abrumadora que transmitían su figura y su mirada. Si hubiese tenido que describir lo que era una dama, una dama auténtica, hubiese dicho que era alguien como la que mostraba aquella pintura.

—Lady Acton a los dieciocho años, según me han dicho —replicó Lucy, con un tono contenido, en el que se percibía la fascinación que le inspiraba, pero también un eco de envidia—. Entonces era lady Helena, claro, la hija pequeña del marqués de Northcott. Todavía no se había casado con el conde de Acton. De hecho, le hicieron este retrato poco antes de conocerle, cuando iba a iniciar su primera temporada. Al parecer, fue la única. Se comprometieron de inmediato.

—No me sorprende. Era muy bella.

Lucy hizo un gesto indefinido. Olivia intuyó que se estaba imaginando a sí misma arreglada de ese modo, y seguro que estaría también hermosa. Pobre Lucy. Pese a toda su belleza, como mucho llegaría a lucir algún vestido bonito en alguna fiesta de la servidumbre, o en el Salón de Fiestas del ayuntamiento, si seguía en Minstrel Valley. Y estaba claro que eso nunca sería suficiente para ella.

Olivia agradecía no ser de naturaleza envidiosa. En cualquier caso, no tuvo tiempo de decir nada más.

—¿Lucy? —se oyó. La doncella dio un brinco y Olivia y ella se volvieron hacia la voz. Una mujer grande, robusta, vestida de oscuro, había aparecido por el pasillo de la izquierda y las observaba con el ceño fruncido. Sus rasgos

parecían más severos por culpa del moño de rodete con el que se peinaba, tan apretado que parecía ir a arrancarle la cabellera en cualquier momento. Como único adorno, la cadena de un reloj de oro cruzaba su pecho—. ¿Ocurre algo?

—No, señora Burton —replicó la doncella, algo nerviosa—. Me disponía a llevar a la señorita Coombs al salón dorado.

—Yo me detuve a admirar todo esto —decidió comentar Olivia, para ayudarla—. Y le pregunté sobre el retrato. Es precioso.

—Entiendo. Sí, lo es. —Los ojos de la mujer recorrieron la figura de Olivia de arriba abajo, una mirada algo suspicaz, pero también huidiza—. Bienvenida, señorita Coombs. Soy la señora Burton, el ama de llaves de lady Acton.

—Un placer, señora Burton. —Movi6 la cabeza como imaginó que hubiese hecho la joven lady Acton del retrato—. Perdone a Lucy. Hacía mucho que yo deseaba ver el interior de Minstrel House, y no me ha defraudado. Estoy admirada.

La mujer parpadeó. Hizo un gesto a la doncella.

—Yo acompañaré a la señorita. Puedes irte. —Lucy hizo una reverencia y se marchó por la derecha. La señora Burton señaló hacia el lado contrario, la parte por la que había venido—. Por aquí, por favor.

Olivia vio entonces que había varias puertas en distintos puntos del vestíbulo, además de la grande del fondo, la que daba a la parte trasera de la casa. Otro corredor se extendía desde la entrada en ambas direcciones, este y oeste.

La señora Burton la condujo a través del corredor del oeste, y luego por un pequeño laberinto de habitaciones, hasta llegar a una sala de estar tan grande como toda su casa, piso alto incluido. Supuso que era el lugar de destino, el famoso salón dorado, porque estaba decorado en distintos tonos de ese color, y con la majestuosidad que solo podía dar el dinero.

Hacía calor allí. Vio que la chimenea estaba encendida, con un fuego generoso. Seguro que llevaba horas así.

—Espere aquí un momento, por favor —le pidió la señora Burton, cediéndole el paso—. Avisaré a lady Acton y a lord Northcott de su llegada.

—Gracias.

Si le pareció grande el lugar cuando entraron allí, se le hizo más gigantesco

todavía cuando se fue la señora Burton. Olivia caminó hasta quedar en el centro y casi se sintió impulsada a contener la respiración. Sola en medio del lujo y el silencio, dio una vuelta completa sobre sí misma, contemplando las paredes, empapeladas allí con delicados motivos florales, a juego con las cortinas y los cortinones, y con el estampado de sofás y sillas.

Incluso con los hermosos ramos de flores amarillas, con solo alguna azul ocasional, que llenaban los jarrones, o con los cuadros, que siempre tenían algún detalle dorado, con algún toque de azul. Todo allí estaba combinado con sumo cuidado, creando una sensación de profunda armonía.

El sol aprovechó ese momento para abrirse paso entre las nubes y su luz inundó la estancia a través de los grandes ventanales. Tamizada por la hermosa tela de las cortinas, dio la impresión de que todo lo envolvía una niebla dorada. Olivia tragó saliva, abrumada por tanta belleza.

Sabía que estaba viviendo un instante mágico, un momento que recordaría por siempre, por mucho tiempo que llegase a vivir.

—¿Le gusta?

No había vuelto a oír la puerta, pero debía haberse abierto, porque lord Northcott estaba en la sala. Se había cambiado de ropa y tenía un aspecto algo más informal, si alguien tan elegante como él podía llegar a serlo en algún momento. Chaqueta de un tono castaño oscuro, pantalones beige, pañuelo blanco...

Olivia parpadeó, pensando que era realmente guapo. Más le valía tener muy presente que también era realmente idiota.

—Mucho. —Carraspeó. El cielo vino en su ayuda, porque la intensidad de la luz disminuyó a ojos vistas; de hecho, en pocos segundos se volvió gris, fría. Olivia oyó algo fuera y giró el rostro hacia la ventana. Había empezado a llover, gotas gruesas que chasqueaban con fuerza al chocar con los cristales. Ojalá no cayera un aguacero, el techo de la escuela no lo aguantaría—. Claro que, no podría ser de otro modo. Es una casa preciosa.

—Lo es. —Entró, con el paso gallardo que le caracterizaba, y caminó hacia una mesita que solo tenía en su superficie una gran caja de madera labrada, muy bonita. La abrió y sacó un cigarro y un yesquero—. ¿Le molesta que fume?

En realidad, no le importaba en absoluto. El tabaco tenía un olor curioso, que le traía recuerdos muy agradables de la infancia, cuando el bueno del padre Roberts fumaba a escondidas de su ama de llaves. «Guárdame el secreto, Livvy, y te daré un caramelo». Qué tonto. A ella no le gustaban los caramelos, pero le seguía la broma porque para él aquello suponía alguna clase de lazo entre ellos, un intercambio entre compañeros transgresores.

Pero lord Northcott era tan odioso que decidió serlo también ella.

—Sí, me molesta.

La respuesta le tomó por sorpresa, seguro. Vio en sus ojos que había esperado una concesión por su parte, un permiso quizá buscando agradecerle y ganarse su favor, como debía estar acostumbrado a que ocurriese. Al fin y al cabo, era el marqués de Northcott. O mucho se equivocaba, o él no lo olvidaba en ningún momento; en consecuencia, quienes le rodeaban de forma habitual, tampoco.

Ante la rotunda negativa, tardó en reaccionar. La miró muy serio y contuvo una mueca, con evidentes ganas de mandarla al infierno y hacer lo que le diese la gana.

Pero era un caballero.

Volvió a dejar el tabaco en su caja.

—Por supuesto. Disculpe. —Hizo un gesto, invitándola a ir hacia los sillones situados frente a la chimenea—. ¿Nos sentamos?

—No. —Siguió sintiendo una profunda satisfacción, llevándole la contraria—. Prefiero permanecer de pie.

Eso pareció divertirlo. Al menos, lanzó una carcajada.

—Es usted muy rencorosa, mi querida señorita Coombs.

—Prefiero decir que tengo buena memoria, milord. Aunque le prometo que olvidaré por completo todo lo ocurrido en un par de días. Qué digo... Para entonces, ni siquiera recordaré su nombre.

Lord Northcott la miró con fijeza.

—Ya, bueno... Permita que lo dude, aunque reconozco que me mostré muy antipático antes, cuando fui a avisarla.

—Es usted muy indulgente consigo mismo, milord. Yo hubiese escogido el término «odioso».

—Está bien, tiene razón. No puedo negarlo.

Olivia arqueó una ceja.

—Pues no veo que se disculpe por ello.

—No lo hago. Solo digo que estoy de acuerdo con usted. Me mostré muy odioso. Por eso, entiendo su actitud.

—Qué afortunado, porque yo no entiendo la suya.

—¿De verdad?

—Por completo.

Él hizo una mueca, mientras seguía observándola pensativo. Luego, caminó hacia la chimenea. Se quedó a su lado, con las manos en los bolsillos.

—¿Ya ha anotado cuáles son las piezas más valiosas de esta sala, señorita Coombs? Le sugiero que se fije en ese jarrón. —Hizo un gesto con la cabeza. La pieza en cuestión no tenía una apariencia impresionante, pero era bonita, y estaba sobre un pedestal propio, junto a la pared, en el ángulo de dos de las paredes—. Es una antigüedad, una pieza griega. Tengo entendido que puede venderse por más de cinco mil libras.

Olivia parpadeó. De haber podido, le hubiese abofeteado. Quizá él se dio cuenta, porque apretó los labios.

—¿No va a explicarme la razón de que insista en ofenderme, lord Northcott? —le preguntó.

Él la miró y abrió la boca, quizá para contestar, pero una voz le detuvo.

—Marcus...

Capítulo 4

Olivia y lord Northcott se volvieron hacia la puerta, y ella se apresuró a hacer una reverencia al ver en el umbral a las dos damas.

A una de ellas la conocía: era lady Florence Blumer, condesa viuda de Conway, apoyada en su bastón, alta y delgada, elegante como siempre. Llevaba un vestido negro con detalles azulados, y sombrerito triangular con plumas negras, bajo el que podía verse el cabello gris recogido en un moño que le sentaba bien. Olivia no estaba segura de su edad, estaría entre los sesenta y los setenta años, pero gozaba de buena salud y era de ánimo muy decidido.

Debía tenerlo para haber afrontado graves problemas familiares con tal de conseguir casarse con el difunto lord Conway. Olivia no sabía demasiados detalles al respecto, pero su amigo Richard le había contado que para ambos había sido un segundo matrimonio, pese a estar enamorados desde muy jovencitos. Al parecer, el padre de lady Conway había elegido para ella a otro hombre, y tuvo que casarse con él. Por suerte, la vida les dio una segunda oportunidad.

Quizá por eso lady Conway era una mujer cariñosa y defensora del derecho al amor, incluidos los errores que podían cometerse en su nombre. Y quizá por eso había apoyado siempre a Mery... fuera lo que fuese que había ocurrido.

Se alegró mucho de verla. Eso hizo que se sintiera menos sola en aquel lugar.

Junto a ella, sentada en una silla de ruedas, había otra anciana. Esta tenía un aspecto casi regio, con el cabello recogido en un moño muy ahuecado del que salía un largo tirabuzón que llegaba a extenderse sobre su clavícula derecha. El vestido también era negro, pero más ostentoso, de escote cuadrado y mangas

ajustadas hasta el codo para luego volverse acampanadas. Sobre la escasa piel desnuda del pecho llevaba un collar impresionante, de oro y grandes piedras oscuras, a juego con los pendientes.

Debía ser la que había hablado, porque la voz no era la de lady Conway. Además, había sonado como una llamada al orden, pero sin demasiada fuerza, y ella era la que tenía aspecto de agotada. Aun así, se mantenía muy erguida, a pura fuerza de voluntad, y su mirada era directa y firme.

La gran silla de ruedas en la que parecía estar atrapada era una obra soberbia, de madera oscura llena de detalles tallados, con un respaldo tan alto que llegaba a la barbilla de la doncella que la empujaba, una muchacha fornida y mofletuda.

—Discúlpeme, prima Helena —replicó lord Northcott. Sí, era la anciana sentada la que había hablado. Lady Helena Hale, Kenley por matrimonio, condesa viuda de Acton. Miraba a su primo con el ceño fruncido, y él se mostró avergonzado, pero también terco—. Sé que me ha pedido templanza, pero es que, a veces, me puede la indignación.

—¿Es eso un triste intento de excusa para su espantoso comportamiento, lord Northcott? —preguntó a su vez lady Conway, enfadada—. Porque le aconsejo que intente alguna otra vía. Esa no sirve en absoluto.

Él afirmó la mandíbula.

—Perdóneme también usted, lady Conway. Sé que aprecia a la joven y no quise incomodarla. Pero a ambas les consta lo que opino respecto a todo este tema.

—Desde luego, nos lo has dejado muy claro —replicó lady Acton—. Y también sé que cursaste tus estudios en Eton y en Oxford, de modo que imagino que algo aprenderías sobre cómo debe comportarse un caballero ante una joven dama. Intenta mostrarte un poco civilizado, te lo ruego.

La reprimenda tuvo su fruto. Él inclinó la cabeza y cruzó las manos a la espalda, como un niño pillado en falta.

—Así lo haré. Lo lamento.

«¿Seguro?», pensó Olivia, no del todo convencida. De hecho, parecía más molesto que arrepentido, y debía ser así, porque no tardó en captar su mirada de reojo, llena de hostilidad.

A cambio, Olivia entrecerró los ojos. ¡Idiota! Si quería pelea, la tendría.

—Vamos, Florence, siéntate, querida —ofreció lady Acton a su amiga. Lady Conway agradeció con un gesto y se dirigió hacia un extremo del sofá—. Kitty, ponme junto a la chimenea, por favor. —Se estremeció—. Tengo algo de frío.

—De inmediato, milady —dijo la muchacha. Sus palabras dejaron traslucir un evidente cariño—. ¿Quiere que le traiga su mantita?

—No, gracias. El fuego será suficiente.

Mientras la movían por el salón, con un crujido continuo, Olivia se dedicó a mirarla, sorprendida y algo apenada.

Así que aquella era lady Acton en esos momentos. Aquel cuerpo envejecido y enfermo era lo que quedaba de la hermosa joven que contemplaba desafiante el futuro, desde el retrato del vestíbulo de Minstrel House. Y, aun así, aunque le costaba reconocerla por los detalles físicos, hubiese sido imposible no darse cuenta de que sí, que era ella. Tenía el mismo aire distinguido y elegante, y la misma mirada directa de entonces, aunque sus ojos parecían borrosos. ¿Quizá eran cataratas?

Recordó la advertencia de lord Mersett en el camino. Desde luego, parecía enferma. Aunque intentaba disimularlo, Olivia se percató de cómo luchaba por alzar los hombros y mantenerse erguida. La doncella la llevó hasta colocarla a un lado del sofá, frente a la mesita baja y cerca de la chimenea.

Desde allí, lady Acton le hizo un gesto.

—Acércate, niña, por favor. No te veo bien. —Ella lo hizo, hasta quedar a poca distancia. Lady Acton la estudió de un modo curioso y asintió—. De modo que tú eres Olivia Coombs —dijo por fin.

Desconcertada, ella dudó un instante antes de responder.

—Así es, milady. —Hizo otra reverencia, esta más cuidada, tal como le había enseñado su madre—. Un placer conocerla.

—La espalda más recta, niña. En Londres pensarían que estás gibosa —dijo. Su tono no fue desagradable, más bien divertido, pero Olivia no pudo evitar hacer una mueca—. Y procura no hacer gestos como ese. Son feos siempre, pero más en una muchacha casadera.

Ahí no pudo evitar echarse a reír.

—¿Casadera? ¿Yo?

Lady Acton la miró un poco sorprendida.

—Tienes veintidós años, que yo sepa. ¿No?

—Oh, sí. Así es. —¿Cómo sabía tanto? Y, lo más importante, ¿por qué le importaba tanto?—. Bueno, de hecho, cumplo veintitrés en noviembre.

—¡Veintitrés ya! —exclamó lady Acton—. ¡Dios mío! A tu edad, ya empiezas a correr peligro de ser considerada una solterona. ¡Y ni siquiera has intervenido en ninguna temporada!

—No te preocupes, Helena —dijo lady Conway—. Casarla de un modo adecuado podría ser una empresa difícil en otras circunstancias, pero, en este caso, no importa, no hay problema. Recuerda nuestros planes. —¿Planes? ¿De qué hablaban? Lady Conway se movió un poco en el sofá, dejando espacio entre ambas, justo en la esquina—. Ven, por favor, Livvy. Siéntate con nosotras.

Olivia titubeó, pero así lo hizo. Se acomodó en un aire que olía a una mezcla de los perfumes de flores que llevaban ambas damas, y entrecruzó los dedos en el regazo, para disimular su nerviosismo.

Lord Northcott optó por sentarse en uno de los sillones, a distancia prudencial de las tres mujeres, quizá intentando dejar claro que estaba presente en la reunión, pero en contra de su voluntad y de un modo secundario.

Justo en ese momento, entró la señora Burton seguida de Doll y Lucy, que empujaban un carrito en el que tintineaba el servicio de té. Su aroma, intenso y agradable, lo inundó todo. Lo sirvieron en la mesita baja, con rapidez y eficacia. ¡Qué barbaridad! Había canapés de muchos tipos, suficientes para saciar al doble de los presentes, doncellas incluidas, y también muchas pastas y dulces distintos, dispuestos en bandejas de varios niveles que parecían pequeñas torres.

El ama de llaves cogió la tetera. Miró a Olivia, aunque fue lady Acton quien preguntó.

—¿Cómo te gusta el té, niña?

—Solo, con tres cucharaditas de azúcar.

La señora Burton miró a lady Acton.

—No hay nada malo en ello —dijo esta última—, pero siempre es mejor mostrar mesura, sobre todo en una joven. A partir de ahora, tomarás una sola

cucharada.

Olivia arqueó una ceja.

—¿Eso haré? —Lady Acton no replicó. No pareció afectada por el ligero sarcasmo, no debió considerarlo importante. Al fin y al cabo, debía tener razón, porque la señora Burton sirvió la infusión según sus indicaciones, desdeñando los gustos de Olivia—. Gracias —se limitó a decir, cuando le tendieron la taza. La dejó en la mesa, sin probarla. De momento, no se atrevía a ir más allá en su rebeldía.

Tenía hambre, no había probado nada desde el desayuno, y habían pasado un buen montón de horas. Echó un vistazo a los emparedados, recordando el comentario que había hecho Worth sobre lo de que le guardase un par en el ridículo. Aquello le provocó una sonrisa y lamentó que no estuviese presente.

Vio que lord Northcott se daba cuenta de que pensaba en algo agradable, porque la miró con intriga, pero no preguntó al respecto. Mejor, porque no tenía ganas de hablar con él. Volvió a centrarse en los emparedados.

Había de muchas clases, algunas desconocidas, y tenían un aspecto muy apetitoso. Claro que, si echaba mano a uno, seguro que la regañaban, ¡menudos eran en Minstrel House! Decidió esperar a que se los ofrecieran. Si es que llegaban a hacerlo alguna vez.

Casi de inmediato, Doll cogió un platito y con unas pinzas de plata le organizó una selección y se la puso junto al té, con una servilleta preciosa. La doncella no la miró en ningún momento, pero en sus labios pudo ver el esbozo de una sonrisa. Bendita fuera.

Aun así, Olivia esperó un poco, preguntándose si podía empezar cuando todavía estaban sirviendo a otros.

—Adelante, querida —le dijo lady Acton, con amabilidad. Debía haberse percatado de lo que le ocurría—. Este es un té informal. Empieza, si te apetece.

—Gracias.

Worth había tenido razón: el primer emparedado que probó estaba delicioso, y seguro que los demás también. Olivia comió en silencio mientras terminaban de atender a lord Northcott, a lady Conway y a lady Acton.

Una vez acabaron, la señora Burton hizo un gesto. Debían tenerlo acordado,

porque, al momento, Lucy y Doll salieron de la sala. Entonces, lady Acton tomó un sorbo de su té con una nube de leche y dos cucharaditas de azúcar, y sonrió.

—Seguro que te preguntas qué estás haciendo aquí.

—Así es, milady. —Le devolvió la sonrisa—. Agradezco mucho la invitación, es un honor, y el té no puede estar más delicioso, pero no acabo de entenderlo.

La otra asintió, comprensiva. Miró a lady Conway.

—No sé si sabes que lady Conway, Florence, es una vieja amiga mía.

—Cada vez más vieja y más amiga —rio lady Conway. Lady Acton secundó su risa—. Solo falta Constance, bendita sea.

—Sí, ha sido una pena que haya tenido que quedarse en Londres. —Olivia supuso que se estaban refiriendo a lady Constance Hamilton, la condesa viuda de Clifford—. Pero bueno, quizá los médicos permitan que venga más adelante.

—Espero que pronto. Sería maravilloso poder pasear las tres juntas por Minstrel Valley de nuevo. —Sus ojos se volvieron soñadores, por algún recuerdo—. ¿Te acuerdas de cuando nos decíamos que algún día seríamos tres ancianitas que se apoyarían las unas en las otras para poder caminar?

Lady Acton asintió, también con un brillo especial en su mirada.

—Ya lo creo... Entonces lo decíamos por decir, porque nos hacía gracia. Creo que, en realidad, nos parecía imposible imaginar que llegara a ocurrir algo así.

—Es lo que tiene la juventud. Hace imposible creer que pueda llegar la vejez. Pero llega. —Se sonrieron—. Aquí estamos, amiga mía. Apoyándonos la una en la otra para poder avanzar.

Lady Acton dio un golpecito en el apoyabrazos derecho de su silla.

—¡Aunque sea en modo figurado!

Ambas rieron, como debieron reír en otras épocas, por tantas cosas que les parecieron divertidas. Lord Northcott contuvo una mueca, impaciente.

—Señoras, por favor, agradecería que fuesen a lo importante —protestó—. Entiendo que estén contentas de volver a verse, y que echen de menos a su amiga y los tiempos pasados, pero deben comprender mi preocupación.

—Desde luego, Marcus —convino lady Acton—. Lady Conway se refiere a que, juntas, vamos a corregir algo que lleva demasiado tiempo torcido. Como ya sabes, me visitó en Londres hace poco y hemos mantenido bastante

correspondencia. Hoy, ha tenido la amabilidad de venir a almorzar conmigo.

—Por favor, querida. —Lady Conway agitó una mano en el aire—. Ha sido un placer. Y pienso venir muy a menudo.

—Gracias, Florence. Sabes que esta es tu casa. —Sus ojos se dirigieron a Olivia, que escuchaba con la sensación de estar viviendo un sueño extraño que no acababa de entender—. La cuestión es que no podíamos demorar más este encuentro. Ha llegado el momento de que hablemos. Que os lo contemos todo a los dos. —Miró también a lord Northcott—. Porque tú conoces algunos datos, Marcus, e intuyes mucho, pero no lo sabes todo.

Él frunció el ceño.

—¿Hay algo más que esa carta que me mostró en Londres? Pues usted conoce mis sospechas. Y, por cierto, como representante de sus abogados, creo que yo debería haber estado al tanto de todo, antes de que usted hablase con la señorita Coombs.

—Sabes que no siempre hago caso a mis abogados, solo a ti, de vez en cuando. Y, en esta ocasión, no podía ser, Marcus. Ella tiene tanto derecho como tú a conocer de primera mano toda la historia.

Lord Northcott suspiró.

—De acuerdo. —Hizo un gesto de conformidad, o quizá de derrota—. De acuerdo, prima Helena. Como usted quiera. Estoy dispuesto a escuchar.

Lady Acton asintió. Se volvió otra vez hacia Olivia, que la contemplaba con los ojos muy abiertos, temerosa de entrar en pánico en cualquier momento.

—No te asustes —le dijo—. No tienes nada que temer, Olivia, de verdad. —Miró a su amiga—. Creo que es mejor que lleves tú esta situación, Florence. Conoces a la joven desde hace tiempo.

—Mucho, es verdad —respondió la interpelada—. Desde que era muy pequeña. —Le sonrió—. Y creo que nos apreciamos. ¿No es cierto, Livvy?

—Así es, milady.

—Entonces, te ruego que confíes en lo que te voy a contar. —Olivia asintió—. Un par de días antes de caer en cama para ya morir, tu madre fue a verme a Conway House. —Eso la tomó por sorpresa. Su madre no le había dicho nada—. Me extrañó, porque yo sabía que estaba ya muy enferma, claro. El doctor Wilson

la visitaba, por petición mía, y yo costeaba todas sus medicinas.

—¿En serio? —preguntó Olivia—. El doctor Wilson me dijo que le interesaba hacer un estudio de la enfermedad, y que por eso pasaba tanto tiempo con ella y le daba todo cuanto necesitaba.

—Yo le pedí que os dijera esa excusa. Ambas sabemos que Mery era bastante orgullosa. —Sonrió, mirándola con intención—. Igual que tú, aunque a ti hubiese podido convencerte, me consta que hubieras hecho cualquier cosa por tu madre, incluso comerte tu amor propio, pero preferí no ponerte en el aprieto. —Olivia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Pensé que quizá se había enterado, y que venía a protestar por eso. —Se volvió hacia lady Acton—. Mery Coombs era un encanto y una joven muy trabajadora, Helena. Sentí mucho su muerte.

—Lo lamento —dijo lady Acton, dirigiéndose a Olivia.

—Gracias —susurró ella. No iba a llorar, no iba a llorar... Notó sobre sí la mirada fría de lord Northcott. Seguro que esperaba detectar algo, cualquier pista, que le permitiera decidir que mentía.

Lady Conway bebió un sorbo de té y prosiguió su relato:

—No vino con reproches, creo que nunca llegó a descubrir nuestro pequeño ardid. Muy por el contrario, tu madre quería revelarme un secreto, algo muy... importante y perturbador. —Tomó aire, un segundo—. Me contó que, cuando tenía diecisiete años, se enamoró de Philip Hale, el entonces conde de Camden, heredero del marquesado de Northcott. Se conocieron en el Baile de Primavera que organizó aquí lady Acton.

—El primero y el último en el que fui anfitriona —dijo la mencionada—. ¡Y cómo lamento haberlo hecho! —Miró a Olivia con disculpa—. No por ti, mi querida niña, sino por lo mucho que perdí después.

—Sí, me temo que lord Camden también correspondió al amor de Mery —asintió lady Conway—. De hecho, iniciaron un romance secreto que duró algunas semanas y que les convenció de que no podrían vivir el uno sin el otro. Seguro de que su padre, lord Northcott...

—Mi hermano —introdujo lady Acton como inciso.

—Eso es. Seguro de que no consentiría un matrimonio entre ellos, el joven y

enamorado lord Camden convenció a Mery de que se fueran a Gretna Green y se casaran allí, sin necesidad de permiso de ningún tipo.

—¿Qué? —Olivia abrió mucho los ojos. Ni de lejos hubiera imaginado a su madre en una historia como esa. Sí que sospechaba que Bernard Coombs no había sido su auténtico padre, aunque se portara como tal durante su infancia, pero imaginaba que Mery se habría enamorado jovencita de algún campesino, alguien de su propio mundo. O su versión más novelesca: la de un aventurero que había pasado por allí, un hombre guapo y gallardo, que viajaba con una sonrisa en los labios y el olvido en el corazón—. ¿Y lo hicieron?

—Así es. Claro que lo hicieron. Esa fue la razón de su famosa ausencia del pueblo. Fue a Escocia para casarse, y volvió cosa de un mes después. Entonces, todavía no lo sabía, pero ya estaba embarazada. Lord Camden la dejó aquí, en casa de la abuela Joan, y él marchó para Londres, a contarle la noticia a su padre y tratar de resolver el entuerto.

—Por lo que parece, tuvieron una discusión terrible, que duró varios días —dijo lady Acton—. Yo no me enteré entonces, pero luego supe que mi hermano hasta le citó en el despacho de su abogado, para dejarle claro que pensaba desheredarle, pero Phil no se arredró. Dijo que estaba casado y casado seguiría. Advirtió a su padre que, si quería saber algo más de él, les hiciera llamar a ambos, a Mery y a él. Que, mientras tanto, solo mantendría contacto conmigo. Pensaba escribirme para contármelo todo y vivir en Minstrel Valley. Y hacia aquí partió.

Lady Conway agitó triste la cabeza.

—Pero nunca llegó.

—El caballo se encabritó, dijeron —susurró lady Acton—. Una mala caída, dijeron. Pero, la verdad, Olivia, es que una vida se trunca a veces así por pura casualidad, y destroza otras muchas a su alrededor, como un castillo de naipes. Mi hermano estaba delicado del corazón, ya había tenido un pequeño ataque al saber lo de la boda y... Bueno, no sobrevivió a aquello.

Lord Northcott había palidecido.

—La verdad, no veo razón alguna para recordar una situación tan lamentable —dijo.

—Permita que termine y lo entenderá, milord —replicó lady Conway. Casi lo dijo con el mismo tono que hubiese utilizado con un «jovencito»—. Cuando vino a verme Mery, me contó que, tras morir Philip, había intentado reclamar sus derechos como esposa de lord Camden y...

Él lanzó una risa seca.

—Supongo que se refiere a sus derechos como alegre y rica viuda.

Olivia le miró indignada.

—¿Cómo se atreve? Vuelva a usar ese tono al referirse a mi madre, y juro que le daré una bofetada.

El marqués titubeó, no por la amenaza, supuso Olivia, sino por el sentimiento intenso que expresaba su rostro. Y no era para menos. Estaba dispuesta a sacarle los ojos, si insistía en burlarse de Mery.

Lady Conway hizo un gesto, zanjando la disputa.

—Por favor... Luchaba por sus derechos, lord Northcott. Como cualquiera puede exigir los propios. —Él hizo una mueca, pero no replicó—. La cuestión es que, al intentar esa reclamación, Mery descubrió que, para entonces, el hermano de lady Acton ya había fallecido, y el título había recaído en un primo, Walter Hale.

—Mi padre, sí. Descendiente de un Hale que abandonó Londres y se estableció en York hace tres generaciones.

—Así es. Y era el único al que Mery podía dirigirse, puesto que lady Acton se había ido al extranjero, intentando superar el dolor de tanta pérdida.

—Fue un momento terrible —afirmó lady Acton, contemplando las llamas de la chimenea.

—Lo entiendo, querida. El caso es que Mery contactó con Walter Hale, pero sin mayor éxito. No hicieron caso de sus peticiones y siguieron con sus trámites para la transferencia del título. De ese modo, su padre se convirtió en el noveno marqués, lord Northcott. Usted es el décimo.

—Así es. Y mi padre se convirtió en él porque no había otros herederos.

—Se equivoca. En aquel momento, había un posible heredero. Mery estaba embarazada y podría haber sido un niño. —Él apretó los labios, un gesto con el que admitía que tenía razón—. Ocultaron esa posibilidad al mundo, para

quedarse con la herencia. Ya de por sí, hubiese sido un acto deplorable pero es que, además, Mery recibió serias amenazas. Incluso de muerte.

—¿Qué? —Lord Northcott entrecerró los ojos—. Lady Conway...

—Incluso de muerte, milord —insistió, sin hacerle caso—. Al niño no nacido y a ella. Tal cual me lo contó una mujer en la que yo confiaba por completo, y estando como estaba, a las puertas de la muerte. Su padre y su grupo de abogados se lo dejaron claro a través de un individuo misterioso que se presentó una noche en el pueblo, la secuestró de la casa donde vivía y la arrastró hasta el bosque.

»Allí, Mery vio que habían cavado un agujero, un hueco suficiente como para ser su tumba. El desconocido la arrojó dentro, la apuntó con una pistola y expuso las condiciones para permitirle seguir viviendo: o se casaba con otro hombre del que pudiera presuponerse la paternidad de la criatura o volverían a estar allí, así, y la situación terminaría de otro modo muy distinto.

—¿Qué? —repitió él, intentando contenerse—. ¡Eso que está insinuando no es posible!

—No lo insinúo, milord, *afirmo* —incidió en el término— lo que ella me dijo. Puede que fuesen simples amenazas, pero no se atrevió a arriesgarse. ¿Lo entiende? El padre Roberts, el párroco que teníamos entonces, también estaba asustado, así que la animó a aceptar y fue el que organizó su boda con Bernard Coombs. Y ella aceptó, porque ¿cómo podía una joven soltera, embarazada y pobre, luchar contra alguien tan poderoso? Por eso le digo que *no tuvo alternativas*.

Lord Northcott se puso en pie.

—¡Si de verdad piensan que voy a permitir que pinten a mi padre como un monstruo...!

—Pero ¿qué dice, lord Northcott? —replicó Olivia, sin poder contenerse. Estaba furiosa. Imaginar a su madre en semejante situación, tan sola y asustada... Le parecía terrible. ¡Malditos canallas!—. Él solo luchaba por sus derechos como alegre y rico marqués.

Él la fulminó con la mirada.

—Está de suerte. Yo no puedo decir lo de que le daré una bofetada si vuelve a

hablar así de mi padre.

—No, desde luego. —No permitió que la amedrentase, no tenía por qué consentírsele—. Pero es que no fui yo la que empezó este desagradable juego de ofensas, milord, sino usted. *Usted* se presentó en mi casa, tan elegante, tan estirado, a insultarme y mirarme por encima del hombro y no es más que una... una sabandija. —Él encajó el insulto con un parpadeo—. Espero que le quede muy claro ahora lo que se siente.

Él respiró agitado un par de veces, antes de contestar.

—Me queda muy claro, señorita Coombs. Si tanto le agrada saberlo, sí, me duele mucho todo lo que se está insinuando en esta sala sobre mi padre —replicó, tenso—. Quizá he sido injusto con usted, pero... me cuesta asimilar todo esto. No puedo creerlo.

Olivia le miró, apenada a su pesar, y se hizo un pequeño silencio.

—Marcus, siéntate, por favor —pidió entonces lady Acton. Al ver que no obedecía, insistió—. Por favor.

Lord Northcott dudó todavía un momento, pero lo hizo. Aun así, rebulló unos segundos en la silla, como si no encontrase postura. O quizá era que todo aquello no lograba acomodarse en su interior, porque dijo:

—¡Ni siquiera sabemos si esa maldita boda tuvo lugar, por amor de Dios!

—No —convino lady Acton—. Pero tú fuiste a Gretna Green. Diles qué encontraste.

—Nada —contestó, con tono cansado—. El hombre que los casó, en una herrería, lleva un libro de registros, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Olivia, nerviosa. Lord Northcott frunció el ceño.

—Pero habían arrancado la página correspondiente al mes y año en que se supone que tuvo lugar ese matrimonio.

—¿Qué? —dijo Olivia. Maldición... Se le ocurrió una idea—. ¿Y ese hombre no recuerda si casó al conde de Camden, por casualidad?

—No. Se lo pregunté, claro, pero han pasado más de veinte años, y resulta que, antes que él, estaba su tío, que ya falleció. —Titubeó—. Al parecer, le mataron durante un intento de robo.

—¡Pudo ser ahí cuando la arrancaron!

—Eso pensé, sí, pero entonces no se les ocurrió mirar, y no lo podemos asegurar por completo. Insistí, buscando posibles testigos, pero nada. Allí hay matrimonios de continuo, ni se imaginan cuántos. —Hizo una mueca, llena de intención—. Hay mucho embaucador, ya sabe. Todos esos matrimonios se celebran por un interés que pocas veces tiene algo que ver con lo romántico.

—Sospecho que es algo tan triste como habitual —replicó ella—. Estoy segura de que usted mismo no se casará por amor, sino por lo ventajoso que pueda serle dar ese paso. —Le vio vacilar, pillado en falta, y eso le produjo una gran satisfacción—. En todo caso, eso quiere decir que el matrimonio sí que se celebró y que alguien quiere ocultarlo.

—También podría indicar que no se celebró y que alguien quiere insinuarlo.

—Es posible, pero yo no pretendo tal cosa ni he ido nunca a Gretna Green. Sin embargo, usted sí tenía un claro interés en que, de haber habido boda, justo esa página no estuviese.

Le vio fruncir el ceño.

—¿Está diciendo que yo arranqué esa maldita hoja?

—Digo que pudo hacerlo. —Olivia se encogió de hombros—. Y sale ganando con ello.

—Cómo se atreve, pequeña...

—¡Marcus! —exclamó lady Acton—. Haz el favor. Ella no tiene la culpa de lo que está pasando. Tampoco la tienes tú, querido —añadió, con sentimiento en la voz—. No te mortifiques ni contraataques para aliviar tu dolor. Escucha lo que ocurrió. Tienes que hacerlo porque también lo intuyes. ¿Verdad?

—No es...

—Sé sincero contigo mismo, Marcus, vamos. Lo intuyes.

Por primera vez, lord Northcott pareció vulnerable. Tragó saliva.

—Yo... Prima Helena, no sé si podré soportarlo.

—Tú no eres tu padre. No respondes por él ni has heredado sus culpas. Escucha lo que tenemos que decir y toma tus propias decisiones. —Cuando estuvo segura de que no iba a decir nada, se volvió hacia su amiga—. Adelante, Florence, continúa, por favor.

Lady Conway asintió.

Capítulo 5

—Lord Northcott no arrancó esa página —siguió diciendo la amiga de lady Acton—. Me consta que llevaba ya mucho tiempo desaparecida. Verán, hace unos años, Mery se enteró de que Walter Hale estaba gravemente enfermo y me pidió ayuda para contratar un abogado. Entonces me dijo que era por un tema de una herencia, no añadió nada más, y yo ni imaginé que pudiera estar relacionado con tu familia.

—No querría implicarla demasiado, por si acaso —sugirió Olivia.

—Eso pienso. Pero, en aquella última visita antes de su muerte, me explicó que había tenido intención de conseguir todas las pruebas posibles y pedirme que te las enviase a París. Entonces, tú vivías allí, Helena —dijo a su amiga—. Quería que estuvieses al tanto de la situación, para estar preparados por si se podía hacer algo ante los tribunales cuando... —Miró de reojo a lord Northcott, pero él no reaccionó—. Bueno, cuando ese hombre muriese y, por tanto, no hubiese nada que temer de él.

—Entiendo. —Lady Acton asintió— Pero nunca lo hizo.

—No. El abogado que le conseguí, alguien que no cobraba mucho pero tenía reputación de lograr buenos resultados, empezó por intentar conseguir un certificado del matrimonio, y para ello viajó a Gretna Green. Allí descubrió la desaparición, con lo que dio la impresión de que habían llegado a un callejón sin salida, que no había modo alguno de conseguir nada.

—Pobre mamá... —musitó Olivia.

Lady Conway negó con la cabeza.

—No, Livvy, ya digo que, a pesar de todo, era un buen abogado. Por eso, se le

ocurrió una posibilidad: que el padre Roberts declarase lo ocurrido, lo que él sabía. Lo de aquel individuo que vino a Minstrel Valle, en nombre de los abogados de Walter Hale; su imposición de una boda, su secretismo...

—Sí, nos hacemos una idea —dijo lady Acton.

—El párroco aceptó, ya les digo que era una bellísima persona, pero el abogado no estaba seguro de que lograsen su objetivo en los tribunales solo con eso. De hecho, su idea era, jugando la baza de esa confesión por parte de un sacerdote muy apreciado por todos, negociar con los abogados de Walter Hale y su heredero, y llegar a un acuerdo si querían evitar el escándalo. Con esa idea regresó a Londres. Lo último que Mery supo de él fue que iba a pedir una cita para tratar el asunto.

—Pero eso no significa que... —empezó lord Northcott.

Lady Conway adelantó apenas el bastón.

—Disculpe, milord, deje que le explique qué ocurrió a continuación, y ya termino. —Él la miró tenso y Olivia se dio cuenta de pronto de que estaba aterrado. Lady Conway prosiguió sin esperar respuesta—. Una noche, poco después, la iglesia de Saint Mary ardió, no sé si lo sabe. El fuego se inició en la sacristía y se quemó buena parte del edificio. Hubo que reconstruir la torre, con lo que aprovechamos para añadir un reloj, que no va bien pero es bonito, todo hay que decirlo. Pero, lo más grave, fue que en el incendio murió el pobre padre Roberts. Esa fue una pérdida terrible, se lo aseguro. Una auténtica tragedia para todos los que vivimos en Minstrel Valley. Era una buena persona.

—No estará insinuando...

—Mery estaba preocupada, claro —siguió ella, sin hacerle caso—. No sabía a qué atribuir lo sucedido. Esperó a contactar con su abogado, pero, viendo que pasaba el tiempo y no tenía noticias, fue ella la que le escribió. Nada. Ninguna respuesta. Decidida a descubrir qué pasaba, se fue a Londres a verle. Entonces supo que había muerto. Lo habían asaltado en la calle, al parecer para robarle. En su despacho, nadie sabía nada de un caso a nombre de Mery Coombs.

—Oh. —Olivia se llevó una mano a la boca—. Pobre mamá...

—Pues eso no fue todo. Poco después, una noche, se presentó en su casa el mismo hombre que la había presionado para que se casase con Coombs, y le dijo

«Tienes una hija y ya no hay pruebas de nada, todos los demás están muertos, de modo que estamos dispuestos a dejarte en paz. Pero no habrá más advertencias, Mery Coombs». Solo eso. Fue suficiente.

—Qué horror... —susurró Olivia.

—Eso no significa... —empezó lord Northcott. Esa vez, nadie le interrumpió, pero él no supo terminar la frase.

Lady Conway lo miró con pena.

—Mery estaba aterrada —dijo—. Tanto que, en aquel momento, decidió abandonar el asunto, por completo, incluso cuando supo que habías vuelto a Inglaterra, Helena. —Ambas mujeres cabecearon, contritas—. Llevó su vida dando la espalda a todo aquello, centrada en la educación de su hija, en ofrecerle una vida tranquila y feliz. Si resolvió retomarlo hace poco, fue porque se estaba muriendo.

—Qué triste —musitó lady Acton, pensando en algo.

Lady Conway asintió.

—Por eso, aquel día Mery vino a hablar conmigo —siguió explicando, a todos en general—. Me lo contó todo y me entregó esa carta para lady Acton, en la que hablaba de su matrimonio, de sus intentos de contactar y de su deseo de que tutelase a Olivia hasta su mayoría de edad. Eso era, en realidad, lo único que le importaba. Sabía que, si lady Acton se ocupaba de Olivia, no le faltaría nunca de nada.

—La que te mostré, Marcus —le dijo lady Acton a lord Northcott. Él asintió.

—Lo imaginé.

—Eso es. —Asintió también lady Conway—. En ella no quiso hablar del hombre y sus amenazas... —Su expresión se entristeció—. Supongo que seguía teniendo miedo, en definitiva. Pero da igual, porque yo soy su testigo y he redactado una declaración completa ante mis abogados, contando todo lo que me explicó aquella tarde, por si se necesita utilizarla en los tribunales, llegado el caso.

Lord Northcott no la miró muy complacido.

—Gracias —dijo.

Lady Conway sonrió.

—De nada. La carta la llevé a Londres en la última visita que hice a Helena. —Apretó los labios—. A mi regreso, iba a contarle a Mery que nos disponíamos a solucionarlo todo del mejor modo posible, pero... justo me enteré de que había fallecido. Solo pude ir a su entierro.

—Yo pedí a Marcus que fuese a Gretna Green a comprobar si lo de la página perdida era cierto —dijo lady Acton—. Aunque no le dije lo que había declarado Mery. Perdóname, querido. No sabía si podía fiarme de la palabra de ese abogado, necesitaba estar segura. Pero no quería contarte nada más de todo el asunto hasta estar aquí. Con Olivia.

Él se frotó el entrecejo.

—Está bien...

Lady Acton le estudió unos segundos, como asegurándose de que estaba bien, y se dirigió a Olivia.

—En cuanto regresó, emprendimos camino hacia aquí, con su respuesta. He venido por ti, Olivia. —Vaciló—. Aunque también es verdad que, la noticia, el saber todo esto, me causó tal conmoción que sufrí un pequeño ataque. Los médicos me han aconsejado tranquilidad y me recomiendan la vida en el campo. Qué apropiado, ¿no? —Sonrió—. Está claro que el ajeteo de Londres ya no es para mí.

Lady Conway hizo un gesto con la cabeza.

—Lamento que estés mal, Helena, tú lo sabes. Pero me alegro de que algo, la razón que sea, te haya vuelto a traer aquí.

Dijeron algo más, pero Olivia casi no les hacía caso. Estaba colapsada, no dejaba de dar vueltas a toda aquella información. ¡Le resultaba tan increíble! Supuso que tanto como a lord Northcott, que tenía una expresión oscura y amarga. Casi diría que sus ojos estaban llenos de lágrimas, con las pupilas fijadas en el fuego.

Sintió una punzada de lástima por él. Se había obcecado en la teoría de que todo aquello era un montaje de ella y su madre, para poder escapar a una verdad que le atormentaba.

—¿Y dice que le escribió una carta? —preguntó a lady Acton, recordando el detalle—. ¿Mi madre, a usted?

—Así es. Y, por cierto, venía acompañada de un sobre cerrado, a tu nombre.

—¿Qué? ¿En serio?

—Creo que lo mejor será que la leas por ti misma. —La anciana hizo un gesto y su doncella, Kitty, sacó del bolsillo del delantal un sobre. Se lo tendió—. Cógela, Olivia, por favor.

Ella lo hizo, por supuesto. Lo tomó con un gesto rápido y nervioso, y sacó un par de pliegos de papel, además de un sobre más pequeño, cerrado. Reconoció de inmediato la letra de su madre, algo infantil pero muy cuidada.

Pensó en centrarse primero en los pliegos, pero le tentaba más el mensaje que le había dejado a ella, de modo que abrió el sobre y leyó a toda velocidad, sintiendo el corazón golpeando muy fuerte en su pecho.

Era un texto breve, en el que le pedía perdón por haberle ocultado todo aquello, le aseguraba que lord Camden era su padre y le contaba, con pocos detalles, el modo en que se conocieron, en los jardines traseros de Minstrel Valley, en el Baile de Primavera de mil ochocientos doce. Mery le describió una escena que encontró muy romántica. Su madre había visto algo, un nombre de mujer tallado en las piedras romanas del muro, y estaba observándolo cuando se había acercado lord Camden...

¡Qué bonito! El amor había surgido entre ellos, con fuerza, y ya no fueron capaces de imaginar una vida el uno sin el otro. Por eso fueron a Gretna Green y se casaron, y por eso habían estado dispuestos a afrontarlo todo. Aceptaba incluso todo lo terrible que había ocurrido después, a cambio de haber podido vivir con Philip Hale aquellos días.

Olivia parpadeó, intentando controlar las lágrimas. Allí tenía un atisbo de cómo había sido su auténtico padre y sintió una pena enorme por no haber podido conocerle. Dobló de nuevo el papel y lo guardó para releerlo más tarde a solas. Sospechaba que lo haría muchas veces, muchas, el resto de su vida.

En la carta escrita a lady Acton, más extensa, Mery contaba lo que ya se había oído en esa sala: la historia de su matrimonio y que no había podido lograr que lord Northcott la escuchase en su reclamación.

Pero no mencionaba las amenazas ni lo del abogado, ni tampoco lo del incendio en la iglesia. No había nada comprometedor para nadie. Era como si

hubiese tenido mucho cuidado en evitar plasmar acusaciones de ningún tipo. A ese respecto, solo insinuaba que lady Conway conocía toda la verdad, y le encomendaba a lady Acton el bienestar de su hija, le pedía que se ocupase de ella y la protegiese de un modo legal hasta su mayoría de edad. Le otorgaba para ello todos los poderes necesarios.

También, aportaba un par de datos con los que intentaba demostrar que no mentía en sus afirmaciones, que había conocido bien a lord Camden. Como, por ejemplo, los nombres cariñosos que se daban entre tía y sobrino cuando él era pequeño, «mami Helena» y «pequeño Phil-Phil», o Faerye, el nombre de un país mágico que inventaron juntos, también en su infancia.

Finalizaba con un rotundo:

Es la hija de Phil, no lo dude, lady Acton. Del «pequeño Phil-Phil». Lo que queda de él en este mundo, está en ella.

—¿Es cierto esto, de «pequeño Phil-Phil»? —preguntó Olivia.

—Sí —afirmó lady Acton—. Fue mi único sobrino, y yo no he tenido hijos. Phil ocupó todo ese espacio en mi interior. De pequeño, yo le llamaba «mi pequeño Phil-Phil». Y creamos juntos ese reino mágico que menciona, Faerye, cuando él era un niño y yo una jovencita... bueno, soñadora. Gracias a esa palabra mágica que no podía pronunciarse más que con el corazón, nos escondíamos allí, juntos. —Suspiró, triste—. Era un muchacho maravilloso. Su muerte fue un duro trance para todos. Mi hermano no pudo soportarlo y para mí ya nada ha sido lo mismo.

—Entonces, no tiene ninguna duda. Mi madre decía la verdad. —Ella también lo creía, pero no pudo evitar plantearlo como una pregunta—. ¿Se casó con él y soy su hija?

—Eso creemos, sí. —Las dos damas asintieron—. Además, te veo, y reconozco en ti los rasgos de mi familia. Tienes los ojos de mi madre, Olivia, y te pareces mucho a mí misma, cuando tenía tu edad, aunque yo era rubia. —Sí, a eso se debía aquella sensación extraña que le había provocado el retrato del vestíbulo. Olivia lo entendió de pronto. ¡Claro que sí! La nariz, las cejas, la

suave línea de la mandíbula... Eran muy parecidas—. No dudo de que seas la hija de Phil. Y, en realidad, es lo único que me importa de todo esto. Por eso voy a hacerme cargo de ti. —Sonrió—. Tienes que saber que, en estos momentos, soy tu tutora legal.

Olivia arqueó ambas cejas.

—No puede hablar en serio.

—Por completo. Como ves, tu madre me pidió que me ocupase de tu futuro. Sobre la base de esa carta, mis abogados, el despacho de mi primo aquí presente, se pusieron de inmediato con la tarea de llevar a cabo los trámites para establecer tu tutela, puesto que todavía eres menor de edad. Y voy a asegurarme de que todo te va a ir muy bien en el futuro.

Se hizo un profundo silencio. Fue lord Northcott el que lo rompió, incómodo.

—Mi padre era un hombre... implacable. Para ser exactos, nunca estuvimos muy unidos, aunque yo, de pequeño... —Dio la impresión de ser incapaz de terminar la frase y negó con la cabeza—. Pero da igual, no creo que pudiera hacer las cosas que insinúan. Ni puedo ni quiero creerlo. —Miró a lady Acton y lady Conway con intención—. Ni una palabra a Harmony sobre todo este asunto.

—No te preocupes —replicó lady Acton—. Por eso he pedido a la señorita Chatham que se la llevase a tomar el té a la posada. No debía estar presente en esta reunión.

—No es necesario que la niña sepa nada, desde luego —convino lady Conway.

—¿Quién es Harmony? —preguntó Olivia.

—Mi hermana pequeña —explicó él.

—¿Tiene usted una hermana? —Hizo una mueca—. Ahora lo entiendo todo. Debió heredar toda la simpatía de la familia.

—Muy graciosa. Solo tiene catorce años. No quiero que sepa nada de esto. Nada. —Esperó hasta que Olivia asintió, indicando que lo había entendido y lo aceptaba, y agitó la cabeza—. Investigaré el asunto en el despacho, no lo duden. Si mi padre hizo esas cosas, debió dejar algún rastro, pruebas. —Volvió a mirar a Olivia—. Y, si lo hizo, intentaré compensarla.

Eso la sorprendió.

—¿De verdad? No es necesario, pero se lo agradezco.

—Yo también —dijo lady Acton—. Gracias, Marcus. Y voy a apelar a tu caballerosidad y sentido de la justicia, para pedirte algo más.

—¿El qué?

Lady Conway y lady Acton se miraron. Esta última se lo pensó un momento, como buscando las palabras adecuadas.

—Hemos pasado la mañana hablando y reflexionando sobre el problema. Que Livvy sea mi pupila es una buena medida para asegurar su futuro, pero no suficiente. Su edad y su pasado son serios lastres a la hora de concertarle un buen matrimonio. Sabes tan bien como yo que solo conseguiría para ella algún título menor, y necesitado de fondos.

Lord Northcott asintió.

—Con suerte, sí.

—Sin embargo, se nos ha ocurrido una idea para que, a pesar de todo lo ocurrido, nuestra querida Livvy pueda tener la legitimidad legal de vivir la vida que hubiese debido tener. Ser la que hubiese sido, de no interceder una... mano oscura por ahí. —Inclinó la cabeza a un lado, los ojos fijos en el marqués—. De que pueda ser lady Olivia Hale, por completo.

Él se la quedó mirando, como si hubiese entendido un mensaje nada grato. Olivia frunció el ceño.

—¿Y eso cómo podría conseguirlo? —preguntó.

Lady Conway sonrió.

—Casándoos vosotros dos, por supuesto.

Olivia les miró horrorizada. Durante un momento, no supo qué replicar.

—No lo dirán en serio...

—¡Por supuesto que sí! —aseguró lady Acton—. ¡Es una idea muy apropiada, Olivia!

—Lord Northcott te dará el apellido que hubieses debido tener —explicó lady Conway—. Y te dará la nobleza que te corresponde, en justicia. La que hubieras debido vivir desde siempre, de no haber intervenido... —Se encogió de hombros — alguien.

Olivia titubeó, aturdida.

—De verdad, no entiendo de dónde sacan la peregrina idea de que voy a aceptar. Su primo, lady Acton, no ha hecho nada más que ofendernos, a mi madre y a mí, desde el mismo momento en que se presentó en mi casa. Es un hombre que me resulta muy desagradable.

—Estoy aquí, presente —replicó lord Northcott, con fastidio.

—Mejor, así puede oírlo de primera mano: *no voy a casarme con usted* —resumió, fulminándolo con la mirada—. No voy a culparle por lo que su padre pudo hacerle a mi madre y hasta puedo entender su actitud, en cierta medida, pero por Dios que no pienso tratarle más de lo imprescindible.

—¡Pero no puedes negarte! —replicó lady Acton—. ¡Eso te convertirá en marquesa de Northcott! Serás una dama en lo más alto de la sociedad londinense, Olivia. Justo lo que hubieses debido ser, desde tu nacimiento, insisto.

—Ya. Pues me da igual, milady. He vivido siempre en una familia humilde y le aseguro que no he echado de menos sus bonitos salones. —Señaló con un gesto a lord Northcott—. Y menos a la gente como él. —Se puso en pie, incapaz de soportar la idea de que insistieran—. Será mejor que me vaya. —Miró hacia la ventana. Se había olvidado del día terrible que hacía, y había empeorado mucho. De hecho, estaba diluviando—. ¡Oh, maldición!

—¡Livvy! —exclamó lady Conway—. Una dama no jura jamás, al menos en público.

—Es que llueve muchísimo, milady. Me voy a empapar antes de terminar de bajar la escalera de entrada.

—No te preocupes por eso —dijo lady Acton—. Tienes aquí tu habitación ya preparada, por supuesto. Ahora subirás y descansarás un rato hasta la hora de la cena. Entonces, conocerás a Harmony, así que no podremos hablar, pero más tarde trataremos de conciliar posturas. —Tal como la miró, le dejó claro que no iba a aceptar un no por respuesta—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

¿Quedarse allí? Estaba claro que en Minstrel House se habían empeñado en desconcertarla.

—Se lo agradezco, pero tengo que volver a casa. La señora Meyers ya habrá vuelto, y mañana tengo que trabajar.

—Pedí a Marcus que mandase una nota para la señora Meyers, no te

preocupes. En cuanto a lo otro... Tengo entendido que eres maestra. ¿No, Florence?

—Así es —confirmó lady Conway—. Da clases en la escuela del pueblo.

—Gracias a usted, milady —asintió Olivia, con auténtico aprecio—. Me consta que ha sido siempre mi respaldo y que por eso no he perdido el empleo, pese a mis disputas con el padre Ellis. Nunca lo olvido.

—No te preocupes. —Lady Conway sonrió—. Siento un gran placer en llevarle la contraria a ese enviado del demonio disfrazado con sotana.

—¿Florence! —exclamó lady Acton, escandalizada—. No deberías hablar así de un párroco, y menos delante de una joven.

—Oh, bueno. Ya veremos qué palabras le dedicas antes de finalizar el año. —Bufó de un modo que hasta pareció elegante—. Te aseguro que crispa los nervios de la más santa.

—El tiempo dirá. En todo caso, no puedes seguir haciéndolo —dijo lady Acton, dirigiéndose a Olivia.

—¿Haciéndolo? ¿El qué?

—Dar clases allí, claro está. Ahora debes tener en cuenta que eres la pupila de la condesa viuda de Acton. No es apropiado que una joven de tu categoría trabaje, y menos en una escuela de pueblo, querida —intentó explicarle, con afecto, sin percatarse de la mirada de dolor de Olivia—. Quizá de institutriz o de dama de compañía en una buena casa, si la fortuna te hubiese sido contraria, como le ha ocurrido a la señorita Chatham... Pero, por suerte, tú tienes una familia, y con Marcus harás un buen matrimonio. No necesitas un empleo para vivir, ni mucho menos ocuparte de los niños de pastores y campesinos.

Sabía que tenía razón. En el mundo en que vivían, las cosas eran así, por poco que le gustase. Si lady Acton la tomaba bajo su amparo, debería dejarlo. Pero adoraba su escuela, adoraba dar clases, saber que esos niños aprenderían a moverse en el mundo gracias a lo que fuese capaz de enseñarles. Se le hacía muy difícil renunciar a todo aquello.

Tragó saliva.

—Lo lamento, pero eso tendré que decidirlo yo. Igual que mi matrimonio.

—¿En serio, señorita Coombs? —Lord Northcott la miró con expresión crítica

mientras se cruzaba de brazos—. Tantas vueltas para terminar como todos sabemos aquí: convertida en la marquesa de Northcott. Eso sí, le reconozco que ha acertado en su vaticinio: al final es cierto que yo no voy a casarme por amor.

—¡Marcus! —Lady Acton frunció el ceño—. Haz el favor. Si no vas a ayudar, guarda silencio.

Olivia le lanzó una mirada asesina.

—Qué petulante. Pues sepa que, al menos en mi caso, no va a ser así, lord Northcott. Yo ya estoy comprometida.

—Ah, ¿sí? —Aquel maldito tuvo el valor de echarse a reír—. ¿Y quién es el afortunado, si puede saberse?

—Me voy a casar con el condestable Worth. Y si siguen insistiendo en sus absurdos planes, adelantaremos la boda.

¿Había dicho eso? ¿En serio? Olivia titubeó. ¿Estaba de verdad dispuesta a atarse para siempre a Nerian Worth, con tal de escapar de ese plan descabellado? *Ese otro plan descabellado*, debería decir. En realidad, podía ser la excusa que estaba esperando, la razón que la impulsara a aceptar una propuesta que sabía que era aconsejable, aunque no terminara de ilusionarla.

Lord Northcott no pensaba igual. Al menos, esa impresión dio.

—¿Worth? —Su expresión divertida varió por completo. Frunció el ceño—. ¿Va a despreciarme por un condestable de pueblo? ¿En serio?

Lady Conway carraspeó.

—En realidad, el señor Worth es un partido excelente para cualquier muchacha de Minstrel Valley. Bueno, trabajador, inteligente y considerado. No sabía que estabais entablando relaciones, Livvy, tu madre no me lo dijo. Te aseguro que lo hubiera valorado con gusto en cualquier otro momento. —Agitó la cabeza—. Pero ya no es una opción, querida. Ya no. Eres lady Olivia Hale, pese a que no podamos demostrarlo. Debes aprovechar la oportunidad que te da la vida y casarte con lord Northcott para subsanar ese lamentable obstáculo.

Lady Acton asintió.

—Opino igual. De hecho, no voy a dar mi consentimiento a esa boda tan poco apropiada, Olivia.

—¿Qué? —preguntó ella, atónita. Lady Acton la miró, con firmeza.

—Que soy tu tutora, y no te casarás con el señor... Eh...

—Worth —le recordó lady Conway.

—Eso. El condestable. Si no quieres casarte con Marcus lo aceptaré. No lo entenderé, porque no conseguirás mejor partido por mucho que busquemos por toda Inglaterra, pero lo aceptaré, qué remedio. No voy a obligarte a casarte con nadie. Eso sí, se te preparará para participar en la temporada en Londres. Dime, ¿has aprendido a bailar?

—¿Bailar?

—Por supuesto. Tienes que acudir a las fiestas y estar a la altura. No hay nada más espantoso que una mala pareja de baile. Y puede que solo pueda conseguir para ti un vizconde, o un barón sin apenas rentas, pero al menos será alguien noble. —Vaciló un momento—. Esperemos, al menos, que haya alguno de tu gusto.

¡Qué barbaridad! Olivia negó con la cabeza.

—Le agradezco mucho su interés, pero...

—Nos veremos en la cena, a las ocho en punto, querida —la cortó lady Acton. Para tener una apariencia tan débil, sabía ser contundente. Debía formar parte de la herencia de sangre de los Hale—. Intenta reflexionar, está claro que lo necesitas. No permitas que tu enfado nuble tu buen juicio. En esta vida, más vale estar en una posición de poder, y se te está ofreciendo la oportunidad de conseguir mucho.

—Pero...

—Por favor, Livvy —intercedió lady Conway, preocupada por que terminaran discutiendo—. Haz caso, te lo ruego. Date cuenta de que esto es lo que deseaba tu madre. Ella fue la que lo inició todo. Me pidió ayuda para poder situarte bien, y es lo que pienso hacer. Desde el momento en que se casó con lord Camden y supo que te esperaba, su empeño fue que se te reconociera por quién eres. No hagas que todos sus esfuerzos fueran en vano.

¿Cómo oponerse a eso? Olivia apretó la mandíbula. Bueno, podría quedarse esa noche. Cenaría con ellos y trataría de hacer ver a lady Acton que debían encontrar un modo de conciliar esa nueva vida que le ofrecían con la que había tenido hasta ese momento.

Lady Acton les miró, a ella y a lord Northcott.

—Entiendo que vosotros dos no habéis empezado muy bien, pero yo conozco a Marcus y sé que es un buen hombre. Será un buen marido, Olivia, puede llegar a hacer feliz a cualquier mujer. Intentad entenderos. Marcus, por favor. Es importante para mí.

La voz se le estranguló y Olivia pensó que estaba muy pálida. Lord Northcott la estudió, preocupado.

—Por supuesto, prima Helena. Creo que tiene usted razón, me he dejado llevar por mi temperamento y he provocado una situación incómoda. Pero haré lo posible por solucionarlo, se lo prometo.

—Gracias —suspiró—. Ahora debo descansar. ¿Florence, vienes conmigo? Si no escampa, podrías quedarte también a dormir.

Lady Conway apoyó una mano en su hombro.

—No te preocupes, en el coche llego en un momento, y debo regresar, tengo cosas que hacer. Pero me quedaré todavía un rato contigo, claro que sí.

—Estupendo. Vamos, Kitty. Y que alguien avise a Goliath para que se reúna con nosotros y me suba a mi habitación. —La doncella empezó a empujar la gran silla hacia la puerta—. Señora Burton, ocúpese de que acomoden bien a nuestra querida Olivia en su habitación, por favor.

—Por supuesto, milady, de inmediato —dijo el ama de llaves. Esperó a que salieran y, como Olivia no se había movido, se dirigió a ella—. ¿Me acompaña, por favor, lady Olivia?

«Lady Olivia». Qué extraño sonaba. Había entrado en esa sala como «señorita Coombs» y, de pronto, era otra muy distinta. Tardaría en asimilarlo.

Se volvió hacia lord Northcott. Él se limitó a devolverle una mirada directa, pero que no indicaba nada.

Olivia y él intercambiaron sendas reverencias, con gesto de enfado, y se fue tras la señora Burton.

Capítulo 6

—Milady, buenas tardes —oyó. Olivia fue incapaz de reaccionar, con la cara medio aplastada contra la almohada, atrapada por un sueño profundo en el que su madre y ella preparaban un pastel bajo la atenta mirada de lord Northcott. La tocaron con suavidad en el hombro—. ¿Lady Olivia?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, sentándose de un brinco en la cama al darse cuenta de que se referían a ella. Distinguió una figura cerca.

La doncella, una muchacha rubia, bajita y algo regordeta, pegó un salto hacia atrás, y, asustada, tropezó y estuvo a punto de caerse.

—¡Lady Olivia! —exclamó, con alarma. ¿Le ocurre algo?

Olivia se pasó una mano por la cara, aturdida, mientras iba recordando todo. Estaba en Minstrel House, en su supuesto nuevo dormitorio, un lugar encantador decorado en tonos crema y rosa, muy femenino. Doll la había ayudado a quitarse el vestido, porque, tal como le aseguró, iba a estar más cómoda con la bata de seda que le había llevado.

Olivia había intentado interrogarla, pero sin mayor éxito, porque la muchacha no sabía nada útil. Cuando se quedó sola, se tumbó en la cama «solo un momento» para descansar, abrumada por todo lo vivido en esa reunión extenuante.

Como hubiese debido imaginar, se había quedado dormida.

—No, no —replicó, con voz densa. Carraspeó mientras se frotaba el rostro con la mano—. Estoy bien, gracias.

—Bueno... —La muchacha esperó todavía un poco, hasta convencerse de que no iba a volver a gritar. Entonces, sonrió—. Soy Sally, milady, Sally Findlay, la

doncella personal de lady Acton. Me ha pedido que me ocupe de usted hasta que tenga ya todo organizado.

—Mmm... ¿organizado?

—Sí, tardaremos unos pocos días. Entonces, le buscarán una doncella para usted sola.

—¿Eh? —La miró sorprendida. ¿Una doncella para ella sola? Jamás hubiese imaginado contar con semejante lujo—. No creo que sea necesario.

—Por supuesto que sí. Pero eso llegará en su momento. Ahora, para empezar, la prepararemos para la cena. Un buen baño le sentará divinamente.

Abrió la puerta e hizo un gesto con la mano. Al momento entraron Lucy y Doll, llevando una tina entre ambas. Era lo bastante grande como para que alguien de la altura de Olivia se recostase con toda comodidad en su interior, y relucía.

Sally se dirigió a un armario y empezó a preparar toallas.

—Luego, le ajustaré un vestido que ha traído lady Acton para usted. Lady Conway le indicó las medidas, de modo que esperamos que le vaya bastante bien. En todo caso, mañana vendrá *madame* Didiane desde Londres, con telas y varias ayudantes. Como le digo, en pocos días lo tendrá todo.

—¿*Madame* Didiane?

—Así es. —Se dio cuenta de que Olivia se había quedado intrigada—. ¿Es que no sabe quién es?

—Pues... no.

—¡Por Dios santo, milady! ¡*Madame* Didiane es una de las mejores modistas de la ciudad, y estoy por decir que de toda Inglaterra y sus vastas extensiones!

—¡Del mundo! —exclamó Doll, mientras salía por la puerta.

Lucy aportó una muequita que quizá quería decir que hubiese matado por uno de los vestidos de aquella mujer.

—Sí, del mundo, claro —convino Sally—. Eso he dicho. Viste a todas las grandes damas, incluso a la realeza, y se va a encargar de hacerle a usted un guardarropa completo.

—¿Modista? ¿Realeza? ¿Qué? —¡Madre Santa, lo que costaría aquello! No podía ni pensar en ello, como para poder permitírselo. Olivia se movió hacia el

borde de la cama, pero se quedó sentada—. Pero yo no puedo... Tengo mi ropa, no necesito nada más.

—Respecto a eso... —Sally enarboló el vestido que había llevado puesto. El gesto, algo despectivo, podría haber servido para un trapo cualquiera—. No se ofenda, pero esto ya era triste antes de teñirlo de negro.

Olivia apretó los labios.

—Lo cosió mi madre. Es el último que me hizo, antes de morir. Y es *precioso*.

—Vaya. —Sally se ruborizó y puso cara de circunstancias—. Disculpe, milady. Soy única para meter la pata hasta el fondo, ya me irá conociendo. —Suspiró—. En todo caso, lo lamento de verdad, pero eso no cambia las cosas.

Guardó silencio mientras estudiaba la pechera del vestido, en tiempos adornado con unas florecitas blancas sobre el azul. Era un trabajo sencillo pero ¿qué esperaba? ¿Que se vistiera como una condesa, cuando solo iba a usarlo para ir a misa los domingos y, quizá, dar un paseo hasta las ruinas romanas, como mucho? En Minstrel Valley las cosas eran distintas. Si se quedaban lo bastante, ya lo irían comprobando.

—Estará hecho con todo el amor del mundo, no lo niego —siguió diciendo Sally—. Y hasta admito que es una buena confección. Pero no es algo apropiado para usted, ahora.

—Pero si...

—No, hágame caso. —Dejó la prenda en el respaldo de una silla, con un gesto de nuevo respeto, y empezó a enumerar—. Necesita al menos media docena de vestidos de mañana, otros tantos de tarde, además de dos de viaje, dos de montar y un número indeterminado de vestidos de noche, empezaremos por tres o cuatro, pero ya se irá viendo. —Olivia ya había abierto los ojos, espantada, pero todavía quedaba más—. Eso, además de algún que otro redingote, capas, chaquetas, sombreros, manguitos de piel, guantes y medias, camisolas, corsés, crinolinas... De todo, vamos.

—Qué barbaridad. —Jamás había tenido tanta ropa. De hecho, estaba por asegurar que no la había tenido ni pensando en ella toda junta, contando cada prenda desde el día en que nació—. Saben que estoy de luto, ¿verdad?

—Por supuesto, milady, y lo lamento mucho. —Sus ojos brillaron un segundo,

con lágrimas contenidas—. Sé bien lo que siente. Recuerdo el día en que perdí a mi querida madre. Fue uno de los más tristes de mi vida.

—Lo siento... —musitó Olivia, sintiéndose hermanada con aquella desconocida.

Sally asintió.

—Gracias. —Dejó pasar un momento antes de seguir—. Pero, milady, vestir de negro no significa que haya que vestir mal, solo hay que ser... ingenioso en el modo de hacerlo, para que resulte apropiado.

—Ya, pero... Pero ¿quién va a pagarlo?

Sally la miró como si se hubiera vuelto loca o hubiese dicho una palabra malsonante.

—Yo no sé nada de eso, milady, pero imagino que lo hará su tutora, lady Acton, por supuesto.

—Pero eso no puede ser, es demasiado dinero...

La doncella se echó a reír.

—Lady Acton es una dama muy rica, milady, no debería preocuparse por esos detalles. Hable con ella, si lo desea y si de ese modo va a sentirse mejor, pero, hágame caso —se colocó ante ella, con los brazos en jarras—: ahora mismo es usted lady Olivia Hale. Lo es, no le dé más vueltas. Solo disfrute del momento.

Olivia no replicó. Se sentía agotada, superada por la situación, y necesitaba terminar de despejarse. Cuando Sally salió de la habitación se puso en pie y caminó hacia la tina. Justo entonces se abrió la otra puerta y entraron de nuevo Doll y Lucy, cargadas con dos cubos de agua humeante cada una de ellas.

Olivia se apartó de su camino y las observó trabajar, sintiéndose extraña. Jamás en su vida le había preparado nadie un baño, a no ser su madre, cuando era pequeña o cuando había estado enferma. Y, por supuesto, entonces había sido en un barreño, el mismo que luego usaban para hacer la colada, nunca nada como aquella preciosa tina en la que ya se moría por meterse.

Pero no podía aceptar sin más el consejo de Sally, por la sencilla razón de que todavía no acababa de creerse lo que estaba pasando. ¿Y si había habido algún error? ¿Y si se descubría que no tenía ningún parentesco con los Hale? De darse el caso, seguro que la echaban de allí sin miramientos, ya podía imaginar a lord

Northcott, arrastrándola hasta la escalinata de la entrada y arrojándola fuera.

«Solo eres una chica de campo», se advirtió. «Da igual lo que digan o hagan, nunca lo olvides. Si lo tienes muy presente, pase lo que pase, no podrán hacerte daño».

Sally volvió un par de minutos después con otro vestido entre los brazos. También era negro, para respetar su luto. Sin embargo, ya de lejos podía ver que la tela de este era de una calidad muy distinta a la sencilla que su madre y ella habían podido permitirse en el pasado. De hecho, no tardó en comprobar que se trataba de seda, cubierta aquí y allá con una gasa casi etérea de adorno.

—¿Todavía no se ha metido en la tina, milady? —Vale, pues, aunque fuese lady Olivia Hale, poseedora en breve de mil baúles llenos de ropa, todavía podían reñirle como a una niña. No se lo tomó a mal. De hecho, la franca cercanía de Sally resultaba todo un alivio en aquel lugar extraño—. Vamos, vamos, tiene que bañarse y debo peinarla y vestirla. Doll, Lucy, que se nos hace tarde. Traed más agua.

La mirada que le lanzó Lucy dejó claro que no creía que otra doncella pudiera estar dándole órdenes. Doll titubeó en el momento de tensión.

—Yo bajaré por más agua —dijo, intentando apaciguar los ánimos—. Lucy, por favor, atiende tú a milady.

Milady podía atenderse sola, lo había hecho toda su vida, pero pese a sus protestas, la ayudaron a desvestirse y a meterse en la bañera, y le lavaron bien el pelo, y le frotaron la piel con un paño muy suave impregnado de un jabón que olía de maravilla.

Al final, agradeció su ayuda, porque ni de lejos hubiese podido obtener por sí misma semejantes resultados, y menos en tan poco tiempo.

Apenas una hora después, Olivia bajaba la gran escalera del vestíbulo ataviada con el vestido negro de lady Acton y, no podía negarlo, al margen de la calidad de su tela, también tenía un corte mucho más atractivo que el suyo, con los hombros al descubierto en el límite de lo decente en un luto, y abullonados con una buena cantidad de gasa oscura.

De hecho, se ajustaba a su talle como una segunda piel, haciéndola parecer más esbelta que nunca, y luego se abría en una falda amplia de seda, adornada

con varias capas de gasa superpuestas, que no llegaban a cerrarse al frente, todo ello elevado gracias a un buen par de enaguas.

Nunca había tenido un vestido tan bonito, de ningún color. Aquella maravilla, crujía y caía a su alrededor como una bruma oscura que se agitara con suavidad a cada paso.

Para terminar, Sally le había hecho un precioso recogido en la nuca, con unas horquillas negras, que le daba un aire muy elegante.

Al verse en el espejo, en el dormitorio, había pensado que parecía una viuda joven y hermosa, alguien confusa y asustada, sí, y con una pena muy grande en el corazón, pero con toda una vida por delante. Justo como se sentía.

Por lo menos, todos aquellos cambios la estaban ayudando a mantener controlado el dolor inmediato de la pérdida de su madre. Ya no la recordaba a cada momento, de un modo casi obsesivo; ya no sentía unas ganas continuas de llorar y de maldecir al cielo por haber cometido un crimen tan atroz, llevándose a Mery tan joven y dejándola a ella tan sola.

Empezaba a despejarse, aunque fuera poco a poco, la sensación de que no podría seguir, de que el mundo se le había caído encima, asfixiándola, aplastándola por completo.

Siempre la echaría de menos, pero sobreviviría. Tenía que hacerlo, también por ella. Era lo que Mery hubiese querido.

«Igual que quiso que lady Acton fuese mi tutora», pensó, captando la profundidad de aquel detalle. Sí, se había ocupado de que la tomase como pupila, que se ocupase de ella. «Y desearía que hiciese caso de sus consejos».

Pero ¡aquella boda con lord Northcott era una completa locura! ¿Qué hubiese preferido Mery? ¿Que fuese feliz o que fuese marquesa?

No tenía dudas sobre la respuesta.

Justo en ese momento llegó al rellano de la escalera, a la altura del retrato de la hermosa lady Helena Hale de otros tiempos, y se detuvo para mirarla. ¿Qué le hubiese aconsejado aquella joven? ¿Lo mismo que la lady Acton anciana del presente? ¿O ella sí que creía en la fuerza del amor? ¿Estaba enamorada del conde de Acton cuando se comprometió y se casó con él? Eso tenía entendido. Sí, seguro.

Era hija de un marqués y la cortejó un rey, seguro que hubiese podido aspirar a un duque. Pero se conformó con un conde...

Se giró hacia el vestíbulo cuando se abrió la puerta que daba al exterior. Antes de que le diese tiempo a hacer ningún otro movimiento, entraron dos hombres.

—No lo sé, señor Barry —estaba diciendo lord Northcott, irritado. Como siempre. El otro era el hombre que le había abierto la puerta, cuando llegó para el té—. Hable de eso con Goliath. Le digo que yo no...

Se interrumpió al verla, y también el portero. Los dos se la quedaron mirando, con los ojos muy abiertos. De hecho, el señor Barry, que llevaba la cabeza cubierta por un sombrero de tela, se lo quitó poco a poco y lo estrechó contra su pecho.

¿La estaban admirando? Sí, eso parecía. Olivia estuvo a punto de dejarse llevar por la timidez, apocarse y bajar rápido, con la cabeza gacha, para correr en cualquier dirección posible, puesto que no tenía ni idea de dónde estaba el comedor de Minstrel House. O, mejor aún, podía volver arriba, también corriendo, y esconderse en su dormitorio.

Pero se negó, sobre todo porque descubrió que allí había detectado una ventaja sobre lord Northcott. Y, al fin y al cabo, ella era una Hale, ¿no? Lo era tanto como lady Acton, como el propio marqués, tan pagado de sí mismo y tan soberbio. Pero allí estaba, un hombre al fin y al cabo bajo todas sus ínfulas de nobleza, con un brillo inequívoco en sus ojos negros. Al captarlo, se sintió poderosa, fuerte. Irresistible.

Con los hombros bien erguidos, terminó de bajar las escaleras y caminó con paso elegante hacia ellos.

—Milord... —dijo, con una ligera reverencia. En ese momento, supo lo que era sentir metros y metros de la más rica seda negra crujiendo a su alrededor. ¡Qué maravilla!

Él tomó aire y devolvió la inclinación.

—Milady... Buenas tardes.

—Buenas tardes. —Sonrió—. Se supone que debo cenar con la familia, pero no sé dónde está el comedor.

—No se preocupe, yo la acompaño, estaré encantado de hacerlo. De hecho,

iba hacia allí. Por aquí, por favor.

Se despidió del señor Barry, hizo un gesto galante hacia la izquierda y ella se dejó guiar. Caminaron en silencio, algo tensos. Olivia reconoció uno de los pasillos y parte de la zona de salas y habitaciones que cruzaron. Si no se equivocaba, estaban cerca de la salita dorada donde habían tomado el té, aunque no estaba segura de si sabría llegar por sí misma.

—Escuche, señorita Coombs... Perdón, lady Olivia —dijo él, apoyando la mano en la manilla de una puerta bastante más grande que el resto—. Le recuerdo que estará mi hermana, lady Harmony. Le ruego que no mencione en su presencia nada relacionado con... ese asunto, y menos para criticar a mi padre.

—Descuide. No lo haré, por supuesto. —Casi se sentía ofendida por la idea de que pudiera considerarla capaz de algo así, aunque esa vez era consciente de que no tenía por qué. Él no la conocía, en absoluto, era lógico que tuviese miedo—. Jamás haría algo así.

Lord Northcott asintió.

—Bien.

—¿Puedo preguntar qué le han contado de mí? Porque de algún modo habrán justificado mi presencia aquí, ¿no?

—Sí. Pero solo le hemos dicho que hemos encontrado pruebas que parecen indicar que lord Camden contrajo matrimonio antes de morir. Y que, tras investigar el tema, hemos llegado a la conclusión de que usted es su heredera.

—Entiendo.

—Le agradeceré muchísimo que no la perturbe. Harmony es una niña muy sensible. Puede parecer muy alegre, muy divertida, pero es muy vulnerable.

Se sintió enternecida por aquel obvio amor de hermano. A pesar de que seguía enfadada con él, no pudo evitar sonreírle con la intención de infundirle aliento.

—No se preocupe, lord Northcott. Se lo prometo: tendré mucho cuidado.

Él dudó todavía un momento, pero asintió.

—Gracias.

Sin más, abrió la puerta.

El comedor de Minstrel House era un lugar impresionante. Olivia notó que los ojos se le abrían por sí mismos, quizá para intentar abarcarlo todo de una sola

vez. Imposible lograrlo al completo, claro. Era demasiado grande.

La gigantesca sala estaba decorada en tonos tostados, cálidos y algo oscuros, mezclados con granate. Las paredes estaban vestidas en parte con paneles de madera noble, hasta más o menos metro y medio de altura, la misma usada en los grandes aparadores y armarios, y en las sillas almohadilladas en un granate real con remaches dorados, de respaldos muy adornados.

A lo largo de tres de sus lados, había armarios, grandes aparadores y dos enormes trinchantes. En el otro, había una puerta acristalada que daba acceso a los jardines, y grandes ventanales. Los cortinones estaban echados, pero podía intuirse que ya era noche completa en el exterior, y se percibía el rumor continuo de la tormenta.

Del techo, también muy adornado con escayola, colgaban tres lámparas: dos bastante grandes a los lados y una enorme, en el centro. Todas sus velas estaban encendidas.

La mesa en sí era rectangular, de la misma madera oscura y brillante que el resto y tan grande que se hubiese podido dar un banquete para más de cien personas, y Olivia supuso que así había sido más de una vez en el pasado. En esos momentos, estaba solo ocupada en uno de sus extremos.

En la cabecera se encontraba lady Acton, en su silla de ruedas. Al igual que ella misma, seguía de negro, pero se había cambiado el vestido y las joyas, y llevaba un adorno de plumas en el moño. A su derecha, estaba sentada una jovencita muy hermosa, de cabello oscuro y grandes ojos azules y, más allá, una muchacha rubia algo mayor, quizá de unos veinticinco años.

La jovencita se parecía a lord Northcott, y él había dicho que su hermana pequeña solo tenía catorce años, de modo que debía ser Harmony. ¿Y la otra? No se trataba de una gran belleza, pero sí resultaba agradable.

A la izquierda de lady Acton el puesto estaba libre, y también el siguiente. De modo que lady Conway no se había quedado a cenar. Olivia se sintió muy sola. Era una pena que no fuese ella su tutora. Sabía que, con el tiempo, la hubiese convencido de cualquier cosa. Lady Conway era una mujer de espíritu abierto, que respetaba las opiniones ajenas.

Pero no sabía cómo era lady Acton. Su primera impresión también había sido

positiva, parecía una dama encantadora y amable, pero luego se había negado en redondo a considerar más alternativas que lo que ella pensaba que era correcto y adecuado. Sospechaba que le iba a costar hacer que aceptase que no iba a contraer matrimonio con el marqués de Northcott.

—Buenas tardes, milord, milady —dijo la señora Burton, de pie junto a uno de los mostradores.

Había allí una gran sopera de plata y, aunque estaba tapada, el aire olía de una forma maravillosa. Olivia sintió que se le hacía la boca agua. ¡Por Dios, cómo se comía en ese sitio!

—Buenas tardes, señora Burton —replicó lord Northcott, sin detenerse. Había al menos diez pasos desde la puerta hasta la mesa. Olivia los dio siguiéndole de cerca, nerviosa—. Buenas tardes, prima Helena —añadió él. Antes de ir a su sitio, depositó un beso en la mejilla a lady Acton, y rodeó la mesa para dar otro a la muchacha morena—. Buenos días, hermanita. —Así que había acertado, era ella—. Señorita Chatham...

—Milord... —dijo la joven rubia.

Recordó que habían mencionado su nombre esa tarde. ¿Una dama de compañía, quizá, o una institutriz? A saber. Lo único seguro era que estaba enamorada de él. Se notó por el modo en que se ruborizó y por cómo apartó la mirada, tímida. Y, cuando se volvió hacia ella, tenía tal expresión de cervatillo perdido, que le inspiró auténtica lástima.

—Hola, Marcus —replicó su hermana, mirando a Olivia con curiosidad—. ¿Nos presentas?

—Harmony, espera un poco —le advirtió lady Acton—. No es de buena educación provocar así las presentaciones.

—No pasa nada... por esta vez —dijo lord Northcott—. A la siguiente, habrá algún castigo horroroso.

—¡Horroroso! —gorjeó Harmony, en lo que parecía una broma íntima entre ellos.

Olivia captó la mirada cómplice que intercambiaron los hermanos, el afecto sincero que les unía.

—Haced el favor de no burlaros de la pobre señora Wiggins —protestó lady

Acton.

—Es que era muy divertida, prima Helena. No como la nueva, la señora Simpson —replicó Harmony. Luego rio, mirando a Olivia—. Hablamos de mis profesoras de etiqueta, Olivia. La señora Wiggins era ya muy mayor, y se ha ido a vivir con una sobrina. La señora Simpson es nueva y te juro que es... bueno, muy desagradable.

—Lady Harmony, por favor, esos modales —dijo la señorita Chatham—. Trate a lady Olivia de usted.

—Da igual. —Olivia sonrió—. Prefiero que nos tuteemos. —Semejante respuesta la hizo merecedora de un gesto inexpresivo por parte de la joven rubia, pero al menos Harmony devolvió la sonrisa con agradecimiento—. Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien.

—Yo también. ¿Es verdad que...?

—Harmony, espera un momento —dijo su hermano—. Lady Olivia y yo ni nos hemos sentado. De hecho, todavía no te la he presentado.

—Oh, es verdad. Perdón.

—No te preocupes. Lo solucionaremos de inmediato. —Lord Northcott volvió sobre sus pasos y se dirigió al primer sitio libre, justo a la izquierda de lady Acton. Giró la silla, en dirección a Olivia—. Permite que te presente a lady Olivia Hale. Es nuestra prima, como te he explicado esta tarde. —Al ver que ella seguía allí parada, movió más la silla. Se la estaba ofreciendo—. Por favor, milady.

—Oh, perdón, no me di cuenta... —replicó Olivia. Qué nerviosa estaba, qué tonta—. Gracias, milord —musitó. Si él dijo algo, no llegó a oírle. Cuando estuvo acomodada, se dirigió a la silla siguiente, a su izquierda.

—Lady Olivia, permita que le presente a mi hermana, lady Harmony Hale —prosiguió entonces. Hizo un gesto hacia la rubia—. Y la honorable Melanie Chatham, hija del vizconde Sutton y dama de compañía de nuestra prima Helena.

Olivia sonrió a ambas jóvenes.

—Es un placer, lady Harmony. Señorita Chatham...

La señorita Chatham hizo un gesto de saludo con la cabeza, pero Harmony fue

mucho más efusiva. Sonrió de oreja a oreja.

—Eres bellísima, prima Olivia. ¡Hasta ese vestido tan fúnebre te sienta bien!

—¡Harmony! —protestó lady Acton, aunque sin enfado—. Tranquilidad y mesura, recuerda.

—Oh, sí, claro, perdón, prima Helena.

—Además, el negro no es fúnebre, es elegante. Y necesario, en ciertos casos. Nuestra querida Olivia está de luto.

Harmony la miró apenada.

—¿De verdad?

—Así es —asintió Olivia—. Por mi madre. Murió hace unas pocas semanas.

—Entiendo. La mía murió cuando yo era muy pequeña. —Hubo un chispazo de dolor en sus ojos—. Lo siento mucho.

—Gracias. Yo también lo lamento por la tuya.

Harmony asintió. Luego, superó el momento y volvió a sonreír.

—Estoy muy contenta de tener una nueva prima. ¡Es tan emocionante!

—Descubrirás que la vida para Harmony varía entre emocionante y aburrida —sonrió lady Acton. Giró la cabeza y asintió a la señora Burton. Al momento, el ama de llaves hizo una señal a los dos lacayos que se ocupaban de servir. Uno cargó con la gran sopera, otro con el cucharón y fueron llenando los platos bordeados de oro. No derramaron fuera ni una gota.

Olivia comprobó, con alegría, que la sopa era de verduras. Esperó hasta ver que todos empezaban a comer y la probó.

Deliciosa.

—¿Descansaste un poco, Olivia? —preguntó lady Acton.

—Sí, milady, gracias. —Sonrió—. Mi habitación es preciosa, además.

—Me alegra que estés cómoda. No apoyes los codos en la mesa, querida. — Olivia miró a su alrededor y comprobó que nadie lo hacía. Harmony la miraba conteniendo la risa, la señorita Chatham con censura y lord Northcott algo burlón. Cambió de posición, con gesto de disculpa—. ¿Te atendió bien Sally?

—Sí, muy bien, gracias. Es encantadora.

—Sí que lo es. Aunque ella tiene ya demasiado trabajo conmigo, bien lo sabe Dios. He pensado que puede atenderte Lucy, o quizá Doll, hasta que

encontremos a alguien más adecuado. Puedes elegir.

Ya estaba otra vez aquella sensación de que tiraban de ella, que le arrebataban las riendas de su vida y todo se convertía en una carrera descontrolada.

—Gracias —musitó. ¿Qué otra cosa podía decir? Era su tutora. Desde un punto de vista legal, podía retenerla allí hasta que fuese mayor de edad.

La anciana detuvo la cuchara en el aire y la miró comprensiva.

—Olivia... Yo entiendo que son muchos cambios, querida, pero algún día te darás cuenta de que todo esto es por tu bien.

Olivia apretó los labios.

—Lady Acton... —¿Tendría el valor de decírselo? Sí, ¿por qué no?—. Me está pidiendo que deje todo lo que ha sido mi vida, todo, y viva otra existencia que ni siquiera sé si va a ser real. Estoy... aquí. —Hizo un gesto abarcando el gigantesco comedor de Minstrel House—. No en mi casita del pueblo, la que he conocido de siempre, sino aquí, y tengo la impresión de estar atrapada en un sueño.

Lady Acton sonrió.

—Bueno, en los sueños podemos conseguir cosas asombrosas que nos están vedadas en la realidad.

—Ya. Pero ¿y si mañana despierto, porque descubren que se han equivocado en sus investigaciones? ¿Si de pronto resulta que no soy la hija de lord Camden, y me piden que me vaya? ¿Qué me quedará entonces?

Lady Acton asintió.

—Lo comprendo.

—No, no lo entiende. Estoy sola en el mundo. Solo me queda mi trabajo, para el que me he preparado, he luchado y trabajado mucho. Si lo pierdo, no tendré nada. No podré mantenerme.

—Te puedo asegurar que eso no va a ocurrir. Incluso, aunque fuera así, aunque descubriera de pronto que no eres la hija de Phil, me he comprometido contigo. Soy tu tutora y me ocuparé de que todo te vaya bien.

Olivia tragó saliva.

—Lady Acton... No tendría ninguna obligación de hacerlo.

—Claro que sí. He asumido esa responsabilidad. Además, lady Conway te

aprecia mucho, me retiraría la palabra si, tras llegar hasta aquí, te echara de Minstrel House de semejante forma. No. Quítate esos pensamientos de la cabeza, niña, solo te pueden hacer mal —bromeó—. Este es el inicio de una nueva vida, Olivia, una vida que espero que sea siempre maravillosa. Al menos, te doy mi palabra de que yo haré lo posible por que así sea.

Ella se sintió conmovida. Lady Acton era una mujer tan agradable...

—Gracias, milady.

—No hay de qué. —La vio titubear—. Pese a que ya sabes lo que yo espero —se refería a la boda con lord Northcott, seguro—, debes prepararte bien para convertirte en la dama que debes ser y ocupar tu puesto en nuestra sociedad. Por eso, en los próximos días, te unirás a lady Harmony en algunas de sus clases. — Al otro lado de la mesa, Harmony bizqueó, y Olivia no pudo por menos que reír entre dientes—. Todavía no sé cuáles, aunque estoy convencida de que ninguna de ellas te supondrá ningún problema, siendo maestra.

—Eso espero.

—¿De verdad ganabas un sueldo? —pregunto la hermana de lord Northcott, con los ojos muy abiertos—. ¿Eras una mujer independiente?

Olivia asintió.

—Sí, me ganaba la vida. —Como la mayor parte de la gente que conocía, estuvo a punto de añadir, pero decidió no hacerlo—. Era la maestra, en la escuela de Minstrel Valley.

—¿Ibas todos los días? ¿Te apeteciera o no?

—Todos, claro. —Rio, divertida por su asombro—. Imagino que, en esas clases que das, también tienes que regirte por unos horarios.

—Sí, cierto. Y bastante estrictos. El otro día me dolía la cabeza, pero no hubo manera de que la señora Simpson me dejase ir a descansar.

—Es una mujer con excelentes referencias —aportó la señorita Chatham—. Seguro que se dio cuenta de que no le dolía tanto la cabeza, lady Harmony.

—Bueno. Pero fue horroroso.

—¡Horroroso! —gorjeó lord Northcott.

—¡Marcus! No sigas a tu hermana en esa broma, o jamás la dejará estar. — Debió darse cuenta de que Olivia se había quedado melancólica, porque se

dirigió a ella—. Estás pensando en tus niños, ¿verdad?

—Así es, milady.

—No te preocupes. Lady Conway me ha asegurado que se ocupará de que haya otra maestra esta misma semana, y una a la que tú misma darás tu aprobación.

La miró aliviada.

—¿De verdad? ¿Podré ir a comprobar que están bien, y contentos?

—Por supuesto. Y hasta puedes ejercer como madrina de todos ellos, visitándolos de vez en cuando y asegurándote de que todo está como deseas.

—¡Oh, gracias, lady Acton!

—De nada, querida. En eso, no habrá ningún problema. Pero es importante que tengas muy en cuenta que tú ya no trabajas ahí, solo serás su benefactora. Ni siquiera debes estar pendiente de continuo. Tú debes centrarte en tu misión: estudiar, aprender y convertirte en una Dama Selecta.

—¿Dama Selecta? —repitió desconcertada. Al otro lado de la mesa, Harmony bizqueó otra vez, aunque en esa ocasión su hermano le frunció el ceño, con un gesto de advertencia.

—Es mejor no hablar de ello ahora, ya llegará el momento —dijo lady Acton—. No va a ser fácil, pero estoy segura de que haremos una Dama Selecta de ti. —Sonrió, como pensando en algo—. Dime, Olivia, ¿crees en las corazonadas?

Olivia dudó, pero solo un momento.

—Sí —dijo. Claro que sí. El corazón la guiaba muchas veces, aunque, en su caso, la cabeza siempre le seguía de cerca, dándole consejos.

—Yo también. Por eso estoy segura de que harás un papel maravilloso. Pero, para eso, es importante que los demás te vean ocupando tu auténtica posición. Yo... lamento que las cosas sean así, pero no hay alternativa, querida. Una dama no lo es por hacer lo que quiere. Es una dama porque hace lo que debe.

A partir de ese momento, la conversación se centró casi por completo en el tema del traslado desde Londres, sobre todo en la lista de cosas que Harmony se había dejado en Northcott House, en Londres, y que su hermano le traería a su vuelta.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Harmony.

—Mañana, pero no sé todavía a qué hora. Por la mañana, quizá. Depende del tiempo que haga y de las ganas que tenga. Volveré pasado mañana, como pronto, pero lo más probable es que me quede unos días.

Harmony hizo una muequita.

—Vale. Pero no te olvides de mi cuaderno de arte.

—No lo olvidaré... como hiciste tú.

Ambos rieron. La conversación se interrumpió cuando retiraron los platos hondos y sirvieron el estofado de carne con guarnición, además de grandes bandejas de ensalada, puré de patatas y verduras diversas.

Capítulo 7

Pese a todos sus miedos, fue una cena muy animada, sobre todo gracias a la presencia de Harmony, que se confirmó como una niña encantadora, muy alegre y divertida. De hecho, de no haber sido por su evidente parecido físico, Olivia hubiese asegurado que era imposible que se tratase de la hermana del seco y antipático lord Northcott.

Aunque, a decir verdad, desde que entraron en el comedor, él también se estaba comportando de un modo muy diferente. Quizá el cambio se debía a la influencia de la risa contagiosa de la jovencita, o quizá, simplemente, trataba de disimular el mal humor en su presencia. Olivia no hubiese podido asegurar cuál era la opción correcta.

Fuera como fuese, disfrutó de la situación, al menos la mayor parte del tiempo. Al llegar al postre, volvió a sentirse inquieta. Mientras servían la tarta, milady y la señorita Chatham habían empezado a hablar de los profesores que iban a llegar, y de quién sería la patrocinadora de Olivia, en el caso de que hubiera que buscarle un marido, ahora que lady Acton se iba a quedar en Minstrel Valley.

Se mencionaron nombres, como el de la duquesa de Kenwood, el de lady Gysforth, lady Rutshore, lady Badfields o lady Cinthya de Clowes, baronesa Rowsley. Personalidades que, se suponía, Olivia debía conocer, porque pertenecían a damas de la más alta sociedad londinense.

Por supuesto, no le sonaban de nada.

—El duque de Gysforth, el marido de lady Gysforth, trabajó mucho tiempo con el Primer Ministro para crear el sistema de la nueva policía —le explicó la

señorita Chatham.

—Oh —dijo ella, con algo de alivio—. Eso sí lo recuerdo, sí. Lo leí en el periódico. Pero no suelo prestar atención a las noticias de sociedad. Me temo que no he oído hablar jamás de ninguna de esas damas...

—No te preocupes, yo te las presentaré, a todas. —Lady Acton sonrió—. Lo que me recuerda... Si no te importa, Marcus, te daré un mensaje para mis amigas —dijo lady Acton—. Puedes hacer que le llegue a lady Gysforth, a lady Rutshore o a lady Badfields, a la que prefieras. Luego, la elegida avisará a las otras.

—¿Y eso? —preguntó lord Northcott, y la miró con sospecha—. Sé que trama algo, prima Helena.

Lady Acton hizo un gesto evasivo.

—Deseo invitarlas a venir de visita, un par de días.

—Demasiado pronto. De ser solo eso, hubiera esperado al menos un mes.

Ella se echó a reír.

—Eres un hombre perspicaz, Marcus. Pero ni en un millón de años imaginarías cuáles son mis planes.

—Descansar, espero.

—Qué remedio. Pero no todo el tiempo. Debo ocuparme en algo o me moriré de puro aburrimiento, de sentirme inútil. Seguro que alguien como tú me entiende.

Él sonrió.

—Desde luego. Y, sí, por supuesto, entregaré su carta. Lo que necesite. Solo prométame que hará caso de los médicos y que no se agotará.

—Te lo prometo, querido. No te preocupes. —Contempló su postre con una expresión feliz—. Es verdad que estoy dándole vueltas a algo. Durante mi siesta he tenido una revelación. Gracias a Olivia, sé qué quiero hacer y cómo hacerlo.

—¿En serio? —preguntó ella, sorprendida.

Lady Acton la miró con ojos brillantes.

—Ya lo verás.

Tras la cena, pasaron a una sala en la que había un gran piano de cola y una zona de sillones, con un mueble bar que ocupaba toda la pared. Lord Northcott

tomó una copa y lady Acton y la señorita Chatham un vino dulce de algún tipo. Olivia y Harmony declinaron la invitación.

Esta última tocó el piano, para desdicha de todos, ella incluida. Ejecutó sin mayor trámite al pobre Beethoven, enterrándole en el caos de notas en el que convirtió su *Para Elisa*.

—Lo odio —dijo al terminar, bajando la tapa con un golpe rotundo.

«Sí. Ese es el problema», pensó Olivia.

Tras ella, tocó la señorita Chatham una pieza de Chopin. No fue una gran actuación, porque si aquella joven tenía alguna pasión en su interior, se quedaba allí, bien atrapada. Pero, por suerte para ella, la comparación la hizo parecer brillante.

—¿Tú sabes tocar, Olivia? —le preguntó lady Acton.

Ella arqueó ambas cejas.

—¿Yo? No, en absoluto, milady. Me hubiese encantado, pero en mi casa no hubiese entrado un piano ni aunque hubiésemos tenido dinero para comprarlo.

—Qué triste. A tu padre le encantaba tocar, y lo hacía muy bien. Tenía unas manos preciosas. —Se refería a lord Camden, claro, no al pobre Coombs, cuyos dedos siempre estaban callosos y manchados de tierra. Pero no iba a mencionarlo. ¿Para qué? Además, lady Acton se había quedado pensativa, atrapada en algún recuerdo. Olivia se apenó al ver su expresión—. Todo eso forma parte de lo que te ha sido arrebatado, querida. Pero, si te gusta la música, hay que corregirlo.

—Me temo que ahora ya soy demasiado mayor. —Puso cara contrita, y luego simuló tener una idea—. Pero si Harmony se animara a enseñarme, estaría más que dispuesta a aprender.

—¿Enseñarte? —Harmony la miró asombrada—. ¿Yo? ¿Es que no acabas de oír lo que he hecho?

—Claro que sí. Sabes tocar mucho mejor que yo. Y, quizá, si me enseñas, a ti también te sirva para mejorar.

Harmony consideró la idea y sonrió.

—Muy bien. Me encantará intentarlo.

Olivia recibió con alegría la sonrisa de lady Acton, que se dio cuenta de su

ardid, pero, lo que hizo que de verdad brincase el corazón en su pecho, fue la mirada de lord Northcott. Sentado junto al fuego, con la copa de coñac en la mano, la observaba de un modo muy distinto al que la tenía acostumbrada.

No había frío ni rechazo en él. Sus ojos brillaban, como cuando la vio en el vestíbulo.

—Creo que voy a retirarme —dijo lady Acton entonces—. Todavía no me he repuesto del viaje desde Londres.

—Pero si solo fueron unas pocas horas... —exclamó Harmony, asombrada—. ¡Y vinimos ayer!

—A mi edad, y con ese traqueteo, es un trayecto agotador, querida. Algo que obliga al menos a una semana para recuperarse. —La miró, inclinando la cabeza—. Tú también tienes cara de cansada, Harmony.

—¿Yo? Oh, pues no tengo mucho sueño. De hecho, pensaba...

—Sí, es buena idea que te acuestes ya, querida. —La miró a la vez, con intención, y fue suficiente.

A la hermana de lord Northcott le quedaron claras las cosas. Arqueó una ceja y suspiró.

—Es verdad. —Fue hacia su hermano y le abrazó y besó en la mejilla—. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

—Cosas horriblas.

—¡Horriblas! —rieron.

Ni siquiera lady Acton pudo evitar una sonrisa.

—Vamos, ven conmigo, pequeña pícara. Kitty, por favor, avisa a Goliath para subirme.

—Por supuesto, milady —dijo la doncella, y tiró de la campanilla. Olivia supuso que, en algún lugar del edificio, aquel Goliath que ya había oído nombrar antes, escucharía la llamada. Kitty volvió a la silla de ruedas y empezó a empujar—. Listo, milady, vamos a descansar, que ya es hora.

—Sí, que ha sido un día muy largo. Señorita Chatham, por favor, venga conmigo. Quiero dictarle algunas cosas antes de dormir.

La dama de compañía, que había seguido sentada al piano, quizá pensando en tocar alguna otra cosa para el marqués, contuvo un mohín, contrariada, pero se

levantó al momento.

—Por supuesto, milady.

—Gracias, querida. Marcus, ¿serás tan amable de conversar un rato con Olivia?

—Por supuesto, prima Helena.

—Hasta mañana, Olivia.

—Hasta mañana.

Se quedaron solos, aunque la última en salir, la señora Burton, les miró con su eterna cara de enfado y dejó la puerta entreabierta.

—¿Quién es Goliath? —preguntó Olivia, por tener algo que decir pero, también, por pura curiosidad—. Es la segunda vez que oigo que le nombran.

—¿Todavía no lo ha visto? —Ella negó con la cabeza—. Pues no tardará en hacerlo, y le aseguro que no se olvidará nunca de él.

—¿Por qué lo dice?

—Porque es impresionante. En realidad, se llama Isaac Goody, aunque todos le llamamos Goliath. Se trata de un gigantón que trabaja desde hace un par de años para lady Acton. Antes tuvo muchos empleos. —Recordó algo que le hizo gracia—. Entre ellos, el de forzudo de circo.

—¿En serio? —Olivia no pudo evitar una risa. Él también sonrió.

—Se lo aseguro. Y no me extraña, es un hombre muy fuerte. Pero no se confunda, también es listo. Habla poco, lee mucho y se ocupa de conducir el carruaje de lady Acton y de subirla y bajarla desde sus habitaciones. A ella y a la silla de ruedas, que pesa lo suyo.

—Oh, entiendo. Sí, supongo que la... situación de milady debe ocasionar muchas complicaciones.

Él asintió.

—A veces, sí. ¿Quiere tomar algo? —preguntó, señalando hacia el mueble de las bebidas—. Si quiere un coñac, o algo igual de fuerte, es el momento de pedirlo. Nos han dejado solos, y yo no la delataré.

Ella rio.

—Se lo agradezco, pero no, gracias. —Le vio ir a una caja como la de esa tarde, y cambiar de idea. Claro, había recordado lo ocurrido entonces—. Y no

me importa que fume.

Él la miró con intención.

—Gracias. —Sacó uno, lo olfateó y lo encendió—. Entiendo que es una costumbre que puede molestar, pero, de vez en cuando, me gusta fumar un cigarro. Y más con una buena copa.

—El padre Roberts fumaba a escondidas —le contó ella. Volvió a verle, en el patio trasero de la casa del cura, junto a la iglesia, escondido del ama de llaves. De vez en cuando, se reunía con él allí, de niña, y charlaban. Él incluía siempre en la conversación a los que descansaban en las tumbas del cementerio, que empezaba a pocos pasos, al otro lado de la tapia. Para él, no había diferencia entre vivos y muertos, todos vivían en el Reino de Dios—. Dijeron que eso provocó el incendio en el que murió.

Lord Northcott parpadeó.

—Lo siento.

—¿Cree usted...? —Quería preguntarle si pensaba que el incendio habría sido un accidente. Un fruto de la casualidad, al menos eso.

Él debía estar pensando en lo mismo, porque la interrumpió rápido.

—No, no... No hablemos de eso, por favor, no haríamos más que elucubrar, y sin sentido... Me ocuparé de investigar en lo posible y la informaré de todo lo que descubra, le doy mi palabra.

Olivia asintió. Demasiado nerviosa para estarse quieta, se puso en pie y caminó hasta el piano. Levantó su tapa y pulsó una tecla. Así que, a su padre le gustaba la música...

—¿Y bien, lady Olivia? —preguntó él—. ¿Ha reflexionado sobre lo de nuestra boda? —Ella le miró, sorprendida—. Ya puede imaginarse que, si nuestra prima Helena nos ha dejado aquí, a solas, es para que termine de convencerla.

Olivia sonrió y se encogió de hombros.

—Le recomiendo que no se esfuerce.

Eso le molestó, pudo verlo.

—No sea presumida —dijo—. Tengo tan poco interés en esa boda como pueda tenerlo usted. Menos, incluso. Al fin y al cabo, de un posible matrimonio entre nosotros usted obtendría mucho. —Giró la mano con el cigarro, dibujando

círculos de humo—. Riqueza, título y poder, para empezar. Mientras que yo...

La recorrió de arriba abajo, con aquellos ojos tan negros. Olivia tuvo la impresión de que calentaban su piel allí donde rozaba su mirada.

—¿Usted qué?

Lord Northcott se encogió de hombros.

—No niego que es usted una joven muy atractiva, señorita Coombs... perdón, lady Olivia, y estoy seguro de que sería un placer disfrutar de sus encantos, pero no es lo bastante bella como para que quiera dar semejante paso solo por acostarme con usted, en un raptó de absoluta locura. —Sonrió con media boca—. Eso sí, lo admito: de no estar metidos en este embrollo, le propondría ahora mismo las condiciones habituales que concedo a mis amantes.

Ella arqueó las cejas al máximo.

—¿Cómo se atreve?

—Solo soy sincero.

—¿Sincero? ¡Pues me está insultando con toda sinceridad, caballero!

—¿Usted cree? —Se echó a reír—. Bueno, no sé por qué parece tan sorprendida. Es algo habitual entre nosotros.

—¡Yo no le he insultado nunca!

—¿No? Creo recordar que, en algún momento de esta tarde, me ha llamado sabandija.

—Ams... —Olivia hizo una mueca—. Bah. Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque usted sí que es una sabandija.

Lord Northcott lanzó una carcajada. La miró divertido.

—Vale, lo admito. Es usted peligrosa, señorita Coombs. Araña como nadie.

—Gracias. —Se miraron un par de segundos, sin saber qué más decir—. Y, ahora, ¿qué le parece si dejamos de discutir de esta manera absurda, dejamos los insultos y demás comportamientos ofensivos, y buscamos soluciones? Lo que está claro es que ni usted ni yo queremos casarnos el uno con el otro. Y que, aunque no estuviéramos en este embrollo, yo jamás aceptaría ser su mantenida.

—¿De verdad que no? —Lord Northcott la estudió pensativo—. Le aseguro que soy muy generoso.

Ella agitó la cabeza, irritada.

—Desde el principio me ha confundido con otra clase de mujer, milord.

—¿En serio?

—Así es. —Alentada por la indignación que sentía, se apartó del piano y avanzó hacia él. Como era más alto, tuvo que alzar el rostro para poder seguir mirándole a los ojos—. Y, ya ve, lord Northcott, es una pena, porque yo me acostaría con usted ahora mismo, sin necesidad de compromisos, sin pensarlo un solo momento, de impulsarme a ello el corazón.

Lo tomó por sorpresa, seguro, porque se le escapó un sonido ronco, un jadeo suave, y el aire pareció volverse más denso, tensarse por alguna clase de energía, algo que crepitaba entre ambos.

O quizá eran imaginaciones suyas.

—Miente... —masculló él, con ojos entrecerrados.

—No he dicho ni una maldita mentira desde que le abrí la puerta esta mañana, y usted lo sabe. —Lord Northcott hizo una mueca. Olivia extendió las manos a los lados, como mostrándose por completo—. No le exigiría cuentas, milord, ni compromisos, ni lazos de ningún tipo. Me entregaría por completo, sin límites ni exigencias, porque me enseñaron que el amor está hecho de generosidad y confianza. Si me lo pide el corazón, estoy dispuesta a todo. —Apretó los puños—. Pero no soy una prostituta. Sería su amante, porque me habría conquistado con algo que no tiene nada que ver con... ¿cómo dijo? Ah, sí. Las riquezas, los títulos, el poder...

Lord Northcott tardó unos segundos en contestar y cuando lo hizo, su voz sonó más grave, más densa.

—Lo dicho: es usted peligrosa, señorita Coombs.

—Pues acépteme como aliada, lord Northcott. Con suerte, cada cual podremos hacer nuestra vida, sin vernos atados en un matrimonio que, está claro, ninguno de los dos deseamos.

El marqués afirmó los labios. Se apartó unos pasos y arrojó el cigarro a la chimenea con buena puntería. Contempló las llamas.

—Si le digo la verdad, llevo horas dándole vueltas, desde que se planteó la idea en el té, y no se me ocurre cómo solventar el tema. —Se volvió hacia ella

—. Yo aprecio mucho a lady Acton, y ya ha visto cómo se encuentra. Ahora mismo, apenas tiene fuerzas, arrastra el dolor por lo ocurrido a su familia desde hace demasiado tiempo y ha centrado todas sus expectativas en convertirla a usted en «lady Olivia Hale» para honrar la memoria de lord Camden. —Agitó la cabeza—. No quiero ni imaginar que se viera obligada a enfrentarse a la decepción que supondría haberse hecho ilusiones en vano.

Olivia asintió.

—Sí, es evidente que no se encuentra bien. ¿Qué le ocurre? No es tan mayor para estar así de postrada. De hecho, lady Conway es de la misma edad y tiene un aspecto muy distinto...

—Sí, lady Conway es admirable.

—¿Y la silla de ruedas? ¿Fue por algún accidente?

—No. Es todo por lo mismo: el corazón. No le funciona bien. Como su padre y su hermano siempre estuvieron delicados, y murieron de sendos ataques, los médicos piensan que puede que se trate de una enfermedad familiar. —«¿Qué?». Olivia se llevó una mano al pecho, con la sensación de haber recibido un regalo con trampa, y el propio lord Northcott se sobresaltó al percatarse de lo que estaba pensando—. Perdone, no quería inquietarla. No se preocupe. No tiene por qué haberlo heredado usted.

—No, claro... —Hizo un examen del pasado. No recordaba haberse sentido nunca débil, ni haber experimentado nada que pudiera hacer suponer un defecto del corazón. Mejor no pensar en ello—. En todo caso, lo siento. Le aseguro que tampoco es mi intención disgustarla, pero es que, esto, es absurdo. No podemos casarnos, solo por no contrariarla.

—Lo cierto es que no veo por qué no.

—¡Lord Northcott!

—Vale, sé que he sido muy desagradable desde el principio. Y reconozco que no me hace ninguna gracia casarme, así, de pronto. No lo tenía previsto, y no soy hombre al que le gusten las sorpresas. —Frunció el ceño—. Pero, si compruebo que lo que se ha dicho hoy es cierto, que mi padre no solo ignoró las peticiones de su madre, sino que la amenazó y buscó ocultar ese matrimonio, incluso a costa de llevar a cabo crímenes espantosos, estaré más que dispuesto a resarcirla,

señorita Coombs. Me casaré con usted y será la marquesa de Northcott.

Ella le miró con amargura.

—No ha entendido nada, milord. Nada.

—Sí lo he hecho, créame. Me ha dejado claro que solo se acostará conmigo siguiendo un impulso de su corazón. Por eso, no se preocupe: si descubro que mi familia está en deuda y nos casamos, no pienso obligarla a compartir dormitorio... a menos que lo deseé, claro está. Será su decisión hacerlo o no. Le ofreceré el título y la posición y me mostraré ante todos como su marido, la respaldaré con mi posición y mi dinero, pero no le exigiré que cumpla con sus deberes de esposa.

—¿De verdad?

—Le doy mi palabra.

Olivia se cruzó de brazos.

—Y usted, ¿seguirá teniendo amantes?

Él titubeó.

—Bueno... La verdad, no lo sé. El matrimonio no es incompatible con esas cuestiones, aunque siempre he pensado que yo dejaría de mantener amantes el día que me casase.

—Muy considerado.

—Pero, claro, si usted no quiere tener relaciones conmigo... —Se encogió de hombros—. Tenga en cuenta que soy un hombre, necesito ese... alivio. Por lo tanto, sería lógico que las tuviera, sí. Pero le juro que sería muy discreto —añadió, intentando congraciarse.

—Entiendo. Qué considerado. Y yo, ¿podría tener amantes?

—¿Usted? —Abrió mucho los ojos—. ¿Qué dice? Sabe que no.

—¿Por qué no? Soy una mujer y tengo mis necesidades. —Los ojos de Northcott hicieron el recorrido inverso, entrecerrándose—. Además, le aseguro que sería muy discreta.

—No diga tonterías. No puede. Si se quedara embarazada...

—Le daríamos un heredero al título. Algo que, con su peculiar oferta de matrimonio, no tendría. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿No cree que sería preferible así?

—No. Insisto: usted no tendría amantes.

—Pues creo que cada vez me gusta menos su trato, milord.

—Ja. —Chasqueó la lengua, sin apartar las pupilas de las suyas—. Es usted una mujer muy peculiar, señorita Coombs.

—Sí, bueno... He aprendido a pensar por mí misma y a replantérmelo todo. No voy a permitir que me utilice para lavar su conciencia, lord Northcott, de ningún modo, sobre todo cuando usted no tiene ninguna culpa de nada. Si su padre hizo algo... bueno, lo siento por mi madre, y por mí, mucho, pero también por usted.

—Pero...

—No, lord Northcott, de verdad. Tengo muy claro que los tres somos víctimas inocentes en esta tragedia. —Le sonrió, esta vez amigable—. Pero le animaría a no adelantar acontecimientos. Quizá haya alguna explicación que libere a su padre de toda culpa.

Él la miró de un modo muy distinto a como lo había hecho hasta entonces. Había casi gratitud, y le devolvió la sonrisa.

—Lo comprobaré, se lo juro. Y le propongo una cosa, entonces: que nos demos una tregua, mientras tanto. Incluso que seamos aliados, como propuso usted antes. Yo investigaré eso, y usted puede aprovechar para vivir aquí, y hacer feliz a lady Acton. Tiene, además, la oportunidad de aprender unas cuantas cosas que podrán serle muy útiles en el futuro.

—Sí, ya lo oí. Útiles para encontrar un buen partido. Ya sabe, me buscará un vizconde arruinado. Qué destino horroroso.

Él no repitió la palabra gorjeando, pero captó la broma y rio.

—Eso me temo. Pero ya se verá. —Dejó la copa vacía en una mesa—. ¿Puedo decirle una galantería sin que se la tome como un intento de presionarla en la idea del matrimonio, ni nada parecido?

Ella sonrió, divertida.

—Por supuesto.

—Está bien. —Chasqueó la lengua—. Antes de la cena, cuando la he visto ahí, en el vestíbulo... Bueno, he pensado que tanto la luz como la oscuridad pueden ser muy bellas.

—¿Qué? —preguntó Olivia, sin comprender. Había esperado un sencillo «Está usted muy hermosa esta noche». Pero, claro, era lord Northcott. A qué hacer las cosas fáciles, si podía complicarlas un poco.

—Es sencillo: estaba usted junto al retrato de lady Acton. Como sin duda recordará, en él nuestra prima aparece como era a los dieciocho años: una muchacha rubia, muy hermosa, ataviada con un vestido de muselina blanco. Usted, sin embargo, es morena y lleva un vestido de seda y gasa negro.

—Así es...

—Blanco y negro, día y noche. Extremos. Y, sin embargo, ambas eran grandes damas, y muy hermosas. —Lord Northcott dijo todo aquello sin apartar los ojos de los suyos. Sus pupilas casi parecían ejercer una presión sólida—. Eso pensé.

—Gracias... —replicó ella, segura de que se había ruborizado.

—No hay de qué. —La contempló sin prisa—. Ahora lamento que su corazón no la impulse a besarme.

En realidad, sí lo hacía. Era lo que le pedía ese tonto corazón que palpitaba como loco cada vez que lo veía sonreír; pero no era necesario que lo supiera. Lo mejor sería retirarse cuanto antes.

Le hizo una reverencia, a la que él replicó de inmediato.

—Buenas noches, lord Northcott.

—Buenas noches, lady Olivia.

Capítulo 8

Por la mañana, cuando Olivia entró en el comedor, le pareció más grande todavía.

Uno de los grandes mostradores estaba lleno de bandejas con huevos, salchichas, beicon, setas, judías, tomates asados y toda clase de delicias. El aire olía a mantequilla y mermelada, a panecillos recién hechos, a café y té.

«Si me quedo mucho en este lugar, terminaré redonda como una bola», pensó, divertida.

Había dos lacayos atendiendo la mesa, además de la señora Burton. Sentado a la cabecera estaba lord Northcott, dando buena cuenta de un plato con dos huevos y un poco de todo.

—Buenos días —dijo Olivia, sonriente.

No era para menos. Tras la tensión del día anterior, había dormido de maravilla. Además, se sentía muy contenta con la imagen que le había devuelto el espejo, tras prepararse con la ayuda de Sally. Esa mañana lucía un elegante vestido de lana gruesa, muy cálida, con chaquetilla superpuesta a juego, que le había llevado la doncella de lady Acton al dormitorio.

Mientras la peinaba, le había dicho que esperaban a *madame* Didiane para el té, como pronto, y que la modista y su grupo se quedarían a pasar unos días, hasta que tuvieran listo un mínimo de las prendas encargadas. Olivia sospechaba que las horas que le esperaban, con mil pruebas, iban a ser un auténtico tormento.

Para su sorpresa, lord Northcott se puso en pie y le devolvió un gesto de cabeza.

—Buenos días, milady —replicó, admirándola con los ojos, aunque no parecía de buen humor.

¿Qué demonios le ocurría, ya desde tan temprano? ¿Se lo preguntaba, o era mejor hacer como si no se hubiese dado cuenta? Pensando en esas cosas, Olivia empezó a avanzar hacia allí, pero un movimiento fuera, algo ligero como una sombra, llamó su atención.

Las cortinas estaban descorridas y, aunque seguía haciendo un tiempo gris y desapacible y los cristales estaban cubiertos de gotas de lluvia, al menos había luz natural y se veía parte de los bellísimos jardines traseros de Minstrel House. Entre otras cosas, lo que sin duda era el árbol más grande e impresionante que había visto en toda su vida. Y ella había nacido entre bosques.

—¡Oh, Dios mío...! —susurró, y sin hacer caso de nada más, se dirigió a paso rápido hacia la gran cristalera. El roble, enorme y majestuoso, estaba a pocos metros de la casa y parecía alzarse hacia el cielo con toda la intención de llegar a tocarlo, extendiendo en el camino unas ramas fuertes y oscuras, que se agitaban apenas con la brisa.

—Impresionante, ¿verdad? —oyó. Lord Northcott no se había movido de su sitio, y no había vuelto a sentarse, pero no parecía impaciente. Más bien, divertido—. Me han dicho que lo llaman el Viejo Gigante de Minstrel House.

—Lo sé —dijo ella, volviendo a girarse hacia el árbol—. Y lo había visto, la parte superior, quiero decir, desde fuera, por encima del muro. Pero nunca así, nunca completo. —Lo admiró, con auténtico embeleso—. Es... bellissimo.

Pensó en todo lo que había contemplado ese árbol, testigo de tantas generaciones humanas. Entre otras cosas, el inicio del amor entre sus padres, en una fiesta en esos mismos jardines. Y, ahora, la veía a ella.

Se sintió extraña. Observada.

—Sí que lo es —admitió lord Northcott a su espalda—. Y viejo, tanto como Minstrel House.

—Así es. Según se cuenta, lo plantó la primera lady Northcott que estuvo allí el mismo día en que empezaron a construir la casa, hace ya dos siglos.

—Sí, bueno... Yo hubiese agradecido que hubiese caminado un poquito más, lo justo para plantarlo algo más lejos de la mansión. Debió tener en cuenta que

un roble puede llegar a crecer mucho. Ahí da demasiada sombra y, además, tarde o temprano puede provocar daños a la casa.

—No sea agorero, milord. Es precioso. —Agitó la cabeza y regresó hacia la mesa—. ¿No puede disfrutar con una estampa tan soberbia, sin más?

—Desde luego —replicó él, aunque tal como la miró, se preguntó si se estaba refiriendo al árbol. Esperó a verla acomodada en su propia silla, a su derecha, y volvió a sentarse él—. Y hasta intentaré concentrarme en disfrutar de este excelente desayuno —añadió, con una mueca—. Si es que puede haber algo así sin un periódico en condiciones.

Olivia arqueó una ceja. ¿Ya estaba protestando por otra cosa? ¡Qué hombre!

—En Minstrel Valley los periódicos llegan con un día de retraso. Cuando llegan.

—Ya me he dado cuenta.

—Si va por la tarde a The Old Flute, la posada de Lake Hill, podrá leerlos. *The Times* y *The Reformer* llegan casi a diario.

—Ya, bueno... Como no sé el tiempo que estaré por aquí, me ocuparé de que *The Times* llegue cada día a Minstrel House, a primera hora de la mañana. No le vendrá mal un poco de civilización a este sitio.

Olivia contuvo el aliento, pero se negó a dejarse enfadar desde tan pronto. ¿Qué contestar a eso? ¿Que estaba hablando de su maldito pueblo natal, de su hogar? A veces, lord Northcott parecía tener menos sensibilidad que el lazo de su pañuelo.

«Y, sin duda, es menos perfecto», se dijo con ironía.

—Solo se me ocurre que cambien todos sus horarios para que los trabajadores terminen antes de imprimirlo, de ese modo podrá traerlo alguien, de madrugada, moviéndose a toda velocidad por la oscuridad de los caminos con un caballo desbocado. —Alzó un dedo—. ¡Y en las noches de tormenta, como la que acabamos de vivir, se pondrá más interesante todavía la carrera!

Él la miró y simuló sorprenderse.

—Ya irónica desde tan temprano. Tiene su mérito, no crea. —Rio entre dientes—. Pero supongo que me lo merezco. Lo siento, me pone de mal humor salirme de mis costumbres, y me gusta leer el periódico mientras tomo el

desayuno.

—Le sugiero que se acostumbre a leer la prensa del día anterior, aquí es lo que hacemos.

—Supongo que es apropiado. En Minstrel Valley da la impresión de que viven en otro tiempo —explicó, cuando ella le interrogó con la mirada—. En el ayer.

Olivia sonrió, encantada con la idea.

—De algún modo, así es, sí. Vivimos inmersos en el pasado, muy atados a nuestra leyenda.

—Ah, sí. Era algo de los Scott, ¿no?

—Sí, exacto. Les llevaré un día hasta las ruinas del castillo, a su hermana y a usted, si quiere, y les contaré la historia.

—Seguro que Harmony lo disfruta. Pero si quiere que también vaya yo, tendrá que esperar a mi regreso. Salgo dentro de un rato para Londres.

—¿Para investigar...? —No terminó la frase. Era un tema desagradable.

Él se limitó a asentir.

Le pusieron un plato delante, con dos huevos fritos, beicon, salchichas, tomate asado y tres o cuatro cosas más, además de un par de tostadas recién hechas. Aquella gente debía pensar que llevaba diez días de ayuno.

En todo caso, empezó a comer con ganas. Estaba todo muy bueno. La señora Burton en persona le sirvió el té, con una cucharadita de azúcar.

Olivia suspiró.

—Gracias, señora Burton —dijo de todos modos.

—No hay de qué, lady Olivia —¿había sonreído? ¡No podía creerlo!—. Recuerde que milady solo desea su bien.

—Eso no lo dudo. —Sonrió—. Gracias.

Un lacayo relleno la taza del marqués. Se fijó en que él tomaba café.

—Me gusta más por la mañana —le dijo el marqués, al ver que eso le llamaba la atención—. Me acostumbré en América, donde pasé una temporada, y ahora ya no puedo vivir sin él. Me ayuda a despejarme.

—Yo solo lo probé una vez. Lo encontré muy amargo.

Lord Northcott rio. Se inclinó hacia ella, para hablar con complicidad.

—Prometo que no diré nada si lo prueba con tres cucharaditas de azúcar. O si

se las echa al té.

Olivia secundó su risa. Miró de reojo a la señora Burton, que había fruncido el ceño.

—Imposible. Me vigilan de cerca. —Ambos volvieron a reír—. ¿Puede creerlo? ¿Qué más dará que tome el té con una cucharadita o con tres?

—Está claro, milady. Si le echa tres, espantará al vizconde arruinado. Se dará cuenta de que se va a gastar usted la dote en azúcar.

Olivia lanzó una carcajada.

—Es cierto. Ahora lo entiendo.

Se sonrieron, y él la miró de un modo extraño. Olivia se ruborizó y volvió a centrarse en su plato.

—Lo siento, nunca me levanto tan tarde —dijo, buscando algo que decir—. Pero es que, con todas las emociones vividas, me costó dormirme y luego se me han pegado las sábanas. Las demás ya han desayunado, ¿no?

—No, en absoluto. —Rio—. Si a esto considera tarde, es que es usted muy madrugadora, Olivia. Yo ya llevo aquí un rato, pero las demás no se levantarán hasta las nueve, como pronto, y que yo sepa hoy no van a venir al comedor. Lady Acton tiene la obligación de desayunar en la cama, por prescripción médica. Ella sí que se despierta pronto, ya estará leyendo, pero pocas veces baja antes del almuerzo. La señorita Chatham se queda con ella. Y a lady Harmony siempre le ha gustado desayunar en la cama. De vez en cuando, cuando no tiene clases, se lo consiento.

Olivia sonrió.

—Quiere mucho a su hermana.

—Sí. —Lord Northcott le devolvió la sonrisa. Olivia sintió que se le aceleraba el corazón. ¡Qué guapo estaba en esos momentos!—. Qué le voy a hacer, me conquistó por completo en cuanto la vi, fue amor a primera vista. Yo tenía catorce años y ella... bueno, ¡era tan pequeñita! Desde entonces, siempre la he protegido.

«Qué entrañable», pensó Olivia, feliz de descubrir una faceta tan encantadora de lord Northcott. Quién iba a decirlo, sí que tenía algo de sensibilidad. Quizá solo era que estaba demasiado acostumbrado a ocultarlo.

—A mí me hubiera gustado tener un hermano mayor —admitió.

Sí, hubiese estado bien, alguien que la protegiera, que la quisiera. La sensación de soledad absoluta la sobrecogió, como de costumbre. ¿Podría superarla, ahora que tenía aquella extraña familia? Solo el tiempo lo diría.

Él arqueó una ceja.

—Eso, para mí, hubiese supuesto un serio problema.

Le miró sorprendida, pero al ver la risa en sus ojos, también rio. Sí, por supuesto. Teniendo en cuenta el matrimonio de Mery con lord Camden, Marcus Hale no sería marqués, de tener ella un hermano mayor.

—Cierto. Pero hubiese resuelto otros.

—¿Como cuál?

—Ya no le estarían obligando a casarse conmigo.

Lord Northcott hizo un gesto con la cabeza, como si hubiese recordado de pronto aquel detalle. Hubo algo curioso en sus ojos oscuros, y se estaba planteando contestar algo, pero justo entonces entró Doll en el comedor y le dijo algo a la señora Burton.

La mujer puso cara de desconcierto y se acercó al marqués.

—Milord... —Se inclinó para decirle lo que fuese al oído y, en una mesa tan grande, no se oía nada.

Olivia se encogió de hombros, segura de que, lo que fuera, no tenía nada que ver con ella.

Por eso se sorprendió cuando lord Northcott la miró.

—Dígale que pase —dijo, aunque no se dirigía a ella, sino a la señora Burton.

El ama de llaves hizo de inmediato un gesto a Doll, que volvió a salir.

—¿Qué ocurre? —pregunto Olivia, preocupada porque lord Northcott había perdido aquel aire risueño que había empezado a gustarle tanto. Tenía otra vez una expresión oscura, muy poco halagüeña. Él se encogió de hombros.

—Ahora lo verá.

Segundos después, apareció en el comedor el condestable Worth.

Capítulo 9

Olivia abrió mucho los ojos.

—El condestable Nerian Worth, milord, lady Olivia —anunció la señora Burton.

El joven entró con paso firme. Lord Northcott asintió.

—Bienvenido a Minstrel House, señor Worth. ¡Y a estas horas tan... tempranas! —De alguna forma, dejó claro que el término que había estado a punto de pronunciar, el de verdad correcto, era «inoportunas»—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días, vuestra señoría —replicó Worth. Miró hacia ella sorprendido, supuso que por la presentación como «lady Olivia». O quizá por su aspecto, por el bonito vestido, o por el moño que lucía en vez del rodete habitual que se hacía siempre—. Sí, milord, sé que es temprano, disculpe. Me temo que en Minstrel Valley madrugamos bastante.

—También en Londres y en otras partes del mundo, aunque no lo crea. —Lord Northcott bebió un sorbo de su taza. No se dio ninguna prisa—. ¿Y qué le ha traído aquí? ¿Viene a devolverme la visita de ayer? ¿O es que necesita algo de nosotros?

Pobre Worth. Aunque el condestable era un hombre frugal, al que no le importaban los lujos, el lugar imponía, bien lo sabía Olivia. Intentaba mostrarse indiferente, pero le suponía un esfuerzo, rodeado de tanto esplendor. Y lord Northcott, que parecía dispuesto a mostrar su parte más oscura, se aprovechaba de la situación para intimidarle. Era muy capaz de dejarle allí de pie, como un pobre perro apaleado.

Olivia le sonrió.

—Por favor, siéntese. ¿Quiere una taza de café o de té, señor Worth?

—No, gracias, no se preocupe. No quiero molestar, de ningún modo.

—No se preocupe, no molesta —dijo el marqués, muy seguro de sí mismo, sin soltar los cubiertos. Cortó otro trozo de salchicha—. Siéntese con nosotros y tome una taza de té. —No era una invitación, casi sonó como una concesión. O quizá una orden—. Señora Burton, por favor.

—No, yo... —Pero, por supuesto, le sirvieron una taza de té, a la izquierda del marqués. Quedaba justo frente a Olivia, y ella sintió su mirada, entre preocupada y acusadora—. De acuerdo —aceptó, y se sentó—. Gracias.

—Bien. Entonces, ¿qué podemos hacer por usted?

—En realidad, venía a comprobar cómo se encontraba la señorita Coombs. Su criada, la señora Meyers, vino a verme anoche alarmada, diciendo que un hombre desconocido que aseguraba ser el señor... —Sacó la libreta en la que solía tomar datos en su trabajo, aunque Olivia tuvo la sospecha de que, en realidad, no hubiese necesitado mirar—. Señor Barry, eso es.

Lord Northcott asintió.

—Sí. El hombre alto, con barba cana que, con toda probabilidad, le ha abierto la puerta de la calle.

—Oh. ¿Era él? Entonces, ¿es quizá el mayordomo de Minstrel House?

—Bueno, yo no diría tanto. Lady Acton es un poco peculiar, prefiere tener un servicio mínimo y hace años que no cuenta con mayordomo. La señora Burton, aquí presente, es quien se ocupa de la dirección de la casa. —Señaló apenas a la mujer, que agradeció la mención con un gesto de cabeza—. El señor Barry es una incorporación reciente, aunque muy cercano a la familia, puesto que sirvió con su hermano en el ejército, estuvieron juntos en Waterloo. De momento, hace un poco de todo, hasta que lady Acton se organice.

—Está bien saberlo. —Worth escribió en su libreta. Tampoco se metió prisa. Lord Northcott arqueó una ceja con fastidio, pero no dijo nada—. Pues, por lo que parece, el señor Barry entregó una nota informando que la señorita Coombs ya no iba a volver a la casa. *Nunca*. Se le ordenaba que hiciera su equipaje, ya que pasarían hoy a recogerlo.

Olivia miró a lord Northcott con fastidio.

—¿Eso decía? ¿Nada más?

—Tal cual —asintió Worth, adelantándose a contestar—. Lo sé porque me la llevó y la leí. Y me pareció muy extraño, claro. Por eso, a primera hora me he pasado por allí, a comprobar si había vuelto, y nada. Justo entonces ha llegado la señorita Annie y me ha dicho que no podía ser, que había quedado en desayunar con usted, y en que llevaría a la abuela Joan a su casa. Al ver que no estaba, también se ha preocupado, como es normal.

Ella se llevó una mano a la mejilla.

—¡Es verdad, había quedado con Annie para desayunar! ¡Y la pobre abuela Joan! —Menos mal que ya casi no se daba cuenta de nada, porque se habría sentido muy herida—. Lo siento, con todo lo que me ha pasado, lo olvidé.

Worth la estudió pensativo.

—Ya, bueno... Si me invitaran a una casa así, no solo me olvidaría del desayuno, también del almuerzo —dijo, intentando bromear. No tuvo demasiado éxito, de hecho, lord Northcott se mantuvo muy serio, pero tampoco pareció importarle. Hizo un gesto a su alrededor—. Entonces, ¿es verdad? ¿Va a quedarse aquí? ¿Vivirá en Minstrel House? —Ella asintió—. No acabo de entenderlo.

—Es una larga historia, condestable Worth, pero, ya que está interesado, le haré un resumen —replicó lord Northcott—. A todos los efectos, ya no existe la señorita Coombs. Se ha corregido un grave error del pasado y, ahora, está usted ante lady Olivia Hale, hija del conde de Camden...

Worth abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Su padre? ¿El heredero del marquesado?

—Exacto. Al parecer, la señora Mery Coombs tuvo una relación con lord Philip Hale, lord Camden, el entonces heredero de lord Northcott. Por eso, lady Olivia es nieta del marqués de Northcott, ¿entiende? De otro marqués de Northcott, por supuesto.

Worth asintió. Tampoco él sonrió ante la broma.

—Me hago cargo. Pero... ¿se refieren a hija, pero hija *legítima*?

—Por supuesto. Antes de casarse con Bernard Coombs, Mery Coombs

contrajo matrimonio con lord Camden. De no ser así, no usaría el título de lady. —Puso expresión contrita—. Aunque, disculpe, es lógico que usted no esté al tanto de cómo funcionan las cosas entre la nobleza.

El condestable hizo una mueca, pero decidió dejar pasar el comentario. Se centró en lo importante.

—Y eso, ¿cómo lo saben?

—Mmm... Por el descubrimiento de ciertos documentos, a la muerte de Mery Coombs. —Si le pareció suficiente explicación o no, no se supo. Worth se mantuvo sin expresión alguna—. Puesto que forma parte de la familia, lady Acton ha decidido convertirse en su tutora y que lady Olivia se instale aquí.

—Es lógico —convino Worth.

—Es lógico. Por eso vamos a traer sus cosas.

El condestable bebió un par de sorbos del té.

—¿Y la escuela? —preguntó entonces—. ¿No va a dar más clases?

—No lo sé —respondió ella—. Me temo que lady Acton no cree que sea adecuado...

Lord Northcott miró a Worth con el ceño fruncido.

—No entiendo sus preguntas. Una dama como lady Olivia Hale no puede estar de maestra de pueblo, como puede imaginar.

La expresión de Worth no varió, al menos en apariencia.

—Entiendo. Señorit... *Lady Olivia*, ¿podría hablar con usted a solas un momento?

Lord Northcott, cuyo padre había heredado el título cuando él tenía cinco años, y por pura carambola, arqueó ambas cejas y consiguió una expresión peculiar. Como si hubiese nacido ya siendo marqués, decidió Olivia. Además de idiota, claro.

—¡Por supuesto que no, caballero! —exclamó, simulando estar escandalizado—. ¿Qué pretende? ¡Una dama como lady Olivia Hale no puede estar a solas con un hombre, comprometería su reputación!

—Oh, maldita sea... —murmuró ella.

—¡Lady Olivia! —siguió él, con el mismo tono—. Una dama nunca habla de ese modo. Puede pensarlo, pero no lo dice.

—Pues lo estoy pensando, milord. Con mucha intensidad.

Algo vibró en los extremos de la boca del marqués. El muy maldito estaba conteniendo la risa.

—Ya me lo imagino.

Los ojos de Worth pasaron de uno al otro.

—Señorita Coombs... —carraspeó—. Olivia...

—*Lady* Olivia —corrigió lord Northcott, incidiendo en el título. Worth apretó la mandíbula.

—*Lady* Olivia, quiero que hable con toda libertad, ¿de acuerdo? Le aseguro que no va a pasarle nada en ningún caso.

—Por supuesto que no —aseguró lord Northcott. El condestable hizo una mueca, molesto—. *Lady* Olivia Hale está aquí bajo mi protección, señor. —Se llevó una mano al corazón—. Me ofende que insinúe que podría llegar a ocurrirle algo malo en estas circunstancias. Y añadiré que...

—Por favor, lord Northcott —le cortó Worth, con aspecto de estar muy harto—. Le ruego que se mantenga en silencio. Aunque no lo parezca, esto es un interrogatorio oficial.

Lord Northcott arqueó ambas cejas.

—Tiene razón, condestable, no lo parece. De otro modo, le hubiese informado de que, al margen de cualquier otra cosa, soy abogado. Como tal, le recuerdo que *lady* Olivia es menor de edad, y la pupila de *lady* Acton. Por lo tanto, *lady* Acton debería estar presente. —Se encogió de hombros—. Pero consideraré que, con mi presencia para salvaguardar sus intereses, es suficiente.

—Y guardará silencio —replicó Worth, sin dejarse amilanar.

Lord Northcott entrecerró los ojos.

—Y guardaré silencio.

—Gracias. —Volvió a dirigirse a Olivia—. Dígame, *lady* Olivia, ¿está aquí por voluntad propia?

Ella se lo pensó un momento.

—No, la verdad es que no —reconoció. Lord Northcott no se inmutó, pero hubo una ligera sombra en sus ojos—. Pero tengo que estar.

—¿Por qué?

—Ya lo ha oído. Lady Acton es mi tutora legal, así se dispuso en una carta. Si yo decidiera salir de aquí sin su permiso...

—Tendríamos que llamar al condestable, para que la trajera de vuelta, por supuesto —afirmó lord Northcott—. Ah, qué suerte que ya esté aquí.

Worth frunció el ceño. No se molestó en recordarle que se callase.

—Sí, es cierto. Me cuesta entenderlo, eso es todo.

—Como ha dicho antes lord Northcott es... es una larga historia —tartamudeó, ella, sin saber qué decir. ¡Qué situación más difícil!—. Todavía tenemos que confirmar algunas cosas, como que de verdad se celebró esa boda entre ella y lord Camden, pero eso parece.

—¿No hay pruebas de ese matrimonio?

—No. De momento, ninguna.

Worth se lo pensó unos momentos.

—Está bien. —Sacó de nuevo la libreta del bolsillo—. Deme más detalles. Intentaré indagar algo al respecto.

—¿Para qué? —preguntó lord Northcott—. Yo me ocuparé de eso.

—Si no le importa, prefiero ocuparme yo.

—¿Acaso va a dudar de la palabra de lady Acton o de la mía?

—No, milord, no se me ocurriría algo así —replicó, aunque sonó algo sarcástico—. Pero, investigar por el bien de los lugareños, forma parte de mi trabajo. Y, por mi parte, quiero velar por los intereses de la señorita Coombs.

Lord Northcott frunció el ceño.

—No es la señorita Coombs. Es lady Olivia Hale, ya lo ha oído.

—También he oído que ese supuesto matrimonio de su madre está por confirmar, por lo tanto, la legitimidad sigue siendo dudosa. Habrá que buscar la documentación en...

—Algo de lo que me ocuparé yo.

—Milord, no quiero...

—Entonces, no lo haga —le cortó lord Northcott, firme—. Ambos sabemos que, en este asunto, le impulsa algo muy poco profesional.

Worth arqueó ambas cejas.

—¿A qué se refiere?

—Lady Olivia me informó de que ustedes dos habían hablado de casarse. Que, de hecho, habían establecido un compromiso entre ustedes. —Las pupilas del condestable se volvieron hacia ella, cada vez más sorprendidas. Olivia se ruborizó hasta las orejas. ¡Oh, por Dios! ¡Qué vergüenza!—. Pero le recuerdo otra vez que ella es menor de edad y, por tanto, no puede decidir por su cuenta en esas cuestiones. Muy por el contrario, lady Acton le ha prohibido semejante relación.

—¿Lady Acton? ¿Eso ha hecho?

—Así es. Desea que lady Olivia y yo nos casemos, así recibirá el apellido que debería haber tenido y estrecharemos lazos familiares. Por lo tanto, de momento, yo soy su prometido, y el único que tiene alguna autoridad en los asuntos de la dama.

En otras circunstancias, Olivia hubiese intervenido para, al menos, dejarle claro que la única presente con autoridad sobre sus asuntos era ella misma, por no hablar de que no entendía de dónde podía haber sacado lo de que era su prometido. Pero estaba tan avergonzada que ni se encontró la voz.

Worth agitó la cabeza. Por suerte, no la desenmascaró. Apretó los labios mientras volvía a guardar la libreta, y se encaró con lord Northcott.

—Pero ¿qué ocurrirá si no puede confirmarse su ascendencia? ¿O, peor, si se descubre que esa boda nunca se celebró? ¿Romperá ese... compromiso?

—¿Capto censura en su tono?

—Ja. Como poco. Me da igual si es usted marqués o príncipe, milord. —Le señaló con un dedo—. Si le hace daño a la señorita Co... a lady Olivia, me ocuparé de hacérselo pagar. Y esto sí que es algo muy poco profesional, lo sé, pero me da igual.

Lord Northcott le estudió un par de segundos.

—Tiene suerte de que yo sea la clase de hombre que sabe reconocerle el mérito de haber dicho eso. De otro modo, podría ocuparme de hacérselo pagar a usted. ¿Le gusta Minstrel Valley, Worth? —Le dejó un segundo para pensar la posible respuesta—. Pues si no quiere que le cambien de destino a la alcantarilla más pútrida de toda Inglaterra, en la maldita punta norte de Escocia, más le vale comportarse en mi presencia.

Las aletas de la nariz de Worth temblaron de pura indignación.

—Ya me imagino que tiene los contactos necesarios para hacerlo.

—No lo dude. Y sin necesidad de utilizar el poder que me da el título de marqués.

El otro frunció el ceño.

—Pues hágalo y...

—¡Worth! —exclamó ella, poniéndose en pie de un brinco, lo que hizo que los dos hombres se levantasen también.

Se miraron los tres, indecisos. Al fondo, la señora Burton y los dos lacayos también se habían puesto alerta.

Había que calmar los ánimos. Si seguían así, temía que la cosa se complicase hasta un punto de no retorno.

—¿Sí, mi querida lady Olivia? —pregunto lord Northcott—. ¿Qué hacemos todos de pie? ¿Acaso ha visto un ratón?

—¿Ratón? No. Bueno, sí... —Le frunció el ceño—. Una rata. *Muy* grande. —Apartó la silla para salir de la mesa—. Pero, ya que estoy de pie, voy a acompañar al condestable Worth hasta la puerta.

El marqués, por supuesto, intentó oponerse:

—No creo que sea necesario que... —Pero debió ver algo en su cara, porque claudicó de inmediato—. Por supuesto. —Se encogió de hombros—. Le deseo un buen día, señor Worth.

El condestable no contestó. Se limitó a despedirse con un gesto de cabeza, muy serio. Esperó a que Olivia pasase delante y la siguió. Ella le fue guiando por el laberinto de puertas que ya empezaba a conocer. Caminaba deprisa, rezando para que no iniciase una conversación.

Cuando llegaron a la puerta de la calle, se alegró de que no estuviera el señor Barry. No tenía ganas de dar explicaciones a nadie.

Olivia cogió la gran manilla de bronce y abrió solo lo mínimo, porque aquello pesaba más de lo que había pensado en un principio. Por la rendija se coló un soplo de viento frío y desapacible que la hizo tiritar. De poco sirvió la lana gruesa y cálida del vestido con chaquetilla.

—No salga —ordenó Worth—. No tiene ni siquiera un chal.

—Iba a acompañarle hasta la puerta de la verja...

—¿Qué dice? No, por favor. Hace muy mal día, casi tanto como ayer, se quedará helada. Además, no es necesario. Conozco el camino.

Ella le miró contrita.

—Se ha dado otra vez toda la caminata por mí...

El condestable titubeó.

—Me gustaría poder decir que sí, para apuntarme el mérito, pero no es cierto. Esta vez he venido a caballo. Lo he dejado a cubierto bajo el alero de la casa de los Randall.

—¿Por qué allí?

Él se encogió de hombros.

—No estaba seguro de si aquí me iba a encontrar con... problemas. —Olivia contuvo las ganas de llorar. A su manera, Worth era un héroe, como los caballeros de otros tiempos. Había ido a rescatarla al castillo, pese a los muchos riesgos, armado solo con la fuerza de su voluntad y sin dejarse intimidar por la naturaleza colosal del monstruo que la tenía secuestrada. Se contemplaron el uno al otro—. ¿De verdad le dijo al marqués que habíamos hablado de casarnos?

Ella se ruborizó.

—Me temo que sí. Y lo lamento, de verdad, señor Worth, no pretendía ofenderle. No sé ni cómo sucedió; de pronto lo estaba diciendo... —Suspiró—. Supongo que me sentí acorralada cuando lady Acton y lord Northcott plantearon la idea de nuestra boda y empezaron a hablar de ello como de la mejor alternativa posible. No sabía cómo escaparme. Lo lamento.

—No se preocupe. —Sonrió—. De hecho, no puedo negar que me siento halagado.

Le miró sorprendida.

—¿Es cierto eso?

—Desde luego. Me alegra saber que me prefiere a ese hombre, pese a todo su poder y sus muchas riquezas. Además, quizá usted no habló de casarnos, pero yo sí, y admito que de continuo, aunque no lo dijera con esas palabras. Usted lo sabe.

—Sí, claro que sí.

—Lo siento. Muchas veces temí haberme puesto pesado. Porque sabe tan bien como yo que me hubiese casado con usted el verano pasado. —Se encogió de hombros—. En otoño. En invierno...

—Señor Worth, por favor...

—No, déjeme hablar, porque voy a librarla de cualquier sentimiento de culpa. Me avergüenza decir que mi interés era más... egoísta que romántico. —Alzó una mano, al verla sorprendida—. No se confunda, es usted preciosa, el sueño de cualquier hombre. Pero supongo que estoy aquí, tan solo... —Apretó los puños, en un gesto algo desesperado—. Usted no sabe, no se imagina, lo terrible que es la soledad.

Olivia sonrió, recordando ese sentimiento espantoso que la rondaba desde la muerte de Mery.

—Sí, sí que lo sé, señor Worth. Le recuerdo que ha muerto mi madre, mi única familia. Desde entonces, vivo con la sensación de... no sé cómo decirlo. Que, si desapareciera, nadie se daría cuenta. O, al menos, que no lo lamentarían. No de verdad.

Él la miró sorprendido y negó con la cabeza.

—Perdone que le lleve la contraria, pero no es cierto. Usted se siente sola, lo sé, pero está en el lugar que la vio nacer, el que la vio crecer. Está rodeada de amigos, de gente que la quiere. Muchos de ellos, aunque no lo pueda sentir ahora mismo porque está aturdida por el dolor de la pérdida, son su familia.

—Sí —admitió, dándose cuenta de que tenía razón. Pensó en Annie y su madre, en la propia señora Meyers, en la vieja Joan, que era como una abuela para ella, y tantos otros—. Es verdad.

—Claro que lo es. Mi situación, por el contrario, resulta... bueno, algo distinta.

—Worth, se le aprecia mucho por aquí.

—Lo sé. Sé que tengo amigos. Pero yo necesito algo más. ¿Cómo podría explicárselo? —Buscó un momento las palabras—. Ya he cumplido los treinta años. Necesito asentarme, quiero una familia, amor, hijos... Y a veces me puede la impaciencia. —Ahogó una risa ronca, con tristeza—. ¡La vida pasa tan rápido!

—Sí. Es verdad.

Él titubeó. Sonrió tímido.

—Nunca había sido tan sincero con nadie. Supongo que no hemos conseguido enamorarnos, pero creo que sí hemos llegado a ser buenos amigos.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Me agradaría mucho pensar que me tiene en tanta consideración, Nerian.

—Desde luego que sí, lady Olivia.

—No, por favor. Olivia, sin más.

Él asintió.

—Olivia. —Hizo un gesto ecuánime—. Supongo que esto es todo.

—Sí, supongo que sí. —Suspiró—. Ya ha comprobado que estoy bien. Dígale a la señora Meyers y a Annie que no se preocupen, que muy pronto iré a verlas. Que cuiden, por favor, de la abuela Joan en mi ausencia y que no se preocupen, en cuanto pueda, me ocuparé yo misma de que tengan ayuda. ¿Lo hará, por favor?

—Desde luego. —Señaló hacia el interior de la casa, en la dirección en la que quedaba el comedor—. Ni que decir tiene que, si necesita algo, o si se descubriera que todo eso del título no es cierto y esta gente le da la espalda... Ya sabe dónde estoy. Dónde tiene un amigo.

—Se lo haré saber, descuide. Pero estoy segura de que no necesitaré nada. Voy a empezar una nueva vida que todavía... todavía no me creo del todo, pero que siento que es cierta. No se preocupe por mí. —Sonrió, mirándole a los ojos—. Sea feliz, Nerian, se lo deseo de corazón. Gracias por su apoyo y su amistad.

Él parpadeó, dándose cuenta de la auténtica profundidad de aquella despedida. En sus ojos hubo una sombra de tristeza, pero sonrió, hizo una reverencia bastante gallarda, abrió y se fue por la puerta, cerrando tras él para contener fuera el aire de la tormenta.

Olivia se acercó a la ventana más cercana. Desde allí, le vio bajar la escalera y convertirse, poco a poco, en una silueta oscura que se dirigía hacia la entrada, al gran portón de Minstrel House. Cuando se perdió de vista, suspiró.

Nerian Worth había salido de su vida, para siempre. No imaginó que aquello le iba a causar tanta pena.

Olivia se frotó los brazos, intentando entrar en calor, mientras dudaba entre

subir a su dormitorio a encerrarse hasta la llegada inevitable de la modista o volver al comedor y reprocharle su comportamiento a lord Northcott.

¡Aquel infame...! Casi había decidido irse, porque no podía soportar la idea de encontrárselo de frente estando tan enfadada, pero no le fue posible.

—Ha hecho bien en despedirle —le oyó decir, a su espalda—. De hecho, empezaba a pensar que tendría que hacerlo yo.

Olivia se giró hacia la voz. Lord Northcott estaba al inicio del pasillo, de brazos cruzados y apoyado de lado, con el hombro, en la pared, con un gesto indolente que terminó de indignarla. ¡Qué tonta! ¿Cómo había podido llegar a creer que había alguna posibilidad de acuerdo, de acercamiento, entre ellos?

—¿Nos ha estado espiando? —preguntó, tensa.

—No. Bueno, solo al final, dado que tardaba mucho y me pregunté si no habría cometido alguna tontería. Veo que no, y me alegro. —Sonrió, aunque sin gracia—. No se equivoque, ese hombre me cae bastante bien. Por lo que parece, es íntegro y responsable, y está claro que se preocupa por usted.

—¿Worth? —Le miró abriendo los ojos, con sorpresa forzada—. ¿Worth le cae bien? ¡Pues qué pueden esperar sus enemigos! —Algo muy terrible, a decir de su expresión—. Sepa usted que el modo en que le ha tratado en el comedor ha sido deplorable.

Lord Northcott no lo negó. Se incorporó y avanzó hacia ella, hasta quedar a pocos pasos.

—Sé que he sido brusco, y quizá me he burlado sin necesidad alguna, pero era mejor acabar cuanto antes.

—¿Mejor para qué? ¿Por qué le ha torturado así, lord Northcott? Dígame. —Él no contestó, no dijo nada; se limitó a mantener su mirada, con una expresión indescifrable en el rostro—. Podría entenderlo si yo le interesase algo, aunque fuera un poco. Pero, en nuestras circunstancias...

—¿Nuestras circunstancias?

—Sí. Le recuerdo que no quiere casarse conmigo. ¿Por qué se comporta como si estuviera celoso?

—No estaba comprometida.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida por el giro de la conversación.

—Lo he oído. No estaba comprometida, y ninguno de los dos quería al otro. —Ah, eso. Olivia apretó los labios, con amargura—. Pero bueno, él deseaba formar una familia y, usted, escapar de mí. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. Se me ocurren muchas razones peores para un matrimonio.

—Muy gracioso. Worth es mi amigo, no vuelva a violentarle así. —Olivia le miró más enfadada todavía, al recordar algo—. Además, creía que teníamos una maldita tregua.

—Es verdad. La tenemos. —Le hizo una reverencia—. Vuelvo a disculparme, lady Olivia.

—Ya. Pues no parece muy arrepentido, lord Northcott.

—¿No? Vaya. —Se encogió de hombros de un modo casi perezoso—. Lo lamento tanto que ni se me nota.

Olivia hizo un gesto de desdén y se fue de allí. Estaba claro que con aquel individuo no se podía razonar.

Capítulo 10

El coche de lord Marcus Hale, marqués de Northcott, se detuvo ante el edificio en el que estaba el despacho de abogados Sir Herbert Pyne.

No esperó a que el cochero, Fergus, le abriera la portezuela. Él mismo lo hizo y bajó, aunque con algo de esfuerzo. Sentía el cuerpo baldado por el traqueteo del camino. La lluvia, además, había caído con fuerza durante el viaje y lo había embarrado todo. Dos veces se habían quedado atascados, y podían considerarse afortunados porque podrían haber sido muchas más.

Habían tardado cerca de dos horas más de lo habitual en hacer el recorrido de Minstrel Valley a Londres, contando el tiempo que habían parado en una posada de camino para entrar en calor tomando un té que parecía llevar hecho una semana. Y seguro que así era.

Un auténtico infierno.

Pensaba ir al despacho para comenzar a dar las órdenes necesarias con las que empezar la búsqueda de cualquier información al respecto de Mery Coombs. Tenía toda la intención de estar ya revisando papeles antes de la cena, pero no pudo ser. Marcus hasta había tenido que ayudar a liberar el coche, una labor titánica para Fergus, Upton, su ayuda de cámara y él.

Había terminado cubierto de barro y sudor. No le quedó más remedio que pasar por Northcott House para darse un buen baño caliente y cambiarse con la ropa que le preparó Upton.

Aprovechó también para enviar la carta de lady Acton por medio de un mensajero. Como daba igual una dama u otra, la envió a Badfields House. Le resultaban simpáticos los tres maridos de las amigas de su prima, lord Gysforth,

lord Rutshore y lord Badfields, pero, por alguna razón, sentía una simpatía especial por este último.

Al final, eran las seis pasadas cuando llegó al despacho.

—¿Le espero aquí, milord? —oyó que le preguntaba Fergus.

Marcus miró hacia el pescante. El cochero llevaba una buena chaqueta, de cuero forrado, además de una gran bufanda, pero era evidente que tenía frío. Corría un aire desagradable, cada vez más, con la puesta de sol.

—No. Creo que tardaré una hora, como mínimo. —Comprobó el reloj—. Dese una vuelta si quiere, o vaya a tomar algo caliente, y venga a buscarme a las siete y media, para ir a cenar.

Fergus asintió, con evidente alivio.

—Muy bien, milord.

Marcus dio media vuelta y se dirigió hacia el gran portal del elegante edificio que tenía enfrente. El cartel de bronce del bufete resplandecía con los últimos rayos del sol de la tarde. Ahora ponía «Sir Herbert Pyne», pero, en sus orígenes, fue «Walter Hale, Abogado».

Su padre había fundado el despacho en York, donde vivían antes de heredar el marquesado. Ya desde el principio, demostró tener grandes dotes para las leyes, y logró un enorme prestigio en el campo de la abogacía. Luego, al verse obligado a vivir en Londres para ocuparse de todo lo relacionado con el título, lo había trasladado a la capital, a la parte sur de Fleet Street, en la zona de The Temple.

Fue una decisión que no todo el mundo pudo entender, puesto que, aunque Walter Hale había llegado a ser un abogado de renombre, no volvió a trabajar. Algo así hubiese estado muy mal visto en un noble, y él lo era desde siempre, de corazón. Pese a que, con el nacimiento de lord Camden, había llegado a creer que algún día ostentaría el título, siempre había estado muy orgulloso de su posición en la línea hereditaria.

Y, sin embargo, se llevó el despacho con él, con el trabajo y los gastos que supuso su traslado a la capital. Eso sí, colocó al frente a otro abogado, Herbert Pyne, un joven londinense calculador, inteligente y astuto, que fue su mano derecha durante muchos años. Pyne debía ocuparse de todo, a ojos de la

sociedad, y de enseñar a los jóvenes Hale el mundo de las leyes.

«Soy un hombre previsor», le explicó su padre a Marcus, el día en que fue lo bastante mayor como para preguntarle al respecto. «Tú estabas destinado a ser marqués, pero de haber tenido otro hijo varón, como era mi deseo, me hubiese gustado que se dedicase a la abogacía».

No hubo hermanos varones, solo Harmony, por lo que Herbert Pyne seguiría dirigiendo el despacho durante muchos años. Y Marcus debía admitir que había cumplido su papel con gran éxito. Lo poco que le faltaba en oratoria para estar a la altura de Walter Hale, lo compensaba con una ambición sin límites. El prestigio de Pyne le había llevado, con el tiempo, a ser designado no solo baronet, sino también Abogado de la Corona, y hacía ya tres años que vestía con orgullo la túnica de seda que le otorgaba ese cargo.

Llegado el momento, Marcus aprendió con él cuanto sabía de derecho. Aunque fue a Oxford para profundizar en Historia, Filosofía y otras materias que le interesaban, el estudio de la Ley no se daba en instituciones, ni su ejercicio dependía de exámenes de ningún tipo, sino de una instrucción continuada con quienes ya eran expertos en el mundo jurídico.

También su padre hubiese podido darle esa educación, pero Walter Hale prefería disfrutar de su nueva vida de noble sin obligaciones, por eso fue Pyne quien le tomó a su cargo y le enseñó todo lo que había aprendido en sus largos años de ejercicio: lo legal y lo ilegal, los caminos directos y los tortuosos atajos que parecía que no, pero que llevaban al objetivo, que era lo único importante.

En definitiva, lo que precisaba para llegar a ser el abogado de éxito que él sí que hubiese deseado ser, pero que nunca sería, porque era marqués...

Ojalá pudiera mandar aquel título al infierno. Pero le resultaba imposible. Su prestigio haría que Harmony dispusiera de un abanico más amplio de posibilidades, a la hora de buscar un buen matrimonio. Quizá, cuando ya lo hubiese conseguido, cuando la viese feliz y bien posicionada...

Bah, a qué darle vueltas. Era consciente de que jamás lo haría, jamás renunciaría a él. A esas alturas se había acostumbrado al poder que implicaba esa posición.

Y, total ¿por qué renunciar, si podía compaginar ambas tareas con un poco de

discreción? Sabía que no era el mejor ejemplo de aristócrata londinense, al menos no se sentía como tal. Prefería pasar las horas viendo cómo plantear una estrategia exitosa en los tribunales, antes que perder el tiempo jugando a las cartas en Brooks's, el club cuya membresía había formado también parte de la herencia del marqués de Northcott.

Pero no podía evitarlo. No era hombre al que le gustara estar ocioso. Y, mientras nadie supiera nada, no había problema.

Estaba seguro de que eso mismo le pasaba también a Olivia Coombs con aquel asunto de su pequeña escuela de pueblo. Su recuerdo le invadió mientras entraba en la oficina. Fue apenas consciente de que los tres secretarios se ponían en pie, y saludó en respuesta con gesto abstraído, la mente fija en la expresión de aquella muchacha, cuando supo que no podría seguir siendo maestra.

Sí, seguro que también ella necesitaba esa sensación cada noche, la de haber empleado bien el día, de haber sido útil de algún modo. Eso, al margen de que le gustasen de verdad los niños, lo que no dejaba de ser una virtud más para tener en cuenta. Alguien así sería una madre estupenda. Como lo había sido la suya.

Recordó lo dicho por el condestable Worth, aquella exposición clara y desnuda de su soledad y sus anhelos. No se sorprendió al sentirse tan identificado con él. Marcus venía de ser plebeyo y era noble por casualidad, por un capricho del destino. Tenía muy claro que unos y otros, altos o bajos, poderosos o débiles, solían tener los mismos sueños.

Él también quería crear una familia algún día, aunque la verdad era que no se lo había planteado de un modo consciente hasta escuchar a Worth hablando con Olivia. Ese año Marcus cumplía los veintinueve, se acercaba a la treintena, y también había deambulado por la vida dejándose llevar, sin un objetivo concreto. Ciertamente él tenía a Harmony, eso siempre había sido un ancla en su existencia. Pensándolo bien, le debía más a su hermana que ella a él. La sensación de responsabilidad que le generaba lo había guiado todo.

Pero Harmony era casi una mujer, en breve organizaría su propia familia. Él tenía que ir pensando en la suya.

Una esposa. Unos hijos.

¿Podría Olivia Coombs ocupar un sitio protagonista en ese futuro? No estaba

seguro, lo único cierto era que aquella mujer le gustaba, le gustaba mucho, tanto como para estar allí todavía, girando de continuo en su cabeza.

Recordó la impresión que le había provocado la primera vez que la vio, cuando le abrió la puerta de su casa, en bata, descalza y con el pelo suelto. Tenía la melena algo húmeda todavía y los rizos negros caían a su alrededor, como una cascada de tirabuzones brillantes. Marcus se preguntó qué tacto tendrían y deseó acariciarlos y restregarlos contra la mejilla, y sintió que su propio cuerpo respondía por cuenta propia, de un modo que lo dejó sorprendido.

Por eso se enfadó más todavía, claro.

Maldita fuera. Jamás había tenido una erección semejante. De hecho, desde entonces tenía la impresión de que se mantenía ahí, latente, pulsando de continuo contra los pantalones. Ese perfume a lavanda que parecía envolver siempre a Olivia Coombs, como un aura fresca de eterna primavera, le volvía loco.

«Está claro: necesito una mujer». Sí, eso era todo. Se había despedido dos meses antes de su última amante y no había tenido ni tiempo ni ganas de buscar otra. Quizá había llegado el momento. Claro que, Olivia era la única candidata que le interesaba en ese momento, y ella ya había dejado claro que jamás aceptaría una oferta semejante.

—¿Milord? —La pregunta lo sacó de sus meditaciones y vio que el señor Tatum, el jefe de los secretarios, lo miraba sorprendido. Debía haber dicho algo sin obtener respuesta—. ¿Se encuentra bien, lord Northcott?

Él carraspeó. Sintió el impulso de exorcizar la presencia de Olivia Coombs y lo hizo del modo más sencillo posible: centrándose en el trabajo.

—Muy bien, gracias. Gracias a todos —añadió, para los otros dos secretarios. Los dos hombres asintieron y volvieron a sentarse tras sus escritorios—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Bien, como siempre, milord. Me alegro de verle. Ha vuelto antes de lo esperado.

Sí, había calculado que estaría una semana en Minstrel Valley, como mínimo y como mucho. Su presencia allí solo iba a ser testimonial: quería acompañar a su prima y a Harmony, y desenmascarar a las pérfidas Coombs, aquellas estafadoras sin escrúpulos, capaces de haber urdido un plan tan rastrero para intentar

expoliar a la anciana.

Hubiese podido entender el impulso de la madre, ese cometer un último delito deplorable, tratando de conseguir a la desesperada una posición mejor para la hija, ya que se estaba muriendo.

Pero ¿esta última? No tenía justificación posible.

Sin embargo, había resultado que ni su prima necesitaba de su protección, ni las Coombs eran las embusteras que había supuesto. Al contrario, aquel asunto le había llevado a un secreto familiar que estaba pudriendo las raíces de los Hale. Y tenía que resolverlo cuanto antes.

—Tengo cosas que hacer en Londres —se limitó a decir.

Tatum era un hombre discreto. Si sintió alguna curiosidad, no lo demostró.

—Pues le alegrará saber que hemos ganado los asuntos Stapleton y Yeardley, gracias a su estrategia —optó por decir—. Tiene los informes en su despacho. Sir Herbert ha salido, tenía una reunión, y no sé si vendrá esta tarde.

—Bien, no importa. —Quizá hasta mejor. Pyne había entrado a trabajar en el despacho cuando Walter Hale se trasladó en Londres, por lo que era poco probable que tuviese nada que ver con el asunto de Mery Coombs. De ser cierto que había ocurrido todo aquello, no creía posible que su padre confiara algo así a alguien desconocido, pero nunca se podía saber—. Tome nota, por favor: quiero que traigan a mi despacho todos los papeles personales de mi padre que todavía se conserven.

—¿De su padre, milord? ¿Algo en concreto? Como quizá recuerde, hay varias cajas en el sótano.

Marcus asintió, con la sensación de estar viviendo una misma situación desde otro ángulo. Cuando Walter Hale murió, no quiso mirar nada. Ordenó que se vaciase su despacho y lo metieran todo en cajas. Que lo bajasen al sótano, donde archivaban los asuntos antiguos, y lo guardasen en lo más profundo. No se veía con fuerzas de ponerse a mirar todo aquello.

Además, estaba muy enfadado con su padre. Ni siquiera en el lecho de muerte había mostrado ninguna consideración por Harmony. Aquel maldito misógino estaba empeñado en ignorarla por completo, y lo hizo hasta el final.

—Desde mil ochocientos diez en adelante. —No necesitaba tanto margen,

pero prefería ser cauto. El señor Tatum le miró con algo de alarma.

—¿En adelante, significa...?

—Sí, hasta su muerte. ¿Hay algún problema?

—No, claro que no. Pero, si no recuerdo mal, estaremos hablando de cosa de diez cajas bien llenas, si no son más, milord.

Marcus suspiró.

—Qué se le va a hacer. Reúnalas y... —No, revisar tantos documentos le llevaría días, quizá semanas, y no quería quedarse en Londres todo ese tiempo. Se encontró pensando otra vez en Olivia. Le apetecía verla, conocerla mejor, y quizá hasta conquistarla, y era algo que no podría hacer en la distancia—. Envíelas a casa de lady Acton, a Minstrel Valley.

—¿A Minstrel Valley? —Tatum le miró con sorpresa—. ¿Va a volver al campo, milord? Creí que había dicho...

—Sí —respondió—. Lady Acton me necesita todavía, y quiero dejar bien instalada a mi hermana. —Excusas, excusas, excusas—. Por cierto, hablando de eso, ¿quién llevaba los asuntos legales del hermano de lady Acton, cuando era lord Northcott?

—John Shipley. —Bendito Tatum y su memoria privilegiada. Era mil veces mejor que una libreta de notas—. Tenía el despacho compartido con otros abogados, muy cerca de aquí, en el Inner Temple. Pertenecía a ese colegio.

—¿Tenía?

—Sí, murió hace años. De hecho, por aquel entonces. Lo recuerdo bien, porque fue un crimen terrible, lo mató el hermano de un hombre al que había mandado a prisión, un asesino. En la pelea, ambos murieron y ocasionaron un desastre en el despacho, que se incendió. La mayor parte de sus archivos ardieron.

Marcus le miró con sorpresa.

—¡Demonios! No tenía ni idea.

—Usted era muy pequeño, y no estábamos en Londres por aquel entonces. Pero, debido a eso, tardamos en reunir toda la información necesaria para gestionar los bienes adscritos al título del marquesado de Northcott. Fue una época de mucha confusión. Usted era muy pequeño, pero recuerde que, también,

fue entonces cuando nosotros cerramos el despacho en York y lo abrimos aquí, con todo lo que supuso el traslado. Se perdieron muchos papeles en el proceso. Entre unas cosas y otras, no sé qué busca, pero no le aseguro que vaya a encontrar algo de interés.

—No se preocupe. Consígame también todo lo que tengamos sobre John Shipley. —Aquello cada vez se complicaba más. La muerte del abogado no parecía tener ninguna relación, pero mejor comprobarlo—. ¿Llevaba también los asuntos de lady Acton?

—Sí, milord. Pero solo hasta que su padre heredó el título. Entonces, milady buscó otro abogado, no nos quiso a nosotros.

—Bien. Quiero todo lo relacionado con Shipley, y todo lo que hicieron en su despacho para lady Acton y su hermano en los tiempos previos a la muerte de lord Northcott.

—Muy bien, milord. ¿Lo mandamos también a Minstrel Valley?

—No, empecemos por ahí, ahora mismo. —La mayor parte de todo aquello había ocurrido antes de la llegada de su padre a Londres. Seguro que podía descartarlo rápido. No tenían por qué cargar con ello de un lado a otro—. Vaya trayéndome cajas al despacho.

Por suerte, Tatum y los secretarios tardaron poco tiempo, apenas diez minutos en empezar a subirle material. Marcus observó cómo los hombres entraban e iban dejando cajas, dos sobre el escritorio, otras tantas en el suelo. Sí que era considerable la cantidad de documentos a examinar, sí. Su padre era un firme partidario de mantener y archivarlo todo, y durante el mayor tiempo posible, por eso habían convertido el enorme sótano del despacho en un gran almacén.

Los papeles de esa primera entrega pertenecían al bufete del antiguo lord Northcott, tal como había pedido. Era toda la información de los asuntos referidos al marquesado de Northcott, en la época en que gestionaron tierras, alquileres y transacciones de todo tipo. Por desgracia, en el caos del cambio y el cierre del despacho, se habían traspapelado muchos documentos de otros asuntos. Allí había un poco de todo.

Marcus se armó de paciencia y empezó a revisar el contenido de las cajas, papel a papel. Nada de interés. Todo muy tedioso.

Estaba bostezando, con un documento firmado por tantos abogados que casi no tenían ni espacio para la relación de útiles de labranza y animales de granja que allí se enumeraban, cuando llamaron a la puerta.

Para su sorpresa, se abrió, sin esperar respuesta:

—¡Northcott! —exclamó el baronet sir Herbert Pyne, entrando con paso firme en la oficina. Le llamaba Northcott desde la muerte de su padre, antes se refería de ese modo a Walter Hale, y a él le llamaba Marcus o «joven Marcus».

Ahora, el título había derivado a él, pero seguía tuteándole. Ventajas de haber sido su maestro durante muchos años. Y de haberle limpiado más de una vez los mocos, siendo niño.

Marcus estudió la conocida imagen del socio de su padre. Sir Herbert tenía ya casi los sesenta, pero seguía siendo un caballero elegante, alto y bien plantado. Sin ser guapo, tenía una apariencia correcta y unos bonitos ojos azules. Quizá ese último rasgo le había conseguido más de una conquista femenina, no hubiese sido de extrañar, pero, que Marcus supiese, nunca había tenido ninguna relación pública y jamás se había casado.

Era un hombre reservado, que jamás salía por puro divertimento, ni tampoco acudía a ningún oficio religioso.

—Sir Herbert... —Lo saludó, con una sonrisa, aunque maldecía en su interior. Ya podía olvidarse de hacer algo a sus espaldas.

—¿Ya has vuelto del campo, muchacho? ¡Ja! Sabía que no aguantarías mucho lejos de Londres, y menos en un lugar tan minúsculo. —Dio unos pasos por el despacho y contempló con gesto adusto los montones de cajas—. Tienes que convencer a lady Acton para que vaya a Bath. Ese sí que es un sitio en el que podrá reponerse.

—No sabía que había estado usted en Minstrel Valley...

—¿Yo? No, no, en absoluto —se apresuró a decir, descartándolo además con el gesto enérgico de una mano—. ¿Qué dices? Yo soy un hombre civilizado. No voy allá donde no haya un buen club de caballeros. —Marcus no pudo evitar una sonrisa. Sir Herbert siempre había tenido un toque, a la vez ácido y divertido, que admiraba—. Es solo que, no sé, imagino ese lugar como una aldea en la que habrá más vacas que campesinos.

—Comprendo. —Marcus miró los montones de papeles, buscando dónde colocar el que tenía en la mano. Compraventas sin relación con el marquesado, bien—. No se preocupe, sir Herbert. Aunque es cierto que se trata de un pueblo bastante pequeño, parece tener de todo, y es un lugar muy bonito y agradable. Además, no está lejos de Londres, puede venir en cualquier momento, si le surge la necesidad. Creo que lady Acton estará bien allí.

—No sé. Es una mujer mayor y ya no razona muy bien.

Marcus lo miró con sorpresa.

—No es tan mayor. Si no recuerdo mal, cumplirá sesenta y cinco años en diciembre. Tiene una edad, pero no es tan anciana.

—Bueno, pero está enferma. Es lo único que puede justificar el que haya concedido credibilidad a la carta de esas estafadoras, y organizado la tutela de una embaucadora como Olivia Coombs.

Sir Herbert estaba al tanto de la carta de Mery Coombs, y había sido uno de los mayores opositores a aquella historia. En cierto modo, era normal: durante muchos años había servido a su padre, y luego a él. Defendía su absoluta legitimidad respecto al título y al resto de la herencia.

Marcus agitó la cabeza.

—Tampoco lo creo. Se encuentra enferma del corazón, pero su cabeza sigue estando muy lúcida, se lo aseguro. —Recordó la escena en Minstrel House, su reunión con lady Conway y con Olivia, el modo en que controló la situación mientras se desgranaba aquella sórdida historia. No, tenía la cabeza muy clara, y la voluntad tan fuerte como siempre—. Y, tengo que decir que, a mi pesar, tiendo a pensar que esa carta decía la verdad, sir Herbert. Y que ocurrieron cosas, relacionadas con ese asunto, que... no deberían haber pasado.

Sir Herbert adoptó una expresión pétrea.

—¿De qué hablas? ¿Qué ocurre, Northcott? —insistió, al ver que no le contestaba—. ¿Ha surgido algún problema?

—No estoy seguro. —No iba a poder librarse de él. Visto lo visto, decidió explicarle más, por si aportaba algo—. Mery Coombs hizo una confesión mayor ante lady Conway, una antigua amiga de lady Acton. Esa dama nos relató los hechos tanto a Olivia Coombs como a mí, ayer, en una reunión privada en

Minstrel House.

—Mujeres... ja. Susceptibles y crédulas. La mayor parte, tontas. —Hizo un gesto, para quitarle importancia—. No por su culpa, a ver si me entiendes, al fin y al cabo, no es que se les permita una educación, ni pensar por sí mismas...

—Me alegro de que al menos sea capaz de reconocer eso.

—Ya. —Sus ojos se volvieron reflexivos—. Eso es porque yo también he conocido mujeres que sabían mantener una conversación interesante, pero han sido pocas, en mi larga vida.

—Le puedo asegurar que tanto lady Acton como Olivia Coombs o lady Conway son mujeres inteligentes. Y lady Conway, que no parece ni susceptible ni crédula, se limitó a repetir la confesión de la señora Coombs. Por eso sé que, no solo se desoyeron en su momento sus reclamaciones, sino que hubo serias amenazas para dar pie a una boda forzada. —Le relató brevemente lo que le ocurrió a Mery Coombs, la noche en que la secuestraron—. Eso por no hablar de un incendio en la iglesia de Minstrel Valley años después, con la muerte de un sacerdote. Un asalto a un abogado en Londres y un...

—Pero ¿qué locuras son esas? —le interrumpió sir Herbert, abriendo mucho los ojos. Lanzó una carcajada—. ¿Tumbas en el bosque? ¿Incendios? ¿Asaltos? ¿Amenazas? ¿Bodas forzadas y un crimen? ¿Te estás escuchando, muchacho? Parece una obra de teatro, y bastante mala, por cierto.

—A mí también me cuesta creerlo. Pero estamos hablando del testimonio de una mujer que veía cercana la muerte.

—Y que, con esas palabras, quiere acomodar bien a su hija. —Sí, en eso tenía razón. Marcus titubeó—. ¿Qué te enseñé yo, Northcott?

Sabía bien a qué se refería.

—«Empieza siempre por el principio» —expuso. El abogado asintió.

—¿Y cuál es el principio de todo esto?

Solo tuvo que pensarlo un segundo.

—La boda de lord Camden y Mery Coombs.

—Bien. ¿Alguna prueba de esa boda?

—No. Ninguna.

—Entonces, no sirven de nada las conjeturas, ni las tramas novelescas que

puedan ir detrás, elaboradas por la fantasía y la ambición de unas campesinas. Eres abogado, Northcott. Si no hay pruebas, ese matrimonio no existió, y no puede tener consecuencias, ni buenas ni malas. Fin de la historia.

—Eso es verdad —asintió—. Pero falta una hoja en el libro.

—Ya, a ese respecto, he estado pensando... ¿Te fijaste si faltaban otras?

—Sí, sí que me fijé —replicó, satisfecho. Que viera que era competente—. No faltaba ninguna otra.

Pensó que con eso le confirmaría lo sospechoso de todo aquel asunto, pero no. Muy por el contrario, le quitó importancia con un gesto.

—Entonces, pudiera ser que esa hoja fuese arrancada porque se manchó de tinta, o se rasgó, o por cualquier otra causa de explicación mucho más simple.

—No lo creo. Hay demasiados detalles molestos en todo esto. Por ejemplo, el hombre que celebra ahora los matrimonios es el sobrino del que estaba entonces. Aquel murió, poco después de la supuesta boda, en un asalto a la casa, por un robo vulgar, según pensaron en su momento, pero creo que está claro qué iban a buscar.

—¿Crees que entraron a robar la hoja y le mataron por eso?

—No. Creo que entraron a robar la hoja y que, *además*, le mataron para que no hubiese ya ningún testigo de la boda de lord Camden.

—Northcott...

—De hecho, fueron cuidadosos, hicieron un buen trabajo: arrancaron la página de tal modo que, si no te fijabas en las fechas, no te dabas cuenta de su ausencia. La prueba está en que nadie se percató de la desaparición hasta que, años después, me presenté allí para comprobarlo. Un abogado que contrató la señora Coombs hace unos años también lo descubrió, pero no debió decir nada en Gretna Green, no me mencionaron su visita y estoy seguro de que no lo estaban al tanto de nada. ¿Y sabe qué? —Hizo una mueca—. Ese hombre también murió. Un asalto, un robo. Qué coincidencia, ¿verdad?

Sir Herbert hizo una mueca.

—Bueno, en todo caso, eso puede tener una explicación clara: quien se atreve a organizar una historia así, carece de escrúpulos. Yo diría que esas mujeres pueden haber llegado al extremo de cometer esos crímenes. Quizá ni siquiera

trabajan solas, hay mucho dinero en este asunto.

Marcus negó con la cabeza.

—No. Olivia Coombs no sería capaz de algo así.

Su mentor le miró con intención.

—¿Y eso qué quiere decir Northcott? —Como no hubo respuesta, frunció el ceño—. No me digas que te has dejado encandilar por esa mujer.

—Oh, por favor, sir Herbert. Sabe tan bien como yo que no soy hombre dado a dejarse influenciar así. Es solo... —Vaciló—. Es solo que no la creo capaz de semejante infamia. Se trata de una joven normal, que no desea ninguna fortuna.

—Y, sin embargo, cada vez está más cerca de ser noble y rica.

—Sir Herbert...

—Es la verdad, Northcott. Una y otra vez volvemos a lo mismo, a seguir su juego. Hazme caso: déjate ya de historias rocambolescas. Lo que tendrías que hacer es quedarte en Londres y ocuparte de incapacitar lo antes posible a tu prima.

Marcus se quedó tan pasmado que tardó un par de segundos en reaccionar.

—¿Incapacitar a lady Acton, ha dicho?

—Sí, exacto. Ya va siendo hora de que alguien te lo diga, puesto que, aunque se te pase por la cabeza, seguro que lo consideras una traición. —Jamás se le había pasado por la cabeza, pero no tuvo oportunidad de decírselo—. Tienes que entender que lo harías por su bien, por supuesto.

—¿Por su bien?

—¿Es que no te das cuenta? ¡Esa mujer no está cuerda, ya no, o al menos no del todo! Se ve cercana a la muerte y añora a su hermano y a su sobrino, por lo que creará cualquier cosa que la acerque a ellos. ¡Una hija de lord Camden con una costurera de pueblo, claro, por supuesto, qué historia más romántica! ¡Alguien a quien poder querer, en quien poder verse reflejada, a quien poder legar cuanto tiene en el mundo! —Afirmó la mandíbula—. Si no la detienes por su propio bien, dilapidará parte de su fortuna en una advenediza.

En otros tiempos, quizá Marcus hubiera estado de acuerdo en el último punto, pero jamás podría asumir semejante deslealtad. De haber sido verdad que lady Acton había perdido la razón o la capacidad de atender sus asuntos... Pero él

sabía que no era así. Podía estar débil, por su corazón, pero tenía la cabeza tan despierta como siempre.

Y Olivia no era una estafadora. Quizá nunca pudiera demostrarlo, como no podía demostrar que hubiese habido un matrimonio entre sus padres, pero cada vez le parecía más creíble su historia.

O igual era que, a esas alturas, quería creerla.

—No, nunca. —Negó también con la cabeza—. A lady Acton no le ocurre nada malo, yo convivo con ella y me consta que se encuentra perfectamente. Además, ya le digo que tiendo a pensar que la joven en cuestión dice la verdad.

—Pero...

—Déjeme solo, por favor. Sé que habla pensando en mi bien, pero su propuesta me parece fuera de lugar, por completo. Le agradecería que nunca repitiese algo así en mi presencia.

—Maldita sea... —Sir Herbert refunfuñó algo más por lo bajo. Miró a su alrededor—. ¿Y se puede saber qué pretendes con esto? —Dio un par de golpecitos con la punta del bastón a una de las cajas que estaban sobre el escritorio—. Me ha dicho Tatum que estás revisando todos los documentos de tu padre, y lo que hay del abogado del anterior lord Northcott.

—Sí. Quiero saber si mi padre tuvo algo que ver en esas amenazas a Mery Coombs. O con el resto. Con ese incendio y esas muertes —añadió, sintiendo hiel en la boca—. Quizá encuentre algo por ahí.

—Northcott...

—Quiero saberlo. *Necesito saberlo.*

Sir Herbert afirmó la mandíbula.

—Eso es absurdo.

—Bien. Ya lo veremos. —Lo miró con enfado, harto de aquella conversación—. Por favor, déjeme ahora. No me queda mucho tiempo antes de ir a cenar y me gustaría acabar, al menos, con esta caja.

Sir Herbert Pyne no pareció estar tan de acuerdo. De hecho, parecía muy enfadado, como ocurría siempre que le llevaban la contraria. Rebulló un par de veces sobre sí mismo, pero no dijo nada más. Salió, cerrando en silencio.

Marcus siguió revisando papeles hasta que llegó la hora de ir a cenar.

Entonces, guardó unos cuantos documentos en una carpeta y se los llevó para poder tomar notas, a ver si se le ocurría algo. Pero ya no estaba con el mismo ánimo. La conversación con sir Herbert le había dejado melancólico y preocupado. Además, había algo que le rondaba desde entonces, algo que sabía que se le escapaba. No conseguía caer en ello, pero estaba ahí, seguro...

No tenía ganas de ir a Northcott House y cenar solo, de modo que pidió a Fergus que le llevara a Brooks's. Allí, disfrutó de un buen asado con un excelente Burdeos y, aunque no compartió mesa con nadie, al menos tuvo de fondo el murmullo de los otros miembros, inmersos en sus charlas. Incluso, a veces, llegaba algún grito de entusiasmo de las salas de juego.

Luego, como continuaba sin querer estar a solas, buscó un rincón en el que poder tomar una copa y seguir comprobando con disimulo sus papeles. Debía tener cuidado. En caso de que le preguntasen, diría que eran documentos personales que le había dado su abogado, para revisar. Al fin y al cabo, no se alejaba tanto de la verdad.

Por suerte, no tardó en encontrar un lugar excelente, un sillón muy discreto junto a una de las chimeneas, lo que le permitió destruir de paso algún que otro papel del todo inútil. A lo largo de la hora siguiente, allí fueron a dar más listados de cosas, más firmas de abogados, más textos legales y temas aburridísimos. Asuntos que no le interesaban lo más mínimo. ¡Qué profundo tedio!

Y, para empeorar las cosas, no podía dejar de pensar en Olivia Coombs.

Capítulo 11

Marcus estaba a punto de recoger para irse a casa a dormir, cuando vio que se acercaba lord Badfields.

—Lord Northcott, buenas tardes —le saludó. Se había tomado la molestia de cruzar el salón para hablar con él. Marcus pudo ver que, al fondo, le esperaban sus amigos en sus sillones habituales. El duque de Gysforth y el marqués de Rutshore le saludaron también desde allí, con un gesto—. ¿Cómo le va, muchacho?

Arthur Ravenscroft, el marqués de Badfields y futuro duque de Manderland, tendría poco más de cuarenta años, pero se mantenía en forma y conservaba toda aquella belleza oscura que le había hecho famoso en otros tiempos. La única razón por la que ya no era uno de los conquistadores más reconocidos de Londres era que ya llevaba casado diez años con su esposa, lady Ishbel.

Y, por lo que todo el mundo afirmaba, eran muy felices.

—Bastante bien, gracias —respondió, poniéndose en pie, respetuoso. Intercambiaron sendas reverencias—. Me alegro mucho de verle, milord.

—Lo mismo digo. Así, además, puedo transmitirle los agradecimientos de mi esposa. Ha recibido la nota de lady Acton que usted ha sido tan amable de traernos, y se ha sentido entusiasmada con su contenido.

—Me alegro. —Entusiasmada... ¿Qué estaría planeando, lady Acton? De haber tenido más confianza con lord Badfields, hubiese preguntado al respecto, por si sabía algo, pero no se atrevió—. Fue un placer.

—Por cierto, lady Badfields me ha comentado que lady Acton se encuentra delicada de salud. Espero que ya esté mejor.

—Sí, así es. Solo necesita un poco de tranquilidad. Gracias por su interés.

—Estupendo. —Hizo un gesto hacia sus amigos—. ¿Quiere reunirse con nosotros? Rutshore se va mañana a Egipto, y hemos quedado para despedirle.

—Oh, no quisiera molestar...

—Eso no ocurriría nunca. Sabe que será más que bienvenido en nuestro pequeño círculo.

Lo dijo con un agrado que se notó sincero. Marcus sonrió; les estaba muy agradecido, a los tres. Siempre le habían tratado como uno más y le habían integrado en sus reuniones.

Aunque nunca lo habían comentado, suponía que, en parte, había sido cosa de lady Acton, al ser tan amiga de sus respectivas esposas, lady Bethany, lady Harry y lady Ishbel. Junto con otras damas, mantenían una activa vida social, organizando fiestas en la temporada y patrocinando a jóvenes aspirantes.

—Se lo agradezco, pero voy a retirarme enseguida —dijo, con un gesto hacia los papeles—. Y ya ve que no es el mejor momento para mantener una conversación conmigo.

Badfields rio.

—Debería tener cuidado, o la buena sociedad londinense confirmará que comete usted el terrible pecado de trabajar.

—Oh, no, no, solo son papeles personales que estaba comprobando.

Badfields arqueó una ceja y Marcus sonrió. Estaba claro que, engañar, no iba a poder engañarle.

—Por supuesto, milord —se limitó a decir Badfields.

Marcus carraspeó.

—¿Cómo está lady Badfields?

—No puedo apreciar más el buen gusto de su cambio de tema. —Ambos rieron—. Mi esposa está más hermosa que nunca, para mi entera satisfacción. —Badfields mostró una sonrisa de oreja a oreja—. Vamos a ser padres de nuevo.

—Vaya, me alegro.

—Gracias. Si algo he aprendido en esta vida, es que un hijo siempre es motivo de gran alegría. —Marcus supuso que sí, que debía serlo. Recordó lo dicho por Worth, y aquellos anhelos que había sentido de pronto y que aún persistían—.

Quizá eso le haga reconsiderar la idea, y permita que le invite a una botella de champán, para celebrarlo. Se lo voy a anunciar ahora a mis amigos.

—Es una gran noticia. Y se lo agradezco de verdad, pero mejor otro día. Mañana quiero madrugar y tengo que seguir... ordenando papeles personales. — Ambos volvieron a reír—. Será mejor que me retire ya.

—Muy bien. —Empezó a alejarse—. Me ha alegrado verle. De hecho, le hacía en el campo, en...

—En Minstrel Valley —le ayudó, al ser evidente que no lo recordaba.

—Exacto. Eso está por Hertfordshire, ¿no?

—Así es, muy al sur. Mi prima, lady Acton, tiene una mansión en las afueras del pueblo. Como le dije, necesita tranquilidad, de modo que ha decidido abrirla y pasar allí una temporada, y me ha pedido que la acompañe hasta que esté instalada por completo. He venido esta tarde para solucionar algunos... asuntos legales, pero no tardaré en volver a irme.

Tal como lo miró Badfields, pudo imaginar que ya se había extendido por todo Londres la noticia de la carta de Mery Coombs. Le constaba que lady Acton no había tenido demasiado cuidado a la hora de comentarlo con sus conocidos; claro que, teniendo en cuenta que habían intervenido en el asunto los abogados y demás intermediarios que habían preparado lo de la tutela de Olivia, a saber quién se había ido de la lengua.

Pero, así como Badfields había sido un tanto crápula en otros tiempos, siempre había sido un hombre discreto con los secretos ajenos.

—Pues espero que todo les vaya bien por allí —le dijo—. La vida en el campo es muy agradable. A mí me costó descubrirlo, pero lady Badfields es buena maestra. Siempre dice que, allá donde haya una buena costurera, habrá suficiente civilización. —Ambos hombres rieron a dúo la broma, pese a que la frase perturbó a Marcus, sin que comprendiese por qué... Le había hecho pensar en sir Herbert Pyne. ¿Sería por aquella broma similar que hizo sobre la civilización y los clubes de caballeros? Pero no, había algo...—. Transmite mis saludos a lady Acton, por favor, y mis mejores deseos de que se reponga cuanto antes.

—Gracias, milord. Así lo haré.

Se saludaron una última vez con la cabeza y Badfields siguió su camino.

Marcus se quedó allí, pensativo e inquieto, un par de minutos; luego, terminó la copa y decidió recoger. No tenía mayor sentido seguir allí, con esa desazón presionándole el pecho. Mejor irse a dormir, a ver si, con un buen sueño, las piezas del rompecabezas terminaban de encajar por sí mismas.

Tomó los papeles con una mano para meterlos en la carpeta, cuando algo escrito en el que estaba en primer lugar llamó su atención.

Era un documento legal del despacho de John Shipley, firmado por distintos caballeros, un acuerdo entre partes, como tantos que había visto a lo largo de su vida, y más esa misma noche. En él constaban los nombres y rúbricas de los interesados y también los abogados que les habían asesorado.

Uno de ellos era «H. Pyne». Y la firma era inconfundible.

Justo en ese momento, aquella pieza que giraba en su memoria, incomodándole, encontró por fin su sitio. Se encajó de pronto, con un golpe rotundo, y supo qué era lo que parecía flotar en el aire desde que tuvo su conversación con sir Herbert, ese dato fuera de lugar que le hacía sentir incómodo. Algo que se había removido más aún, con la broma sobre costureras de lord Badfields.

Sir Herbert se había referido a Mery como «esa costurera». Y, sin embargo, en la carta no mencionaba ese detalle. Él mismo no lo había sabido hasta llegar a Minstrel Valley. Y no lo había mencionado en ningún momento de la conversación.

Sir Herbert conocía más a Mery de lo que había querido reconocer.

Sintió que se le hacía difícil respirar, mientras una sospecha monstruosa iba abriéndose paso, sin freno alguno. No podía ser, no podía... Pero, a la vez, algo le decía que sí, que se había topado con la respuesta, por horrible que fuese. «Horrorosa», pensó, recordando la parodia que hacía siempre Harmony de su maestra, pero sin ninguna gana de bromear.

En vez de irse a casa a dormir, como tenía planeado, decidió volver al despacho, y lo más rápido posible. Si sus sospechas eran ciertas, quizá sir Herbert quisiera destruir alguna prueba, y no podía permitirlo. No estaba seguro de qué hacer con todo aquello, pero lo que sí sabía era que no deseaba que se perdiera en el olvido, que todo quedara en el triunfo de unos desalmados frente a

unos pobres jóvenes que se cruzaron en el camino de su ambición.

No, de ninguna manera. Si no quedaba nadie en el edificio, entre Fergus y él, podían llevarse a Northcott House las cajas que hubiera en la oficina. Luego, por la mañana, ya se encargaría de las otras.

Pero llegó tarde...

Ya desde la puerta, que abrió sin ruido, lo vio todo envuelto en el suave resplandor que llegaba del fondo, desde su despacho. Estaba encendida la chimenea, comprendió, y algunos sonidos suaves le indicaron que había alguien allí. Cruzó la oficina, preguntándose por qué hacía tanto calor, bastante más del habitual, y se acercó a la puerta, hasta asomarse.

Sir Herbert Pyne, vestido con la toga de seda que le otorgaba su título de Abogado de la Corona, y con la peluca que usaba en los tribunales, estaba sentado en una silla junto a la chimenea, rodeado de cajas y papeles. Le recordó a él mismo, la labor que había estado haciendo en Brooks's, aunque sir Herbert la llevaba a cabo sin ningún cuidado, como si solo lo alentase una ligera curiosidad.

Total, iba a quemarlo todo...

Cogía fajos de documentos, los miraba por encima con aire adusto y los arrojaba al fuego, donde revoloteaban sobre las cenizas de los muchos que les habían precedido, hasta arder a su vez por completo. Había quemado ya una buena cantidad.

No se movió, pero sabía que estaba allí, porque de pronto dijo:

—Pasa, Northcott. —Él lo hizo. Se miraron—. Supongo que ya no tiene sentido seguir disimulando.

—Ninguno —convino, reafirmandolo con un gesto de cabeza—. Le agradecería mucho que me contase la verdad, sir Herbert.

Su mentor se echó a reír, aunque solo terminó siendo una risa seca, corta, como arrancada de cuajo.

—Tú no quieres la verdad, Marcus. Quieres poder sentirte bien, algo que ya no va a ocurrir jamás, si hablo.

Eso era cierto, también lo intuía. Que, si confirmaba lo terrible de sus sospechas, no podría volver a dormir, al menos no del mismo modo.

Pero tenía que saberlo.

—Ya no soy el niño al que entretenía contando precedentes legales como si fueran cuentos, sir Herbert. Soy un hombre. Además, usted mismo me enseñó que había que buscar siempre la verdad tras la apariencia de los detalles. —Negó también con la cabeza—. Lo siento, no puedo quedarme con una imagen falsa, con lo que me consta que es una mentira.

—Eso significa que algo intuyes.

—No. Significa que algo sé. Y lo principal es que ahora me consta que me equivoqué.

Sir Herbert arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—«Empieza siempre por el principio». Eso me enseñó usted. Pero a veces cuesta ver dónde se inicia una historia. En este caso, no fue con la boda de lord Camden y Mery Coombs. —Arrojó la carpeta sobre la mesa—. Tengo pruebas de que usted trabajaba para John Shipley en los tiempos previos a la muerte de lord Camden. Y me consta que conoce a Mery Coombs más de lo que ha reconocido nunca. De otro modo, no hubiese podido saber que era costurera. Es un dato que jamás había compartido con usted, estoy seguro de ello.

Lo vio sonreír con amargura.

—Sí, me di cuenta de la metedura de pata. Me preguntaba si lo habrías notado tú. Eres un hombre perspicaz.

—Ya. —Lo miró sin ninguna simpatía—. ¿Qué ocurrió?

—Ah, muchacho... Lo de siempre. Cuando naces sin nada, cuesta mucho abrirse camino, y yo hice todo lo necesario para poder encumbrarme. Cometí errores, no lo niego. El principal, que no debí dejar con vida a Mery Coombs, pero... supongo que siempre he tenido escrúpulos a la hora de matar a una mujer.

—Por Dios... —susurró Marcus, horrorizado—. Cíñase a los hechos, sir Herbert.

—Muy bien. Pues todo empezó por casualidad, el día en que escuché lo que se hablaba en una reunión a puerta cerrada, en el despacho de John Shipley, entre el abogado, lord Camden y su padre. Fue un enfrentamiento gravísimo, el

muchacho le dijo que se iría a Minstrel Valley a primera hora, que si quería algo de él o de su esposa, allí podría encontrarle, y supe de inmediato qué debía hacer. Me lo jugué todo por el todo, pero me daba igual. Mi situación era muy inestable en aquellos momentos.

—¿Inestable? ¿A qué se refiere?

—A que John Shipley era un rematado imbécil. Se oponía una y otra vez a mis métodos, y me cerraba cualquier posibilidad de crecimiento. Además, había descubierto algunas de mis... *actuaciones*, con algunos clientes, y yo sabía que tenía mis días contados dentro de la profesión. Shipley no solo iba a echarme de su despacho, sino que iba a acusarme en público de varios delitos, con lo que perdería toda posibilidad de seguir ejerciendo como abogado.

—Supongo que, lo que puede concluirse de todo eso, es que John Shipley era un hombre íntegro.

Sir Herbert frunció el ceño.

—Un idiota, eso era. Podía haber llegado muy lejos, de dejarse aconsejar por mí, pero... —Se encogió de hombros—. Da igual. Hice lo que tenía que hacer.

Marcus se llevó una mano al cuello, para aflojar el lazo del pañuelo con un gesto nervioso. Maldición, cada vez hacía más calor en ese lugar. Podía ser por los papeles que sir Herbert arrojaba al fuego de continuo. O quizá era solo cosa suya, por la sorpresa y el horror que estaba viviendo.

—¿Mató a lord Camden? —preguntó, con voz crispada—. ¿A lord Northcott? ¿A John Shipley? ¿Al hombre que ofició la boda, en Gretna Green? ¿Al sacerdote de Minstrel Valley? Y a saber a cuántos otros...

Sir Herbert le contempló durante un par de segundos; luego, asintió.

—A esos, sin duda. El primero fue Shipley, aquella misma noche. Llevaba tiempo preparándolo, me limité a adelantarlo un poco, hubiese sido cosa de un par de días.

—Sí, por supuesto. Esa venganza del hermano de un criminal que Shipley había enviado a la cárcel...

—Veo que estás bien informado. Sí, yo lo organicé. Aproveché que ese desdichado se había presentado una mañana en el despacho, donde trató de agredirme. De modo que contacté con él y le propuse ayudarle en su venganza,

para lo cual le cité en el despacho, en un momento en el que yo sabía que solo estaría Shipley. Cuando llegó, mi jefe ya estaba muerto y... bueno, es evidente. Con los cuerpos simulé una pelea y, luego, provoqué el incendio. Así se perdería toda posible prueba que hubiese podido condenarme a mí.

—Siempre todo bien calculado.

—Ese soy yo. Eso te enseñé. —Esperó un momento pero, como Marcus no dijo nada, siguió—. ¿Sabes? Dicen que, cuando matas a alguien, cuando quitas una vida, cruzas una línea y todo cambia. Lo cierto es que yo no lo sentí así. No me... impresionó. Era, sin más, algo que debía hacerse. Y la muerte de Shipley fue solo una parte, el principio de todo. Aquello lo hice para arreglar mi pasado, pero también quería solucionar mi futuro. Y a eso se dirigía la segunda parte de mi plan.

—Lord Camden.

—Sí. Exacto. Esperé la salida de lord Camden del lugar en el que se alojaba y le seguí. En un lugar discreto del camino a Minstrel Valley, le abordé. Él me conocía, del despacho de abogados, y yo simulé ir a entregarle un mensaje de su padre. En cuanto tuve oportunidad, le golpeé. En su caso, simulé un accidente. Fue fácil. Todo el mundo lo creyó.

—Oh, Dios mío... —susurró Marcus. Pobre muchacho. Pobre lady Acton. Y Mery, y Olivia... Su prima Helena había tenido razón. Una muerte era como un castillo de naipes, y afectaba a muchas otras vidas.

—Eso provocó un afortunado ataque en lord Northcott. Y me gané el favor de tu padre cuando llegó de York, para que trasladase su despacho y me colocase en el puesto que he ocupado desde entonces.

—Mi padre era inocente, entonces...

—¿Inocente? ¿Tu padre? ¡Ja! Él sabía lo que había ocurrido. Yo mismo se lo confesé cuando le planteé que no se limitase a cerrar el despacho de York, que lo trasladase aquí para ponerme a mí al frente. Fue todo lo que le exigí a cambio de mi ayuda en la tarea de convertirle en rico marqués. Tuve que cambiar de especialidad, como abogado, pero mereció la pena. En realidad, era lo que siempre había querido hacer.

—¿Le dijo que había matado a esos hombres? —preguntó, poco interesado en

la especialidad o las aspiraciones de sir Herbert, dentro de la profesión—. ¿En serio? ¿Y qué hubiese ocurrido si mi padre hubiese sido alguien de moral intachable? ¿No tuvo miedo de que le denunciase?

Su mentor se encogió de hombros.

—No me preocupó admitirlo, ni lo más mínimo. Si me hubiese traicionado, hubiese mostrado las pruebas que lo condenaban a él, que era el único que tenía una razón clara, un motivo, para desear la muerte de sus primos: heredar el título. Hubiese podido demostrarse que había asesinado a lord Camden con ayuda de su abogado, John Shipley, y que luego había eliminado a este último para no tener que compartir con él la fortuna conseguida.

Marcus abrió mucho los ojos.

—¿Las pruebas que lo condenaban?

—Cogí algunos pequeños objetos de los cuerpos de lord Camden y de John Shipley. Un botón del chaleco, un pañuelo con sus iniciales, un mechón de pelo, su pluma preferida... Si tu padre me hubiese traicionado, yo hubiese alegado ser inocente y, en los siguientes días, los hubieran encontrado entre sus pertenencias.

Marcus agitó la cabeza.

—Debí imaginar algo así. Es usted tan retorcido...

—No lo lamentó mucho, no te creas, sobre todo cuando le hablé de la boda y de la posible descendencia de lord Camden. —Rio entre dientes—. ¿Sabes lo que me dijo? Que, si yo quería tanto que trajese el despacho desde York, si deseaba tanto ese puesto al frente, debía seguir haciendo lo posible para que él fuese marqués, y eliminar toda fuente de peligro. Algo así, palabras parecidas. El mensaje, en definitiva, era claro: quería que matase a Mery Coombs, una joven inocente y embarazada. Ese bebé en camino era un peligro, un posible obstáculo para su ambición.

Marcus abrió mucho los ojos.

—Dios mío... Qué maldito canalla...

—Lo era, sin duda. La clase de hombre que se justifica afirmando que lo hace todo por el bien de su familia; el que considera que, para tan digna empresa, todo vale, incluso destruir a cuantas familias ajenas sea necesario. Por eso nos llevamos bien. Ambos sabíamos que el poder tiene un precio y estábamos

dispuestos a pagarlo.

—Pero usted no mató a Mery Coombs.

—No. Ya te he dicho que asesinar a una mujer... a una jovencita embarazada... —Bufó—. Supongo que yo también tengo mis límites. No, no quería tener que matarla, me esforcé por evitarlo, pese a que me temía que, al final, eso me trajera a esta escena. —Ahogó una risa seca—. Pero, en su momento, logré impedirlo tomando un camino de esos que tú consideras tortuosos, pero que llevan directos al objetivo final, que es lo que importa.

Marcus asintió.

—Viajó a Gretna Green.

—Exacto. Allí, arranqué la hoja del libro. Tenías razón, el hombre no se despertó, tuve que levantarlo de la cama por la fuerza y arrastrarlo hasta la fragua en la que celebraba sus ridículas bodas. No podía dejar testigos del matrimonio de lord Camden, aunque no existiese la referencia en su libro.

—Lo imaginaba.

—Luego me dirigí a Minstrel Valley, para persuadir a Mery de que se casase con alguien. La asusté. —Apretó los labios—. Cavé una tumba en el bosque y la aterroricé con la posibilidad de terminar en ella. Luego, con la ayuda del padre Roberts, logré que se casase. Fue el sacerdote quien me ayudó a escoger como marido a Bernard Coombs, un individuo que, por lo que supe, siempre había estado enamorado de ella.

—Ya. Era necesario que la paternidad de la criatura quedase en entredicho. Y que hubiera otro matrimonio legítimo que sí pudiera probarse.

—Exacto. Aunque, te lo reconozco, de haber nacido un niño en vez de una niña... Creo que tu padre hubiese optado por hacerme intervenir de nuevo, y cometer otro crimen espantoso. De hecho, me hizo estar al tanto hasta que se confirmó que había nacido una niña.

Marcus inclinó la cabeza y presionó las comisuras de sus ojos con dos dedos.

—Qué terrible. No puedo creerlo...

—Hazlo, tienes que hacerlo, porque querías la verdad: ahí la tienes. —Esperó un segundo y continuó con su historia—. Entonces, sí, tu padre se olvidó por fin de Minstrel Valley. Y yo pensé que todo quedaría así, pero entonces, cuando tu

padre enfermó tan gravemente, Mery Coombs decidió remover el asunto, como si se tratase de un maldito avispero. —Bufó—. Muchacha terca...

—Vamos, sir Herbert... Era lógico que lo intentase.

—No lo niego, pero provocó más desdichas todavía. Contrató un abogado, un tipo inteligente, que viajó a Gretna Green y descubrió que faltaba la hoja del registro. Entonces, animó al padre Roberts a colaborar con ellos. Según le dijo, podían no tener una prueba documental, pero sí contaban con el testimonio de un párroco muy querido en su pueblo, alguien de conducta intachable durante muchos años.

Marcus asintió.

—Eso hubiera tenido mucho peso ante un tribunal, cierto.

—Así es. Ganaran o no, hubiera hecho mucho daño. Yo me enteré de todas estas maniobras por la carta que envió el abogado pidiendo una cita, en nombre de su cliente. Eso provocó la alarma y tuve que tomar medidas. El abogado fue sencillo, solo tuve que pagar a un pequeño grupo de Whitechapel con el que he colaborado a veces. Pero de lo de Minstrel Valley tuve que ocuparme yo.

—Un cura —dijo Marcus, con tono acusador—. Y alguien de quien todo el mundo dice que era una bellísima persona. ¿Cómo pudo...?

Sir Herbert agitó la cabeza.

—No lo sé. Sí que era un buen hombre, sí... Nunca olvidaré su expresión, lo mucho que se sorprendió al verme. Pero tenía que hacerlo, ya ni siquiera era por mí, ni por tu padre, que ya casi ni se enteraba de nada, estando como estaba en su lecho de muerte, sino por algo más importante, más... grande.

—¿Él no tuvo que ver en eso?

—No, en eso no. Pero solo porque la enfermedad le había apartado ya de todo y no consideré necesario comentárselo. Da igual, estoy seguro de que, de haber sido el de siempre, me hubiese ordenado que la matase. Pero ya no era necesario, como te digo, porque tenía mi propia motivación. Esa idea me impulsaba, lo justificaba todo entonces y lo sigue haciendo ahora. Lo maté y quemé la iglesia para simular un accidente. Luego, me planteé matar a Mery, pero consideré que con un susto final sería suficiente. Con suerte, tras todo lo que había visto que era capaz de hacer, ya no le quedarían ganas de seguir atacando. No tenía aliados

y la había amenazado. Sabía a lo que se exponía.

Marcus meditó un momento sobre lo escuchado.

—¿Qué ha querido decir con eso de que lo hacía por algo más grande? ¿Que tenía su propia motivación?

—Ah. —Sir Herbert sonrió de un modo casi tierno—. Me refería a Harmony, claro está.

—¿Cómo? ¿A Harmony?

—Más de una vez creí que te habías dado cuenta. —Como parecía esperar alguna respuesta, Marcus negó con la cabeza—. Tu madre no quería a tu padre, supongo que ya lo habrás imaginado más de una vez. —Sí, claro que lo sabía. Su madre era una pobre mujer atrapada en un matrimonio sin amor. Por eso se volcó por completo en sus hijos... o eso había creído hasta ese momento—. Cuando vino a Londres y nos conocimos, se enamoró de mí. —Vaciló, como si se sintiera renuente a mostrar tanto, pero no pudiese evitarlo—. Y yo de ella, mucho. Tuvimos una relación, durante años. Harmony fue la consecuencia.

—¿Harmony? ¿Harmony es hija suya? —Una sospecha se abrió paso por los laberintos de su mente, como tirando abajo una puerta con violencia inusitada. Al otro lado, había una luz que lo aclaró todo. Lo entendió—. Y mi padre lo sabía, claro. Por eso la rechazó siempre.

—Sí, me temo que sí. Tu madre se lo dijo durante una discusión, un grave error. Debido a eso, tu padre y yo tuvimos una pelea terrible. Pero éramos dos lobos que guardaban el uno los secretos del otro, no podíamos atacarnos. Empezamos a evitarnos, sin más. No resultó difícil. Él jamás venía ya por el despacho. Yo pertenecía a otro club y pocas veces nos encontrábamos por Londres.

—Dios mío...

—Pero ya ves, para cuando Mery intentó aquello, yo ya no podía permitir que se descubriera todo, hubiera hundido el futuro de mi hija. Por eso maté a Roberts. Le hubiera matado mil veces y volvería a hacerlo.

—Por Dios. —Marcus se pasó una mano por la cabeza—. Está usted enfermo.

—No, en absoluto. Algún día, cuando tengas tus propios hijos, me entenderás, seguro. Por cierto, aprovecho para agradecerte el modo en que te has

comportado siempre con Harmony. Gracias a ti, no tuve que intervenir más de una vez, y delatarme. Siempre he sabido que estaba bien a tu lado, y sé que te ocuparás de ella en el futuro. —Lo miró, con un sentimiento nuevo—. Marcus, sabes que te quiero como a un hijo. Que ha habido muchos rincones oscuros en la línea de mi vida, pero que, en cuanto a Harmony y a ti, no he podido ser más transparente. Os quiero y os he cuidado y preparado en la medida de lo posible.

Marcus frunció el ceño.

—¿Está intentando conmoverme? Aunque lo deseara, no puedo callarlo. No va a librarse.

—Lo sé. Pero no puedo permitir que me denuncies. Lo hago por ti.

—¿Por mí?

—Y por Harmony, claro está. El escándalo de semejante historia caería sobre vosotros. No sé si se te permitiría seguir con el título, pero lo que tengo claro es que Harmony jamás sería admitida entre la alta sociedad londinense, con una historia así a la espalda. Lo sabes tan bien como yo.

Marcus hizo un gesto amargo.

—¿Y qué espera? ¿Que todo quede en nada? ¿Que haga como si no supiera que es usted un asesino?

—No, por supuesto. Hoy, tú y yo haremos justicia, muchacho, y creo que ya ha llegado el momento, puesto que ya te lo he contado todo. —Enrollo los documentos que tenía en la mano, hasta formar un tubo. Entonces, acercó a las llamas un extremo de aquella antorcha improvisada—. Será mejor que te vayas de aquí.

—¿Por qué? ¡Eh! —exclamó, al ver que se prendía un extremo de la toga, en el suelo a su derecha. La seda prendió rápido—. ¡¿Qué hace?!

Intentó avanzar, para apagarlo, pero sir Herbert usó su tubo de papeles ardiendo para detenerle en seco.

—No. —dijo, rotundo—. Vete, Marcus, vete cuanto antes. Esto se va a convertir en un infierno. El sótano ya está ardiendo. Lo sabes, lo notas. Estás sudando. —El calor, claro. Estaba por todas partes. Y empezaba a ser difícil respirar—. Yo me quedo aquí. —Se echó a reír, y Marcus dudó de su cordura. Quizá había enloquecido por la situación, o quizá lo había estado siempre, de

alguna manera—. Me gusta este final, tiene cierta justicia poética. Siempre lo he terminado todo con fuego. —Su rostro se transfiguró en una mueca de dolor—. El padre Roberts me caía simpático, ¿sabes? En la boda de Mery dijo a los que no me conocían, que era uno de sus amigos. Eso siempre se lo agradecí. Pocas veces he tenido amigos.

—¡No! ¡Vamos, aparte eso, no puede...!

—Ya lo creo, muchacho. —Entrecerró los ojos—. He tenido la vida que he deseado. Te aseguro que tendré también la muerte que elija. —Volvió a utilizar la tea para prender otros puntos de su ropa. Empezó a convertirse en una bola de fuego. La peluca prendió con facilidad, y él chilló—. ¡Vete! ¡Vete!

—¡No! ¡Por Dios...!

Nada, todo intento fue inútil. Trató de sujetarle un par de veces, pero insistir en una tercera hubiese sido un suicidio. Ante su mirada espantada, sir Herbert empezó a gritar y a moverse con violencia de un lado a otro, chocando con las paredes y prendiendo documentos aquí y allá a su paso. Al final, se derrumbó sobre el escritorio, y el fuego se extendió más todavía.

No había nada que hacer. Marcus escapó de allí tambaleándose y tosiendo. El suelo, bajo los pies, quemaba en algunas zonas, y una lengua de fuego había empezado a devorar una de las paredes de la oficina principal, donde estaban las mesas de los secretarios. El humo surgía de las ranuras del suelo, como un vapor pesado que lo estaba envolviendo todo. Si no salía rápido de allí, se asfixiaría.

Tuvo que correr a trompicones hasta el exterior. Llegó a la calle y cayó de rodillas.

Entonces, sintió un frío intenso, devastador, algo que iba más allá de la temperatura de la noche; también percibió la humedad de las lágrimas que cubrían sus mejillas, aunque no era consciente de cuándo había empezado a llorar, no se había dado cuenta. A lo lejos, ya se oían gritos y se daba la alarma de fuego. No tardaría en llegar ayuda.

Marcus se quedó allí, contemplando inmóvil cómo las llamas iban haciendo estallar las ventanas del edificio. Solo era capaz de pensar que su familia era responsable de todo lo que había ocurrido.

Tenía que casarse con Olivia Coombs.

Capítulo 12

Al final, Marcus tardó más de una semana en volver a Minstrel Valley.

En Londres, tuvo que ocuparse de hacer una declaración, en la que dijo no haber visto nada de interés, y de organizar los destinos de los secretarios y de los clientes, puesto que el despacho no volvería a abrir. A Tatum le designó una buena renta para que no tuviera que volver a trabajar, y a los otros les buscó buenos empleos, en oficinas de otros colegas.

También fue distribuyendo a los clientes, siempre con su conformidad, asegurándose de que quedaran satisfechos. Los asuntos de lady Acton y los suyos propios se los entregó, de momento, a uno de sus más antiguos colegas, Edgar Oakes, un hombre en el que confiaba por completo. Sabía que estarían seguros en sus manos mientras él reorganizaba su propio despacho, algo que no iba a ser rápido. Tendría que buscar un buen local y un abogado dispuesto a ofrecer su nombre, pero a cederle el manejo de los asuntos, al menos de algunos.

Lord Badfields fue muy amable durante aquellos días, y también lord Gysforth. Este último, de hecho, resultó de gran ayuda, puesto que intervino para que la policía se diese prisa con todas las gestiones necesarias en la investigación del incendio, y para que le pusieran las menos trabas posibles.

Gracias a él, lo que pudo haberle llevado bastante tiempo se solucionó en poco más de una semana. Se dictaminó que había habido un accidente, con la triste pérdida de sir Herbert Pyne, en aquella noche de finales de marzo.

Sir Herbert Pyne, que seguro que había muerto un día después en Minstrel Valley, pensó Marcus, mientras avistaba por fin la línea del lago y la colina de Lake Hill, sobre la que estaba la posada The Old Flute. O quizá tres, a saber, en

aquel curioso tiempo alternativo, cuando llegase el periódico.

El coche entró por el Old London Road y, cuando pasaban al pie de Lake Hill, oyó que Fergus daba un alto a los caballos.

Sorprendido, Marcus se asomó por la ventanilla.

—¿Ocurre algo, señor Fergus?

—Es el señor Barry, milord. —El cochero señaló hacia el sendero que bajaba dibujando eses por la ladera de la colina. El soldado retirado Thomas Barry estaba llegando ya al pie, y saludaba con una mano—. Me ha hecho una señal, creo que quiere que le llevemos. Si no le importa, puede compartir conmigo el pescante.

—No, por supuesto que no. —De hecho, había esperado una ocasión como esa para hablar a solas. Una suerte que Upton hubiese viajado a Minstrel Valley el día anterior, encargado del traslado, en un coche a rebosar de todas las cosas olvidadas por Harmony, además de una buena selección de abrigo, guantes, sombreros y zapatos realizados por *madame* Didiane para ella y para Olivia—. Aunque preferiría que viniese aquí conmigo. ¿Qué me dice, señor Barry? —le dijo a él, mientras le abría la puerta, ya que el hombre acababa de alcanzar el vehículo—. ¿Me dará el gusto de compartir mi coche hasta Minstrel House?

—Eh... Mmm... —El pobre señor Barry le lanzó una mirada confusa. Lógico, no resultaba muy habitual que un marqués le ofreciera algo así a alguien del servicio. Luego, también volvió las pupilas hacia Fergus, que mostraba una expresión de asombro idéntica. Ninguno de los dos podía entender semejante oferta. Pero, por supuesto, no tenía forma de oponerse—. Desde luego, milord.

—Estupendo. —De hecho, no sabía cuánto podía durar la charla, pero quería tener el tiempo necesario, así que se asomó otra vez—. ¡Señor Fergus, vaya hasta Legend Square y luego tome por King's Road!

—¿Tanto rodeo, milord? Podríamos atajar por...

—Lo sé. Pero quiero ver... cómo está el pueblo.

—Por supuesto. Como usted diga, milord.

El señor Barry se había sentado frente a él, con su habitual sombrero de tela aplastado entre sus grandes manos, de palmas callosas y curtidas. El vehículo no tardó en volver a ponerse en marcha. Marcus sonrió.

—¿Estaba de paseo?

—Sí, bueno... De vez en cuando me acerco a tomar una cerveza y charlar un rato con Tom, el dueño de The Old Flute, ya sabe. —Marcus asintió—. Somos tocayos, y eso dio pie a que nos tratáramos más.

—Entiendo. —Recordó detalles que le había comentado Derek Lee, lord Mersett, su extraño «primo chino», como le llamaba. En realidad, su único vínculo de sangre era lady Acton, prima lejana en ambos casos, pero simpatizaba mucho con Derek, desde hacía años, y ambos encontraban divertido considerarse familia—. Quizá me pase un día de estos. Me han hablado mucho de su excelente cerveza.

—Hará bien, milord. Sin duda, es una de las mejores que he probado nunca. —Se hizo un ligero silencio y el señor Barry carraspeó, buscando qué añadir—. Me alegro de verle de vuelta, milord.

—Gracias. —Marcus jugó unos momentos a girar el bastón sobre su base. Tenía que hablar ya. El pobre hombre lo estaba pasando fatal. El problema era que él tampoco sabía por dónde empezar—. Se preguntará usted por qué le he hecho subir aquí, conmigo.

—Pues, ya que lo menciona...

—El asunto es sencillo: desde que llegó a casa de lady Acton quería hablar con usted, a solas y con tiempo, pero no hemos tenido oportunidad. Seguro que sabe que fue mi despacho... bueno, el de sir Herbert, el que logró localizarle, gracias a la intervención de sir Arian Creepingbear, que se dedica a esta clase de pesquisas.

—Desde luego, milord. Sir Arian se puso en contacto conmigo y ha sido siempre muy amable. Y le aseguro que llevó a cabo una gran labor, casi un milagro.

—No lo dudo.

El señor Barry agitó la cabeza.

—Todavía me asombra que lograra encontrarme. Yo no soy más que uno entre tantos, milord. —Su mirada se veló por un mal recuerdo—. Entre cientos de miles. Fuimos muchos, muchísimos, los olvidados.

Barry se refería al más de medio millón de soldados británicos que fueron

licenciados tras la guerra contra el francés, y abandonados a su absoluta suerte. Muchos de aquellos hombres se habían visto obligados a centrar su profesión en la guerra, por completo, y, al terminar el conflicto, se encontraron con pocas posibilidades de reinsertarse en otro estilo de vida.

Para aumentar su desdicha, el país estaba en crisis y fueron dados de lado por un gobierno que apenas podía mantener la estabilidad.

Por eso, ellos, que habían salvado a Inglaterra del mayor peligro al que se había enfrentado nunca, de la mismísima desaparición como país por la inminente conquista de Bonaparte, recibieron por todo pago un rotundo olvido, y tuvieron que buscar por su cuenta el modo de sobrevivir.

—Sí, tengo entendido que estaba usted en muy mala situación —musitó Marcus—. Vivía en Whitechapel, en la indigencia, de la caridad, sin demasiadas esperanzas de conseguir algún día un trabajo honrado.

La expresión del señor Barry no varió.

—He vivido momentos peores —se limitó a decir. Marcus arqueó una ceja.

—¿En serio?

—No, no me malinterprete. Que haya sufrido situaciones peores no significa que la vida en Whitechapel fuera agradable. No lo era, aunque, por suerte, la guerra me convirtió en un hombre de recursos.

—Comprendo. —Marcus recordó el informe de sir Arian—. Tras Waterloo, viajó usted con el coronel Hippisley hasta el Orinoco, en esa empresa absurda de Simón Bolívar y su Legión Británica, ¿no? —El otro no dijo nada, así que continuó—. He oído hablar del tema. Para nuestro gobierno, fue una buena forma de quitarse de encima el grave problema que suponía todo ese ejército convertido en hombres necesitados de empleo, de un futuro, pero para ustedes solo fue otra pesadilla más. Mala organización, indisciplina, caos. Hambre, sed, miseria... Por no hablar de disentería, viruela, malaria, tifus, fiebre amarilla...

—Así es. Fueron tiempos en los que era mejor no hacer amigos, porque nadie podía saber quién iba a estar vivo al día siguiente. —Los ojos de Barry cambiaron, pareció retraerse aún más tras sus pupilas—. Pero, si no le importa, prefiero no hablar de aquello.

—Bien, de acuerdo, no lo haré entonces. —Una pena, le hubiese gustado

saber detalles de lo que, sin duda, fue un viaje increíble. Se consoló pensando que quizá pudiera volver a sacar el tema en el futuro, cuando tuvieran más confianza—. Pero me consta que tiene usted un brillante historial, señor Barry. Sirvió con honor durante toda la guerra a las órdenes del entonces lord Northcott y fue muy valiente en Waterloo, una batalla que se recordará por siempre.

—Un puñetero barrizal, eso es lo que era, si me permite decirlo, milord.

Marcus sonrió.

—Seguro que sí. En todo caso, quería decirle que me alegré mucho cuando lady Acton le buscó y le ofreció un empleo. Fue un acto de pura justicia.

Barry chasqueó la lengua. Miró por la ventanilla, aunque casi dio la impresión de estar viendo un paisaje de otro país y otro tiempo.

—No sé, milord, yo... Lord Northcott fue muy amable conmigo. Y jamás le agradeceré lo suficiente que le hablase de mí a su hermana o que me mencionase en su testamento, aunque hayan tardado en encontrarme. Eso fue culpa mía. Me temo que, al final, me quedé mucho tiempo en América. Hasta llegué a pensar que no volvería. —Se encogió de hombros—. Pero volví.

Marcus asintió.

—Por eso me alegra más todavía que esté en la casa. Como digo, era una simple cuestión de justicia recompensar su lealtad y, además, me tranquiliza saber que puedo contar con usted para la protección de las damas.

Barry le estudió unos momentos con aquellos ojos tan distintos. Luego, asintió.

—Daré mi vida por ellas, milord. No lo dude.

—Bien. —Tenía que asegurarse de que recibiera un sueldo añadido por aquella tarea. Y le otorgaría una buena pensión, para cuando decidiera retirarse. Pero, de momento, era mejor cambiar de tema. Miró por la ventanilla—. Hace muy buen tiempo. Ideal para una buena caminata, ¿no cree? O para sentarse al sol.

De algún modo, Barry pareció volver a respirar. Sonrió apenas.

—Sí, así es —asintió.

—Y tengo que admitir que este pueblo es muy bonito.

—Sí que lo es. Le aseguro que hay muchos rincones en Minstrel Valley que

merece la pena visitar.

—¿En serio? —Viniendo de alguien como él, que había visto mucho mundo, era una afirmación para tener en cuenta—. ¿Algo que me recomiende?

El señor Barry lo miró con cierta duda.

—Pues... para un caballero como usted, no estoy seguro, milord. Quizá pudiera jugar una partida de naipes en el Salón de Fiestas, está frente al ayuntamiento. Es donde se celebran los bailes de la parroquia, según me han dicho, pero lo habitual es que, por las tardes, se reúnan allí los lugareños. Hay una mesa especial, reservada para las personalidades del pueblo. Usted estaría invitado a ella, de presentarse.

Marcus arqueó una ceja. Ya se imaginaba lo apasionante de una tarde jugando partida tras partida, con apuestas de a penique, acompañado del médico, el alcalde y el párroco del lugar, caballeros que sin duda tendrían una conversación muy limitada a los asuntos del campo.

Al final, tras unas horas tediosas, quizá llegase a ganar un chelín. Y eso, si el cura no le hacía trampas.

—Creo que, si me gustara el juego, sería más asiduo de Brooks's. Al menos, las apuestas son mejores. Y, quizá, hasta preferiría esa compañía, aunque sobre eso ya no estoy tan seguro —se corrigió, al recordar los salones llenos de nobles, los voceríos a ratos en las mesas de juego, y el libro de apuestas, con retos muchas veces infames.

El señor Barry pareció comprenderlo bien, y optó por otras propuestas.

—También hay lugares pintorescos por aquí, como el Puente del Pasatiempo, cruzando el río Oldruin. O, ya en tierras de los Clifford, el Puente de las Ánimas y el Pozo de los Deseos, o las ruinas de un castillo en la colina de Scott Hill. Todos esos lugares tienen sus leyendas, aunque la más importante es la del castillo, muy curiosa, de esas de amor y muerte.

—Ah, algo recuerdo, sí —dijo Marcus, pensando en Olivia.

—O, como comentamos antes, si le gusta la buena cerveza, puede tomarse una en The Old Flute. —Sí, eso merecía la pena tenerlo en cuenta. Asintió—. Puede pasear por los bosques o por la orilla del lago. También hay unas cuantas barcas, se alquilan en el embarcadero del viejo Swan, cerca de la colina. Aunque le

recomiendo que no vaya por allí una vez empiece a atardecer.

—¿Y eso?

El otro titubeó.

—Algo relacionado con esa leyenda local, milord. —Había palidecido y bajó algo la voz, para añadir—: Al parecer vaga por allí el fantasma de una joven dama que sigue buscando a su amante, o algo así.

Marcus le miró con sorpresa y luego se echó a reír.

—No puede creer eso, señor Barry, y menos tenerle miedo. ¡Es usted un veterano de más de una guerra!

—Ah, pero también soy un hombre cauto, milord, y, si puedo evitarlo, no me acerco a la línea que separa la vida de la muerte. Si me dicen que por ahí puede vagar un fantasma, no me acerco, no vaya a ser que sea cierto.

—Ya veo. —Siguió contemplándole divertido—. Quizá preferiría volver a Londres. Recuerde que, para usted, siempre es una opción. Con la recomendación de lady Acton, tendrá trabajo donde prefiera estar.

—Oh, no, milord, ni por asomo. Muchas gracias, pero una cosa es tener respeto a un fantasma y otra tener que irme de vuelta a Londres por su culpa. No, en absoluto. Mi lugar está junto a lady Acton. Además, reconozco que me gusta mucho Minstrel Valley. Es bonito y, para alguien como yo, tiene de todo. —Sonrió de oreja a oreja—. Incluso un par de viudas muy atractivas.

—Viudas, ¿eh? —Marcus lanzó una carcajada—. Da la sensación de que le gustan mucho.

—Bueno, milord, más que nada, es una consecuencia. A mi edad, las jovencitas ya resultan demasiado niñas, y las mujeres que me serían más apropiadas suelen estar o casadas o viudas. Como comprenderá, no voy a meterme en medio de una cama matrimonial.

—No, desde luego. —Marcus rio con más ganas aún—. Lo dicho, es usted un hombre prudente.

—Gracias, milord.

El coche había llegado ya al centro del pueblo y cruzó su plaza, Legend Square, antes de tomar Town Hall Street, la desviación hacia King's Road, que llevaba a Minstrel House. Había bastante bullicio, el pueblo estaba muy

animado, de modo que dejaron de hablar y ambos se dedicaron a mirar con curiosidad por la ventanilla.

Marcus contempló a los lugareños que iban de un lado para otro, ocupados en sus cosas; un grupo de niños jugaba en el lavadero, junto al pozo, salpicándose unos a otros, mientras las que debían ser sus madres lavaban montones de ropa. Justo enfrente, dos mujeres hablaban en la puerta de la tienda. Una de ellas, de edad madura, cara agria y toca negra, lanzó con disimulo una mirada hacia el coche que no le gustó nada.

—¿Quién era la mujer de negro? —preguntó a Barry—. ¿Lo sabe?

—Desde luego, milord. Es Mildred Cotton, una señora con cierta influencia en la localidad —le explicó, y añadió un gesto con los dedos—. También es viuda, pero a esa no la tocaría ni de lejos con un palo.

—¿Qué ha hecho usted? —Repitió el gesto—. ¿Qué significa eso?

—Lo aprendí en España, cuando echamos de allí al francés. Me aseguraron que aleja el mal de ojo.

Marcus rio con ganas, mientras volvía a mirar por la ventanilla. Sus ojos se toparon con la estatua de la Dama Blanca y el juglar, y se preguntó otra vez cómo estaría Olivia Coombs. Desde el día en que se conocieron, y más desde la confesión de sir Herbert, raro era el momento en que no pensaba en ella con una extraña mezcla de culpa y deseo.

No estaba seguro de cómo debía enfrentarse a ella. Estaba tan abochornado por lo descubierto... Ya hubiera sido lo bastante malo todo aquello de no conocerla siquiera, pero además recordaba el modo brusco y desagradable en que se había presentado en su casa, y cómo le había hablado luego, cuando fue a tomar el té, ofuscado por el miedo a admitir que su padre pudiera ser capaz de tales actos, y creía morir de vergüenza.

«Te lo mereces», se dijo, con amargura. Por precipitado, por agresivo, por desagradable. Por idiota, en definitiva. Normal que la muchacha estuviera tan enojada con él. Pues a ver cómo lo arreglaba ahora, porque quizá su honor no terminara de limpiarse nunca, demasiada sangre y demasiada infamia había caído sobre los Hale de York, pero al menos debía empezar por corregir aquel error y asegurarse de que Olivia recibía lo que le correspondía por herencia.

Estaba pensando eso cuando la vio de pronto, a varios metros, parada junto al muro trasero de una casa, en Rosebush Street. Harmony se encontraba a su lado, y también una de las doncellas. Lucy, si no se equivocaba.

Marcus se sobresaltó.

—¡Señor Fergus! —llamó, golpeando el techo con el pomo del bastón—. ¡Señor Fergus, alto! —El vehículo se detuvo de inmediato. Antes de que el señor Barry pudiera hacer nada por preguntar, Marcus ya había abierto la puerta y estaba en el exterior—. Lleve al señor Barry a Minstrel House, por favor. Yo daré un paseo. —Señaló hacia las tres muchachas—. Voy a saludar a mi hermana y volveré con ellas. Por favor, señor Barry, dígame a lady Acton que nos veremos en la cena. Que deseo que no falte, a ser posible, porque tenemos que hablar.

—Muy bien, milord.

—Bien, nos verem... —Con un movimiento rápido, más ágil de lo que hubiese imaginado en él, el señor Barry salió del coche, cerró la portezuela y trepó al pescante, junto a Fergus—. Eh... No era necesario, señor Barry.

—Créame, sí lo es. —El antiguo soldado sonrió—. Gracias por todo, milord.

Él asintió. El cochero azuzó los caballos con un ligero movimiento de riendas y el vehículo empezó a alejarse por King's Road. Marcus lo observó unos momentos, se encasquetó el sombrero de copa y avanzó hacia el grupo de jóvenes por el camino de tierra. Por suerte, no había llovido. No soportaba llenarse de barro.

Ellas siguieron paradas ante el mismo muro que cerraba el jardín trasero de una casa. De hecho, se acercó sin que se percatasen de su presencia, porque estaban concentradas en las varias ramas de rosal que sobresalían por encima de la tapia, cuajadas de flores rojas, rosas y blancas, preciosas.

—Buenas tardes —saludó, con una sonrisa.

Las tres jóvenes se volvieron hacia él. Al verle, Harmony lanzó una exclamación de contento, corrió en su dirección, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso en la mejilla.

—¡Marcus! ¡Qué bien, ya volviste! ¡Has tardado mucho!

—He tenido cosas que hacer. ¿Llegaron bien tus pertenencias? ¿Estaba todo?

—¡Sí! ¡Y muchas gracias por ocuparte de enviar también los encargos hechos

a *madame* Didiane!

—No hay de qué, fue un placer. —Tras el abrazo, la apartó un poco para mirarla a los ojos—. Supongo que ya lo sabes.

Le había enviado una carta a lady Acton, informándola de casi todo y pidiéndole que se lo dijera del mejor modo posible a Harmony. De haber pensado que podía no enterarse hasta su regreso, hubiese esperado para explicárselo él mismo, pero estaba el maldito periódico. Podía llegar tarde, pero llegaba.

Tenía gracia que, al final, se quejase de que hubiera prensa en Minstrel Valley.

—Sí. —El bonito rostro de Harmony se entristeció, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pobre sir Herbert. ¡Qué final tan terrible, Marcus! ¿Ya se sabe lo que ocurrió?

—Un accidente. —Se encogió de hombros—. Debió quedarse dormido y algún tronco se salió de la chimenea. O quizá fue por una vela. No están seguros y supongo que ya da igual.

—Sí... Siempre fue muy amable y cariñoso conmigo, junto con mamá y contigo, la persona que más se ha preocupado por mí. De hecho, si te digo la verdad, de pequeña, siempre que pedía un deseo, era que de pronto se descubriese que él era mi verdadero padre. Te parece horrible, ¿verdad? —le preguntó, con angustia—. O, al menos, una tontería.

Marcus sintió una inmensa pena. Pobre Harmony, qué ironías de la vida. ¿Debía decirle la verdad? Decidió que no, al menos de momento. Quizá algún día, cuando fuese una mujer adulta, alguien capaz de soportar el peso de todo aquel horror... Pero, incluso entonces, se lo pensaría. Haría lo que fuera por evitarle ese mal trago.

—No, en absoluto —murmuró—. Lo entiendo, cariño.

—Es que él sí que se comportó conmigo como si lo fuera.

—Lo sé. De hecho, me consta que te quería como a una hija. —Le acarició la mejilla mientras se fijaba en sus ojos azules, que entonces veía tan semejantes a los de sir Herbert. Seguro que, cada vez que Walter Hale los tenía delante, percibía en ellos la burla de su aliado y enemigo. Por eso la rehuía—. Quédate con eso y recuérdale con cariño.

Para evitar tener que decir nada más al respecto, la abrazó y dirigió la vista hacia Olivia Coombs.

¡Demonios, qué hermosa estaba! Esos días sin verla le habían dado tiempo a terminar de... de *asimilar* su aspecto, podría decirse. En esos momentos, la sentía más cercana, más familiar, y podía degustar mejor cada detalle. Esa tarde vestía de lana fina y llevaba el cabello recogido en un moño de trenzas, sobre el que reposaba un bonito sombrero adornado con piel, a juego con el remate del cuello del redingote.

Iba de negro absoluto, como siempre, pero Marcus empezaba a darse cuenta de que aquel color le sentaba bien, de un modo muy especial. La hacía parecer sofisticada y misteriosa, sí. Y encantadora.

Le gustaba, le gustaba mucho. No, era más que eso. La admiraba, la deseaba. ¡Dios, cómo la deseaba! Tanto que no podía evitar endurecerse una y otra vez como un crío que está descubriendo el sexo. Le pasaba siempre que se encontraba en su presencia, y estaba claro que ese momento no iba a ser la excepción.

Quizá se delató de alguna forma, porque ella le miró con cautela, como preguntándose qué le ocurría.

—Buenas tardes —le dijo, con frialdad.

Por supuesto. Teniendo en cuenta su último encuentro, aquella discusión ridícula con el condestable Worth, no podía esperar otra cosa. Marcus se maldijo por haberse dejado llevar también entonces, mostrándose soberbio y burlón. No había podido evitarlo. Qué absurdo que le mordieran así los celos. Y, como no estaba acostumbrado a sentirlos, no había sabido cómo comportarse.

Bah. Solo había sido una torpeza más. Como tantas.

«Recuerda», se dijo. «Ahora toca arreglar lo hecho».

—Buenas tardes... —repitió. Marcus echó un nuevo vistazo alrededor, intentando encontrar algo más que decir. Su mirada se topó con los rosales—. Unas flores muy bonitas.

Por Dios, qué poco inspirado había estado. Lamentable falta de retórica, para un abogado.

Pero tuvo suerte. Harmony estaba allí, para secundarle con entusiasmo.

—¿A que sí? ¡Son preciosas! Me encantan. —Señaló un grupito de rosas arracimadas—. ¡Oh, Marcus, alcánzame una de esas, por favor!

Él titubeó. Al fin y al cabo, aquel era un jardín privado.

—No sé si deberíamos... —dijo.

Pero Olivia hizo un gesto, para quitarle importancia.

—Claro que sí. Marlene estará encantada de que cojamos una o dos flores. Es una de las mujeres más generosas que conozco.

—¿Marlene? —Marcus la miró sorprendido—. ¿Es francesa?

—Sí. Marlene Mignon. Lleva ya algún tiempo viviendo en Minstrel Valley, y se ha hecho famosa por su acento y por su peculiar forma de ser. —Olivia sonrió, como recordando algo—. Pero, también, por sus hermosos rosales.

—No me extraña —dijo Harmony—. Son preciosos. Y eso que, desde fuera, no se puede ver más.

—Un día de estos te la presentaré y podrás decírselo. Seguro que le encantará conocerte, enseñarte bien el jardín y contarte historias de su país.

—¡Estupendo!

—Pero, de momento, disfrutemos de sus flores. Espera, te cojo una. —Alzó las manos para arrancar una flor rosada muy bonita, en un estadio entre capullo y rosa completa. «Buena elección», pensó Marcus, porque parecía perfecta para Harmony. Pero el tallo debió resultar más resistente de lo que había esperado Olivia, y, por cómo actuaba, apenas podía maniobrar para evitar las molestas espinas—. Ay, maldición, qué dura está... Hubiese necesitado unas tijeras.

—Permítame. —Marcus se apresuró a ayudarla. Se puso a su espalda y cubrió las manos de Olivia con las suyas, casi envolviéndola entre sus brazos. Aunque ambos tenían guantes, por lo que no llegó a tocarla, notó cómo se sobresaltaba y sintió de nuevo aquella emoción extraña que le provocaba la cercanía de esa mujer. La erección de su entrepierna creció, presionando contra los pantalones hasta dolerle. Apretó los dientes.

Quizá ella notó algo, porque se puso nerviosa, intentó apartarse y se pinchó.

—¡Ay! —exclamó, y se miró la mano derecha. En el dedo índice, a través del encaje negro del guante, empezó a surgir una gota muy roja—. Oh, vaya. Es una suerte que no sea blanco.

Marcus frunció el ceño, maldiciéndose por su torpeza.

—¿Se ha hecho daño?

—No, no es nada, no se preoc... —Le dio igual, decidió comprobarlo por sí mismo. La tomó por la muñeca y le sacó el guante de un tirón—. ¡Oiga! —No hizo ningún caso de sus protestas. En la yema del índice podía verse el pequeño pinchazo, algo inofensivo, pero que quedaba escandaloso por la gota de sangre que empezó a surgir de él. Olivia le miró con intención—. Ya ve que no es nada. Dudo que me desangre por esto.

—Sí, es poco probable. —Marcus agitó la cabeza—. Perdona, me temo que ha sido culpa mía.

—En absoluto. No sea egoísta. —Él se mostró desconcertado y Olivia se echó a reír—. Como mucho, estoy dispuesta a compartir la culpa, pero no a dársela por completo.

Marcus sonrió para sí. Le gustaba mucho aquel sentido del humor, decidido e ingenioso, que empezaba a identificar por completo con Olivia. Y sus manos seguían unidas, ella sin guante, con la piel desnuda. Mal momento para reparar en el detalle, porque de pronto se vio sumido en la fantasía de que podía tirar de la muchacha, poco a poco, siempre muy poco a poco, y acercarla; tomar entre los labios el dedo que sangraba y lamerlo, con lentitud, sin prisas, para así cortar la hemorragia...

Y ella lo permitiría, y se mantendría firme, sin apartar las pupilas de las suyas, seguro. Olivia era valiente y apasionada, no se arredraría, dejaría que su lengua la acariciase de ese modo íntimo que solo podía concebirse en las fantasías más ardientes.

Y, *si se lo pedía el corazón*, Olivia Coombs daría por sí misma un último paso al frente y se pondría de puntillas para besarle.

El aire pareció crepitar a su alrededor, pero ninguno de los dos hizo nada, claro. Ni él lamió su dedo, ni ella le besó; los sueños siguieron siendo sueños y ni siquiera rozaron de lejos la realidad. Marcus se limitó a sacar un pañuelo muy blanco del bolsillo y lo aplicó contra la herida.

—Mantenga apretado fuerte —le dijo, entregándole también el guante—. Dejará de sangrar enseguida.

—Sí, gracias —replicó ella. Parecía sorprendida por sus atenciones—. Le agradezco su interés.

Marcus asintió. Iba a añadir otro comentario sin demasiada importancia, cuando vio que venía alguien por el camino, en dirección este. Era un hombre de unos treinta años, como él, de cabello rubio oscuro y rasgos agradables. Vestía de un modo sencillo y elegante, discreto.

Mantuvo el rumbo, sin acercarse a ellos, sin dar pie a charlas, pero sonrió cortés a Olivia y también incluyó a todos en un gesto de saludo, llevándose la mano al sombrero.

Ellos saludaron de igual modo.

—¿Quién es? —preguntó Harmony, cuando hubo pasado—. ¡Es muy guapo!

—Harmony... —la riñó Marcus, en broma—. No puedes hablar de chicos hasta los dieciséis. Y entonces solo para decir que los odias. —Harmony rio divertida—. Pero ¿quién era ese hombre, lady Olivia?

—El señor Wesley Catesby —contestó la muchacha—. Lleva algún tiempo en el pueblo, al menos a temporadas, pero apenas le conozco. Tengo entendido que es escritor, o eso se comenta por ahí. También dicen que tiene una casita por los alrededores, en el bosque, cerca de King's Road, pero no tengo ni idea de dónde, con exactitud.

—¿Catesby? —preguntó Marcus, y repitió pensativo—: Catesby... —El apellido le sonaba muy familiar, y no tardó en darse cuenta del porqué—. ¿Sabe si acaso es familia del difunto duque de Manford?

Olivia le miró sorprendida.

—Pues no sabría decirle. Que yo sepa, él no ha alardeado jamás de semejante parentesco. Y diría que así ha sido porque, de otro modo, sería la comidilla del pueblo.

—Es el apellido de la familia del duque. —Marcus lo consideró un momento más, pero dejó el asunto con un leve encogimiento de hombros—. Pero, por supuesto, puede no tener nada que ver.

Ella asintió. Miró en dirección este, hacia Minstrel House.

—Deberíamos volver.

—Oh, sí, por supuesto. Pero, un momento.

Marcus se giró otra vez hacia el muro y, con movimientos hábiles, cortó la rosa que Olivia había elegido para Harmony y se la dio a su hermana, que la recibió encantada. Entonces, llevado por un impulso, buscó otra para la propia Olivia. Al momento, vio una de un rojo intenso, ardiente y apasionada como la imaginaba a ella. Perfecta.

Estuvo a punto de cortarla, sin duda era la flor que hubiese elegido de haber sido libre de escoger, pero le pareció poco adecuada, porque tuvo miedo de que algo así le dejara demasiado en evidencia.

Tenía que conquistar a Olivia Coombs, y eso pasaba por hacerse perdonar, por supuesto, pero también por hacerse deseable. Si se mostraba como un rendido admirador de buenas a primeras, podía provocar que le valorase poco, y que eso la llevara a rechazar sus avances.

Y era demasiado orgulloso como para permitirlo. No podría soportar su desprecio.

De modo que Marcus arrancó otra rosa, esa vez blanca, fina y delicada, y se la ofreció, con una inclinación gallarda.

Capítulo 13

Lady Olivia le miró sorprendida y se ruborizó.

—Gracias, lord Northcott —dijo, cogiendo la flor con expresión dubitativa, como si no acabase de decidir si le gustaba.

—De nada, lady Olivia. —Y no supo por qué, pero se sintió impulsado a recitarlo—: «Las hojas del rosal, cuando la rosa muere, / se apilan para el lecho del amante; / y así en tus pensamientos, cuando te hayas ido, / el amor mismo dormirá».

Olivia lo miró sorprendida.

—«Cuando las suaves voces mueren» —replicó, enunciando el título del poema de Percy Shelley—. Vaya. Reconozco que me ha sorprendido, milord. Nunca pensé que le gustara la poesía.

—Shelley era más que un poeta. Era un pensador y, como tal, un revolucionario. Sospecho que no me hubiese caído simpático, pero reconozco haber compartido muchas de sus ideas. En cualquier caso, sí, al margen de todo eso, me gusta la poesía. —Se sintió incómodo por el ambiente enrarecido, demasiado íntimo para lo que estaba acostumbrado. Carraspeó y apartó la vista—. ¿Iban a algún sitio?

—En realidad, hemos estado dando un paseo y volvíamos a Minstrel House —explicó Harmony.

—Sí, no queremos llegar tarde a la cena —añadió Olivia—. La señora Burton tiene mala cara siempre, pero, si no somos puntuales, se enfada mucho. Puede no cambiar de expresión, pero se las arregla para que te enteres. ¡Y para que no lo olvides en el resto de tu vida!

Marcus y Harmony rieron.

—Ni te imaginas lo gruñona que puede llegar a ser, Livvy —dijo esta última—. ¿Te acuerdas de aquella vez que te retrasaste, Marcus? ¿Al poco de instalarse lady Acton en Northcott House? «¿Lord Northcott? ¿Usted por aquí?» —Simuló consultar, entre grandes aspavientos, el reloj que siempre llevaba colgado el ama de llaves—. «¡Qué sorpresa tan agradable! Viendo la hora, pensaba que hoy ya no íbamos a contar con su grata presencia». ¡Y eso, por cinco minutos!

Marcus rio, recordando aquel momento, aunque entonces no le hizo ninguna gracia. Hasta habló con lady Acton sobre la posibilidad de despedir al ama de llaves por su osadía. Su prima se limitó a preguntarle quién había cometido un error de los dos, de modo que lo dejó estar y nunca más llegó tarde al comedor.

—Sí, sabe cómo dejarte claro que llegas tarde, aunque depende del caso. La primera noche que se quedó lady Olivia, ella y yo llegamos tarde, pero no nos dijo nada en absoluto.

—Supongo que transigió porque sabía que yo podía perderme por esos pasillos... como casi ocurrió.

Marcus consideró la idea. Sin duda, era una posibilidad, aunque él tendía a creer que la señora Burton conocía sus propios límites y sabía cuándo no debía traspasarlos. Una cosa era llamar la atención a un muchacho que todavía se estaba haciendo, como era él mismo en aquella primera época, por mucho título que tuviera ya entonces, y otra llamarle la atención al actual lord Northcott, un hombre hecho y derecho, alguien que no tenía por qué responder ante nadie en su propia casa.

De tener que apostar, diría que, en esos momentos, de llegar tarde, la señora Burton se limitaría a preguntarle si deseaba que calentasen más la sopa. Por suerte, raro sería que pudiera comprobar su teoría. A Marcus le gustaba el orden y cumplía las normas a rajatabla. Además, tenía una hermana pequeña a la que educar, y buena parte pasaba por darle ejemplo.

—Puede —replicó—. Pero es bueno que alguien mantenga las normas y nos recuerde los valores importantes, como el de la puntualidad. —Tiró juguetón de un rizo de Harmony, que bufó entre risitas—. Y como no queremos llegar tarde, será mejor que nos pongamos en marcha. —Marcus señaló con el bastón en

dirección a Minstrel House—. Vamos, las acompaño.

Empezaron a caminar de vuelta a la mansión, a ritmo de paseo, con calma, Marcus y Olivia a ambos lados de Harmony, como si la usaran de muro, y los tres seguidos por Lucy.

Olivia estaba muy silenciosa. Marcus se decidió a mirarla de reojo, aunque resultó no haber sido necesario, podía haberse imaginado su expresión, retraída, muy absorta. Aunque él tampoco tenía mayor deseo de hablar, en otras circunstancias hubiera buscado un tema de conversación, aunque solo fuera por ir tendiendo puentes entre ambos.

Pero, por suerte, no fue necesario. Contaban con Harmony, que se mostró tan imparable como siempre. Iba parloteando sobre todo lo que veían, desde una pequeña ternera tras un cercado, hasta el grupo de patos salvajes que cruzaba el cielo, o incluso la casa grande que se veía a lo lejos, al norte, y que, al parecer, como sabían todos en el pueblo, era una de las posesiones del marquesado de Northcott.

—Sí que es tuya. ¿No lo sabías, Marcus? —preguntó Harmony. Él negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

Con la herencia, le había llegado la propiedad de muchas casas y edificios de todo tipo, en varias ciudades, algunas incluso en el extranjero. Sir Herbert se había ocupado de todas las gestiones del traspaso de titularidad, y también de lo relativo a su mantenimiento, pero decidió no mencionarlo tampoco. Algo le decía que ya iba a tener que referirse bastante a él antes de que acabase la jornada.

—Me sorprende —continuó—. Creía que el primo Northcott le había cedido todo lo relacionado con Minstrel Valley a la prima Helena. Hasta el último puñado de tierra.

—Menos esa casa. Me lo dijo lady Acton. Creo que su hermano quería organizar unas caballerizas y criar caballos cuando se retirasen aquí, ya mayores. Como era viudo, pensaba venirse con su hermana y envejecer juntos en Minstrel Valley, el lugar donde habían jugado de niños y que tanto amaban.

Qué imagen entrañable. Una pena que no hubiesen podido cumplirlo.

—No es mala idea —musitó.

—¿Lo de ir a vivir con su hermana? —Cuando la miró, Harmony le guiñó un ojo—. Por supuesto, siempre serás bienvenido en cuantas casas tenga, Marcus.

Él lanzó una carcajada.

—Te tomo la palabra, hermanita: cuando esté tan decrepito que no me sostenga ni con el bastón, iré a tu casa para que tú me cuides. —Harmony rio divertida—. Pero me refería a lo de poner ahí unas caballerizas. Parece un buen sitio, hay que reconocerlo. Hay buenos pastos alrededor y...

—¡Bueno! No sé... —Harmony no estaba interesada en cuabras ni caballos. De hecho, parecía haber recordado algo y se volvió hacia la silenciosa doncella que les seguía a todas partes—. ¡Ven, Lucy! ¡Tengo que contarte una cosa! ¡Es un secreto *horroroso*!

Y salió corriendo, sujetándose el sombrero con una mano.

Lucy dudó, y hasta entornó los ojos, dejando claro que le apetecía bastante poco el ponerse a correr de semejante forma, pero qué remedio, tuvo que seguirla.

—¡Harmony! —gritó Marcus, pero su hermana no le hizo caso. Lucy y ella se adelantaron un trecho y luego dejaron de correr, pero se mantuvieron a distancia. La única solución hubiese sido correr también, para alcanzarlas, algo que resultaría impropio en un señor marqués, a menos que lo hiciese por salvar su vida, su honor o alternativas del estilo. Y eso, contando con que la niña no volviera a hacer lo mismo, manteniendo la distancia—. Demonios... Creo que Harmony ha decidido dejarnos solos.

Olivia hizo una mueca.

—Eso parece.

—Ya. —Visto lo visto, buscó algo más que decir, mientras caminaban, ella con las manos cruzadas a la altura de la cintura, apretando el pañuelo contra el dedo; él, apoyando firme el bastón con la derecha, la izquierda a la espalda—. Dígame, ¿qué tal ha ido todo por aquí estos días?

—Bien. La vida en Minstrel Valley siempre es tranquila. —Pensó que no iba a decir más, pero no. Añadió—: Han llegado algunos profesores y, en su mayoría, son muy agradables. —Titubeó—. Lady Acton ha estado muy ocupada... No sé,

supongo que con detalles relacionados con ese plan en el que trabaja.

—Ya. ¿No ha insinuado nada, estos días, sobre qué está tramando? ¿Se le ha escapado algún detalle que pueda haberla llevado a usted a aventurar alguna conclusión?

—No. Lo lamento. No tengo ni idea.

Marcus se encogió de hombros.

—No se preocupe. Pero será mejor que estemos atentos.

—Sí... —musitó ella. Caminaron un trecho en un silencio que encontró muy agradable. Quizá a ella no le pasaba igual, porque lo rompió—: ¿Y bien? ¿No me va a contar nada?

Marcus dudó. Lo de Londres, claro. Olivia parecía muy tranquila, pero debía estar ardiendo de ganas de saber si era o no hija de lord Camden, o qué le había ocurrido a su madre cuando era una jovencita sola en la vida, con un hijo en camino.

Ojalá no tuviera que hablar de ello. Pero no quedaba más remedio.

—Me resulta difícil. Lo que he descubierto... me avergüenza.

Ella lo miró pensativa.

—¿Ha sido como esperaba?

—Peor.

Olivia asintió, con un gesto comprensivo.

—Ese hombre, el socio de su padre, sir Herbert... Su muerte tiene algo que ver con todo esto, ¿verdad?

—Sí —admitió, y le narró su enfrentamiento con sir Herbert, aunque solo por encima, para que se hiciese una idea. No mencionó ni que lord Camden había sido asesinado, ni que su hermana era hija de sir Herbert, por lo que se sintió más culpable todavía. Le hubiese gustado poder compartirlo todo con ella, pero no se trataba de secretos que le perteneciesen. Era mejor dejarlo estar—. Espero que entienda que nada de esto debe llegar a Harmony.

—No, por supuesto.

—Gracias —suspiró, mirando al frente, a su hermana. Una niña preciosa, con toda una vida por delante. Él quería regalarle el mundo entero, de ser posible—. Desconozco si el título del marquesado hubiese recaído en mí de conocerse la

implicación de mi padre y su socio, con ese actuar innoble, ignorando los requerimientos de su madre y apropiándose del marquesado incluso antes de saber si nacería un heredero legítimo. Es muy posible que no, aunque no es eso lo que me importa, sino que, de saberse, Harmony tendría cerradas por completo las puertas del gran Londres. La condenarían al ostracismo y la vergüenza, sin importar el hecho de que ella no ha sido culpable de nada.

—Sí, eso es cierto. Es mejor ocultarlo.

—Sí. —La miró de reojo—. Pero, en definitiva, lo que más importa en todo esto es que los Hale de York estamos en deuda con usted, lady Olivia.

Ella sonrió.

—No se preocupe. Usted no tiene culpa alguna.

—Puede que no. Pero soy el que puede reparar el daño.

—¿A qué se refiere?

—A que ahora sí que creo, con toda firmeza, que debemos casarnos. No es una opción, milady, es una realidad. Una necesidad, por pura justicia.

Olivia se detuvo, por lo que Marcus se paró también, a su lado. Lo miró con sorpresa.

—Creí que éramos aliados frente a esa locura, milord. ¿Por qué vuelve a plantearlo?

—¿No es evidente? Porque usted es lady Olivia Hale, ambos lo sabemos. Y, por lo tanto, también debe serlo para el mundo.

—Lord Northcott... —Olivia se humedeció los labios con la puntita de la lengua, quizá ganando tiempo. O quizá preparando su boca para la declaración que siguió a continuación—: Yo le agradezco de verdad su interés por mi bienestar, pero creí haber dejado muy claro que no voy a atarme a nadie que no me ame. Y, para amarse, hay que conocerse.

—¿Está segura? —Marcus la miró con intención—. No creo que eso ocurriese entre sus padres.

—¿Cómo dice?

—Sus padres, lord Camden y Mery Coombs. Que yo sepa, se conocieron en una fiesta y se enamoraron de inmediato. Primera mirada, primera palabra compartida... —Hizo un gesto vago con el bastón—, quién sabe. Pero, por lo

que decía su madre en su carta, fue esa misma noche.

—Sí. Y en el mensaje privado que me dejó, me contó cómo fue el encuentro con algo más de detalle. —Sonrió apenas—. Un momento muy romántico.

—¿Lo ve? Y, en muy poco tiempo, se escaparon para evitar la oposición paterna y poder casarse. —Marcus inclinó la cabeza a un lado—. Dígame, ¿de verdad la hija de una pareja que apostaba tan fuerte por el amor, de una forma tan incondicional, es incapaz de un poco de romanticismo?

Ella parpadeó.

—Quizá sí lo haría, de ser otras las circunstancias. Pero, milord, cuando mi padre se presentó ante mi madre, no lo hizo acusándola de ser una advenediza y una estafadora. Ni, más tarde, se burló de sus amigos, ni mucho menos les amenazó con destruir sus carreras.

Marcus se ruborizó.

—Lo sé —replicó, molesto. ¿Por qué demonios no lo olvidaba?—. Y creo haberme disculpado por ello. Le aseguro que pasaré el resto de mi vida lamentando lo dicho y hecho.

—No le pido tanto, en absoluto. Ni siquiera me interesa que lo haga en los próximos diez minutos. Solo me gustaría que entendiese que, ahora mismo, pienso que usted es un hombre demasiado proclive a dejarse llevar por la ira, y dispuesto al ataque más desahogado a la hora de defender sus intereses.

Marcus hizo un gesto ecuánime.

—Soy abogado.

—Sí, lo sé. Es abogado y es marqués, un hombre acostumbrado a ser tratado con deferencia y a salirse con la suya. Soporta mal las dificultades, milord. —No podía negarlo—. Si hubiese venido a mí, incluso enfadado y suspicaz, pero dispuesto a escuchar, a valorar si la carta de mi madre era o no auténtica, yo... Creo que sí hubiese podido sentir algo por usted. —Dudó y añadió, tan sincera como siempre—: No, estoy segura de que así habría sido.

Marcus tragó saliva, con la repentina sensación de haber perdido algo muy preciado.

—Olivia...

Ella agitó la cabeza y reemprendió el camino. Harmony y Lucy, inmersas en

su propia conversación, o monólogo de Harmony para ser exactos, no se habían dado cuenta de su parada y se habían alejado aún más.

—Pero, hoy por hoy —siguió Olivia—, lo único que tengo claro es que, cuando se siente usted amenazado, en su persona o en su familia, no escucha a razones, lord Northcott. O cuando algo le incomoda —añadió, tensa—. Como cuando el señor Worth vino a Minstrel House.

Marcus entrecerró los ojos, enojado y temeroso de que ella tuviera razón y, también, de que fuese incapaz de convencerla. Dijo lo primero que le vino a la lengua. Hiriente, por supuesto.

—Ahí no me sentía amenazado, solo aburrido.

Ella le fulminó con la mirada.

—Por frases como esa, le digo que no, milord. Un «no» rotundo.

«Demonios», pensó él. ¿Cómo se le estaba yendo de las manos la conversación, de semejante modo absurdo? Porque se estaba enfadando, claro. Olivia tenía razón, cuando se sentía amenazado, contraatacaba. Como fuera.

Carraspeó, intentando recuperar el control.

—Vale. Reconozco que soy difícil a veces.

—¿Difícil? Le llamé odioso una vez, y lo reafirmo. Es un aspecto de su personalidad que puede agravarse con los años, o cuando ya no busque complacerme, porque yo ya no sea algo a conseguir, sino una conquista sin ningún interés.

—Eso no va a pasar —afirmó Marcus, seguro de lo que decía.

Olivia negó con la cabeza.

—No voy a arriesgarme a comprobarlo. Lamento que haya traído semejante idea absurda de Londres, pero no pienso atarme a usted. Y le ruego que ni siquiera lo plantee ante lady Acton. Me está costando mucho convencerla de que no deseo esa alternativa, ni quiero la temporada, ni quiero... ¡Demonios, solo me casaré si me lo pide el corazón, ya se lo dije! Y usted debería buscar lo mismo.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Quién dice que no me lo está pidiendo ahora mismo?

Olivia lanzó una carcajada, aunque exenta de gracia.

—¿Cómo va a hacerlo, si no me conoce?

—¿Quién dice que no la conozco?

—Yo. —Contraatacó su ceño con otro igual de firme—. ¿Quiere hacer el favor de dejar de jugar conmigo? Usted y yo hemos pasado un único día juntos, y no puede decirse que nos hiciéramos ni siquiera amigos. Lo único que hicimos fue atacar y defender posiciones, en el conflicto heredado de nuestros padres. No tiene ni idea, *ni idea*, de nada.

—Se equivoca. Como dije antes, soy abogado. Soy bueno observando la naturaleza humana. La conozco mejor de lo que cree.

—Ah, ¿sí? —Volvió a reír, esa vez con eco evidente de burla—. Pues hizo un gran trabajo, valorándome, cuando nos conocimos, milord.

—Las cosas no fueron así. Entonces no la valoré, es cierto, pero porque no quería hacerlo. Me cegaban el miedo y el dolor y usted lo sabe. Pero desde entonces he aprendido mucho.

Ella hizo una mueca.

—Muy bien. ¿Cuál es mi color preferido?

Eso le desconcertó. Marcus carraspeó. Estaba en desventaja por su luto. De haber podido elegir colores a la hora de vestir, hubiese tenido alguna pista.

—No tengo ni idea. ¿Verde? —Intentó adivinar. Leyó en sus ojos que se equivocaba, así que, propuso otro—. ¡No, no, rojo!

Algo le dijo que tampoco había acertado. Incluso pareció decepcionada. Olivia suspiró.

—¿Qué perfume prefiero?

—Ese es fácil —replicó, con alivio. Al menos, no iba a fracasar en todo—. La lavanda.

Tuvo el placer de verla desconcertada.

—Vale. ¿Y qué libros me gusta leer?

«Maldición». ¿La había visto alguna vez, con un libro? No, claro que no. Como bien había dicho ella, apenas se habían visto un día, y se habían pasado la mayor parte de sus horas discutiendo.

—Espero que muchos y de muchas clases —optó por decir. Era una respuesta genérica, pero resultó de su gusto.

Olivia lo miró con curiosidad.

—¿No le importa que sea una mujer ilustrada?

—Por Dios, es maestra, así que espero de verdad que lo sea, y que dedique parte de su tiempo a cultivar su mente. Eso hará nuestras conversaciones mucho más interesantes, milady.

—¿De verdad? —Sonrió un poco—. Bueno, al menos eso tiene a su favor. —Caminaron unos pasos en silencio. Parecía estar reflexionando sobre lo dicho, y así era, porque añadió—: Pero no voy a casarme con usted; no, si no consigue enamorarme, milord. Y lo tiene difícil, porque me consta que, aunque haya momentos como este, en los que parece casi encantador, su comportamiento siempre termina siendo de lo más desagradable. Como con la visita de Worth.

—Eso fue...

—Sí, lo sé, lo sé, milord. Se sentía aburrido.

—No —reconoció, de mal humor—. Amenazado.

—¿Amenazado? ¿Por el condestable? ¿Y por qué?

«Mostraba demasiado interés en usted». Pero no iba a decírselo. Se estaba exponiendo ya demasiado.

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ella esperó aún un momento. Viendo que no añadía nada, lo dejó estar.

—Muy bien. Amenazado. Como cuando quería defender la memoria de su padre. Quería, quería, quería... Y yo lo entiendo, pero sé que, la próxima vez, también tendrá una excusa. —Le lanzó una mirada directa—. Y el problema está en que yo no quiero tener que pasar mi vida con alguien así, incapaz de contenerse, de comportarse como es debido.

—Eso no...

—Quiero alguien con quien poder contar —le cortó Olivia, decidida—. Que me apoye y me dé paz: alguien que, en vez de provocar más daño en una situación de conflicto, busque aplacarlo y solucionarlo. En definitiva, alguien que acepte las adversidades de la vida con el mejor talante posible.

No se vio descrito por ningún lado. Marcus sintió un sabor extraño, como a cobre. ¿Era miedo? Sí, a qué negarlo. Olivia había estado en lo cierto, pocas veces había tenido retos en su vida. Siendo heredero desde los cinco años, y con

una buena cabeza para los estudios, siempre había conseguido lo que se proponía. No estaba acostumbrado a la frustración de la derrota.

Pero, en ese campo, en el amor, se veía tan torpe... Un auténtico novato. Y lo tenía muy difícil, tal como había afirmado ella misma. Allí había mucho más que un simple rechazo. Olivia estaba muy enfadada con él.

—Como bien sabe, siempre pensé que me casaría por un interés económico y social, compartido con mi futura esposa —murmuró—. La dama querría mi título y mi poder y yo, la fortuna y el prestigio de su familia. Con suerte, habría un premio añadido, el de su belleza física, que disfrutaría yo y que pasaría de algún modo a nuestros hijos... Pero era algo de lo que podría prescindir.

Ella suspiró.

—Yo, sin embargo, siempre pensé enamorarme tanto como se enamoró mi madre, o como se enamoró la Dama Blanca de su juglar. Enamorarme hasta el último poro de mi piel, hasta el último cabello —insistió, los ojos brillantes por alguna emoción profunda—. Hasta el punto de que nada más importe, de que todo lo llene ese sentimiento. Ya se lo dije.

—Ya veo. —¿Por qué se sentía tan triste? Todo el tiempo aquella extraña impresión de derrota. No, se negó en redondo a aceptar que la hubiese perdido, y menos antes de iniciarse la primera batalla auténtica—. ¿Podrá darme una oportunidad? Se lo ruego.

Olivia lo miró abatida.

—Reconozco que me da miedo. Y que, lo ocurrido en nuestros comienzos, me pesa mucho en el corazón. No consigo... No logro olvidarlo.

—Milady...

—No, por favor. Estoy siendo sincera, las cosas no pueden cambiar de un minuto para el siguiente y...

—No, pero sí pueden cambiar en algún momento. Por favor. Insisto. Quién sabe. Sus padres se enamoraron el primer día. Nosotros no. Nosotros llegamos a odiarnos...

—Sí, la verdad es que no pudimos tener un comienzo más distinto.

—Cierto. Pero ¿quién sabe? Quizá, si me esfuerzo, pueda dar la vuelta a las cosas, y ganarme su perdón y su aprecio. ¿Acaso en su interior no hay espacio

para las segundas oportunidades?

Ella titubeó.

—No sé, quizá. Pero, por ahora, le ruego que dejemos que pase el tiempo. — Allí estaba, la puerta entreabierta. Sí, el futuro diría si Marcus se ganaba el poder cruzar el umbral. De momento, estaba claro que Olivia no quería seguir hablando de todo aquello—. Vamos —aceleró, dando por terminada la conversación—. Alcancemos a Harmony.

Pero él no obedeció. Siguió caminando a su ritmo, urdiendo planes que desechaba casi a continuación. Si las alcanzó fue porque, al final, se detuvieron a esperarle.

Capítulo 14

Al entrar en la mansión, las muchachas subieron a sus dormitorios para cambiarse para la cena. Marcus se dispuso a hacer lo mismo, valorando si le daría tiempo a darse un baño de más de cinco minutos, pero la señora Burton decidió por él, al interceptarle en el pasillo.

—Milord, bienvenido. —Iba a replicar en agradecimiento, pero no se lo permitió—. Disculpe que le interrumpa así, pero lady Acton desea verle de inmediato.

—¿Ahora? —Estaba claro que lady Acton quería saber cuanto antes qué había pasado, con toda clase de detalles. Y él todavía no había decidido qué iba a decir y qué no. Había esperado poder tantear la situación en el comedor y actuar en consecuencia. Intentó ganar tiempo—. ¿Puede decirle que hablaremos luego, mientras jugamos al ajedrez, quizá? Ahora llego hambriento y agotado del viaje. Debería cambiarme, y voy a llegar tarde a la cena...

El ama de llaves le lanzó una mirada comprensiva. También ella se temía que tenía noticias terribles.

—Ha insistido mucho, milord. Y lleva inquieta demasiados días.

«Maldita sea», pensó Marcus. Pero no había más remedio. Tomó aliento y asintió.

—Por supuesto, señora Burton. Voy de inmediato.

La mujer se lo agradeció con una sonrisa y se marchó. Marcus la vio alejarse por el pasillo, agitó la cabeza y se encaminó hacia la escalera del ala este, para subir a las dependencias de su prima.

Desde su llegada, lady Acton se había reservado toda la zona central del

segundo piso de la mansión, un conjunto de media docena de grandes habitaciones que, en tiempos, habían utilizado sus propios padres siempre que se alojaban en Minstrel Valley. Puesto que la gran escalera principal que subía del vestíbulo terminaba en el primer piso, solo se podía acceder a aquella parte desde las secundarias del ala este y el ala oeste.

Ambas estaban cerca, pero, a la vez, lo bastante lejos como para dejar aislado todo aquel corazón central del segundo piso, con una sensación de independencia del resto de la casa. Como un pequeño fuerte incrustado en el gran castillo.

Marcus subió y llamó a una de las grandes puertas que cerraban aquel complejo privado por ese lado. Esperaba escuchar una voz, quizá la de la señorita Chatham, permitiendo la entrada, pero en su lugar le abrió Goliath.

—Milord... —dijo el gigantón, con deferencia.

Isaac Goody, alias Goliath, era un galés de unos cuarenta años que llevaba el pelo oscuro muy corto, excepto por las grandes patillas. Tenía una cabeza grande, pero equilibrada con el resto de su cuerpo, y un rostro cuadrado de rasgos toscos. Era tan enorme, tan masivo, que Marcus no podía evitar asombrarse cada vez que lo veía, y no era para menos: alcanzaba casi los dos metros y era ancho como dos hombres, con buenos músculos labrados a fuerza de ejercicio.

Según había podido comprobar, era cierto que, en otros tiempos, había sido forzudo de circo, pero ese solo había sido uno de sus muchos empleos, igual que su fuerza era solo una más de sus habilidades.

De hecho, era uno de los hombres más cultos que Marcus conocía, algo de lo que había podido percatarse en distintos momentos, pese a que no habían charlado demasiado. Goliath prefería leer sobre cualquier tema a hablar y tenía buena cabeza para las matemáticas. Por lo general, se mantenía en un segundo plano y, siempre que le era posible, se perdía entre las páginas de un libro.

—Buenos tardes, Goliath —le dijo—. Tengo entendido que lady Acton me está esperando.

—Sí, milord. Supo que llegó su coche y le hizo llamar de inmediato, pero ya le informaron de que se había detenido a pasear con lady Harmony y lady Olivia.

—Si había alguna crítica en ello, por hacer esperar a su señora, no se notó—. Está muy nerviosa y preocupada, lord Northcott.

—Entiendo. —«Maldición, maldición». Tenía que pensar rápido. Lo mejor era dejarlo estar, contarle la misma historia que a Harmony y que viviese tranquila lo que le quedaba de vida. No se perdonaría si, por contarle la verdad, le diera otro ataque—. Espero poder tranquilizarla. Eso es lo importante ahora.

Goliath le lanzó una mirada profunda y asintió.

—No podemos estar más de acuerdo, milord. Pase, por favor. —Se apartó, librando el umbral, que de pronto pareció inmenso—. Está en la terraza, con la honorable señorita Chatham.

Marcus entró en el gran salón. Aunque estaba atardeciendo, todavía había mucha luz, gracias a que las grandes puertas de la terraza estaban abiertas de par en par. Eso le permitió distinguir hasta el último detalle a medida que avanzaba por aquel lugar tan peculiar, el corazón de Minstrel House. O el de su prima Helena, que venía a ser lo mismo.

No había vuelto a estar allí desde el día en que llegaron, cuando ayudó a Goliath y a Derek a subir a una agotada lady Acton, y, aquella tarde, la enorme sala se encontraba vacía, o quizá era mejor decir «desolada». Los pocos muebles que habían permanecido en su interior desde el cierre de la mansión, más de veinte años atrás, seguían cubiertos con sábanas, como fantasmas pálidos, al igual que cuadros y espejos, para resguardarlos en lo posible del paso del tiempo.

Sin embargo, en ese momento el salón ya desbordaba vida por todas partes. Los suelos de madera rojiza resplandecían, vestidos aquí y allá de gruesas alfombras; los muebles habían sido descubiertos, e incluso habían añadido muchos otros, como la mesa con sillas frente a la chimenea, con un hermoso ajedrez en medio. Se fijó en que las piezas estaban colocadas en el lugar en que quedaron al dejar la partida en Londres, a la espera de su continuación.

Marcus sonrió. Le gustaban mucho las partidas que jugaba con lady Acton. Era una jugadora inteligente y astuta, y una mujer muy culta. Con sus conversaciones, siempre aprendía algo.

Por lo demás, había adornos por todas partes, jarrones, cajitas, estatuillas... en

un caos que no dejaba de ser hermoso en sus detalles, pero también excesivo en el conjunto, como había ocurrido ya en sus habitaciones de Northcott House, cuando vivían en Londres. Supuso que era lo que parecía: la casa de una anciana que había ido reuniendo recuerdos a lo largo de su vida, y quería tenerlos todos allí, a la vista, sin importarle mucho qué impresión general diera a los demás.

Mientras cruzaba el salón tras los pasos de Goliath, los ojos de Marcus recorrieron también los cuadros que cubrían las paredes, como el retrato del difunto conde de Acton, un hombre atractivo de mirada profunda, y los del hermano y el sobrino de la anciana, Henry Hale, el marqués de Northcott, y su hijo, Philip Hale, conde de Camden.

Los hombres a cuyas muertes él debía el estar allí, en Minstrel Valley, en esos momentos, y convertido en el marqués de Northcott. Más aún, de no haber muerto, la prima Helena y él ni siquiera se conocerían porque, aunque su padre era un primo cercano, y por eso había sido su heredero, nunca habían congeniado.

Ellos eran los Hale de York, tan distintos de los Hale de Londres, como se empeñaba en afirmar su padre, una y otra vez.

Al pensar en eso, recordó la primera vez que vio a lady Acton. Siempre le llegaba la escena envuelta en bruma, porque él era demasiado pequeño y se sentía muy impresionado. No estaba seguro del sitio en el que se encontraban, solo que era un lugar inmenso, lleno de gente, en el que se informó de forma oficial del traspaso del título. Su padre se había empeñado en que asistiesen su madre y él, y allí estaban, un par de pasos por detrás, elegantes y serios, llenos de orgullo.

Ya entonces, en aquel lugar tan aburrido, lady Acton le había parecido una anciana, pero, sobre todo, una dama majestuosa. Imponente era el término más adecuado, por su altura, su distinción y elegancia. Que fuera toda vestida de negro, incluso con un velo cayendo sobre su rostro desde el complicado sombrero de plumas oscuras, ayudó a crear en su memoria una imagen casi legendaria.

Marcus no había entendido muchas cosas, solo tenía cinco años, pero lady Acton estaba de luto por las muertes de su hermano y su sobrino. El dolor la

cegaba, estaba destrozada, algo que se unía al hecho de tener que aceptar que, de la noche a la mañana, todo lo que había sido de sus padres y de su hermano fuera a parar a manos de los Hale de York.

Al «*afortunado* primo Walter», como insistía en decir una y otra vez, con evidente retintín.

Discutieron con acritud, sobre todo por las propiedades de Minstrel Valley que el difunto lord Northcott había cedido a su hermana tiempo antes, pero, por suerte para lady Acton, la transferencia de aquellos bienes había sido impecable, y el padre de Marcus no pudo hacer nada para anularla.

En todo caso, ese tema sirvió para exacerbar aún más el encono entre ellos. Tras aquello, no dieron pie a ningún trato: lady Acton se fue al continente y no volvió hasta que supo de la muerte de Walter.

Entonces, una tarde, se presentó en Northcott House. Allí la recibió un joven y abrumado Marcus de veintidós años que se enfrentaba al enorme reto de tener que educar a su hermana de ocho. Una niña que, a fuerza de no sentirse amada por su padre, se había vuelto huraña y rebelde.

Aquel día, Marcus temía tener que sufrir, además, los reproches de lady Acton, o incluso la amenaza de pleitos si no hacía algo a su gusto, pero no. Su anciana prima lo abrazó, le dio el pésame y trató de infundirle ánimos.

—Venid a vivir conmigo a Acton House —le ofreció, cuando ya él empezó a abrirse y compartió con ella sus preocupaciones—. Yo puedo hacerme cargo de tu hermana, Marcus. Harmony necesita muchas cosas, ambos lo sabemos, pero, sobre todo, amor y disciplina. —Miró por la ventana. Fuera, en el jardín, una pequeña Harmony jugaba con su perrito, vigilada por tres niñeras. Lady Acton sonrió ante semejante imagen—. Además, aunque todavía es muy niña, ya se ve que tiene potencial para ser una Dama Selecta.

—¿Una Dama Selecta?

Lady Acton sonrió.

—Cosas mías. Pero, créeme, lo sé. Jamás me equivoco al respecto.

Marcus estaba demasiado desesperado como para rechazar esa oferta de ayuda, aunque le pidió que fuese ella quien se trasladase a Northcott House. De ese modo, Harmony no se vería de nuevo arrastrada a un lugar distinto. Siempre

que le fue posible, Walter Hale la había mantenido lejos de Londres, atendida por criados, y Marcus estaba intentando que considerase la vieja mansión familiar como su hogar, un hogar estable. Cambiarla de nuevo la desorientaría, adujo.

Lady Acton había aceptado por el bien de Harmony, y había hecho un excelente trabajo, todo había que decirlo. Su hermanita podía ser todavía una niña difícil, a ratos, cuando se mostraba caprichosa y testaruda, pero ya no era una cría incapaz de razonar y empeñada en la tarea de cómo resultar más molesta; y eso, como hermano mayor y actual tutor, lo agradecía de corazón.

—Milady, lord Northcott —anunció Goliath, desde la puerta de la terraza.

Él no llegó a salir, solo lo hizo Marcus y echó un vistazo rápido a todo. Lady Acton ya estaba lista para bajar a cenar, pero esperaba sentada fuera, en la amplia terraza de piedra, bajo la gran sombrilla. Al ver su imagen, justo cuando se encontraba inmerso en todos aquellos recuerdos, hizo que Marcus se sintiera abrumado por un sentimiento de auténtico afecto.

Quería mucho a lady Acton, para él era como la abuela que nunca había tenido, y jamás podría pagarle todo lo que había hecho por ellos.

La honorable señorita Chatham se encontraba a su lado, en otra butaca, leyendo en voz alta una novela de Jane Austen, aunque se interrumpió al llegar él y se ruborizó, haciendo aletear las pestañas sobre sus ojos azules, bastante bonitos. Solía utilizarlos para intentar mejorar su situación, siempre que había en las cercanías un hombre bien acomodado.

No se lo reprochaba. La joven Melanie había tenido bastante mala suerte en la vida. Aunque nacida noble, era la quinta hija del vizconde Sutton, un hombre con demasiada afición por las mesas de juego y muy poca suerte en general. Al final, tres de sus hijas habían tenido que buscar empleos apropiados a su nivel social, para evitar que terminasen todos en la cárcel, por deudas.

Cuando su padre muriese, y el título pasase a un familiar varón, le quedaría solo el «honorable» como única herencia.

Les dedicó una inclinación de cabeza común para ambas.

—Prima Helena... Señorita Chatham...

—Buenas tardes, Marcus —replicó lady Acton, y alzó el rostro para recibir su

beso en la mejilla—. ¿Has tenido un buen viaje desde Londres?

—Perfecto, gracias.

—¿Quieres tomar algo? La señorita Chatham puede encargarse de traerte un té, o una copita, si lo prefieres.

—No, gracias. No será necesario.

Sonrió también a la joven. La señorita Chatham hizo un gesto coqueto, en el que estaba implícita la propuesta habitual. Marcus se había planteado aceptar alguna que otra vez, porque hacía tiempo que se había despedido de su última amante; no era hombre de burdeles y empezaba a sentirse ansioso por estar con una mujer, pero Melanie Chatham nunca había conseguido fascinarle lo suficiente.

Y, ahora, estaba Olivia.

—Pues, entonces, será mejor que hablemos, querido. —Lady Acton hizo un gesto hacia su dama de compañía—. Señorita Chatham, por favor, ¿sería tan amable de dejarnos solos?

La joven cerró el libro y se levantó sin el más mínimo titubeo. Seguro que estaba advertida de antemano.

—Por supuesto, milady. Y no se preocupe: si se retrasan para la cena, presentaré sus excusas. —Lady Acton asintió—. Disculpen.

Cuando estuvieron solos, ella le miró.

—Siéntate, por favor, Marcus. —Él lo hizo en el sitio que acababa de dejar la señorita Chatham. Se frotó las manos, nervioso. Seguro que le sudaban—. Antes de nada, quiero que sepas que siento mucho, muchísimo, lo que me contabas en tu carta, todo lo que has descubierto sobre este asunto, y sobre tu padre y su socio. Te conozco y sé cuánto habrá pesado todo eso en tu conciencia. No olvides nunca que no es culpa tuya.

—Gracias, prima Helena.

Ella agitó la cabeza.

—Que ignorasen las reclamaciones de la pobre Mery Coombs, la existencia de una niña con la sangre de nuestra familia, y que... bueno, que murieran ese abogado y ese sacerdote, son... hechos terribles.

Marcus se frotó una sien, exorcizando la imagen de sir Herbert, cuando le

contaba que hasta había sentido aprecio por el padre Roberts. No quería pensar en aquello. Se sentía tan cansado tras el viaje y tras el tenso enfrentamiento con Olivia... Ni hambre sentía ya, lo único que deseaba era poder irse a su habitación, darse ese baño y meterse en la cama.

—Sí, lo son.

—Pero, insisto, no son culpa tuya. Lo que hagas, debes hacerlo porque así te lo dicta tu conciencia, pero también con libertad absoluta, Marcus. —Debió darse cuenta de que no estaba muy hablador, porque lo enfrentó, la espalda bien recta y alzando la barbilla—. Te conozco, y creo que no es necesario que siga dándole vueltas. Has tomado una decisión, ¿no es cierto?

—Sí. —Ni siquiera dudó en eso, tan decidido estaba—. No se preocupe, prima Helena. Voy a casarme con Olivia.

Ella asintió, más relajada, con una sonrisa.

—Bien. Bien. Eso quería oír. Eso hará justicia en este asunto y volverá a ponerlo todo en su sitio. Aunque, te lo advierto, no lo vas a tener nada fácil. No pudiste tener un comienzo peor y Olivia está muy enfadada contigo.

—Lo sé. Estaba... estaba fuera de mí, y metí mucho la pata. Demasiado. —Recordó su conversación con Olivia, de camino a Minstrel House—. Me consta que no está muy predispuesta a un matrimonio conmigo, y que voy a tener que cortejarla con todas mis fuerzas. —Le hizo un gesto cómplice—. Pero sé que lo conseguiré, si cuento con su ayuda.

Lady Acton sonrió.

—Entonces, no lo dudes. Sabes que haré cuanto sea posible.

Él asintió. Estaba pensando qué añadir, algo que impidiera que ella empezase con sus preguntas, cuando la brisa del atardecer susurró al atravesar la terraza, arrastrando de lado a lado algunas hojas. En el cielo, empezaban a pintarse los colores del crepúsculo y se reflejaron en el mar de árboles que tenían delante, y sobre todo en el lago, más allá, a lo lejos. Era un espectáculo tan hermoso que se quedaron unos momentos en silencio.

Marcus jamás se había sentido tan en armonía con el mundo y la naturaleza. «Minstrel Valley, Hertfordshire», pensó, con una extraña sensación de maravilla. La tierra natal de lady Acton. De Olivia Coombs. Solo por ellas, y por ese

momento único, ya jamás podría olvidarlo, viajara a donde viajase.

Y qué curiosa era la vida: cuando lady Acton le habló del sitio, lo odió. Por lo de la carta de Mery Coombs, pero también por su empeño de querer dejarles, de querer abandonar Northcott House y establecerse allí, en lo que consideraba una aldea sin las comodidades mínimas y que, sin estar lejos, tampoco podía decirse que estuviera cerca de Londres.

«¡Menuda locura!», pensaba entonces. Él hubiera querido cuidarla de cerca, con un ejército de médicos que se asegurasen de su bienestar a cada segundo. Si necesitaba campo y tranquilidad, le decía, podían encontrar una mansión más cercana a Londres, para poder estar con ella en el menor tiempo posible. No era necesario perderse en los campos de cultivo de Minstrel Valley, ni siquiera para solucionar el asunto de aquellas dos advenedizas.

Pero lady Acton se había empeñado en ir y, con el tiempo, el propio Marcus había creído entender sus razones. Se basaban en aquel deseo de volver al lugar de su infancia, al rincón donde había nacido, donde había reído y jugado con su hermano de niña... Recuperar el sabor de aquel tiempo perdido, sentirse más cerca de las personas que adoraba y que ya no estaban con ella.

Sí, todo aquello influía, sin duda. Pero había más, y solo lo comprendió todo de verdad en esa terraza, bajo ese crepúsculo. Minstrel Valley tenía algo... algo especial. Era un lugar bello, muy hermoso y sereno, ideal para disfrutar de una vida tranquila. Y era un buen lugar al que retirarse y pasar feliz y en paz los últimos años.

—¿Sabes por qué te he hecho llamar con tanta precipitación, antes de la cena?
—preguntó lady Acton, de pronto, rompiendo la magia del instante.

Marcus se volvió hacia ella. Decidió ser cauto, aunque eso implicase una pequeña mentira.

—Lo cierto es que no. Y le aseguro que no es un buen momento. Quería haberme dado un baño antes de bajar y sospecho ya no va a ser posible.

Lady Acton lo miró con fijeza y agitó la cabeza.

—Tu carta, esa en la que me relatabas lo ocurrido, el accidente de sir Herbert y el incendio del despacho de tu padre... Estoy segura de que descubriste algo en Londres que todavía tienes que contarme.

—Sí, así es. —Marcus suspiró—. No podía decírselo por carta. Lo que voy a confesarle ahora no puede quedar escrito en ningún sitio, prima Helena. No quiero que se sepa, jamás.

Ella asintió.

—Está bien. Habla.

No tuvo mucho problema en contarle lo que había decidido compartir, puesto que había tenido tiempo esos días, y en el coche, para escoger bien las palabras. Por eso, le habló de cómo sir Herbert había viajado primero a Minstrel Valley para obligar a Mery Coombs a casarse con otro hombre, con la aprobación de Walter Hale. Y cómo, años más tarde, se había ocupado de «solucionar» aquel intento de reunir pruebas, eliminando al abogado de Mery y al padre Roberts. Luego, había vuelto a amenazar las vidas de Mery y Olivia.

—Qué historia terrible... —murmuró lady Acton.

—Sin duda. —Miró hacia el lago, pero ya no encontraba paz en el paisaje. No, tras aquellas palabras—. Me siento tan avergonzado...

—¿Por qué? Nada de eso es culpa tuya. No eres responsable de pecados ajenos. —Le estudió pensativa un segundo—. Pero sí de los propios.

—¿A qué se refiere?

—Te conozco, Marcus. Te conozco muy bien. Sé cuándo dices la verdad y cuándo no. Y sé cuándo ocultas cosas. Hay algo que te quema por dentro y que todavía no me has contado.

Él parpadeó.

—No sé por qué dice eso.

—¿No?

Marcus se sintió más culpable todavía. ¡Estaba tan harto de mentiras! Pero, a la vez, tampoco quería decirle que lord Camden, su «pequeño Phil-Phil», no había muerto por un accidente, algo fortuito, sino que había sido asesinado. Que un hombre lo siguió con la idea de arrebatarse la vida, lo asaltó por sorpresa en un camino y lo mató, por pura ambición.

Eso daría pie a muchas dudas sin posible respuesta. ¿Pasó miedo? ¿Fue rápido? ¿Le vio venir? ¿Se sobresaltó?

¿Pudo encomendarse a Dios?

Tantas preguntas... ¿Y si lady Acton no lo soportaba? Se la veía tan pálida, tan débil, pese a su empeño en demostrar firmeza... Si con decirle la verdad se pudiera hacer algo por aquel joven enamorado que fue lord Camden, aquel muchacho lleno de vida, repleto de sueños y esperanzas, correría el riesgo.

Por desgracia, no era así.

—Es usted muy perspicaz. La verdad, no sé por qué me sorprende. —Vaciló. Tenía que darle algo. Y sabía qué, pese a que tampoco hubiese querido compartir ese secreto. Pero confiaba en ella lo bastante como para hacerlo—: Harmony no es hija de mi padre. No es hija de Walter Hale, sino de sir Herbert.

Aquello logró sorprenderla. Lady Acton abrió mucho los ojos.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Me lo dijo él mismo, la última vez que hablamos. Poco antes... poco antes de su muerte.

—¿Por qué? ¿Por qué te lo dijo entonces, y no cualquier otro día?

—No lo sé. Salió, sin más. Creo que se sentía mal.

—¿Piensas que se suicidó?

Marcus titubeó. Otra vez, se sintió incapaz de mentir.

—Sí. Se suicidó, es cierto. Le exigí respuestas, me las dio porque fue consciente de que tarde o temprano las acabaría encontrando por mi cuenta, y supuso que yo no me iba a conformar con mirar hacia otro lado.

Lady Acton lo miró con lástima.

—¿Lo hubieras hecho?

—Sí. Claro que lo hubiera hecho. —Se encogió de hombros—. ¿Qué sentido tenía intentar encarcelarle, a estas alturas? Eso hubiese destrozado la reputación de Harmony, y no hubiese devuelto la vida a los muertos.

—Eso es cierto.

—Le hubiese retirado la palabra, hubiese evitado que viera nunca más a su hija, como castigo... Pero no hubiese hecho nada más. —Hizo una mueca, apesadumbrado—. Sin embargo, se quitó la vida.

—Quizá le pesaba demasiado la culpa.

—No sé. No soy capaz de imaginar qué pensaba ese hombre. Si es que todavía era un hombre.

—¿A qué te refieres?

—A que alguien capaz de matar así, para conseguir riquezas y poder, tiene que cambiar de algún modo al hacerlo. Me resisto a seguir considerándole un ser humano. Es... bueno, otra cosa.

—Quizá tengas razón.

—En todo caso, me consta que quería mucho a Harmony. Y no quería que alguien encontrase en el futuro alguna prueba, algo con lo que ella pudiera salir perjudicada. Por eso quemó todo el despacho.

—Comprendo. Supongo que no le habrás dicho nada de esto a Harmony.

—No, por supuesto que no.

—Perfecto. Es mejor que no lo sepa nunca.

—No sé. A veces pienso que... bueno, tiene derecho a conocer la verdad de su origen. Quizá no ahora, que es una niña y podría no saber cómo asimilarlo, pero sí algún día.

Lady Acton asintió pensativa.

—Es posible. Dependerá de la clase de mujer que llegue a ser. —Su tono adquirió un tono algo más grave al añadir—: Pero, Marcus, a veces, para proteger a los que queremos, debemos mantenerlos en la ignorancia.

Marcus la miró a los ojos, sintiendo que se le quitaba un enorme peso de encima. «A veces, para proteger a los que queremos, debemos mantenerlos en la ignorancia». Qué gran frase. Y cuán cierta.

Por eso, ella nunca llegaría a saber que lord Camden había sido asesinado.

Capítulo 15

Pasaron los días y, poco a poco, formaron semanas.

El pueblo de Minstrel Valley se internó en una primavera destemplada y húmeda, en la que campos y bosques fueron adquiriendo un color verde intenso. Atrapados en aquel tiempo lento, de horas frías y silenciosas, sus habitantes vivieron un mes de abril que pareció irse en un suspiro, casi sin sentir, como si nunca hubiese existido.

Aunque el clima había ido mejorando, con menos lluvias y más sol, el mes de mayo tampoco resultó demasiado brillante, en ningún sentido, hasta el punto de que corría el riesgo de terminar perdiéndose de igual forma. Estaban ya llegando a su mitad, y Marcus continuaba sin tener ni idea de cómo conquistar el corazón de la esquiva lady Olivia Hale.

De hecho, la sensación que le embargaba era la de que, por mucho que se esforzase en avanzar, seguía permaneciendo inmóvil, clavado en el mismo punto de un largo camino.

Quizá debería mostrarse menos insistente, era algo que odiaba y que consideraba que estaba muy por debajo de su dignidad. Pero, dada la situación, no podía actuar de otro modo. Entre el deseo de resarcir cuanto antes el mal causado por su padre, y el interés creciente que le suscitaba la muchacha, cada día que se iba sin que hubiese aceptado su propuesta de matrimonio suponía una auténtica agonía.

Por eso actuaba sin pensar, según surgían las situaciones, que tampoco era un hombre tan acostumbrado a aquellos temas galantes. Al contrario.

Una flor del jardín trasero, en el plato de la cena. Una poesía de Wordsworth,

pasada de forma «anónima» bajo la puerta de su dormitorio. Un carísimo perfume de lavanda, encargado a Londres para ella...

Salía a pasear con Olivia y con su hermana, y ya tenía concertado con Harmony que la doncella y ella desaparecerían al menos un rato, cuando le hiciese una señal, para así dejarles solos y poder insistir en su cortejo.

—¿Otra vez? ¿De verdad? —le dijo Olivia un día en el bosque, enfadada. Tal como empezaba a ser habitual, Harmony y Lucy se habían desvanecido entre la espesura como por arte de magia—. Parece ser que está usted decidido a comprometerme, milord.

Aquel ataque directo hizo que se ruborizase.

—¡Por favor, lady Olivia! Sabe usted que no es esa mi intención, al contrario. Pero tenemos pocos momentos para hablar a solas y pensé que...

—Si va a volver a mencionarme las excelencias de una boda con usted, será mejor que lo reconsidere, lord Northcott. O le juro que no volveré a salir a pasear con su hermana, por mucho que lamente algo así.

—¿De la boda? No, en absoluto. —Las cosas, a su ritmo. Ya llegaría el momento—. Quería hablarle de su escuela.

—¿De mi escuela?

—Así es. La visité esta mañana, y he visto que necesita serias reparaciones. — ¡Oh, por favor! Hasta él notaba que había adoptado un tono pomposo. Estaba tan tenso...—. He pensado que...

—No le entiendo—le interrumpió ella—. Me consta que lady Acton arregló el tejado. ¿A qué otras reparaciones se refiere?

—Eh... —¿Habían reparado el tejado? No lo sabía. La idea se le había ocurrido la noche anterior, y se había limitado a ir esa mañana a la escuela, a ver en qué condiciones se encontraba. Demonios... Tras pensarlo un único segundo, decidió que era mejor no dejar ver que no tenía ni idea de qué le hablaba, aunque tampoco llegó a mentir—. Pero creo que podrían mejorarse muchos otros aspectos. Por ejemplo, cerrar todo bien para evitar las corrientes de aire y que los niños no tengan frío; quizá poner dos estufas, una a cada lado. Mejores pupitres, en esos no sé cómo aguantan sentados más de diez minutos, pobres criaturas. Incluso podríamos añadir una cocina, contratar una mujer que la atienda, y darles

de comer, así nos aseguraríamos de que todos reciben una alimentación en condiciones...

Ella le escuchaba muy seria.

—Entiendo. Y le agradezco que me haya hecho pensar en todo eso. Le aseguro que lo tendré muy en cuenta.

—Podría ocuparme yo, lo haré encantado.

—¿De verdad? —Le miró suspicaz—. ¿Y por qué iba a tomarse semejante molestia, milord?

Marcus hizo una mueca. Cuando se planteó aquel ardid, había imaginado que a esas alturas estaría ante una Olivia entusiasmada, sonriente y rebosante de agradecimiento, una que quizá siguiera negándose a hablar de bodas, pero que sí se mostraría más afectuosa.

De hecho, a ese respecto, había fantaseado con la posibilidad de un beso, con probar por fin esos labios que le volvían loco, aunque sospechaba que eso ya era mucho pedir. No, también estaba preparado para un agradecimiento reservado, quizá una sonrisa lejana... Pero de ningún modo se esperaba una pregunta semejante.

Le quedaba la opción de mentir, pero se sentía reacio a hacerlo. Podía ser insistente y retorcido, pero no era un falso. Además, si traspasaba esa línea y Olivia se daba cuenta, corría el riesgo de perder por completo la poca confianza que la muchacha tenía en él.

—Por usted, por supuesto —reconoció, con sencillez—. Haría cualquier cosa por hacerla feliz, milady, y lo sabe. El dinero no sería problema —añadió al momento, al ver que ella iba a protestar—. Soy muy rico, *seríamos* muy ricos, y podríamos invertir esa fortuna en hacer las obras caritativas que considere oportuno. A mí también me preocupa la situación de la gente.

—¿En serio?

—Claro que sí. Aunque no lo crea, colaboro con muchas asociaciones benéficas. El marquesado de Northcott ayuda en comedores públicos, en hospitales y en muchas empresas religiosas dedicadas a la mejora de la vida de los menos afortunados. —Como ella se había limitado a escuchar, inexpresiva, añadió—: No hay límite para lo que podríamos hacer juntos, milady. De hecho,

llegado el momento, estaría dispuesto a levantar un nuevo edificio de la escuela y darle su nombre: Escuela Marquesa de Northcott.

Sonrió con amplitud, seguro de que aquello tentaría a cualquier mujer. Pero, Olivia no era cualquier mujer.

Puso los ojos en blanco.

—Así que, al final, de algún modo sí que me menciona la boda. —Le dio la espalda y empezó a caminar, sin saber en qué dirección—. Buenas tardes, lord Northcott. Le deseo que encuentre a su hermana pronto, así tendrá alguien con quien hablar de vuelta a Minstrel House.

—¡Lady Olivia! ¡Milady! ¡No se vaya!

Una y otra vez, sus encuentros eran como ese. Toscos, precipitados, insistentes. Y, por eso, no avanzaba, claro.

Cuando meditaba en ello, Marcus se sentía frustrado, pero no sorprendido. ¿Cómo iba a ser de otro modo? A esa insistencia que hasta él consideraba inaceptable, se sumaba su incapacidad natural para el cortejo. La estaba persiguiendo de una forma... ¡ah, *torpe*, a qué negarlo!

Pero no podía evitarlo. Su mundo siempre lo habían conformado las leyes y la familia. Su media docena escasa de amantes establecidas habían surgido casi por casualidad, en su mayoría porque ellas mismas habían dado el paso, en el primer acercamiento, con sonrisas o miradas como las que le lanzaba la señorita Chatham. Luego, la posición, el dinero y el poder lo habían facilitado todo. Nunca había tenido que esforzarse por conquistar a una mujer.

Pero con Olivia era distinto. Tenía el problema de ese resquemor que arrastraba de antes, a lo que se añadía aquello de que quería que la enamorase, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. De hecho, para ser sincero consigo mismo, a veces ni siquiera creía que fuera merecedor de semejante honor.

No podía olvidar lo que había descubierto en Londres: que era hijo de un hombre infame. Cada vez tenía más claro que había heredado su carácter sombrío, con tendencia al enfrentamiento. ¿Y acaso no le había acusado Olivia de mostrarse demasiado agresivo, demasiado desagradable? Lo había sido, sin duda, y tenía miedo de serlo también en el futuro. Cuando se sentía amenazado, en su persona o en su familia, no podía evitar contraatacar.

No dejaba de darle vueltas a todas esas ideas, intentando encontrar el modo de llegar al corazón de aquella mujer. Y, mientras tanto, pasaba el tiempo, días, semanas, y él la veía cada vez más atractiva y encantadora.

Cuando la veía, claro...

Había que admitir que las dos jóvenes Hale de Minstrel House tenían un horario endiablado. Los profesores habituales de Harmony, liderados por su institutriz principal, la señora Hammond, habían llegado ya al completo, y se alojaban en uno de los corredores del ala oeste, en el primer piso. A mediados de primavera se les habían unido dos profesores más, destinados a instruir a las jóvenes de la casa en los complejos laberintos del baile y el francés.

Todos ellos mantenían una vida separada de la familia, con la que solo se cruzaban, y muy de vez en cuando, en el jardín trasero o en los portones exteriores de Minstrel House, ya que para entrar o salir del edificio utilizaban una de las puertas de servicio. Contaban también con su propia sala de reuniones, en el piso bajo de la misma ala oeste, además de una cómoda sala de estar, y hasta comían en su propio comedor.

Por eso, de no ser porque Marcus solía rondar las clases de las jóvenes, ni siquiera les hubiera visto en la gran mansión. Pero, dado que él mismo provocaba la cercanía, sí tuvo oportunidad de coger especial ojeriza al maestro de baile, Lionel Hastings, un individuo demasiado atractivo, a su parecer, y demasiado dado al galanteo; ambas cosas hubieran debido ser pecados imperdonables en alguien al que se le iba a permitir acercarse a las jovencitas. Pensó en advertir a lady Acton de ello, pero temió que pensase que estaba celoso.

Bueno, sí, un poco celoso sí que estaba, a qué negarlo. De hecho, mucho. Hasta llegó a meterse sin que nadie le viera en el despacho de la señorita Chatham para ver su informe y tratar de encontrar entre sus líneas algún motivo de despido, o cualquier detalle que le diera una pista de dónde buscar.

Como no quería tener que dar explicaciones a nadie, una tarde esperó con paciencia hasta escuchar el sonido del piano. Eso quería decir que la señorita Chatham estaba ya ayudando en la clase de baile, aportando la música. Lady Acton todavía no había contratado a nadie para ese fin, y era la única que podía

hacerlo.

Marcus entró, cerró a su espalda y se puso a revisar el lugar. La dama de compañía y secretaria de lady Acton era muy ordenada. Tenía el escritorio al completo, incluidos los cajones, en perfecto estado de revista, igual que los archivadores. No le costó nada encontrar las carpetas correspondientes a los profesores.

Hastings... Hastings... Sí, allí estaba. Lionel Hastings. Sacó la carpetilla y empezó a leer datos. No tardó en saber que tenía treinta y cuatro años. En ese tiempo, había reunido grandes méritos en el aprendizaje de su campo, sobre todo en Europa, en la sofisticada Francia. Si se dejaba guiar por el listado inmenso de bailes que aseguraba conocer, debían quedar pocos en el mundo fuera de su alcance. ¿Qué sería eso del cancán? A saber...

Luego, había enseñado a bailar a muchas niñas de buena cuna, cuyos padres aseguraban haber quedado muy satisfechos... Nada. Allí no había nada. Por desgracia, su historial no podía ser más brillante.

Algo que sí le llamó la atención fue que Hastings había nacido en el propio pueblo de Minstrel Valley, aunque se había marchado muy pronto de allí. Siendo un niño, ya estaba en Francia, aprendiendo a bailar en las escuelas de danza más importantes.

Pues allí no había nada que le resultase de ayuda. Maldito petimetre... ¿Cómo podía ser? Era un auténtico dandi al que le encantaba coquetear con las mujeres, con todas, sin importar edad o clase social. A los dos días de alojarse en Minstrel House y empezar las clases, ya se había ganado un par de miradas asesinas por parte de Marcus que, debía admitirlo, había ignorado con elegancia.

No acababa de convencerse de que no hubiese algo turbio en el pasado de ese individuo, pero también era verdad que solía ser bastante suspicaz. Demasiado, a veces. Tenía que corregir ese feo defecto de carácter.

Estaba terminando de leer su informe, cuando se abrió la puerta. La señorita Chatham, que entraba con bastante prisa, dio un respingo al encontrarle allí. Marcus se maldijo. Había estado tan enfrascado en la lectura que no se había dado cuenta de que ya no se oía el sonido del piano.

—¡Milord! —exclamó ella, sorprendida. Miró los informes que tenía entre las

manos—. ¿Quería algo?

—No, no. Solo echaba un vistazo. —Hizo un gesto con los archivos que había estado leyendo, para dejar claro que no trataba de ocultarlos. Como si no le importase que le hubiesen pillado allí—. A veces tengo remordimientos, debería retomar los asuntos legales de lady Acton. Como sabe, los he dejado en manos del señor Oakes —se refería a Edgar Oakes, el colega al que había pedido que se ocupase de los asuntos legales del marquesado y de lady Acton—, pero uno nunca sabe... Se me ocurrió mirar los contratos de los profesores, para comprobar que todo era correcto.

Una explicación tan absurda como otra cualquiera. Por suerte, la señorita Chatham no estaba interesada en pedirle explicaciones.

—Oh, sí, por supuesto. Mire cuanto necesite. —Pasó por su lado, rodeó la mesa y abrió un archivador. Sacó una gran carpeta—. De hecho, suele llegar bastante correspondencia y, un par de veces al mes, milady se reúne con uno de los representantes del señor Oakes. Aunque, quería comentarle, ¿podría hacerlo usted, la próxima vez? Así lady Acton no estaría preocupada con ese asunto. —Suspiró—. Y, si me hiciera caso, igual hasta se recuperaría un poco, y tomaría fuerzas.

—Sí, desde luego. —Se reprochó no haberse ofrecido él mismo desde el principio, pero, no se le había ocurrido. El asunto de Olivia lo tenía ofuscado—. Estaré encantado de hacerlo.

—Es que me tiene preocupada. En los últimos tiempos, se está exigiendo demasiado con ese proyecto suyo en el que está embarcada, ese tan... misterioso. Ya sabe...

Cierto. Habían hablado de él en varias ocasiones. También él estaba intrigado y, a esas alturas, hasta algo inquieto. Lady Acton no dejaba de trabajar en aquel proyecto que mantenía tan en secreto, carteándose de continuo con sus amigas de Londres. A cambio, de vez en cuando, le llegaban grandes paquetes.

Nunca los abría en público, pero Marcus no había tenido mayor escrúpulo a la hora de sonsacar al respecto a la señorita Chatham. De hecho, en ese tema, había terminado concertando con ella una especie de alianza, con la motivación común de cuidar de lady Acton. Por eso sabía que aquellas cajas contenían toda clase de

cosas, desde libros a retales de cortinas y de telas para tapizar muebles. Incluso muestras de papel pintado.

¿Quería lady Acton hacer reformas en Minstrel House? Quizá, y no era mala idea. Aunque se mantenía impecable, la mansión no había sido renovada en mucho tiempo, y no le vendría mal un cambio. Si sabía medir sus fuerzas y no agotarse, hasta podría ser un entretenimiento muy sano para la anciana. El futuro lo diría.

—Sí, la entiendo —replicó.

—Por eso. No creo que, además, sea bueno para ella preocuparse de estos temas legales.

—Me ocuparé de todo, descuide. Solo avíseme del día de las citas, y le recibiré en mi despacho.

—Muchas gracias, milord.

La señorita Chatham volvía con su carpeta hacia la puerta, caminando con desenvoltura, pero tropezó con la esquina de la mesa y trastabilló de un modo muy femenino hasta chocar con Marcus, que tuvo la oportunidad de recibirla entre sus brazos y sujetarla justo a tiempo.

La carpeta corrió peor suerte. Se le cayó de las manos y se abrió, dejando volar por todas partes un buen número de partituras.

—¡Perdón! —exclamó la muchacha—. ¡Qué torpe soy!

Marcus estuvo a punto de echarse a reír. ¡Y él que acababa de censurarse el ser tan suspicaz! Ja. Demasiado poco, estaba claro. O mucho se equivocaba, o la señorita Chatham acababa de lanzarse en sus brazos.

—No se preocupe —dijo, qué remedio. Era demasiado caballero como para reprocharle algo así, y menos de un modo directo—. Todos tropezamos en algún momento.

La señorita Chatham aleteó las pestañas.

—Menos mal que estaba usted aquí...

—Ha sido una gran fortuna, sí.

No parecía muy dispuesta a apartarse. Marcus percibió el aroma sutil de su perfume: olía bien, a flores, rosas quizá. Un olor suave y delicioso, pero no era lo que él quería.

Por alguna razón solo conseguía pensar en la lavanda.

Soltó a la señorita Chatham de un modo algo brusco, como si de pronto se hubiese dado cuenta de lo impropio de la situación, y retrocedió un paso, pero no lo sintió como suficiente. Seguía sintiéndola demasiado cerca, y seguía percibiendo su invitación.

Para disimular y superar aquella situación tan embarazosa, optó por agacharse y clavar una rodilla en tierra. Empezó a recoger partituras.

—Permita que la ayude —dijo.

—¡No, por favor! Deje, yo me ocupo. —Ella también se agachó y empezó a recoger papeles mientras no paraba de hablar. Se la notaba nerviosa—. ¡Será posible, la que he organizado! ¡Es que, es abrumador, milord! ¡Es muy duro para una mujer sola, en mi situación, tener que salir adelante! —Sus dedos coincidieron de pronto con los de Marcus, que estaba recuperando una partitura de Beethoven que había en una esquina. Y no había sido casualidad—. Estoy tan... abrumada.

Su oscuro sentido del humor le animó a hacer una broma sobre esa repetición abrumadora, pero se contuvo. Se encontraban tan cerca, olía tan bien, llevaba tanto tiempo sin tener una mujer, meses ya...

Y esa se le estaba ofreciendo con descaro.

Un ruido cercano atrajo su atención y lo sacó de la sensación de hechizo en la que había estado envuelto.

Olivia les miraba desde el umbral de la puerta. Tenía los ojos muy abiertos. Carraspeó.

—Esto... Señorita Chatham, el profesor Hastings dice que si baja a tocar... el piano.

Qué bien, otra con sentido del humor más que incisivo. La señorita Chatham apartó la mano como si se hubiese quemado, y se puso en pie de un salto. Marcus también se levantó, pero poco a poco.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Ahora mismo voy, lady Olivia. Es que he tenido un pequeño percance.

—No lo dudo —replicó Olivia. Marcus le frunció el ceño, pero asumió desde el principio que, quien era encontrado del modo en que le habían visto a él, poca

estatura moral podía mostrar. Ella se limitó a devolverle una mirada intensa y enigmática, y dio media vuelta—. La esperamos abajo.

—Desde luego, lady Olivia. Disculpe, milord, tengo que irme —le dijo a él, nerviosa—. Como ya sabe, suelo ayudar en las clases de baile.

—Lo sé, la he oído tocar a menudo.

Ella rio de un modo encantador.

—¡Oh, vaya! Espero que no le haya resultado demasiado terrible.

—No, en absoluto. —Tampoco había resultado maravilloso, ni de lejos. Estaba claro que, rondar la perfección sin llegar a tocarla formaba parte de la maldición de la señorita Chatham. Era atractiva, pero no hermosa; tocaba bien, pero no de un modo soberbio; era noble, pero se veía obligada a trabajar en casa ajena, para sobrevivir—. Lo hace usted muy bien, es un deleite escucharla.

Marcus solo pretendía ser amable y terminar cuanto antes una conversación que le resultaba ya demasiado incómoda, pero ella lo miró embelesada. O quizá abrumada, ya que le gustaba tanto el término.

En los siguientes días, las sonrisas de la señorita Chatham aumentaron tanto que Marcus empezó a pensar que quizá había cometido un error. Hubiera sido mejor no abrir la boca. O no haber ido nunca al despacho, porque, en definitiva, no pudo librarse de Hastings.

Capítulo 16

La mayor consecuencia de la excursión de Marcus al despacho de lady Acton fue que empezó a recibir al enviado de Oakes. Resultó tratarse de su sobrino, Jeffrey Oakes, un muchacho rubicundo y afectado, pero que al menos intentaba hacer bien su trabajo. Marcus agradecía sus visitas, porque le servían para entretenerse, por poco que fuera.

Esas reuniones ocupaban un par de horas dos días al mes, y la revisión de documentos hasta lograba llenar tres horas más, si no se daba prisa. Durante el resto del tiempo, le tocaba representar el papel de noble ocioso, del que solo se esperaba que vistiera impecable y paseara con prestancia por aquí y por allá.

Era una exageración, por supuesto: también le estaban permitidas otras labores típicas de un caballero, como perder su fortuna a las cartas, leer poesía con cara de erudito, sobre todo si no la entendía, y, por supuesto, la caza de seres incapaces de defenderse, desde lejos y sin desaliñarse la ropa.

Estaba seguro de que, si le pegaba un tiro a uno de los patos del estanque, todo el mundo aplaudiría con entusiasmo la excelente puntería del señor marqués, pese a la cara de horror que puso la señora Simpson, la profesora de etiqueta de Olivia, cuando le consultó al respecto.

En definitiva, se aburría, se aburría mucho. De haber estado libre Olivia... Pero no era así, de modo que no podía llenar su tiempo con su cortejo.

Sabía que, para solucionar ese profundo tedio, solo necesitaba organizar cuanto antes el nuevo despacho de abogados, así tendría algo con lo que entretenerse, pero se resistía a viajar a Londres y alejarse de Olivia. Si lo hacía, temía perder todo lo avanzado. Por poco que fuera.

Por eso, se limitó a comentarlo con Jeffrey Oakes, y a enviar un mensaje a su tío, Edgar Oakes. En él, le propuso en firme que le ayudase a montarlo: que buscara él mismo a alguien adecuado para ocupar el puesto de abogado titular de cara al exterior, que se ocupara también de localizar una buena oficina en un buen emplazamiento y de contratar el personal que fuera necesario. Marcus correría con todos los gastos.

Su única condición era poder ocuparse, en estricto secreto, del estudio de cuantos casos le parecieran interesantes, y dirigir sus estrategias, aunque nunca apareciera su nombre por ninguna parte, ni él, por supuesto, pisase los tribunales.

Sabía que Oakes iba a colocar allí a su sobrino y que, de ese modo, su familia trabajaría en conjunto los dos despachos, convirtiéndose en uno de los abogados más influyentes de Londres, pero hasta le convenía, así se preocuparía de que todo fuera lo mejor posible.

En realidad, estaba utilizando al propio Oakes para la tarea de darle una cobertura, y seguro que su amigo lo sabía, pero ninguno de los dos llegó a mencionarlo.

Eso fue todo lo que se le permitió hacer en aquel tiempo, al margen de una pequeña actividad que emprendió por su cuenta en el pueblo, por supuesto encaminada a la conquista de Olivia. Después del fracaso del asunto de la escuela, le había costado encontrar algo que pudiera impresionarla. Por suerte, cuando lady Acton le recordó algo que le había pedido nada más llegar a Minstrel Valley, y que había olvidado por completo, se le ocurrió una buena idea.

Algo de lo que Olivia tardaba en enterarse, aunque tampoco era de extrañar.

Que Marcus supiera, Harmony y Olivia apenas paraban. Las llamaban a las seis, desayunaban a las siete y a las ocho ya tenían la primera clase en uno de los salones de la planta baja que se había acondicionado como aula. Harmony se veía obligada a repartir el tiempo entre más asignaturas, porque, al fin y al cabo, Olivia ya era una mujer adulta y maestra, además de ferviente lectora, con lo que se le suponía una cultura bien asentada. Se decidió que no era necesario que estudiara Historia, ni Literatura, ni Aritmética.

Muy por el contrario, debía esmerarse en lograr un buen nivel, cuanto antes, en las materias de las que no había aprendido nada en el pasado: la etiqueta y el

baile, sobre todo, aunque también consideraron que necesitaba reforzar sus conocimientos de francés.

Harmony, por su parte, se encontraba todavía en la edad en la que una jovencita debía estar estudiando, si su familia así lo decidía, y tanto lady Acton como Marcus eran firmes partidarios de que la pequeña de los Hale fuese lo más culta posible, aunque le tocase vivir en un mundo en el que se daba poca voz a las mujeres, por muy inteligentes que fuesen.

El tiempo que Harmony empleaba en estudiar más álgebra, más literatura o más historia, Olivia lo dedicaba a la etiqueta. Según contaba luego en las comidas, la señora Simpson, la profesora contratada para esa materia, se pasaba horas hablándole de cómo debía comportarse una dama en cada situación.

—No lo entiendo. Hay más situaciones en la alta sociedad londinense de las que una joven dama puede llegar a vivir en diez vidas, como para llegar a recordarlas todas en una sola —gruñía Olivia, entre plato y plato—. Resulta imposible memorizar cómo debe una comportarse en un té de invierno, una cacería de zorros a la que jamás voy a asistir o en un baile en Almack's.

—Por suerte para ti, luego lo repite *mademoiselle* Sempé en francés, para las dos —le replicaba Harmony, y, cuando Olivia ponía los ojos en blanco, lady Acton y ella reían.

Por las tardes, de tres a cinco, daban las clases de baile con Hastings. Desde su despacho, desde el jardín o desde su habitación, si había subido a descansar hasta la hora del té de su agotadora vida de absoluto holgazán, Marcus oía la música del piano y el *tac, tac, tac* del bastón largo del profesor, con el que lo había empalado con gusto en más de una de sus fantasías.

Hasta empezó a acercarse por allí, pese a que temía dar pie a la señorita Chatham a creer que era por ella. Para dejarle claro que no, mantenía los ojos muy lejos de su figura al piano y contemplaba el ensayo de Olivia y Harmony, algo que le gustaba, pero como era obvio que se sentían cohibidas, no solía durar mucho.

Tras esa clase, tomaban el té, en el que las muchachas hacían sus planes, como ir a dar un paseo hasta el centro del pueblo, donde podían trastear en el colmado de la señora Gibbs, visitar a alguna antigua amiga de Olivia o dirigirse hacia

alguno de los muchos lugares de interés que había por Minstrel Valley.

Al principio, Marcus solía soltar indirectas, buscando que le integrasen en esas excursiones, pero por lo general solo le invitaba su hermana, y, tras la última discusión por el asunto de la escuela, cuando se le ocurría aceptar, Olivia cambiaba de planes y alegaba algún malestar para quedarse en su cuarto.

Visto lo visto, dejó de intentar ir con ellas. Y hasta de hacerse el encontradizo, al menos durante un tiempo.

—Te vas a casar con Marcus, ¿verdad, Livvy? —Oyó un día, mientras paseaba meditabundo por el jardín, a solas, como hacía demasiado a menudo en los últimos tiempos. Marcus se giró a un lado y a otro, buscando el origen del sonido, hasta decidir que Harmony y Olivia estaban en el cenador—. ¡Por favor, por favor, por favor!

No estaba bien espiar así, lo sabía, pero se sentía tan frustrado que decidió traspasar esa línea. Si la conversación se volvía demasiado íntima, siempre podía irse. Moviéndose con sigilo, se fue acercando, hasta divisarlas sentadas dentro de la construcción hexagonal del cenador, en los bonitos bancos corridos que surgían de la propia estructura y que seguían toda su parte interior, excepto el espacio de los dos arcos de acceso. Para hacerlos más cómodos y evitar su frío, habían sido revestidos con unos almohadones adaptados a su forma curva, y tapizados con hermosas telas floreadas.

A Marcus le gustaba mucho aquel rincón del jardín, quizá fuera su preferido, con diferencia. El cenador estaba situado muy cerca del estanque, en una zona rodeada de sauces, un lugar hermoso y tranquilo. Los seis lados que conformaban su armazón y su cúpula, rematada en su extremo superior por una forma acbollada y puntiaguda que le daba un cierto aire oriental, habían sido contruidos en un hierro forjado lleno de filigranas, con los dos amplios arcos de entrada.

En esos momentos, podía ver sin demasiado problema las figuras de Olivia y Harmony más allá de las ramas frondosas del sauce tras el que se escondía, porque el cenador se encontraba casi por completo despejado, pero no tardaría en quedar cubierto por una capa de hiedra. Tal como había anunciado en una comida, lady Acton había pedido al señor Randall, el jardinero, que la plantase,

y en abundancia, para asegurar la sombra en su interior. De ese modo, tanto Harmony como Olivia podrían disfrutar del sitio sin que se oscureciesen sus pieles de una manera impropia.

Marcus no estaba seguro de que semejante idea le gustase. Ya había suficiente sombra con los sauces que lo rodeaban. Además, el cenador era demasiado bonito como para ocultarlo, hacerlo casi parecía un pecado, pero sabía que no serviría de nada protestar. En ese tiempo, la hiedra había crecido poco más de medio metro. En un par de años, seguro que estaba todo bien cubierto por una capa densa.

—¿Eh? —había replicado Olivia—. ¡Harmony...! Te he dicho mil veces que no insistas en ese tema.

—¿Por qué no? ¡Lady Acton lo está deseando, ya lo sabes! Y yo también, mucho. ¡Me encantaría que fuésemos hermanas!

—Pues lo siento. Si quieres, podemos quedar una medianoche junto a las raíces del Viejo Gigante y hacer alguna especie de pacto de sangre bajo la luz de la luna llena. De ese modo nos convertiríamos en hermanas sin necesidad de bodas, porque no creo que ese matrimonio llegue a celebrarse.

—¿Por qué?

«Eso», pensó él. «¿Por qué?»

Olivia tardó un par de segundos de más en contestar.

—Por muchas razones. La primera y más importante, que no quiero a tu hermano. Y eso, tienes que respetarlo.

Los dedos de Marcus, apoyados en la corteza del sauce, se crisparon. ¿Que no le quería? ¿Y eso? ¿Cómo podía estar tan segura, cómo podía mostrarse tan rotunda, tan terca? Él había cambiado, estaba cambiando. Desde el asunto de la escuela, se había comportado siempre de un modo intachable, muy cortés, incluso a veces hasta demasiado distante. Si no surgía de un modo natural, no imponía su presencia, y cuando sí había, trataba de mostrarse como un compañero grato, charlando y tratando de conocerla, de dejarse conocer, de acercarse siempre un poco más, pero sin presiones.

Por desdicha, en un lugar como Minstrel Valley, había pocas fiestas y escasos lugares de alterne a los que acudir, ni espectáculos con los que sorprenderla.

Pero paseaban por el pueblo, tomaban el té en el campo siempre que el tiempo lo permitía y aprovechaban todo evento posible. Como el mercadillo que se organizaba en la plaza el segundo domingo de cada mes, en el que se podían conseguir toda clase de productos.

Marcus había disfrutado mucho de su paseo por allí, les había comprado dulces y otros caprichos. Y él había conseguido una estupenda espada, forjada por el herrero de la localidad, un escocés llamado Reed McDonald, con la ayuda de su hijo Angus. No le quedó duda de que aquellos dos tenían un talento especial para la elaboración de armas. Le hubiese gustado poder mirar más, o incluso visitarles en la forja, pero no le agradó el modo en que se comportaban con Olivia. Eran dos auténticos mujeriegos. Y, sí, le pusieron celoso.

Prefería pensar en la Feria de Primavera, a la que también las había llevado. Allí, las había invitado a bailar por turnos, y habían reído hasta tarde. De hecho, había creído ver un claro cambio en los ojos de Olivia. A ratos le seguía mirando con cautela, pero reía más. Estaba más cercana.

En eso también había ayudado que habían empezado a coincidir mucho en la biblioteca de Minstrel House, y ya sabía que sus gustos, en cuestión de lectura, eran muy eclécticos. A Olivia le encantaba la poesía: Wordsworth, Keats, Shelley o lord Byron estaban entre sus preferidos, aunque no eran los únicos. También leía novelas de todo tipo, pero sobre todo las románticas de Jane Austen o las que tuvieran algún componente misterioso. En otra clase de temas, le atraían los libros de historia, en general, y la filosofía en particular.

Y, por supuesto, era firme defensora de todas las lecturas que hicieran despertar el intelecto de las mujeres, como los textos de Olympe de Gouges o Mary Wollstonecraft. Escritoras que, en su momento, habían defendido la total igualdad entre hombres y mujeres y que habían abogado por una vida plena para estas últimas.

Inmerso en su mundo casi por completo masculino, hasta ese momento Marcus nunca había pensado en aquellos asuntos y, al hacerlo, se planteó sobre todo qué clase de futuro deseaba para la pequeña Harmony. Sin duda, esperaba que fuera mejor, más justo, aunque lo veía difícil.

En todo caso, el tema dio lugar a buenas discusiones con Olivia, debates a

veces muy calurosos, que les habían hecho acercarse más, conocerse mejor e ir simpatizando. O eso pensaba.

—Ahora yo diría que nos conocemos, lady Olivia—le había dicho la noche anterior, cuando ella se despidió para retirarse. Se llevaba uno de los libros de Heródoto de Halicarnaso, la historia de Egipto, para leer en la cama—. ¿No cree?

Ella lo miró de un modo extraño desde el umbral de la puerta, y se fue sin dar una respuesta.

Y, en ese momento, decía eso...

¿Cómo podía ser? ¡Se había ganado al menos un voto de confianza! ¡Un interés, alguna clase de sentimiento, no aquel continuo desapego hiriente! Además, ¿qué se había pensado esa cría presumida? ¿No quererle, *ella a él*? Jamás, jamás se había sentido más herido en su amor propio. Y el caso era que ni siquiera entendía por qué tenía que sentirse así.

Era lógico. Era un fruto podrido...

«Oh, demonios», pensó, y se frotó el entrecejo mientras se sentía zarandeado por el oleaje en un océano de emociones contradictorias. Amor propio, odio a su estirpe insana, orgullo, soberbia, un sentimiento de inferioridad que trataba de pisotear, pero que le carcomía... «Maldita sea».

Pues él tampoco la quería. No pensaba quererla. Jamás...

—¡Pero es marqués! —estaba protestando Harmony, sorprendida. Querida niña, siempre defendiéndole, en todo caso. Incluso aunque no tuviera razón—. ¡Y es el hombre más maravilloso del mundo!

—Lo primero no debería ser la razón para un matrimonio. Y lo segundo... bueno, tú eres su hermana, es lógico que le quieras mucho. Admito que, en eso, me dais envidia —añadió, en tono pensativo—. Se nota que estáis muy unidos. Me hubiese gustado tener un hermano mayor que me cuidase así.

—Sí. Él es el único que me ha comprendido siempre. —Hubo un momento de profundo silencio. Luego, la voz de Harmony sonó desolada—. Mi padre... mi padre no me quería.

—¿Qué dices? Yo estoy convencida de que eso no es cierto. Seguro que te quería mucho, Harmony. —Esa era una gran verdad, su auténtico padre la quiso

hasta el punto de suicidarse para alejar de ella el escándalo, aunque dudaba de que ninguna de las dos muchachas lo supiera nunca—. Lo único que ocurre, era que, por alguna razón, no podía decírtelo. Algunas veces pasa.

—¿Por qué dices eso?

—Oh, no sé —replicó Olivia, evasiva—. Porque lo he visto otras veces, supongo.

—¿Por qué alguien querría hacer algo tan cruel? ¿Querer a alguien y no decírselo? ¡O incluso demostrar lo contrario!

Olivia titubeó durante un par de segundos.

—A veces, puede hacerse por miedo.

—¿Miedo a qué? —La otra no respondió—. No, me gustaría creerlo, pero no puedo. Sé que no me quería, lo que no sé es el porqué. —Se encogió de hombros—. Supongo que porque fui niña y nunca llegó a perdonármelo. —Parecía tan afligida... Habían pasado años, Harmony tenía ahora una familia y un entorno feliz, pero todavía seguía abierta aquella herida. Maldito Walter. Le odiaba por muchas cosas, pero, por aquello, jamás podría perdonarle—. Me mantenía lejos, siempre, y actuaba con Marcus como si solo tuviera un hijo único.

—Lo siento mucho, Harmony...

—Sí... Fue difícil. Ni siquiera quiso verme cuando se estaba muriendo, aunque supongo que no tenía mucho sentido despedirme de él... Pero no me importa, he tenido a Marcus. Él nunca ha olvidado que soy su hermana. Nadie me ha querido nunca tanto, desde que murió mi madre. ¡Y era yo tan pequeña cuando ocurrió! Lloré mucho. ¡Le juré a Dios tantas cosas, si dejaba a mi madre conmigo...! —añadió, con amargura—. Pero no fue posible.

Entre las ramas del sauce y los barrotes del cenador, vio que Olivia la abrazaba, y hubo un momento de silencio, algo tenso, por aquel tema tan triste. Marcus tragó saliva, abrumado por la pena y por un recuerdo muy intenso de su madre. Cuando quedó encinta de Harmony él era ya un muchacho de catorce años y se sentía muy mayor, muy adulto.

Un día, estaba sentado junto a ella en un banco del jardín de Northcott House, y de pronto, su madre se sobresaltó. «Mira», le dijo. Le cogió una mano y la puso sobre su vientre abultado.

Aquel joven Marcus se ruborizó, como le pasaba siempre con lo relacionado con los embarazos, pero entonces notó algo, un golpe, algo se movió allí dentro. Su madre sonrió. «Es tu hermanita, ¿la notas? Va a ser niña, estoy segura, una niñita muy pequeña y vulnerable. Y tú eres ya casi un hombre, Marcus. Vas a tener que ayudarme a cuidarla».

Él prometió hacerlo y jamás había olvidado esa promesa.

—Lo siento mucho —oyó susurrar a Olivia—. Míralo así: al menos, tenías a tu hermano contigo. Y te aseguro que, sabiendo eso, todo el amor que te ha dado, todo el amor que es capaz de dar, me sentiría más inclinada a tratar de empezar con él... No sé. *Algo*, supongo.

—¿Entonces? ¿Por qué no lo haces?

—Por la segunda razón que me impide plantearme ese matrimonio, Harmony: él no me quiere a mí.

—¿Qué dices? Eso no es cierto. Lo sé.

—Tonterías. Si te digo la verdad... creo que quien le interesa de verdad es la señorita Chatham.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—No. Te lo aseguro. Los vi en el despacho de lady Acton, Harmony. Ellos estaban...

—¿Cómo? —urgió Harmony, al ver que la otra no continuaba—. ¿Besándose?

—No. No, en absoluto. Pero casi.

—No puede ser... —Harmony pareció titubear, pero luego se reafirmó por completo—. No, Livvy, en serio, debiste confundirte. A mi hermano no le interesa nada esa tonta, lo sé. Igual que sé cómo te mira a ti. Me consta que te quiere. ¿No has visto cómo te mira?

—Yo solo veo cómo se esfuerza en complacerme siempre, para intentar convencerme de que haga lo que él desea: casarse, para sentirse mejor, para limpiar el buen nombre de vuestra familia. No se muestra él, muestra cómo cree que quiero que sea, y su único objetivo no es forjar algo conmigo, no, sino... lo de siempre. Solo quiere cumplir con su deber.

—No estoy de acuerdo, Olivia. Creo que le interesas más de lo que piensas.

—Pues tendrá que demostrarlo. Actuar de otro modo.

—Mi hermano es así. Se cree fuerte, pero es vulnerable y por eso le cuesta abrirse. —Marcus arqueó ambas cejas, sorprendido por aquel comentario tan maduro. Y tan sagaz—. Quizá tengas razón, y eso le pasaba a mi padre — reflexionó Harmony—. Que no sabía cómo decírmelo. Y yo era demasiado joven como para darme cuenta de cómo eran las cosas, en realidad.

—¿Lo ves? Puede ser cosa de familia.

Harmony asintió con energía.

—Entonces, tenemos que ayudarle a abrirse. Y un buen modo sería...

Justo entonces se acercó una de las doncellas, Doll, para avisarlas de que la señora Burton las estaba buscando. «Vaya por Dios», pensó Marcus, el principal interesado en conocer el modo de abrirse. Visto lo visto, optó por dejar de escuchar y se deslizó en dirección contraria, hacia los jardines traseros de la mansión. Una vez allí, se sentó junto a la fuente central, intentando decidir si algo de lo que había oído podía resultarle útil.

Por desgracia, no se le ocurría cómo. Lo único que indicaba era que Olivia no confiaba en sus sentimientos, algo que no podía reprocharle. Aunque se sentía muy atraído por ella, todo el tiempo había preferido no demostrarlo de una forma evidente. Era por precaución, se decía, pero bien sabía que se trataba de puro miedo. Si se declaraba y ella le lanzaba una de esas miradas intensas, seria y sin sonreír...

¡Además, había dicho que no le quería! Su orgullo ya no le permitiría decirle nada. No, no podía seguir rebajándose de semejante forma, ni darle pie a que le siguiera rechazando.

Debería volverse a Londres. Total...

Y así iban pasando los días, en un continuo forcejeo, aunque él cada vez se sentía más retraído.

—Hoy vamos a ir al Pozo de los Deseos —dijo Harmony, una tarde de finales de mayo—. ¡Y voy a pedir algo! Marcus, tienes que darme una libra.

Marcus, que había estado absorto en sus pensamientos, como solía ocurrirle a menudo en los últimos tiempos, arqueó ambas cejas.

—¿Una libra?

—Sí, para pedir el deseo.

—Pues sí que es exigente ese pozo.

—No te preocupes, Harmony —Olivia se echó a reír—. Con un penique es suficiente. Te aseguro que rara es la gente de Minstrel Valley que hubiese podido arrojar una libra entera a ese pozo.

—Pero es que mi deseo es enorme —replicó la niña, con expresión grave—. Y, por lo que parece, muy difícil de lograr.

—Ah, ¿sí? —Olivia la miró sorprendida—. ¿Y se puede saber de qué se trata?

—De que Marcus y tú os caséis, por supuesto.

Marcus arqueó una ceja, entre divertido e irritado. Por el modo en que Harmony y lady Acton intercambiaron una mirada furtiva, pudo suponer que aquello había sido idea de la anciana. Por Dios, ¿no habían aprendido nada, en el tiempo que llevaba él haciendo el ridículo? Conocían poco a Olivia si pensaban que, presionando así, de una forma tan burda, iban a lograr avances.

—Te sugiero que eches un penique —dijo Olivia, tensa—. Y que pidas algo que esté dentro de lo posible.

—¿Dentro de lo posible? ¿Acaso no...?

Olivia se puso en pie de un salto. Marcus la imitó al momento.

—Disculpen —dijo ella—. Sé que una dama no se puede levantar de la mesa hasta decir la gracia. Aun así, me retiro. —Se llevó una mano a la sien—. Creo que tengo una jaqueca horrible. Ya iremos al pozo otro día, Harmony.

—Mmm... claro —replicó esta última, mirándola con expresión testaruda—. Cuando quieras. ¡Pienso echar una libra entera! —añadió, alzando la voz cuando la otra salía por la puerta, para asegurarse de que la oyera bien—. ¡Así se cumplirá!

—No grites —la riñó su hermano—. Y no la agobies, Harmony. —Marcus dejó la servilleta junto al plato. Tenía que alcanzar a Olivia y dejarle claro que él no había tenido nada que ver con semejante emboscada. Que estaba intentando enmendarse—. Disculpen.

Se encaminó hacia la puerta, a buen paso, para poder alcanzarla.

Lady Acton asintió, con evidente gesto de preocupación.

—Por supuesto. Adelante, querido.

Capítulo 17

Marcus salió al pasillo y avanzó a toda prisa. Aun así, solo divisó a Olivia cuando estaba empezando a subir la escalera del vestíbulo.

—¡Lady Olivia, por favor, un momento...! —llamó, tratando de impedir que corriese a su dormitorio, adonde no podría seguirla. Ella no hizo caso, siguió subiendo.

—Ya he dicho que me duele la cabeza. —Pero, de pronto, se detuvo, se volvió hacia él y lo enfrentó—. ¿Esto ha sido otra vez cosa suya, lord Northcott? Qué ruin y patético, envolver siempre así a su hermana pequeña, una niña, para conseguir sus objetivos. ¿De verdad quiere redimir su honor con esa boda? Porque le advierto que se lo está dejando hecho auténticos jirones por el camino.

—Basta —la cortó, tratando de no dejarse afectar por aquellas palabras tan hirientes—. Esta vez no he tenido nada que ver. —Pudo ver en sus ojos que no le creía—. Maldita sea, milady, puedo haberme ganado su enfado, incluso su desagrado, pero no su desconfianza. ¿Acaso le he mentado alguna vez? —Negó con la cabeza, seguro de que no lo había hecho... O al menos esperando no haber olvidado alguna ocasión que pudiera afearle en ese momento—. Le digo que no he tenido nada que ver con eso y no pienso repetirlo. Solo ha sido una chiquillada de Harmony. Lo lamento. Le prometo que hablaré con ella.

Ella titubeó, más calmada.

—Está bien, le creo —dijo—. Disculpe.

—No importa. —Se miraron con fijeza unos segundos. Decidió gastar aquella última baza, había llegado el momento. Si eso no funcionaba... No era hombre que aceptase la derrota con facilidad, pero tendría que recapacitar mucho sobre

el asunto—. Ya que estamos aquí, ¿puede venir un momento a mi despacho? — Vio que iba a negarse, de modo que insistió—. Por favor. No tiene nada que ver con nosotros. Es un tema... digamos legal.

—Si va a hacer como con la escuela, y mencionarme luego la boda...

—No. —Debía recordar no hacerlo, de ninguna manera, o no tendría más oportunidades—. No lo haré.

Ella no pareció muy convencida, pero bajó y lo siguió. Marcus fue hasta el despacho que había asumido como propio, junto a la biblioteca. Era un espacio amplio, elegante y luminoso. El padre de lady Acton fue el último lord Northcott que lo utilizó, hasta llegar él. Había encontrado mucho material interesante, como unas cartas escritas a su esposa, cuando lady Northcott se encontraba en Minstrel Valley embarazada de lady Acton. Ella debía haberlas guardado allí en algún momento, o quizá lo hizo un secretario. El caso era que habían permanecido allí, olvidadas, muchos años.

En otras circunstancias no las hubiera leído, pero quería revisar el contenido y asegurarse de que no había nada que pudiera perturbar a lady Acton. Pero, por suerte, no era así. Se trataba de sencillas cartas de amor, de cariño inmenso a su esposa y a su hijo todavía no nacido. Las últimas ya hablaban de la pequeña Helena, de la que mencionaban que había llegado de forma tan sorprendente. Las tenía guardadas para entregárselas el día de su cumpleaños, el nueve de diciembre. Estaba seguro de que le harían mucha ilusión.

Marcus se dirigió a la silla tras el escritorio, mientras le señalaba una de las usadas por los visitantes.

—Tome asiento, por favor. —Olivia dudó, pero lo hizo—. Como le he dicho, no voy a hablar de nosotros. Solo quiero que tratemos el tema de la señora Newell y la señora Meyers.

Como imaginaba, eso la tomó por sorpresa.

—¿Qué pasa con ellas?

—Como sabe, viven en la casa que ocupaban su madre y usted. Una propiedad de lady Acton, a la que pagaban un alquiler. —Olivia arqueó una ceja. Marcus contuvo su irritación. Igual se pensaba que iba a reclamarle las cantidades no abonadas en ese tiempo, como un vulgar casero—. Eso ya no se

contabiliza, por supuesto, y he establecido una renta generosa para esas dos mujeres.

—Oh...

—Además, he contratado dos enfermeras con mucha experiencia, para que vivan con ellas y se turnen para ocuparse por completo de las necesidades de la señora Newell. Mis abogados han hecho una selección y llegarán de Londres la semana que viene. —Ahí estaba, su gran jugada para empezar a reparar el pasado. Trató de no parecer ansioso y entrecruzó los dedos sobre el escritorio, con actitud serena y profesional—. Quería saber si todo esto le parece bien o si desea que se haga alguna otra cosa.

—No, está bien. Ha sido usted muy amable. —«¿En serio?», pensó él. Porque la mirada que le estaba lanzando ella, no era nada amable. Suspica, más bien. Como si pensase que estaba haciendo todo aquello por limar asperezas y acercarse un poco a ella. Algo que era cierto, por otra parte—. ¿Puedo preguntar cómo se le ha ocurrido?

—En realidad, no ha sido solo cosa mía —reconoció. Él no había pensado en ello de salida, no conocía la situación del pueblo ni de sus gentes. Su único mérito consistía en haber visto la ocasión de aprovecharlo en su beneficio, aunque lo hubiese hecho, en cualquier caso, como todo lo que le pedía su prima Helena—. Al parecer, lady Acton siente un gran afecto por esa anciana. Por eso, al poco de llegar me rogó que intentase localizarla, en el caso de que siguiera con vida, pero, con lo de mi viaje a Londres, tuve que demorarlo y, luego...

Demonios. Había pensado decirle un «he estado muy ocupado», pero ella sabía que no, que siempre se quejaba de no tener nada que hacer.

Tardó tanto en contestar, que Olivia alzó una ceja.

—Se le olvidó —terminó, con cierta gentileza.

—Bueno, sí. No tiene sentido negarlo.

Olivia asintió, complacida por su sinceridad.

—Quizá debería decirle a la señorita Chatham que le lleve también la agenda. Así no volverán a ocurrirle esas cosas.

Dio la impresión de que el comentario se le había escapado. Marcus la miró sorprendido. ¿Estaba celosa? Eso parecía.

—No creo que sea necesario —replicó, con cuidado—. Aunque es verdad, lo olvidé. Pero lo recordé y me puse a ello. Al fin la encontré en casa de la aprendiz de su madre, Annie...

—Thompson. Annie Thompson.

—Eso es.

—Y si me lo hubiera preguntado a mí, se lo hubiese dicho al momento. La abuela Joan ha estado entre mi casa y la de Annie desde que vivo aquí. En mi casa la atiende mi antigua criada, la señora Meyers.

—Bueno, pero le recuerdo que yo no tenía ni idea de que mantuviese con ella un trato tan familiar. En todo caso, no me resultó difícil encontrarla. Solo tuve que preguntar en el colmado.

—Ah, claro. La señora Gibbs.

—Exacto. Ella me dijo dónde estaba y toda clase de detalles que, por otra parte, no le pedí. —Pareció encontrar divertido el comentario—. Lady Acton quiso entonces traer a la anciana a Minstrel House, darle aquí una habitación y asegurarse de que iba a estar bien atendida, pero la señorita Thompson se obstinó en que era mejor que la anciana se quedase con ella, o al menos en la casa que compartió usted con su madre, Olivia. Insistió mucho en que son los únicos sitios que podría considerar su hogar, después de su casucha, que es por completo inhabitable...

—Sí, en eso estamos de acuerdo.

—Al parecer, tiene usted una relación muy estrecha con esa anciana.

—Sí. Bueno, para el pueblo en general. Aquí es «la abuela Joan» —añadió, con una sonrisa, como si eso lo explicase todo—. Tenga en cuenta que, a lo largo de sus muchos años de vida, ha sido la partera del pueblo y ha ayudado a nacer a casi todos los habitantes de Minstrel Valley.

—Sí, lo sé. Lady Acton me lo dijo.

—Pero sí que es cierto que tuvo una relación muy especial con mi madre, que se vio sola y rechazada por su propia familia cuando volvió de aquel viaje a Escocia. —La escapada a Gretna Green, claro—. Durante un tiempo, la abuela Joan la acogió en su casa y vivieron juntas hasta que se casó. Después, para mí, siempre ha sido como una abuela. Fue una gran ayuda para mi madre: venía y

me cuidaba, o me llevaba con ella, para darle tiempo a trabajar. Incluso me permitió ayudarla en algún parto. —Marcus alzó apenas las cejas, turbado por la mención, pero no dijo nada. Olivia ni se dio cuenta—. No niego que la quiero mucho. Muchísimo.

Qué hermosa declaración de amor. Así era Olivia: sincera, agradecida, cariñosa... Y buena, con un corazón enorme, bien lo sabía ya a esas alturas. Marcus sonrió, sintiéndose más cerca que nunca de aquella joven por la que estaba empezando a experimentar algo muy fuerte.

—Puedo entenderlo —musitó, recordando el modo en que él quería a lady Acton, y cómo agradecía toda la ayuda que le había dado.

Ella le miró con curiosidad y asintió.

—Por eso, después, mi madre siempre quiso que viviera con nosotras, sobre todo desde que se hizo tan mayor que ya resultó obvio que no era capaz de ocuparse bien de sí misma. —Se encogió de hombros—. Pero la abuela Joan es un alma libre. No hay manera de que se quede en casa. Vuelve una y otra vez a su casucha, donde se dedica a mantener encendido el fuego.

Marcus rio entre dientes.

—Sí, he oído hablar de su querencia por la madera ajena.

Esa misma semana había sido testigo de cómo había hecho desaparecer unos tablones que habían colocado en las escaleras del Salón de Fiestas para poder transportar mejor unos muebles que estaban cambiando entre ese local y el edificio principal del ayuntamiento, que quedaba justo enfrente.

En un momento dado, cuando acababan de dejar uno y volvían a buscar el siguiente, vieron que las planchas de madera habían desaparecido. Él estaba hablando con el alcalde, muy cerca, pero no se dio cuenta de nada, tampoco. Cuando se pusieron a buscar, sorprendidos, vieron que la señora Newell se alejaba calle arriba, tan tranquila, pequeña, oscura y encogida como siempre, llevando a cuestas un saco de tablones rotos que parecía más grande que ella. Los había hecho trizas y se los llevaba a casa.

«Es madera», alegó, cuando la detuvieron, aturdida. «Es para el fuego»

En realidad, nadie se había enfadado, más allá de la trifulca del momento. Nadie habló mal a la anciana, ni se propuso detenerla, ni nada por el estilo. De

hecho, dejaron que se marchase con su botín y consiguieron otros tablones.

Entonces fue cuando se enteró de que la gente solía dejar maderas por ahí para que la abuela Joan «se las encontrase». Y también que le llevaban tartas, guisos y otras comidas diversas, antes a su casucha y ahora a la casa de Olivia o a la de Annie, para cuidarla.

Era como si todo el pueblo de Minstrel Valley quisiera aportar algo para asegurarse de su bienestar.

—No se ría. Lo de la madera se ha convertido en una auténtica obsesión —le riñó Olivia, frunciendo el ceño, aunque sin enfado. Estaba inquieta—. Supongo que porque es algo que todavía puede seguir haciendo, y logra que se sienta útil y ocupada.

—Es posible —convino Marcus. La señora Newell debía ser de los de su clase, los que eran incapaces de estar sin hacer nada. A ver a qué se dedicaba él, si algún día llegaba a tener su edad y se volvía incapaz de razonar lo bastante como para dedicarse a la abogacía. Buscar madera para mantener encendida la chimenea parecía una buena misión vital. Algo útil y a su alcance.

Agitó la cabeza con tristeza. Olivia se dio cuenta y sonrió.

—No pasa nada, todos le ponemos maderos por ahí, incluso lady Conway, que destina a ello una carreta semanal. —Marcus sonrió. Qué pueblo tan entrañable—. Por lo general, funciona, excepto en el caso del padre Ellis o la señora Cotton, que se niegan a participar en lo que llaman una «grave irresponsabilidad común», y se enfadan mucho cada vez que les desaparece algo.

Marcus puso mala cara. Al padre Ellis solo le conocía de verle los domingos en la iglesia, con sus sermones largos y aburridos, y luego a la salida, donde el párroco siempre le daba la mano y trataba de interesarse en su conversación.

Pero no le gustaba aquel hombre, como no le gustaba Mildred Cotton, a la que reconoció enseguida como la mujer que lanzó una mirada aviesa cuando pasaba con el coche, a su vuelta de Londres. Entonces, seguro que pensó que no la veían, así que no le importó mostrarle su auténtica cara.

Ahora, por el contrario, solía estar siempre muy sonriente y obsequiosa con él y con lady Acton, incluso con la señorita Chatham, a quien seguro que no sabía en qué posición catalogar. Y también con Harmony, pese a que su hermana la

odiaba por referirse a ella como una «niñita encantadora».

A Olivia, por el contrario, procuraba ignorarla. De no poder hacerlo, hablaba lo menos posible y con mucho cuidado, pero se mostraba con ella como si hubiesen sido amigas de toda la vida.

—No me sorprende mucho, la verdad. Les conozco poco, pero lo suficiente. Más de lo que me gustaría.

—Sí, lo sé. Pues, para que se haga una idea, la última vez que la abuela Joan se llevó unas cajas de la puerta de la tienda de la señora Gibbs, la denunciaron a Worth, aunque este pudo evitar intervenir alegando que ni siquiera la habían visto coger nada, que eran solo sospechas y que cualquiera pudo robarlas. El problema es que algún día tengan pruebas. Están empeñados en que hay que internarla en algún asilo para indigentes. —Se estremeció horrorizada, y con razón. Aquellos lugares eran auténticos infiernos—. Ya sabe, la caridad de algunos, tan peculiar.

—Sí, me hago una idea.

Olivia suspiró y se miró las palmas de las manos, quizá buscando entre sus líneas la inspiración necesaria para un cambio de tema, porque preguntó:

—¿Y dice que lady Acton siente un afecto especial por ella? ¿Por la abuela Joan?

—Sí, y mucho. ¿No conoce la historia? —Olivia lo miró con desconcierto y negó con la cabeza. Marcus no pudo ocultar lo satisfecho que se sentía—. Mire por dónde, voy a ser yo quien le cuente una antigua anécdota de Minstrel Valley.

Debió hacerle gracia su entusiasmo, porque sonrió.

—Adelante. Me encantará oírla.

Marcus asintió.

—Pues, por lo que tengo entendido, los padres de lady Acton, los marqueses de Northcott, adoraban este sitio. Aunque vivían en la capital, venían siempre que les era posible. Lady Northcott, en concreto, pasaba largas temporadas aquí; primero, sola, luego con sus dos hijos, Henry y Helena, cuando eran pequeños. Prefería vivir en la serenidad del campo, antes que en el torbellino de Londres.

—Como lady Conway.

—Sí, exacto. Por eso lady Acton nació en Minstrel Valley.

—Sí, eso lo sabía. Y también que, si nació aquí, fue porque el parto se presentó de pronto, un par de meses antes de lo previsto, sin que diera tiempo a avisar al médico de Londres.

Marcus carraspeó ante la nueva referencia a temas tan... íntimos. No podía negar que, habiéndose criado en Londres, en un ambiente un tanto misógino, encontraba un poco turbadores esos comentarios. Y ella, ¿por qué los trataba con tanta normalidad? Era una dama muy joven y soltera. Hubiese debido ruborizarse ante la simple mención de un embarazo.

Pero no, allí estaba lady Olivia Hale, la única virgen presente, hablando de embarazos y partos con toda naturalidad. Incluso se enorgullecía de haber asistido a algunos de niña...

Al pensar en ello, lo sobresaltó una idea. ¿Sería virgen de verdad? Lo había dado por hecho, porque era lo habitual, y estaba por apostar que sí, pero siempre podía equivocarse. ¿Y, de no serlo, importaría? Lo valoró un par de segundos, fijándose en su mirada, en la forma en que mantenía erguidos los hombros, en un gesto tan semejante al de lady Acton.

No. No, en absoluto. No le gustaba esa posibilidad, hubiese preferido ser el primero en besar aquellos labios y acariciar su piel, el primero en descubrirle los secretos del placer, pero algo así no decidiría su relación, ni mucho menos. Él no iba a pedir lo que no podía dar.

Justo entonces, recordó la conversación que habían tenido aquella primera noche, sobre sus futuros amantes, si llegaban a casarse por conveniencia, y tuvo que desdecirse. Sí que había pedido lo que no quería dar.

Ja. Menudo cretino estaba hecho.

—¿Puedo saber en qué está pensando? —preguntó Olivia, sorprendida. «En si eres virgen», pensó él. «En cuánto me gustaría besarte»—. De pronto, parece muy concentrado.

Marcus carraspeó.

—Disculpe —siguió, tratando de centrarse en lo que hablaban—. Sí, bien, veamos: el médico había quedado en venir a Minstrel Valley con tiempo suficiente y alojarse aquí el último mes, de hecho, pero, al parecer, lady Northcott tuvo un sobresalto mientras paseaba junto al lago con su doncella, y

apenas le dio tiempo a llegar a Minstrel House para tener a su hija.

—Sí, es verdad —afirmó Olivia—. También conocía esa parte. Por lo que parece, lady Northcott aseguraba haber visto a la joven vestida de blanco de la leyenda, caminando por la orilla. No me sorprende. Es algo habitual, mucha gente declara haberla visto.

La miró con curiosidad.

—¿Usted lo cree?

Olivia vaciló.

—En realidad, eso no importa, ¿no le parece? —dijo al fin—. Solo puedo afirmar, al igual que usted, que hay gente que jura haberla visto.

—Ya. —Era un tema interesante, el de aquella leyenda sobre un amor eterno, pero tendría que dejarlo para otro momento. Siguió con su relato—: Sea como fuere, el susto fue grande, para todos. —Olivia asintió, comprensiva—. De hecho, ni siquiera hubo margen para hacer llamar al médico local. La ayudó una niña, la jovencita de unos trece años que era entonces Joan Newell.

Ahí tuvo la satisfacción de tomarla por sorpresa.

—¿La abuela Joan? ¿En serio? No lo sabía. Pensaba que la había atendido el médico del pueblo.

—Supongo que ya pocos lo recuerdan, pero sí lady Acton, a quien se lo contó muchas veces su madre. Joan Newell estaba cogiendo hierbas, para sus medicinas, cuando se encontró con lady Northcott en el bosque intermedio entre Minstrel House y el lago. La pobre mujer intentaba volver a la mansión apoyada en su doncella, y las ayudó.

Olivia sonrió.

—Hay cosas que nunca cambian. Y tiene sentido. Joan Newell era la hija de la partera que había en el pueblo por aquel entonces.

—Así es. Era muy joven, pero tenía ya mucha experiencia. Viendo la situación, decidió tomar el mando y, al llegar a la casa, empezó a dar órdenes a todo el mundo. Fue la única que mantuvo la sangre fría y sabía qué debía hacer. A su edad, la pequeña Joan había atendido ya... —carraspeó— bueno, la llegada de muchos niños, y, por lo que tengo entendido, se había ocupado de algunos ella misma, cuando su madre se excedía con el vino.

La expresión de Olivia se llenó de pena.

—Eso sí lo sabía, que su madre bebía demasiado. Terminó muy mal, la dejó huérfana a los quince años. Desde entonces, tuvo que salir adelante sola. Nunca se casó, ni tuvo ninguna relación conocida. Qué vida más triste.

—Eso parece. Pero le recuerdo que tiene todo un pueblo que la adora.

—Sí, eso es cierto. —Marcus le concedió aún otro segundo, que ella utilizó para plantear algo más—. ¿Y, sabe? Aunque sabía eso, lo de su madre, que quedó muy niña sola, que nunca tuvo un pretendiente al menos que se sepa... la verdad es que apenas he pensado en la abuela Joan como la niña que fue en otras épocas. Jamás la había imaginado como una jovencita, como esa que iba por el bosque cogiendo hierbas y se encontró con la señora marquesa a punto de dar a luz. —Sonrió—. Ya ve, menudo susto. Fue muy valiente.

—Sí —admitió él, pensando que prefería caer en el cráter de un volcán, o ser pisoteado por una manada de elefantes desbocados, antes que encontrarse en semejante trance. Sudores le entraban solo de pensarlo—. Lo fue.

—Siempre la he conocido de anciana y, no sé, me cuesta verla de otro modo.

—Es algo que suele ocurrirnos, sí. —Dado que no añadió nada más al respecto, Marcus repiqueteó los dedos sobre la mesa—. El caso es que así nació lady Acton. Como me dijo una vez, en este lugar lanzó su primer grito al mundo.

—Qué poético —rio ella.

—Eso pensé también, sí —sonrió—. Aunque no creo que sea muy apropiado, porque nunca la he oído gritar. Dudo que lo hiciera siquiera entonces. Seguro que lo consideró una enorme falta de elegancia y guardó silencio.

Ambos rieron. Olivia parecía más relajada. Bien.

—En el pueblo, siempre nos hemos sentido muy orgullosos de que lady Acton naciera aquí, aunque no viniese nunca —le contó ella—. Supongo que, por eso, su hermano le regaló todo lo relacionado con Minstrel Valley.

—Sí. —Marcus titubeó—. Lo hizo cuando ella enviudó en unas circunstancias muy difíciles, algo en lo que prefiero no tener que extenderme.

Sí, era mejor no hablar de la torpeza del conde de Acton al escoger un administrador que les robaba. Eso, unido a su gusto por vivir por encima de sus posibilidades, y a su mala suerte al haber enfermado de tanta gravedad siendo

todavía bastante joven, terminó por llevarles a la ruina.

A última hora, lady Acton había intentado impedir el desastre, buscando que se investigasen a fondo las cuentas y tratando de controlar los gastos de tanto despilfarro, pero ya era demasiado tarde. El administrador había huido, los acreedores golpeaban las puertas y los médicos se negaban a atenderle si no se le aseguraba que su hermano, lord Northcott, pagaría sus servicios.

Lo perdieron todo menos Acton House, porque era una propiedad adscrita al título. Y si no fueron a la cárcel por deudas, fue gracias al apoyo incondicional de su hermano.

Fueron momentos muy difíciles, sobre todo porque, aunque lord Acton era un hombre rico en su momento, Helena se había casado con él por amor. De hecho, sus padres hubiesen querido para ella un compromiso mejor, el propuesto por el poderoso duque de Clare, que poseía una de las grandes fortunas de Londres y estuvo muy interesado en la joven Helena, y durante mucho tiempo. Al igual que el propio rey, según se decía.

Pero la joven Helena se negó en redondo y se empeñó en unirse al hombre que ella escogiese, a ningún otro. Por eso, resultaba más triste que, a ratos, dijera que, tras tanta ilusión, había encontrado su futuro «muy decepcionante». Y todo «por no haber sabido verlo».

Marcus le preguntó al respecto en cierta ocasión, y ella le dijo que, en una relación, el amor era importante, pero también el modo de vivirlo. Estaba convencida de haber tenido su parte de culpa en todo aquel fracaso, y se lamentaba porque no había sido la compañera de su marido, sino solo algo bonito que decoraba su vida. Cuando se dio cuenta de su error y quiso reaccionar y ayudarlo a volver a encontrar el camino, ya no hubo posibilidad de arreglo.

En cualquier caso, cuando lord Acton cayó en cama, no se separó de él en ningún momento, hasta su muerte.

—Sí, lo entiendo, no se preocupe —dijo Olivia—. Es la vida privada de lady Acton. Si algún día quiere contármelo ella, estaré encantada de escucharla.

—Gracias. —Marcus hizo un gesto con la cabeza, para reforzar su agradecimiento—. En cualquier caso, la realidad es que quedó casi sin recursos. Fueron momentos muy duros para ella. Por eso, su hermano, Henry Hale, el lord

Northcott de aquel entonces, le entregó en propiedad esta casa y todas las tierras que poseían a lo largo y ancho de Minstrel Valley. —Hizo un gesto hacia la ventana, señalando cuanto podían ver del paisaje—. Casi todo lo que abarca el pueblo, el lago y buena parte de las tierras de labranza.

—Pero se quedó alguna propiedad, ¿no?

—Sí, cierto. Por lo que parece, esa casa que mencionó Harmony, situada en la parte norte, el lugar en el que lord Northcott pensaba poner unas caballerizas. Pero, ya sabe, por desgracia nunca llegó a ocuparla.

—Entiendo. —Se hizo un silencio. Peor que eso: dio la sensación de que ya no quedaba nada más que decir, así que no se sorprendió cuando ella empezó a despedirse—. Bueno, no tenía ni idea de la implicación de la abuela Joan en la historia del nacimiento de lady Acton, le agradezco de verdad que me lo haya contado. Y también le doy las gracias por sus gestiones, para asegurar su bienestar. Ha sido muy amable. —Olivia sonrió—. Gracias por todo, milord.

—De nada. —Ella hizo amago de levantarse y no quería que se fuera. No todavía. «Di algo, di algo». Seguro que había algún tema todavía por tratar, por absurdo que fuese—. Espere. Su casa era... —buscó un adjetivo, el más apropiado sin resultar despectivo— *pequeña*. ¿Le parece bien que busque otra más adecuada para la señora Newell? Más grande y cómoda, me refiero.

Ella parpadeó.

—Qué amable. —Se tomó un tiempo, mientras elegía el modo de responder, y, cuando lo hizo, ignoró la pregunta—. Diga la verdad, mi casa le pareció miserable.

—¿Por qué dice eso?

—Porque vi su rostro mientras pasaba la mirada por el interior, con expresión de estar contemplando un auténtico cuchitril.

—No, en absoluto. —Marcus maldijo en silencio. Sospechaba que sí, que su expresión no había sido muy risueña. A ver si era capaz de arreglarlo—. Soy el marqués de Northcott, milady, pero incluso desde antes, cuando era el hijo de un rico abogado, he vivido en mansiones. Estoy acostumbrado a... no sé, otra cosa. Por eso, vi su casa y pensé que era un sitio en el que yo ni podría respirar.

Olivia frunció todavía más el ceño.

—Lo dicho...

—Demasiado pequeño, sí. Pero también me fijé en que lo tenían todo muy arreglado. Transmitía paz en sus detalles. Cariño. Era un *hogar*. Algo que, aunque no lo crea, yo no tuve hasta ya cumplidos los veintidós, cuando lady Acton vino a vivir con mi hermana y conmigo. Un hogar... —Era cierto, no lo había pensado hasta entonces, pero era cierto. Por eso lo había despreciado con tanto ahínco. No podía soportar que dos advenedizas hubiesen construido algo que él deseaba tanto—. Y, en aquellos momentos, yo no quería ni pensar en usted y su madre como seres humanos encantadores, capaces de crear un hogar de ningún tipo. ¿Lo entiende? Por eso me desagradó tanto descubrir que me equivocaba.

Ella le lanzó una de sus miradas intensas. Al final, hasta casi parecía estar sintiendo pena de él.

—Está bien, lo entiendo.

Se estudiaron unos segundos el uno al otro. Marcus sintió que el corazón se le aceleraba.

—Desde aquel momento, cuando me abrió su puerta con... —Hizo un gesto con los dedos, dibujándose a sí mismo una especie de melena en el aire. Aquella imagen le tenía obsesionado—. Con el cabello suelto y algo húmedo, hemos recorrido un largo camino. ¿No cree?

Olivia se tomó un tiempo para responder. Marcus no supo qué decir de su expresión.

—Algo hemos avanzado, sí. No mucho, pero sí algo. —Le lanzó una mirada acusadora—. Quizá hubiese ido todo mejor de no haberme agobiado tanto con su propuesta, milord, con esa especie de cortejo... *burlesco*, al que me ha tenido sometida. Le pedí que dejara pasar el tiempo, pero no me ha hecho ningún caso, al contrario. Aténgase ahora a las consecuencias.

Qué frustrante. Contuvo su disgusto.

—¿Podemos dejar esta pelea absurda, Olivia? ¿Podemos, sin más, ser amigos?

Ella arqueó una ceja.

—¿Quiere ser mi amigo?

—Por supuesto. ¿Lo duda?

—En realidad, creo que, una vez más, quiere allanar el camino para poder convencerme de que me case con usted. Y me sentiría muy honrada, se lo aseguro, de no constarme que solo lo estaría haciendo para cumplir con su deber, como una especie de gran ofrenda a todo su linaje.

Marcus hizo una mueca. Así no podían seguir.

—¿Eso es lo que te duele? —preguntó. El repentino tuteo la hizo parpadear. Decidió aumentar la apuesta, usando su diminutivo—. ¿Eso es lo que te molesta, Livvy? ¿Que no te declare mi amor eterno e incondicional, para que puedas devolvérmelo como una bofetada?

Ella frunció el ceño y se puso en pie. Marcus, como buen caballero, lo hizo también, al momento.

—Creo que podemos dar por finalizada esta conversación —dijo Olivia.

—Yo no pienso igual. —Apoyó el dedo índice sobre el escritorio—. Pienso que por fin podemos acercarnos a la verdad. A saber por qué no puedes contentarte con que se te resarza con la recuperación de tu nombre. Ni siquiera te resulta suficiente compensación que se te premie, además, con un título.

—No diga más tonterías. Se lo he dicho mil veces: solo me casaré porque me haya enamorado.

—Ah, por supuesto. —Ahogó una risa seca—. Hay que hablar de amor. Pero ¿te das cuenta de que no puedo estar seguro? —La señaló, con la palma hacia arriba—. Estás llena de rencor, lo percibo a cada momento, lo muestras en cada gesto, y, sin embargo, me pides que entremos en un terreno muy peligroso. ¿Quién me dice a mí que no quieres que te entregue mi corazón solo para poder pisotearlo?

No podía negarlo: estaba en pánico. De otro modo, no hubiera dicho semejante tontería, alejándola todavía más. Pero sí, a qué negarlo: era uno de sus grandes miedos en ese momento.

Ella apretó los puños.

—Yo jamás haría algo así, Marcus Hale. *Jamás*. Nunca usaría el amor de alguien como arma, ni siquiera para vengarme. Pero, claro, para eso deberías conocerme y, te vuelvo a recordar, no me conoces. Ni yo a ti. No sé quién eres, si el hombre amable que quiere a su hermana o el noble insoportable, o incluso el

abogado agresivo, alguien capaz de insultar la memoria de una pobre mujer y ponerse petulante con un condestable porque, en su ridícula opinión, no está a su altura.

Marcus bufó.

—Bien, muy bien. Es cierto, no nos conocemos. —Extendió las manos a ambos lados—. Pues te diré algo, para que vaya quedándote claro cómo soy de verdad: me estás volviendo loco. Te deseo tanto, tanto, que me duele de un modo casi físico. Pienso en ti día y noche, y vago como un alma en pena porque me consta que no he hecho nada para conseguir tu amor, y sí mucho para lograr tu odio. Pero, a pesar de todo, quiero creer que todavía contamos con una posibilidad.

—Eso no...

—No, por favor, escucha —la interrumpió, lanzado—. Yo no te pido que ames de la noche a la mañana, ni siquiera ya te pido que aceptes un matrimonio sin amor. Me ha quedado claro que no te interesa algo así, que no quieres que te resarzan, sino que te enamoren. Pero, al menos, dime que no te cerrarás a cualquier posibilidad conmigo, como me consta que has hecho hasta ahora. Sé que te he perseguido como un auténtico idiota, pero ha sido porque no había forma de acercarme a ti de otro modo. Me rehúyes, me esquivas. ¿Por qué? Hablemos, paseemos... ¡Estemos en silencio el uno al lado del otro, sin más! Pero estemos. Por favor.

Olivia había contemplado aquel arrebato con la boca abierta. Parecía aturdida.

—Marcus... No quiero ser cruel ni hacerte sentir peor todavía. Entiendo que todo debe haber sido muy difícil para ti. Ya te pedí que dejaras pasar el tiempo...

—No. No es suficiente, no avanzamos, tú misma lo has dicho, también lo notas. Está claro que necesitamos hablarlo, volver a empezar, limpiar el comienzo. Exorcizar de nuestras vidas aquel maldito primer día.

Ella le miró con gravedad.

—¿Y la señorita Chatham?

—¿Qué pasa con ella?

—Cuando os vi, en el despacho...

—Estaba ayudando a recoger unas partituras. Se le había caído la carpeta.

—Marcus, vi lo que vi. No seré muy entendida en estos asuntos, pero hay cosas evidentes. Sé bien cómo os estabais mirando.

Marcus titubeó. No podía negar aquel ambiente cargado de sensualidad y anhelo, aquella mirada que habían compartido la señorita Chatham y él. Pero tampoco podía extenderse en explicaciones al respecto. No dejarían en buen lugar a la dama.

—Soy un caballero, no voy a hablar de los sentimientos de la señorita Chatham. Y reconozco que llevo mucho tiempo sin tener una relación, en un aspecto... digamos, romántico. —Olivia se ruborizó, así que debió suponer a qué se refería—. Pero insisto en que, lo que ocurrió, lo que viste, no significa nada. Nunca ha pasado nada más que eso entre nosotros, y nunca pasará. Te doy mi palabra.

Olivia asintió.

—Te creo. Pero no sé si podré... —Dudó, como si no encontrara las palabras. Se encogió de hombros—. No sé si seremos capaces de superar el pasado y de acercarnos tanto, Marcus. Y tú eres tan...

Guardó silencio. Lógico. «Soy el fruto de un árbol podrido», pensó él, desolado. Parecía lustroso, brillante, seductor, pero estaba vacío por dentro. No era más que boato y simple apariencia. Y estaba enamorándose de una mujer que sabía la verdad y que le repugnaba cómo era. Una mujer con la que debía casarse, para redimirse un poco ante sí mismo y no odiarse tanto.

—Deja que te corteje, Livvy —insistió, a punto de suplicar. Qué tontería. Estaba suplicando, y ambos lo sabían—. Sin resentimientos. Sin cuentas pendientes. Sabes bien cuánto lamento lo que ocurrió y haberme comportado así, y he dado mi palabra de que jamás volverá a pasar. Dame una oportunidad, solo una, y te juro por mi honor que conseguiré que no te arrepientas nunca.

Ella le miró un largo momento. Al final, parecía asustada, pero reunió fuerzas y asintió.

—Muy bien. Intentaré confiar en ti y mostrarme más abierta a tus... expectativas. —«¡Bien!», pensó él, sintiendo que le costaba respirar, de puro alivio. Al menos, esa vez sí que habían avanzado algo—. Pero no me engañes, Marcus, por favor. Nada de supuestos actos de altruismo y generosidad. No

fuerces las cosas para congraciarte conmigo. Ni siquiera lo necesitas. Solo sé tú mismo.

Se refería al asunto de la escuela, o al de la señora Newell, claro. A esos torpes ardides para resultarle grato. Marcus asintió.

—Conste que lo hubiera hecho en todo caso —se excusó, y era verdad. De hecho, en la escuela había llevado a cabo todo lo prometido, aunque le había pedido a la señorita Landon que dijera que había sido una inversión del ayuntamiento. Solo le preocupaba el tema de la beca... Quizá ahí se le había ido un poco de las manos, pese a que le había puesto el nombre de lady Acton—. Mi prima Helena me lo pidió, como te dije, y tú sabes que siempre procuro complacerla. —Olivia asintió—. Pero también es cierto que, de haber conocido antes su historia, también lo hubiera hecho por mí mismo, encantado. Si Joan Newell es la abuela de Minstrel Valley, también es mi abuela ahora mismo.

Olivia sonrió. Aquel comentario parecía haberla conmovido.

—Gracias, Marcus.

—De nada. —Tomó aire, más relajado, y se pasó una mano por el pelo—. ¿Quieres que las traslade a una casa más grande?

—No, no. No quiero que se desorienten. En la mía estarán bien. Como dijiste, es un hogar.

Él asintió.

—De acuerdo.

—Otra cosa: ayudaría mucho que no vuelvas a utilizar a tu hermana para tus... ardides. Y, de paso, que le dijeras que no se meta más en nuestros asuntos.

—Lo haré. Descuida, que lo haré. Pero insisto en que yo no estoy relacionado con esa historia del Pozo de los Deseos, aunque sospecho que lady Acton sí que ha tenido algo de culpa.

Olivia abrió mucho los ojos.

—Oh, maldición.

—No se lo tengas en cuenta. Ambos sabemos lo que ella desea.

—Sí. —La vio tomar aire, un suspiro profundo, antes de alzar la barbilla—. Pero nosotros tenemos un acuerdo, y esta vez sí que espero que lo cumplas.

Marcus se llevó una mano al pecho.

—Lo juro por mi honor.

Eso pareció complacerla.

—Bien. Pues, a partir de ahora, queda olvidado el pasado, Marcus Hale, lord Northcott. No tengo ya nada en tu contra. Pero sigo queriendo un matrimonio por amor. Eso, y nada menos que eso. No lo olvides.

Marcus se limitó a asentir y ella salió del despacho.

Capítulo 18

Esa noche, lady Acton no bajó a cenar.

La situación en la mesa resultó bastante tensa, sobre todo porque tampoco estaba la señorita Chatham, ya que había partido para Londres después del almuerzo. Una de sus hermanas había caído enferma y en los últimos tiempos iba y venía de la ciudad cada poco, para cuidarla a turnos con el resto de su familia.

No se oía más ruido que el de la servidumbre, al servir los platos, y el de sus cubiertos. Por lo demás, ellos tres comían en silencio, sin hablarse y apenas sin mirarse. Harmony parecía bastante molesta con ella y Marcus se mostraba serio y silencioso como nunca.

Olivia suspiró, asumiendo que tardarían en superar lo ocurrido. Pensaba retirarse después, pero estaba con el postre cuando entró Doll para decirle que lady Acton quería verla en cuanto le fuese posible.

No era el mejor momento, se sentía cansada, y de aquel humor extraño, pero no podía negarse a ir. Lady Acton nunca hacía nada porque sí y, desde luego, nunca la había convocado de semejante forma, a esas horas. De modo que subió hasta el segundo piso y se encontró abierta la gran puerta del pasillo que comunicaba con su zona.

Goliath estaba en la salita de entrada, sentado junto a la chimenea, leyendo un libro.

Al verla, se puso de pie y le hizo una reverencia muy galante. Olivia sonrió.

—Perdone que le moleste, señor Goody —Prefería llamarle así. No terminaba de acostumbrarse a aquel familiar «Goliath» por el que se dirigían todos a él—.

Creo que lady Acton quería verme.

—Sí, así es. —Señaló hacia el corredor interior que conducía al salón principal del complejo de habitaciones de su tutora—. La está esperando, lady Olivia. No hace falta que llame. Pase, sin más.

—Muchas gracias.

Olivia se internó en el pasillo y recorrió a buen paso el corto trecho que la separaba del sitio. Pero, ya antes de llegar a la puerta indicada, empezó a escucharse una voz.

—«La belleza es verdad; la verdad, belleza» —oyó. Por desgracia, el tono monótono y demoledor, lograba quitar toda posibilidad de vida a las palabras—. «Esto es todo lo que sabes sobre la tierra, y todo lo que necesitas saber. Nunca llega a ser coronado por la inmortalidad quien teme ir adonde le conducen voces desconocidas».

Reconoció aquellas hermosas frases: eran de John Keats, de la *Oda a una urna griega*. Y también reconoció la voz, era la de la señora Simpson. ¿Qué demonios hacía allí aquella bruja? ¡Era una mujer tan desagradable! Bastante tenía con soportarla cada día en sus clases de etiqueta.

Olivia recordó entonces que había oído comentar que iba a ocuparse de la labor de leer en voz alta para milady, mientras la señorita Chatham se encontrase en Londres. Misterio resuelto.

—¿Lady Acton? —preguntó, mientras se asomaba con cuidado—. ¿Me ha hecho llamar?

La vio al momento. La anciana estaba en su lugar habitual, iluminada por las velas y por el fuego de la chimenea, mientras contemplaba con aire absorto el ajedrez de la mesita que tenía cerca. Todavía no habían corrido las cortinas, pero fuera ya era casi por completo de noche. Sobre el tono profundo y oscuro del cielo, solo se distinguía, allá hacia el oeste, lo que quedaba del resplandor de un sol que no había brillado mucho ni en sus mejores momentos.

La señora Simpson, sentada en uno de los sillones, alzó la cabeza del libro de poemas de Keats y la miró.

—Nunca se debe interrumpir así una lectura, querida —dijo, mientras sonreía con fría amabilidad—. En situaciones como esta, una dama se asoma al umbral y

se hace notar poco a poco, sin...

—Yo la hice llamar, gracias, señora Simpson —la interrumpió lady Acton—. Déjenos, por favor. Quiero hablar con lady Olivia a solas.

La sonrisa que le dirigió la señora Simpson fue distinta, más obsequiosa, incluso algo zalamera. Olivia ya se había dado cuenta de que se comportaba de un modo distinto con unos u otros, dependiendo de la importancia que diera a la otra persona. Ella se encontraba en una línea difusa, y además era una de sus alumnas, por eso no le importaba mostrarse desagradable.

—Por supuesto, milady. —Cerró el libro y se puso en pie—. Volveré más tarde y seguiré...

—No, no será necesario. De hecho, es usted muy amable, pero no quiero inmiscuirme más en sus obligaciones, no será necesario que siga viniendo. Conozco bien la obra de Keats, creo que podría recitar de memoria cualquiera de sus maravillosos poemas, el que estaba leyendo ahora mismo, entre ellos. Puedo esperar a que regrese la señorita Chatham para seguir escuchando ese libro.

—Oh... —La señora Simpson se mostró confusa—. Perdón, lady Acton. Me limité a seguir el que había empezado la señorita Chatham, pero si ya lo conoce, puedo leerle otro.

—Qué atenta es usted. Pero no se preocupe más por mí. Mire, si me aburro mucho, puede leerme cualquier cosa lady Olivia. —Le sonrió a ella—. ¿Verdad, querida?

—Por supuesto —replicó Olivia—. Estaría encantada, milady.

—Solucionado entonces. —Como vio que la otra iba a discutir, añadió, con tono firme—. Gracias por todo, señora Simpson. Cierre al salir, por favor.

La profesora volvió a sonreír, pero Olivia intuyó que aquello no le había hecho ninguna gracia. En cualquier otro momento, se hubiera lamentado por el malestar de cualquiera, pero no el de ella. Era una mujer demasiado desagradable, a la que siempre parecían importar poco los sentimientos ajenos. Quizá aprendiera algo y lograra mejorar, si reflexionaba sobre ese momento.

—Desde luego. Milady... —En el último momento, incluyó a Olivia en el gesto de despedida, pero sin más, no hubo nada de palabra, solo aquel saludo apresurado. Así se evitaba usar el tratamiento con ella, como siempre—. Me

retiraré, entonces, por hoy. Estaré en mi dormitorio, si necesita algo.

—Dios no lo quiera... —murmuró lady Acton, cuando se quedaron solas. Olivia arqueó una ceja y la anciana rio—. Eso no ha sido muy elegante, ¿verdad?

—No mucho —dijo ella, secundando su risa. Qué mujer tan agradable era lady Acton, qué descubrimientos iba haciendo con ella, día tras día. A esas alturas ya sabía que era reservada, pero no distante; digna, pero no soberbia. De hecho, siempre parecía emitir un aura muy cálida de cariño y respeto por todos los que la rodeaban. Ese era uno de los principales detalles que la hacían de verdad grande—. Pero sí ha sido sincero, de modo que no se preocupe.

—Ven, querida, siéntate a mi lado. —Olivia caminó hacia ella y lo hizo, en el butacón que acababa de dejar la profesora—. Perdona que te haya hecho llamar a estas horas, sé que te gusta pasar un rato con los jóvenes de la casa tras la cena, pero quería hablar cuanto antes contigo, porque creo que te debo una disculpa. —Agitó la cabeza—. No, me consta que te la debo.

—¿Usted?

—Me temo que sí, querida. Harmony no fue muy sutil esta tarde con el tema del Pozo de los Deseos. —Olivia se ruborizó al recordar aquello—. Lo siento, Livvy, lo siento de verdad. Admito que tengo mucho que ver con el hecho de que dijera eso, o que os haya dejado solos otros días. —Sí, esa maldita costumbre de invitar a su hermano y luego desaparecer, con Lucy o Doll, para dejarlos a solas—. Yo la he alentado a llevar a cabo esa clase de tretas, incluso desde antes del regreso de Marcus, de Londres. Le dije que, cuando volviera, intentase... daros espacio, para estar a solas.

—¿De verdad? ¿Incluso sabiendo que algo así podría comprometer mi reputación?

—¿Qué dices? ¡Vamos, Livvy! Sabes tan bien como yo que eso es difícil que llegue a pasar. Estamos en Minstrel Valley. —Se encogió de hombros, un gesto con el que buscaba excusarse—. Aquí las normas son más relajadas que en Londres.

Por supuesto. Y tenía razón, siempre y cuando no hubiese por ahí alguien interesado en que algo así ocurriese. Olivia suspiró. Qué le iba a hacer, no podía enfadarse con ella, ni con Harmony, por intentarlo. Ambas querían a Marcus y

deseaban lo mejor para él.

Ahora que se detenía a pensarlo, en esa casa todas las mujeres querían mucho a Marcus Hale, cada cual a su manera.

—Ya lo sabía, lady Acton —reconoció, sin darle mayor importancia. La anciana la miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí. Bueno, sé que estas semanas, ha sido cosa de todos ustedes. Pero lo de hoy, en concreto, no. Primero sospeché de Marc... de lord Northcott, pero cuando él lo negó, no quedaron muchas más opciones.

—Sí, ya veo... —Sonrió con disculpa—. Lo siento, querida. Supongo que pensarás que soy una vieja metomentodo. —Mejor no contestar a eso. Lady Acton se lo pensó un momento—. Pero, aunque te pido disculpas, la verdad es que no me arrepiento de lo hecho, porque está claro que había que daros un pequeño empujón. Todavía no lo sabes, pero Marcus es un hombre maravilloso. Tienes que...

—No. —Olivia alzó también una mano—. Lady Acton, por favor. No se inmiscuya más en este asunto. Se lo pido por favor.

La otra asintió, pero no dejó el tema. Al menos, no del todo.

—Solo dime si habéis hablado algo hoy. Cuando te ha seguido...

«Oh, demonios». Olivia recordó la discusión en el despacho. Qué momento tan tenso. Pero, debía reconocerlo, de algún modo hasta estaba contenta de haberse reunido con él y haber aclarado algunas cosas. Sobre todo, desde que se dio cuenta de que, tras el gélido lord Northcott, había alguien capaz de sentir algo de verdad intenso.

Aunque, en realidad, también hubiese debido deducirlo de su relación con su hermana y con lady Acton, recapacitó al pensarlo.

Marcus era un hombre de familia, de cariños profundos e incondicionales. El día en que se enamorase... Estaba segura de que amaría con intensidad, con pasión, y la sangre se le aceleraba en las venas solo de pensarlo. Ojalá lograra ser ella misma el objeto de ese sentimiento tan fuerte, tan arrebatador, pero no estaba muy segura de poder conseguirlo.

Al fin y al cabo, hasta el encuentro en el despacho, a ella solo la había tratado

con la tensa deferencia debida a alguien con quien se sentía en deuda. Mostraba un empeño continuo en casarse con ella, sí, pero siempre dejando claro de una u otra manera que solo lo hacía por resarcirla, algo que ella odiaba a muerte. Como el que, en otros momentos, tuviera detalles demasiado románticos, para la realidad de su relación.

¿A qué venía un verso de amor pasado bajo la puerta, si luego se mantenía a distancia, serio y desapegado? O una flor en el plato, algo solo hecho para dejarla en evidencia ante todos y tener que frenar los intentos de unos y otros de poner una fecha para la boda. O ese perfume carísimo, que lo único que indicaba era que el atractivo lord Northcott gozaba de un buen olfato.

O con aquello de la escuela. ¡Venirle con la lista de sus reparaciones y sus necesidades...! ¡Por Dios! ¡Intentar llegar a ella con eso fue tan ruin! Sobre todo, porque se notó que ni siquiera había puesto el corazón en el proyecto. Según le escuchaba, hubiese jurado que le resultaba por completo indiferente el destino de los niños de Minstrel Valley.

Y eso que, Olivia lo sabía, algo así no era cierto. ¿Acaso no le había visto los domingos en el pueblo, a la salida de misa, cuando se acercaban sus antiguos alumnos para saludarla? ¿O en el mercado, donde siempre compraba a la chiquillería dulces, pastas o trozos de tarta?

A Marcus jamás le estorbaban los niños, jamás. De hecho, se notaba que le gustaban, reía con ellos y, al despedirse, siempre solía darle un penique a cada uno, para que se comprasen algún capricho. Incluso animaba a Harmony a pasar un rato con las niñas de su edad y jugar con ellas, pese a la diferencia de clases que las separaba.

Además, la maestra que la había sustituido, la señorita Landon, había terminado por confesar a Olivia que estaba en lo cierto, que era Marcus el que se ocultaba detrás de las obras llevadas a cabo en el edificio de la escuela para evitar corrientes. ¡Cómo iba a creerse ella que, de pronto, el ayuntamiento que siempre le había negado fondos para lo más básico, hubiese decidido hacer justo todo lo que Marcus le había planteado como proyecto personal!

Porque sí, había hecho todo lo que le propuso aquel día en el bosque, incluso lo de comprar nuevos pupitres, además de las dos estufas. Por si eso no hubiese

sido suficiente, había creado la «Beca Anual lady Acton», para que, cada año, los dos niños y las dos niñas con mayores facultades de Minstrel Valley, pudieran seguir ampliando sus estudios en Londres, hasta donde desearan, cada uno dentro de sus posibilidades según inteligencia y género.

Y eso, por supuesto, no se lo había mencionado. ¿Por qué? De hecho, ¿por qué intentaba ocultarlo con aquella historia absurda de los fondos municipales? La respuesta, en realidad, no era difícil de imaginar. Así era Marcus: alguien capaz de intentar conquistarla con detalles vanos o historias interesadas pero, en cuanto surgía algo que le pudiera delatar como vulnerable porque indicase que era más humano de lo que quería dejar ver, se ponía nervioso y lo mantenía en secreto.

Por eso se empeñaba en plantear la boda como un pago por lo ocurrido. Y ella no quería equilibrar cuentas. No quería que se inmolase en un matrimonio por las razones equivocadas. Quería pasión. Un sentimiento como el que, de pronto, había mostrado con aquellas palabras tan intensas, en el despacho.

«Te deseo tanto, tanto, que me duele de un modo casi físico. Pienso en ti día y noche, y vago como un alma en pena porque me consta que no he hecho nada para conseguir tu amor, y sí mucho para lograr tu odio. Pero, a pesar de todo, quiero creer que todavía contamos con una posibilidad.»

Cuando Marcus dijo esas cosas, la sangre de Olivia se aceleró en sus venas y creyó quedarse sin respiración. Todavía no sabía cómo no se había lanzado de inmediato a sus brazos, a pesar del escritorio que había entre ambos.

¿Sería verdad? ¿Marcus sentía todo eso? Pero ¿cómo? ¿Y desde cuándo? No lograba entenderlo. Tan serio siempre, tan distante y desapegado. Incluso cuando le dio aquella rosa había evitado darle una roja, con todas las que había a su alcance, tan hermosas, y con un mensaje tan evidente.

Pero no, le dio una blanca. En un primer momento, hasta se ilusionó. Pensó que quizá se había fijado en detalles y que la conocía más de lo que había podido imaginar, pero no. No tardó ni diez minutos en darse cuenta de que no era por eso.

¿Qué había querido indicar con ello, entonces? Pureza, quizá. Poca pasión, seguro. ¡Por Dios, debía pensar que era una virgen insípida, una pánfila sin un

gramo de ardor en el cuerpo! ¡Alguien incapaz de inspirarle ninguna respuesta a él, en consecuencia!

Lo cierto era que así se sentía, y más cuando la miraba de ese modo serio y distante. Olivia no tenía ni idea de cómo complacer a un hombre, y lord Northcott parecía alguien muy seguro de sí mismo. Alguien muy curtido en los lances amorosos y exigente en... esos asuntos íntimos.

Ella ni siquiera era capaz de imaginar del todo cómo sería besar a alguien.

¡Y era tan tonta! El día de la rosa blanca, cuando entró de vuelta en su dormitorio, corrió como una tromba hacia la chimenea para lanzarla a las llamas, pero se quedó allí quieta con ella, girándola entre los dedos. No consiguió tirarla. Al contrario, la guardó en un libro para que se secase. Algún día, se dijo, podía ser el último recuerdo de algo que hubiese deseado mucho, con todas sus fuerzas, pero que no pudo ser.

No iba a llorar. No pensaba llorar...

Tonta, tonta, tonta... ¿Y por qué se extrañaba? Olivia no podía ser nada, nadie, a ojos de alguien como él, un hombre tan guapo, noble, rico.... Por mucho matrimonio legal que pudiera haber habido entre su madre y lord Camden, la realidad era que, frente al mundo, había terminado siendo una simple maestra de escuela, la hija de un campesino y una costurera.

Sabía que poseía cierta belleza, era una mujer atractiva, pero eso no significaba nada. En Londres, el marqués de Northcott podría encontrar jóvenes mucho más hermosas, y con el mérito añadido de ser hijas de barones, de condes, de duques, de marqueses... Nobles, en general.

¿Cómo iba a quererla *a ella*?

Las dudas la corroían. ¿Y si las palabras del despacho solo era algo dicho para convencerla, para que cediera y le diera aquella satisfacción de «cumplir con su deber» en la que estaba empeñado? Era algo que la aterraba. Sabía que, si se equivocaba en aquello, el día de mañana, cuando ya se hubiese convertido en una auténtica carga para la felicidad del atractivo y poderoso lord Northcott, Olivia se vería atrapada en una espantosa parodia de matrimonio, en la que él miraría siempre hacia otro lado.

Sin molestarla, desde luego. Como un caballero, por supuesto. Pero se

buscaría esas amantes que había mencionado y que tan normales le parecían, y a ella la dejaría allí, en su dormitorio, sola.

Eso sí, cuando fuera a fiestas o de compras, o a pasear por Hyde Park, podría gritarle al mundo que ella era lady Olivia Hale, la marquesa de Northcott.

La solitaria marquesa de Northcott...

No, no podía ser. Marcus no haría eso. Lo había dicho con auténtico sentimiento. ¿O no?

Ojalá fuese verdad. Ojalá...

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo —musitó, al darse cuenta de que lady Acton seguía esperando. La anciana no dijo nada, pero la pregunta estaba en el aire. Olivia suspiró—. Lord Northcott insiste en cortejarme, todos lo sabemos, milady.

—Sí. Ya lo creo que lo sabemos.

—El problema es que lo desea por las razones equivocadas.

—¿Tú crees? —Lady Acton sonrió—. Ten un poco de paciencia con él. Es un buen hombre, pero no está acostumbrado al terreno romántico.

—¿Acaso insinúa que lord Northcott me ama?

—¡Por Dios, no me atrevería a asegurar tal cosa, querida! Solo puedo limitarme a afirmar, sin sombra de duda, que puede llegar a amarte. Pero, solo si ambos os dais una oportunidad.

Olivia miró las llamas.

—Reconozco que también he estado muy enfadada con él.

—Lo sé. Y con razón. Se ofuscó mucho cuando leyó la carta de tu madre y se enteró de todo esto, y no se comportó bien. Pero, date cuenta de las implicaciones que tenía. Tú también te hubieses obcecado en defender a tu madre.

—Es distinto.

—¿Por qué?

—Porque mi madre sí que se ganó mi cariño. Estuvo ahí día a día, me amó. Pero por lo que me ha contado Harmony, su padre no fue un hombre fácil, ni dado a fomentar la relación con sus hijos.

—Es cierto, no fue un hombre fácil. Te diré más: fue un hombre odioso. Yo le

tenía una especial inquina por muchas razones que ya no importan. Pero ten en cuenta que Marcus creció con él. Era su hijo, su heredero, y le quería porque necesitaba quererle, eso es todo. Todos necesitamos querer a nuestros padres para sentirnos bien y seguros. Son el pilar sobre el que forjamos los cimientos de nuestra vida.

—Sí, eso es verdad... —musitó Olivia, sintiéndose algo culpable. ¿Cómo no lo había pensado? Era maestra, había sido testigo de muchas pequeñas tragedias entre las familias de sus alumnos, y no le costó esfuerzo ver a Marcus como un niño asustado, desesperado por querer y ser querido por su padre.

—Además, una cosa es saber cómo es alguien y, otra, cómo deseábamos que fuera. Durante muchos años, Marcus ha... vagado por ahí, en tierra de nadie, tratando de mantener una imagen de su padre a la que poder amar, pese a los muchos detalles oscuros que veía. Una vez hubo muerto, seguro que hasta le resultaba más fácil engañarse a sí mismo. —Agitó la cabeza—. Y, entonces, llegó la carta de Mery Coombs, y estalló todo esto.

Olivia se llevó una mano a la frente, imaginando el dolor de Marcus Hale, al enterarse de aquella historia terrible.

—Es cierto, pobre Marcus —suspiró—. No entiendo cómo de alguien tan reprobable pudieron nacer dos personas como Marcus y Harmony... Lord Northcott, me refiero —corrigió, al darse cuenta de que había vuelto a meter la pata. Y por partida doble, además.

Lady Acton rio entre dientes.

—Sospecho que Marcus y tú os habéis acercado más de lo que pensaba.

—Nos hemos tuteado. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, somos primos.

—En segunda o tercera línea. Pero sí. En cualquier caso, volviendo al tema, la maldad no se hereda, por suerte. El carácter, quizá, pero no la maldad como tal. Ni Marcus ni Harmony tienen una pizca de maldad en el cuerpo. Fíjate, a él le conociste enfadado como nunca le he visto y, sin embargo, tal como pudiste comprobar, estuvo dispuesto a escuchar los argumentos y a aceptar la situación, pese a que se le vino el mundo encima. Y ahora, vive atormentado, pensando en cómo resarcirte por lo perdido.

—Por culpa de su sentido del honor. —Olivia hizo una mueca—. Se ve forzado a casarse.

—Es posible que ahora mismo lo sienta así, aunque yo no estoy tan segura. Lo que sí creo con firmeza es que no es lo único que puede llegar a sentir, como te dije.

Olivia agitó la cabeza, deprimida.

—No sé, lady Acton. Me da tanto miedo...

—¿Miedo? —La miró con amabilidad—. Livvy, hablamos mucho de lo que pueda sentir Marcus. Pero tú... ¿Qué sientes tú?

Olivia cerró los ojos y se encontró con una negrura profunda, pero perfilada de algún modo por el resplandor de las llamas de la chimenea. Le hizo pensar en el cielo nocturno, en aquel sol que se iba, en un día que se perdería en el olvido.

Y, en esa oscuridad, estaba ella sola. Allí no podía mentirse. Ni siquiera quería hacerlo.

—Una atracción irresistible —se oyó decir. Su voz sonó profunda y asustada, como se sentía. Abrió los ojos y miró a lady Acton, y todo salió como un río que hubiese roto una presa—. Desde que le conocí, mi corazón y mi cabeza siguen caminos muy diferentes, milady. Uno me grita unas cosas, la otra me dicta otras, y temo cometer un error al seguir a uno de ellos, por eso siempre estoy tan tensa y seca con él. Yo... sé que debo tener cuidado, o acabaré enamorada de un hombre que no siente nada por mí, excepto lo que le indica su sentido del deber. Y yo no quiero eso, lady Acton. No lo quiero.

La anciana la contempló con amabilidad.

—Lo entiendo, Livvy, pero no adelantemos acontecimientos. Vayamos poco a poco. Él ha dicho que quiere cortejarte...

—Sí.

—Pues deja que lo haga, y aprovecha la ocasión para conquistarle. Eres hermosa, eres lista, eres encantadora... Serías un gran partido, incluso aunque no fueses una Hale, que lo eres, y Marcus lo sabe. —Se inclinó hacia ella, adelantó una mano y la apoyó sobre las de Olivia, que descansaban en su regazo—. No hay que dejarse ofuscar por el eco lejano del futuro, querida. Es algo que aturde y asusta, y no ayuda en nada. De momento, estamos aquí y ahora. Lo que

siembras en el presente, en cada momento que vives, eso es lo único que importa.

«Aquí y ahora». Sí, eso era cierto. ¿Y qué tenía ella? Unas clases que no siempre captaban su interés, porque las sentía como algo sin significado, quizá porque, a pesar de todo, ella no era lady Olivia Hale, sino la señorita Coombs.

Solo era la pequeña Olivia, la hija de Mery.

—Milady... —Si se lo pudiese hacer entender... Pero ¿cómo explicarlo? Ni ella misma acababa de verbalizar aquello, desconcertada como estaba—. Creo que, en realidad, lo que yo deseo es volver a mi vida de siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero cambiar, hacer algo, como lo hacía antes. Si para ello tengo que renunciar a todo esto, lo haré. De ese modo, podré regresar a la escuela de Minstrel Valley, a mis niños. Necesito... no sé. Volver a sentirme útil, supongo. Aprender a bailar o a sostener con elegancia una taza de té no me parece suficiente...

Llamaron a la puerta, y se entreabrió. Marcus se asomó al umbral y saludó con un gesto.

—Lamento interrumpir —dijo, y esbozó una sonrisa—. Prima Helena, ¿quiere jugar al ajedrez esta noche? Pensé que quizá no, porque estaba Olivia con usted, pero he preferido preguntar.

—No, esta noche no, Marcus. Como bien dices, hoy tenemos aquí a nuestra querida Olivia, y preferiría conversar con ella. Pero sírvete una copa y siéntate con nosotras, por favor.

Él titubeó un momento, pero asintió.

—Sí, por supuesto. Será un placer. —Fue hacia el mueble bar y se puso un coñac—. ¿Ustedes quieren algo?

—No, gracias —replicaron ambas.

Olivia le miró de reojo mientras se dirigía hacia ellas. Tras dudar un momento, Marcus se sentó en la silla de la mesita del ajedrez, frente a las dos mujeres.

—No os imagináis cuán agradable es teneros a los dos aquí —dijo lady Acton. Desde luego, se la veía muy satisfecha—. Y conste que, esta vez, no ha sido ninguna artimaña.

—Milady, por favor... —dijo Olivia, ruborizándose. La anciana se echó a reír.

—Es la verdad. Pero dejaré el tema. Charlemos. Es la primera vez que estamos los tres así, y espero que no sea la última.

Marcus dio un trago y carraspeó.

—¿De qué hablaban cuando entré? Parecían muy concentradas en su conversación.

Lady Acton sonrió.

—Por eso eres un buen abogado, querido. ¡Cómo sabes hacer que sea el otro el que tenga que declarar! —Él se echó a reír—. Livvy me contaba que no siente que haga gran cosa. Que le gustaría volver a su casa, a su vida de antes.

Marcus parpadeó y la miró.

—Entiendo. Supongo que le habrá explicado que eso es imposible. No puede hacerlo.

Olivia empezó a fruncir el ceño. Cómo le irritaba que se comportase así a veces, tan firme y desconsiderado, decidiendo por todos. Iba a replicar, pero fue lady Acton la que intervino:

—En realidad, todavía no había tenido tiempo de contestarle. —La anciana sonrió a Olivia, comprensiva—. Y créeme, te entiendo mejor de lo que piensas, niña. Pero Marcus tiene razón: es imposible. Porque, aunque pudieras volver a ser pobre, jamás podrías volver a ser plebeya. No mientras yo viva para recordar que eres la hija de Phil.

—Pero...

—No, espera, no te preocupes, que no vas a tener que renunciar a nada para poder llenar tu tiempo. —Sonrió de un modo sibilino—. De hecho, seguro que ambos sabéis que estoy embarcada en un proyecto. Y me alegra poder deciros que espero que, pronto, tenga que contar con vuestra ayuda para convertirlo en una realidad.

—Lo cierto es que estoy intrigado desde hace tiempo —asintió él—. Y preocupado. Espero que no se exceda.

—No es mi intención, al contrario. Lo que busco es crear algo que me entretenga, pero que me dé menos trabajo del que he tenido hasta ahora.

—¿A qué se refiere? —preguntó Olivia—. ¿De qué proyecto se trata?

Lady Acton se lo pensó un momento.

—Los tres sabemos que no puedo volver nunca a Londres ni, mucho menos, a seguir la vida agitada que tenía antes. Me agota demasiado. —Sonrió—. ¡Incluso recordarlo me cansa! Preparativos, fiestas, visitas, ir de un lado para otro siempre atenta a los detalles... No, me ha costado asumir que esa parte de mi vida ha terminado, pero sé que debo hacerlo.

—Me alegra que lo haya aceptado por fin —dijo Marcus, apenado—. Y lo lamento. Sé cuánto le gustaba todo aquello.

—Lo siento mucho, milady —coincidió Olivia.

—Gracias, queridos. Reconozco que me ha costado asumirlo, como dice Marcus, porque tampoco está en mi naturaleza el permanecer tan ociosa. ¡Me desespero! —Ellas dos rieron. Marcus sonrió, mirándolas con algo que parecía tristeza. Quizá era nostalgia—. En serio, aunque me encanta este lugar, nunca he sido mujer de permanecer quieta tanto tiempo, sin hacer nada más que contemplar el horizonte y escuchar cómo me leen libros en voz alta.

—Entonces, nos parecemos —dijo Olivia.

—Los tres —asintió Marcus.

—Por supuesto. —Lady Acton pasó los ojos de uno a otro—. Somos Hale. —Olivia parpadeó, sintiendo, por primera vez, que sí, que lo era por completo. Su mirada se cruzó con la de Marcus y se reconocieron como iguales—. No lo podemos evitar, somos hormigas activas, no cigarras de salón.

—¡Qué buena forma de decirlo! —exclamó Marcus, y él y lady Acton intercambiaron una sonrisa.

—Por eso, si sigo así mucho tiempo, mano sobre mano, escuchando historias ajenas, sí que me moriré. Me iré apagando como una vela que se acaba, y desapareceré sin más. —Abrió los ojos en un remedo de horror—. Sobre todo, si es la señora Simpson la que asesina al pobre Keats en mi presencia.

Olivia lanzó una carcajada.

—Tuve esa misma impresión al oírla, sí.

—¿Y cuál es su plan? ¿Qué va a hacer? —preguntó Marcus.

—En realidad, lo que he hecho toda mi vida adulta, por supuesto: preparar jóvenes para su triunfo en sociedad, o lo que es lo mismo, en la vida. Pero, esta

vez, estoy decidida a hacerlo de otro modo. Tú me diste la idea, Livvy.

Ella arqueó ambas cejas.

—¿Yo?

—Así es. Aquel primer día, cuando te quedaste desolada por no poder regresar con tus niños de la escuela. Yo me sentía igual por dejar atrás a mis niñas. —Su expresión era nostálgica, como si hubiese pasado un millón de años, y no solo un par de meses—. Y, al pensar en todo ello, se me ocurrió una idea con la que podrás tener una ocupación semejante a la de maestra, aunque sea de otro modo y a temporadas.

—No la entiendo, lady Acton. ¿Qué quiere decir con «semejante a la de maestra»?

—Que puedes ayudarme a organizar algo. —Sonrió—. En lugar de estar en Londres y tener que moverme de un lado a otro para los eventos de la temporada, voy a organizar aquí, en Minstrel Valley, una especie de escuela.

—¿Una escuela?

—Sí, pero... distinto. Será para debutantes y otras jóvenes que tengan necesidad de pulirse antes de su presentación en sociedad, pero también, sobre todo, *durante* la temporada. Será algo único, porque aquí no crearemos unas damas cualesquiera, crearemos auténticas «Damas Selectas». Y, una Dama Selecta tiene que prepararse de continuo.

Olivia frunció el ceño.

—¿Quiere decir que una Dama Selecta va a acudir a su escuela, también durante la temporada?

—Exacto. Por lo general, una vez son presentadas ante el rey, ya se considera que no tienen más que aprender. Son debutantes que se mueven entre los salones de Londres a la búsqueda de un buen matrimonio.

—Así ha sido siempre, sí —admitió Marcus.

—Muy bien. Pero, aquí será distinto. Aceptaremos muchachas de todo tipo, incluso los casos más difíciles, las que parezca que nunca van a conseguir nada en los salones de Londres, ya sea por su absoluta torpeza o su aspecto poco estimulante. Aquí las prepararemos para que se conviertan en alguien capaz de conseguir el éxito.

—¿Cómo?

—Seguiremos de cerca su temporada, claro está. Nos aseguraremos de los avances, estudiaremos los fallos cometidos y buscaremos el mejor modo de solucionarlos. Y nuestras jóvenes asistirán a sus clases hasta que consigan su objetivo. —Sus pupilas se centraron en sus manos; no, en realidad, estaban fijas en la alianza que llevaba todavía en el dedo, se dio cuenta Olivia. Su tono se convirtió en un susurro—: Pero también aprenderán otras cosas.

Marcus arqueó una ceja.

—¿Cómo qué?

—Como que siempre hay que buscar el amor, siempre y en todo momento. Pero también que, luego, hay que saber cómo vivirlo. —Hubo un intercambio de miradas entre su primo y ella. Ambos parecían tristes, pero él, más—. Al margen de ser una criatura delicada e inspiradora, una delicia para la temporada, una Dama Selecta es alguien que busca un matrimonio de un tipo concreto. Aspirará a ser una compañera, no algo secundario en la vida de su esposo. Será una mujer atenta a las cuentas de su casa, Livvy, al bienestar de su familia. Alguien que no se deja llevar como una muñeca, sino que tiene bien sujetas entre las manos las riendas de su vida. Todo eso, intentaremos inculcarlo aquí.

Olivia sonrió. Al fin, algo que podía utilizar en aquel sitio para ilusionarse. Y mucho.

—Eso sí que me gustará aprenderlo.

—Y enseñarlo, llegado el momento, aunque solo sea dando ejemplo. —Ambas se sonrieron—. Y, todo esto, ya no lo haría yo sola en Londres, sino aquí, en este lugar maravilloso. En «la Escuela de Señoritas de lady Acton». —Rio entre dientes—. Suena bien, ¿no crees?

Olivia sonrió.

—La verdad es que sí. Muy bien.

—Me alegra saberlo. Para empezar, estoy organizando las obras y arreglos necesarios. En el piso bajo, en el ala este, habrá un aula amplia y una sala de estar para las niñas y para los profesores. La directora tendrá su despacho y su sala privada, y habrá una sala de reuniones para el profesorado. En el primer piso, pondremos las habitaciones de las niñas. En el ala oeste, que están más

cobijadas, es el lado hacia el que está el pueblo...

—Ya veo que lo tiene todo muy bien pensado, prima Helena —dijo Marcus, divertido.

—Desde luego. Y estoy ya en contacto con mis amigas, para organizar también las cosas en Londres, pero me gustaría mucho que tú me ayudaras a crearla y darle impulso, Livvy. Al fin y al cabo, eres maestra.

Ella arqueó ambas cejas.

—¿Quiere que la dirija?

—¡Por Dios, no! —Lady Acton arqueó ambas cejas—. ¿Estás loca? ¿Es que no nos has oído antes? Estaría muy mal visto, nadie nos enviaría sus niñas si estuviéramos en la puerta, con un delantal y los dedos manchados de tinta, ocupándonos de ellas tan de cerca. No, querida, no. Nosotras somos damas y organizamos en la distancia, elegantes y sutiles como un sueño, dando nuestro respaldo con una sonrisa.

—Ya. —Marcus alzó la copa a su prima, en un brindis mudo—. Quiere decir que actuará como hago yo, con mis asuntos de abogado: con discreción.

Lady Acton rio entre dientes.

—Esa es la palabra adecuada.

—Y es el mejor modo. —La miró a ella, con una sonrisa—. Tenlo en cuenta, Olivia. Siempre que no te vean, puedes hacer de todo. Hasta algo tan aberrante como trabajar.

Olivia rio.

—Procuraré recordarlo.

—Pero sí, necesitaremos una directora, cierto —convino lady Acton—. Contrataremos a alguien para ese empleo. También un administrador, que elegirá y vigilará de cerca Marcus. —Ella y su primo intercambiaron otra mirada sombría. Él asintió—. Y unas profesoras de las materias habituales, pero que sean de lo mejor que podamos encontrar. Las elegiremos entre mis amigas, tú y yo. La señorita Chatham puede servir de secretaria, a menos que veamos que necesitamos más personal.

Olivia la miró, nerviosa.

—Espero hacerlo bien...

—Seguro que sí. Me ayudarás en eso y, cuando ya estés establecida, puedes ocuparte de patrocinar a las jóvenes de la escuela, en Londres. O a colaborar con otras patrocinadoras.

—Ya... —Por Dios, cómo no se daba cuenta—. Milady, creo que espera mucho de mí. En lo de conseguir un matrimonio por amor y buscar ser compañeras de sus esposos, puedo entenderlo, y es, de hecho, a lo que aspiro. — Sintió sobre sí la mirada de Marcus. Era intensa y cálida—. Pero en el resto... Todo eso de ser elegante y sutil como un sueño, yo... Verá, apenas consigo aprender los pasos de la polonesa. Me temo que jamás seré una Dama Selecta.

—¿Quién dice eso? —Lady Acton negó con la cabeza—. Olivia, te contaré un secreto: «Elegancia, coraje y saber estar».

—¿Elegancia, coraje y saber estar?

—Sí. Esas son las tres únicas virtudes que se necesitan para construir a nuestro alrededor esa Dama Selecta que contemplarán los demás con admiración. *Elegancia*, porque es nuestra cualidad básica: somos distinguidas, está siempre presente en nuestra naturaleza incluso aunque no lo sepamos, o no hayamos aprendido a demostrarlo. *Coraje* para afrontar las muchas trabas que nos pone nuestra sociedad, como mujeres que somos, atrapadas en un mundo de hombres. *Saber estar* para sortear esos escollos del mejor modo posible. A ambas nos consta que no lo es.

—No, cierto. ¡A veces es tan frustrante!

—Ahí está, eso es parte de lo que deben aprender nuestras niñas: a asimilar esa frustración, evitando enfrentamientos. Hay muchas cosas que no nos gustan en esta vida, pero provocar un escándalo no conviene a nadie en nuestra situación. Por suerte o por desgracia, el futuro de las mujeres, hoy por hoy, pasa por un buen matrimonio. Quedar apartada, condenada al ostracismo, no sirve de nada, más que para sufrir sin mayor sentido. Hay que saber qué pasos dar y cuándo, siempre con elegancia. Lo único que importa, al final del día, es continuar en el camino.

—Entiendo.

Lady Acton asintió.

—Y, bien, lady Olivia Hale. ¿Qué es lo que vas a ser?

Ella sonrió.

—Una Dama Selecta.

Capítulo 19

—¿Jovencita? ¿Me ha oído?

Olivia parpadeó, volviendo a la realidad. Estaba en una de las salitas que habían acondicionado como aula para Harmony y para ella, situada en la parte de atrás del ala este. Tenían incluso dos mesitas, pequeños pupitres situados frente al escritorio, más grande, de la profesora. Allí daban las clases de etiqueta y francés. En la otra, solo Harmony recibía clase de aritmética, arte, historia y literatura.

Ese día, Olivia estaba sola en clase. Harmony estaba indispuesta, con sus «dolencias femeninas», como le había dicho la señora Burton, así que tenía que aguantar sola a la señora Simpson, que seguía muy molesta con ella. Si antes tenía la impresión de que no le resultaba simpática, y buscaba el modo de no referirse a ella nunca como «lady Olivia», desde la noche en que fue testigo de cómo lady Acton le dejó claro que no quería que le leyera más, se había vuelto por completo insoportable.

Y ella se había despistado. Qué mala suerte.

La profesora la miraba con su expresión agria de siempre. ¿Oír? ¿Oír qué? No, Olivia no había estado atendiendo. La clase de etiqueta le importaba bien poco, y más cuando se centraba en tonterías, como las de ese día. Ella nunca se había considerado una dama hasta llegar a Minstrel House, pero tenía claro que no debía limpiarse los dientes o las uñas en público.

Cada vez estaba más convencida de que aquella mujer insufrible incidía en esos temas solo porque ella estaba presente. A Harmony la trataba de un modo muy distinto. Debía pensar que Olivia había pasado su vida revolcándose con los

animales en la cuadra, o algo por el estilo, y que por ello todavía llevaba piojos o garrapatas escondidas en algún lado. Bichos que la harían rascarse ante algún pobre duque, si no se le inculcaba que no debía hacerlo.

No le interesaban los prejuicios de la señora Simpson, ni la mayor parte de sus tonterías, de modo que se había despistado y había estado pensando en lord Northcott... En Marcus. En si lo vería luego, al tomar el té, si se uniría a ella para dar un paseo hasta el pueblo, o quizá para echarle migas de pan a los patos del estanque, algo que siempre resultaba relajante y divertido. Iba a ser la primera vez que estuvieran juntos, si no se reunía con ellos Harmony.

Marcus... Al final, había resultado no ser el idiota del principio, solo alguien... complicado. Tenía un lado combativo, por el que no le importaba mostrarse desagradable si tenía que defender a los suyos; pero también un lado cordial para la mayoría de la gente, incluso otro tierno, reservado para los que quería. Lo veía con lady Acton, o con Harmony, siempre pendiente, dispuesto a ayudar, a reír con ellas, y era capaz de imaginar el padre firme pero afectuoso, incluso el abuelo lleno de cariño que podría llegar a ser algún día.

Desde la discusión en el despacho, Marcus se había comportado de un modo distinto, interesado en conseguir su objetivo, cierto, pero sin presiones. Seguía mostrándose amable, como queriendo parecer otra persona, un hombre que la agradase en todo, pero ¿quién no lo hacía, cuando estaba cortejando a alguien? En esos momentos, uno mostraba siempre su mejor cara para intentar conquistar a la otra persona.

Y ella quería que Marcus Hale la cortejara. Lo quería, cada vez más. A esas alturas, esperaba con ansia sus encuentros, poder charlar un rato con él de libros, de filosofía, de historia, o reírse juntos de cualquier cosa. Todavía le daba mucho miedo aquella relación, para Olivia suponía un gran riesgo. Prefería ir poco a poco, lo más lento posible, porque quería estar segura de que no le impulsaba solo aquel empeño por cumplir con su deber, pero lo último que desearía sería que Marcus desapareciera de su vida.

O que perdiera ese aparente interés por ella...

—¿Y bien? ¿Jovencita?

Olivia volvió de nuevo a la realidad y bufó. Odiaba aquel «jovencita» tan

afectado que no dejaba de repetir. Cada vez estaba más segura de que lo usaba para evitar utilizar con ella el tratamiento de lady.

—No, señora Simpson —contestó, intentando mantener la calma—. Lo siento, discúlpeme. Es verdad que no estaba escuchando. No me he enterado de nada.

La profesora frunció todavía más el ceño.

—Ya veo. Está claro el porqué no hemos mejorado en todo este tiempo.

«¿Cómo?», pensó ella, casi con sobresalto. Eso era falso, y muy injusto.

—Bueno, yo diría que he avanzado bastante estas últimas semanas —replicó, tensa—. No mucho, pero algo sí...

—¿Usted cree? ¿En serio? Que yo sepa, aquí la profesora soy yo. Y no puedo decir lo mismo. Está tan lejos como el primer día de ser la dama que se espera de usted.

Olivia enrojeció.

—Vamos, señora Simpson, eso no es cierto, y lo sabe. Ya he aprendido que una dama no debe apoyar los codos sobre la mesa, sentarse demasiado lejos de la mesa o dejar la mesa antes de que se diga la gracia... Unos conocimientos de enorme importancia que, sin duda, van a provocar grandes cambios en mi vida.

—No use ese tono conmigo, haga el favor. Una dama debe saber mostrarse respetuosa en todo momento.

—Bueno, según usted todavía no lo soy, por lo tanto, conmigo no cuenta esa norma. De hecho, no la he oído llamarme «lady Olivia» en ningún momento desde que nos conocemos.

Había dado en el blanco, lo supo al momento. La señora Simpson bizqueó un poco y alzó la barbilla, en un gesto de soberbia contenida a duras penas.

—«Lady Olivia», ¿eh? ¿En serio? ¿Así quiere que la llame, cuando no tiene ni idea de la importancia que otorga ese título, y ni siquiera escucha mientras intento explicarle cómo se comporta una dama? No veo que se esfuerce, en absoluto.

—¡Claro que lo hago! Me esfuerzo todo lo posible, día a día.

—Entonces, la situación es peor de lo que pensaba —replicó la otra con maldad—. Porque, como le digo, no se ve ninguna mejora. —Su rostro adoptó una expresión afectada, llena de hipocresía—. Pero no debería ser tan dura.

Supongo que no tiene usted la culpa, querida. Ha nacido aquí, en un pequeño pueblo que pocas veces aparece en los mapas, y no deja de ser una muchacha de campo.

Olivia abrió mucho los ojos. Por lo que tenía entendido, la señora Simpson contaba con veinte años de experiencia en el mundo de la enseñanza. Había educado a muchas jóvenes que, en esos momentos, eran grandes damas de la alta sociedad de Londres. Pero a ella le resultaba imposible imaginar que alguien así pudiera permanecer mucho tiempo en ningún sitio, sin ser despedida.

Claro que, como ya se había dado cuenta en otros momentos, en el mismo Minstrel House mostraba una cara distinta según con quién estuviera hablando. En presencia de lady Acton o de la señorita Chatham, por ejemplo, o incluso de Marcus o lady Harmony no podía intentar mostrarse más encantadora. Inquietante, desde luego, como decían Marcus y su hermana, pero trataba de resultarles simpática y servicial.

Pero los criados sentían poco aprecio por ella, Doll se lo había dicho. Y con Olivia... Estaba claro que no sabía cómo catalogarla. La mantenía a distancia, en general, aunque no dejaba de intuir que la consideraba una advenediza a intentar formar parte de un mundo del que ella lo sabía todo y lo admiraba todo, pero que solo podía contemplar desde fuera. Por eso, por lo general, mantenía aquella actitud hostil, aunque sin excederse nunca.

Pero, ese día estaba traspasando los límites, quizá porque seguía indignada por lo ocurrido en las dependencias de lady Acton.

—¿Cómo se atreve? —logró decir Olivia.

—¿Acaso me equivoco? —Su sonrisa aumentó. Tan fría, tan dañina... Por la cabeza de Olivia pasó la idea de que estaban solas. De haberse encontrado Harmony delante, o cualquier otro testigo, no se hubiese atrevido a ser tan cruel. Pero a ella no la respetaba, ni lo más mínimo, y por ello se permitía el lujo de decirle aquellas cosas en ese momento de rabia—. ¿O acaso he dicho algo malo?

—No, claro que no. He nacido en un pueblo y, por lo tanto, soy una muchacha de campo. Me refiero a que cómo se atreve a hacerme de menos por ello. A mí o a mi madre, o a cualquiera de los míos. A Minstrel Valley en general.

Tal como la miró la otra, tuvo la sensación de haber caído en una trampa. Y,

de algún modo, así había sido, porque la señora Simpson replicó, casi relamiéndose como un gato:

—¿Acaso no es así? ¡Pero, mi querida niña! ¡Si no fuera poco... *apropiado* ser la campesina que es, no estaríamos aquí, trabajando tan duro para cambiarla! ¿No cree? Para convertirla en alguien *muy* distinto a lo que era antes de llegar aquí. En esa elegante y distinguida «lady Olivia» que todavía no es y que yo empiezo a dudar de que llegue a ser nunca.

—Cómo se atreve... —Pero Olivia titubeó. En eso tenía razón. Desde que llegó a Minstrel House querían cambiarla, y en definitiva era porque no resultaba lo bastante buena para el mundo en el que se movían en esa casa. Ese parecía ser el mensaje final que estaba detrás de todas aquellas clases.

Por eso se sentía casi siempre tan fuera de lugar, tan inferior a aquella gente tan elegante. Y le daba pánico ese futuro que querían para ella, en el que nunca hubiera sido capaz de imaginarse, y en el que podía cometer un millón de errores cada día.

Ya podía verse, en un banquete elegante en Londres, comiendo con la boca abierta, para horror del ilustre conde situado enfrente.

Bah, qué tontería. No había comido así nunca, ni cuando vivía en su casita con Mery y la señora Meyers. Pese a las insinuaciones de aquella bruja, su madre había sabido educarla bien.

—También se da cuenta, ¿verdad? —dijo la otra, percibiendo sus dudas—. Le consta que estoy en lo cierto. Le dicen cómo debe comer, sentarse, andar... Incluso cómo debe quedarse quieta. —Entrecerró los ojos—. Porque hay que cambiarla por completo.

—Pero ¿qué dice? Yo...

Se llevó una mano a la sien. Necesitaba pensar, necesitaba encontrar una salida a ese argumento tan ruin. Maldita bruja... De haber estado presente Harmony, nunca se hubiese atrevido a decirle esas cosas, nunca. Con Harmony en clase no hubiera...

Parpadeó, al darse cuenta de que, allí, tenía la respuesta, y fue como un bálsamo que aclaró su mente. La miró, alzando la cabeza.

—Su argumento no solo es cruel, señora Simpson, además, es una enorme

tontería.

La profesora se mostró algo confusa por el repentino contraataque, pero la fulminó con la mirada.

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo porque es la verdad. Usted es la que ha dicho que recibo clases porque me quieren cambiar, solo por ser una muchacha de campo. Pero, entonces, ¿qué hace Harmony en el pupitre de al lado? ¿Acaso a ella también quieren cambiarla? —La otra no replicó, no tenía argumentos. Tampoco lo esperaba. Ni siquiera le dio suficiente tiempo—. No, señora Simpson, las cosas no son así. Me consta cuánto debo cambiar, pero también que no tengo por qué avergonzarme de mi pasado. Igual que me consta que su comentario solo iba dirigido a hacerme daño.

La señora Simpson se ruborizó.

—Pero ¿qué dice? Eso no es verdad, jovencita. Yo la estaba regañando con toda la razón y...

—Basta —la interrumpió, terminante. No iba a permitir que evadiera su responsabilidad escudándose en la relación entre profesora y alumna—. No vuelva a llamarme «jovencita», jamás, señora Simpson. Soy lady Olivia Hale. —Entrecerró los ojos—. Y si no se dirige a mí como es debido, y de inmediato, tendré que hablar al respecto con lady Acton.

—¿Para decirle qué? —replicó la otra, enfadada—. No le serviría de nada. Aquí yo soy la maestra, y si tengo que reprocharle algo, o castigarla por algo, no dude de que lo haré.

—No lo pongo en duda. Pero estoy segura de que le disgustará saber cómo se comporta conmigo. No sé si seré capaz de convencerla de que no la despida. De hecho, me temo que ni siquiera querré intentarlo. —La señora Simpson se quedó muy quieta, llena de rabia. Justo entonces se oyó la campana de Saint Mary. Era la hora del almuerzo—. Se acabó la clase. Retírese como es debido, señora Simpson. —Como seguía sin decir nada, la azuzó—. Hágalo o vaya recogiendo sus cosas. Se lo advierto muy en serio.

La mujer apretó los labios en un gesto lleno de arrugas.

—Insisto en recordarle que todo esto viene de la regañina que he tenido que

echarle por no prestar atención a las clases. —Olivia bufó. Vale, de modo que insistía en convertir aquello en la pataleta de una alumna que no quería aceptar que la riñesen con razón. Pues no quedaba otro remedio que hablar con lady Acton y pedir que la despidiesen. Pero, entonces, siguió hablando—: Que no vuelva a pasar... *lady Olivia* —acabó, con aspecto de estar envenenándose con las palabras.

Ella asintió.

—No se preocupe. Y, de ocurrir, aceptaré que me regañe, por supuesto. Vuelvo a disculparme por mi despiste. —Hizo un gesto con la cabeza, hacia la puerta, que esperaba que hubiese quedado hasta majestuoso—. Puede retirarse.

Aquello terminó por enfurecerla, seguro. Sus mejillas adoptaron un tono rojizo poco halagüeño. Pero no dijo más. Cogió sus libros y las láminas que había llevado para la clase, y salió.

Olivia se quedó allí, aliviada. No le hubiese gustado tener que despedirla, se sentía reacia a provocar tal catástrofe en nadie. Seguro que la señora Simpson necesitaba el empleo para poder vivir. Y quizá todo aquello solo había respondido a su inquina por ella, como un hecho aislado.

Salió también y tomó el almuerzo a solas con lady Acton, porque la señorita Chatham estaba otra vez en Londres. Y, al parecer, Marcus había salido a revisar la situación de algunos arrendatarios.

—Un pequeño favor que le he pedido —comentó lady Acton. Luego, sonrió—. Así se sentirá más ocupado.

Después, Olivia asistió a la clase de baile con Lionel Hastings. Luego lo lamentó. Tenía que haber dado cualquier excusa porque, al no estar Harmony, el profesor se centró en ella. Muchas veces bailaban Harmony y Olivia de pareja, mientras el profesor vigilaba los pasos y les indicaba los errores. Pero también solía hacerlo él mismo con ellas. Iba alternando entre las dos, intentando asegurar que ambas recibían la misma cantidad de tiempo a la hora de ensayar las distintas danzas.

—Bailaré con ustedes —les dijo ya desde el primer día—. Hay que hacerlo así, porque bailar de verdad no es lo mismo que hacerlo entre dos jovencitas. Para bailar *de verdad*, con el cuerpo y el espíritu, se necesita un hombre y se

necesita una mujer, dos seres conscientes de la naturaleza de su género, que se combinan en una única criatura, llena de gracia y pasión. De modo que, para terminar haciéndolo bien, ambas tendrán que pasar por mis afortunados brazos, miladies —añadió, con su habitual costumbre de jugar al coqueteo, algo que nunca llegaba a mayores.

Al menos con ellas. Por lo que había oído decir, todas las doncellas, excepto quizá Lucy, que aspiraba a alguien con título, estaban locas por él. A saber qué estaría pasando con el atractivo profesor de baile, bajo el techo de Minstrel House.

Ese día, al ser su única alumna, Olivia tuvo que bailar con él varias cuadrillas, polonesas y unos cuantos vales, y ni siquiera tenía la ayuda de la música de la señorita Chatham. En conclusión: no pudo hacerlo peor. Hastings decidió dejarlo, alegando que no formaban una criatura elegante y apasionada, ni mucho menos, sino alguna clase de ciempiés cojo y bizco. Desde entonces, la tuvo haciendo giros y movimientos, indicando sus muchos errores.

«Qué mala suerte», pensó. Vaya día. Era una de esas ocasiones en las que hubiese sido mejor no levantarse de la cama.

Cuando acabó por fin la tortura de la clase, tomó el té, de nuevo a solas con lady Acton. Por suerte, su conversación nunca era aburrida. Estuvieron hablando de la abuela Joan y otras anécdotas del pasado. Le gustaba mucho que le hablase de otros tiempos y de la gente que recordaba de Minstrel Valley.

Al terminar, subió a ver a Harmony, pero dormía y no quiso molestarla. Hacía un día bastante agradable, de modo que bajó al jardín, donde estuvo lanzando trozos de pan a los patos del estanque, y luego fue a la biblioteca a leer.

Estaba allí, recostada en uno de los cómodos sillones, cuando entró Marcus. Al parecer, acababa de llegar y traía un paquete en la mano, además de dos libros.

—Buenas tardes —le dijo. Ella sonrió en respuesta—. Pensé que estaríais de paseo. ¿Y Harmony?

Olivia se ruborizó, mientras se pensaba la respuesta.

—Le dolía un poco la cabeza —dijo, eludiendo la respuesta directa, por pudor. Además, recordaba bien cómo se había turbado Marcus, cuando hablaban de la

abuela Joan y se refería de cualquier modo a un parto. Si mencionaba otros temas más femeninos todavía, seguro que empeoraba el asunto. Él se dio cuenta de que omitía algo, porque la miró preocupado—. No era nada importante, pero prefirió descansar un rato. Seguro que se reunirá con nosotros en la cena.

Marcus asintió, más tranquilo.

—Muy bien. Han llegado sus acuarelas de Londres. Se las daré más tarde. Pero, mira... —Dejó el paquete sobre el escritorio, aunque se quedó con uno de los libros. Sonrió, acercándose para enseñárselo. Era de tapa roja y formato extraño. Estaba escrito a lo largo, en apaisado—. Como le gusta el dibujo y tiene que esmerarse en el francés, también he conseguido la *Histoire de monsieur Jabot*, de Rodolphe Töpffer, publicado hace un par de años en Ginebra. Según dicen, es *littérature en estampes* —añadió, con un acento perfecto.

—¿Literatura en estampas? ¿Qué es eso?

—Compruébalo tú misma —dijo él, entregándoselo.

Olivia dejó su propio libro en su regazo, tomó el que le tendía y le echó un vistazo. ¡Eran... eran dibujos!, comprobó, asombrada. Muchos estaban relacionados unos con otros, como siguiendo una secuencia, con un breve texto en la base, un par de frases que añadían algo de información. En su conjunto, parecía contar la historia de un individuo lamentable, un auténtico bufón que intentaba abrirse paso entre la alta sociedad, simulando ser uno de ellos. Recordó las palabras de la señora Simpson. ¡Qué poco apropiado para el día que había tenido!

Pero no dejaba de tener su gracia y, como sistema de narrar algo por medio de imágenes, varias en cada página, resultaba muy novedoso. El texto estaba en francés. Pudo comprobar que Töpffer era suizo.

—Es... asombroso —reconoció. De hecho, la idea de utilizar así los dibujos le parecía brillante por parte de monsieur Töpffer. Lo hojeó un poco más y se lo devolvió, tomando nota de que debía pedírselo a Harmony para leerlo después—. Me gusta mucho, Marcus. Seguro que Harmony se sentirá encantada.

—Lo sé —replicó él, contento. A veces, parecía disfrutar más que la propia Harmony de los regalos que le llevaba. Dejó el libro con los otros—. ¿Y tú? ¿Qué tal el día?

Eso hizo que recordase otra vez a la señora Simpson, a lo que se añadieron sus propios pisotones al profesor Hastings; situaciones que hubiesen merecido, ambas, unas cuantas imágenes del señor Töpffer, así que bufó.

—Mejor dejarlo estar. —Marcus arqueó una ceja y se echó a reír—. ¿Y tú? ¿Qué tal todo?

—Bien, bien. Se pueden mejorar muchas cosas, desde luego, es algo que siempre pasa, pero las casas están en muy buen estado, los campos y los animales parecen bien atendidos, y a los arrendatarios se les ve felices. Se nota que lady Acton es alguien que se preocupa del bienestar de los suyos.

Olivia sonrió.

—Una peculiaridad de los Hale.

Él casi le devolvió la sonrisa, pero recordó algo y titubeó.

—Sí. Bueno, digamos que de casi todos... —Seguro que había pensado en su padre. Ambos dejaron pasar de largo el comentario: hacía un día demasiado agradable como para dejarse arrastrar por aquel tema tan oscuro. Marcus se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar para mirar el jardín trasero. Tardó todavía un poco en seguir hablando—. Cuando sale el sol, está todo precioso. Me encanta la primavera, y más en Minstrel Valley.

Ella se sintió contenta, de un modo absurdo.

—A mí también. Siempre ha sido mi época favorita. Es el comienzo de un nuevo renacer, y queda además todo el verano por delante.

Marcus sonrió.

—Sí, es una buena forma de verlo. —Echó una mirada a su libro, de lejos—. Por cierto, ¿qué estabas leyendo?

—Ah. —Volvió a cogerlo y le mostró la portada. El título era lo bastante grande como para que pudiera reconocerlo a esa distancia, o eso creía—. Terminaba *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Bueno, la he acabado poco antes de tu llegada. Ahora estaba repasando algunos pasajes.

—Oh. ¿Y qué te ha parecido?

—Es magnífico. Pero... —Olivia dudó, buscando la palabra exacta—. Triste. Me ha parecido muy triste.

—Triste —repitió Marcus. Asintió—. Sí, lo es. Aunque no hubiese podido ser

de otro modo, Livvy. Nadie ha escrito sobre la sensación de sentirse abandonado como Mary Shelley.

—Sí. —Movié el libro en el aire—. Gracias por dejármelo, Marcus. Hacía mucho tiempo que quería leerlo. Ya te he contado que, en Minstrel Valley, no hay más biblioteca que la que yo inicié en la escuela, y nunca he podido permitirme demasiados libros. Tenía que encargarlos y pagarlos yo misma, y siempre suponían un pequeño lujo. Las novelas, sobre todo, solían quedar relegadas para otra ocasión. Me centraba en textos de estudio y en cosas para los niños.

—Sí, me lo dijiste, aunque me sorprende. De las que hemos comentado, pocas novelas he leído que tú no conocieras también.

—Aproveché cuando vivía en Londres, el año en que fui a estudiar para maestra. —Suspiró, recordando la fastuosidad de la capital. ¡Qué distinto era todo en aquel lugar! A ratos lo echaba de menos—. Allí sí que había buenas bibliotecas.

—Ah, claro. Tenía un... —Algo llamó su atención, fuera—. ¡Eh! Mira, ven, ven. Con cuidado. No hagas movimientos bruscos.

Olivia dejó el libro en el asiento, se puso en pie y fue hacia él. Se apoyó a su lado y miró también hacia fuera.

A pocos metros, en la hierba, dos pajarillos se movían entre las flores de los cuidados parterres. Piaban, como hablándose el uno al otro, mientras picoteaban a su alrededor. Al fondo, más allá de los pasillos embaldosados y la explanada, también de piedra, donde al parecer se bailaba en otros tiempos, podían verse algunos más, bebiendo y jugando con el agua de la gran fuente central del jardín trasero.

—Qué bonitos —dijo Olivia, con una sonrisa. Había tanta luz, era tan intenso el momento...

—Sí que lo son, sí.

Estuvo contemplándolos un par de segundos. Entonces, se dio cuenta de que Marcus miraba hacia otro lado. En concreto, hacia el alféizar.

Sus manos estaban muy cerca la una de la otra. Si Marcus movía unos milímetros el dedo meñique, solo unos milímetros, llegaría a rozarla. La tocaría,

y ella, estaba segura, sentiría un brinco del corazón dentro de su pecho. En realidad, ya se le estaba acelerando.

«Hazlo, hazlo», pensó. Y luego podía girarse hacia ella y dar ese único paso que los separaba. Y...

Alzó los ojos y se topó con sus pupilas. Ambos supieron qué pensaba el otro y se quedaron quietos, tensos, unos segundos. Ninguno hizo nada.

—Será mejor que suba —dijo él, apartándose con algo de brusquedad—. Debo cambiarme antes de la cena. Nos vemos luego, Livvy.

—Por supuesto...

Olivia le devolvió la inclinación y lo siguió con la mirada, hasta que desapareció tras las grandes puertas que daban al pasillo. Marcus no se volvió en ningún momento. Durante todo aquel largo minuto, su imagen fue solo la de un hombre alto y gallardo que se alejaba, dándole la espalda.

Eso la inquietó. No estaba enfadado con ella, eso seguro, pero se había tomado muy en serio su promesa del despacho aquel día. Desde entonces, su actitud había cambiado de un modo radical. Al margen de alguna que otra broma inocente, iba poco a poco, tan poco a poco que, a veces, la desesperaba.

—No seas tonta —susurró, ya a solas en la gran biblioteca—. Todavía no estás segura. Creo que empieza a quererte, pero todavía no... no es el momento. Aún no sabe que eres la mujer de su vida.

Río para sí. Qué tonta...

Esa noche, en la cena, la que no estuvo fue lady Acton, aunque no era algo fuera de lo normal. No siempre les acompañaba: de hecho, en muchas ocasiones, si había tenido un día muy cansado, se quedaba en su dormitorio y le subían una bandeja.

Por eso, hubiese tenido que cenar con Marcus a solas, algo que, no podía negarlo, le hubiera encantado. Pero como Harmony se sentía mejor y estaba aburrida de estar encerrada en su dormitorio, bajó para estar con ellos.

No le importó. A pesar de esa pequeña decepción, fue una cena divertida, no pudo negarlo. Quería mucho a su joven amiga, y tanto Marcus como Harmony compitieron a la hora de contarle anécdotas que la hicieron reír.

Luego, charlaron un rato en una salita, mientras Marcus se tomaba su copa y

se fumaba su cigarro, un ritual nocturno que había llegado a agradarle mucho. A Harmony le encantó el libro de Töpffer y aseguró que no tardaría en plasmar alguna historia siguiendo ese sistema.

Ella les miraba hablar y sonreía para sí. Quizá no fuera todavía el momento de hablar de amor, pese a sentir el corazón rebosante de ese sentimiento intenso y vital, pero cada vez estaban más cerca.

Capítulo 20

Atardecía. Marcus estaba con Olivia, contemplando el fondo del Pozo de los Deseos, apoyados ambos en el borde. El aire olía a lavanda y se preguntaba si reuniría el valor suficiente como para deslizar su mano hacia la de ella, y rozar sus dedos. Solo rozarlos...

—Mira, está allí —dijo Olivia. Algo brillaba en la oscuridad del fondo—. Vale muchos millones de libras. ¿Qué será?

Él la miró sorprendido. Y dolido.

—¿No lo sabes?

—Dilo tú.

Tac, tac, tac...

Estaba decidido, iba a tocar sus dedos. De hecho, iba a besarla, no podía seguir sin hacerlo. Se inclinó en su dirección, poco a poco, degustando el momento...

Tac, tac, tac...

Olivia empezó a desvanecerse. Y el perfume a lavanda.

Y la tarde cálida que compartía con ella.

Tac, tac, tac...

Ese sonido insistente y unas voces lograron despertarle del todo.

Marcus se incorporó en la cama, aturdido. ¿Dónde demonios estaba? Ah, en su dormitorio. Se había tumbado un poco a leer mientras esperaba a que llegase la hora del té, y se había quedado dormido.

¿Y qué demonios pasaba fuera? Rodó sobre la enorme cama de su dormitorio, se levantó y se dirigió al balcón que daba al jardín trasero. Las puertas estaban

abiertas y la brisa de la tarde hacía oscilar las cortinas.

Desde allí pudo comprobar que Harmony y Olivia ensayaban unos pasos de baile, cerca del Viejo Gigante, al ritmo impuesto por el profesor Hastings. Contempló sorprendido al pequeño grupo. ¿Por qué estaban allí? Por lo general, esas clases las daban en el inmenso salón de baile, con la señorita Chatham tocando el piano. Lady Acton todavía no había encontrado un músico de su gusto.

Entonces recordó que la señorita Chatham se había ido otra vez a Londres, por el asunto de su hermana, y no se la esperaba hasta esa tarde. Claro, por eso estaban aquellos tres allí fuera, debían haber elegido dar la clase al aire libre. Lo cierto era que hacía un día estupendo. En el cielo sin nubes brillaba un sol que llegaba a calentar con fuerza por momentos, dando una sensación casi veraniega. Quizá incluso hacía demasiado calor.

Abajo, Harmony y Olivia bailaban la una junto a la otra, marcando con bastante gracia los pasos de una polonesa, mientras seguían el ritmo lento y metódico del bastón del profesor Hastings.

Tac, tac, tac...

Qué hermosas se veían las dos. No pudo evitar sonreír. Se apoyó en la barandilla de piedra a mirar.

—¡Muy bien, Livvy! —rio Harmony, tras un giro—. ¿Lo ves? ¡Se te da mucho mejor que a mí!

—Me temo que eres demasiado amable, querida. Por suerte, veo dónde está mi tercer pie, justo ahí, poniendo la zancadilla a los otros dos. —Harmony lanzó una carcajada—. A este paso, el profesor Hastings va a optar por lanzarme al estanque, con el resto de los patos.

—Es una posibilidad que he considerado, no lo niego —admitió el susodicho, que ese día lucía un gran pañuelo de encajes, con un nudo perfecto, y un traje azul marino. La melena rubia brillaba y se agitaba con la ligera brisa. Estaba muy atractivo—. Otra es que yo me case con usted hoy mismo, lady Olivia. ¡De ese modo no necesitará asistir a la temporada y no tendrá que seguir bailando!

En la ventana, Marcus arqueó una ceja, pero ambas muchachas rieron, divertidas.

—¿Podría casarse conmigo también, entonces! —protestó Harmony—. ¿Acaso no le apena la forma en que destrozó las polonesas?

—Si le soy sincero, me preocupan más sus cuadrillas, milady. Pero los valeses... ¡Ah, los valeses! —Una de sus manos aleteó en el aire, frente a él, pero en vez de estrellarse contra su rostro, como era el anhelo de Marcus, terminó posándose en el pecho impecable del traje, con la suavidad de una mariposa—. Ellos lo compensan todo, lady Harmony. ¡En el vals, sus preciosos pies vuelan! ¡Se nota que tiene un corazón lleno de pasión!

La ceja de Marcus se tensó todavía más, como nunca había llegado a estar hasta entonces, de hecho. A ese paso, iba a tener que bajar a darle un puñetazo en la nariz al gallardo profesor Hastings.

Un puñetazo muy apasionado, desde luego.

¡Cómo le gustaba coquetear a aquel hombre! Coquetear y algo más, porque había rumores de que tenía loco a todo el personal femenino de Minstrel House, aunque, que él supiera, solo parecía haber iniciado algo con Sally, la doncella personal de lady Acton. Les había visto desde esa misma balconada, un atardecer, mientras se preparaba para la cena con la ayuda de Upton.

Hastings y Sally estaban besándose junto al Viejo Gigante. Le costó reconocerlos, al menos a ella, porque estaban envueltos en sombras.

No podía reprochárselo, y no lo hacía, desde luego. Ambos eran jóvenes y tenían sus necesidades. Al fin y al cabo, él mismo había considerado varias veces iniciar algo con la señorita Chatham, en Londres, y todavía al poco de llegar a Minstrel Valley, lo que hubiese sido todavía más inconveniente. Pero le crispaba los nervios que aquel conquistador estuviera tan cerca de Olivia.

Y de Harmony, claro.

—Recuerde, lady Olivia —estaba diciendo él, ajeno a semejantes pensamientos. *Tac, tac, tac*—: *prestancia*. Distinción. Gentileza. Encanto. Todo eso es la base de una Dama Selecta, ese tipo de dama en el que lady Acton desea que se conviertan, miladies. Algo único y celestial.

La pobre Olivia no pudo evitar un bufido de fastidio.

—No sé, les recuerdo a ambos que yo acabo de empezar en todo... esto —replicó, conteniendo la impaciencia. Y eso que no lo hacía nada mal. Tenía una

elegancia natural para aquello, como lo tenía para todo, Marcus ya se había dado perfecta cuenta de ello—. Me conformaría con llegar a ser una dama normalita, la verdad. Del montón.

—¡Del montón! —replicó horrorizado Hastings—. Vamos, vamos, querida niña, nada de eso. No sea tan dura consigo misma, le aseguro que ya lo seré yo, de resultar necesario. Usted acaba de empezar, pero veo que tiene posibilidades, puede conseguirlo en muy poco tiempo. Vamos. —*Tac, tac, tac*—. La mirada al frente, la barbilla erguida, los hombros firmes, la espalda recta. Más, más, más recta, incluso en la inclinación...

—Por Dios, voy a romperme...

—Si ocurriera semejante tragedia por culpa de mi polonesa, le doy mi palabra de que me casaré con usted. —Harmony rio—. Y con usted, lady Harmony. Me haré musulmán para poder hacerlas felices a ambas.

—Por mí no se preocupe —gruñó Olivia.

—¿Cómo no hacerlo, viendo esa espalda? Más recta, más...

Olivia bizqueó mientras se inclinaba, tiesa como un palo torcido. Estaba claro que no le gustaba el baile, y no ponía el corazón en ello. Marcus sonrió para sí. Quizá era que no había encontrado la pareja adecuada.

Se oyó a lo lejos la campana de Saint Mary.

—¡La hora! —exclamó Harmony, encantada.

—Oh, sí, por fin. ¡Creí que nunca llegaría! —dijo Olivia, levantándose de un salto. Como el profesor Hastings frunció el ceño y siguió marcando el paso con el bastón, preguntó, preocupada—: ¿No hemos terminado por hoy?

—¡Oh, por favor! —gimió Harmony—. ¡Hemos pedido que nos preparen una cesta con el té para poder ir a tomarlo a las ruinas de Scott Hill!

Él torció la boca en lo que hubiese podido ser una mueca de fastidio, pero se notaba que las jóvenes le hacían mucha gracia.

Paró el bastón.

—Está bien, está bien, no las retendré ni las torturaré más, miladies. Vayan y disfruten de este maravilloso día, que se lo han ganado de sobra. Ya continuaremos mañana. Porque, recuérdenlo... —Se inclinó, galante, con una mirada de auténtico conquistador—. A las tres en punto, serán más de nuevo.

Más risitas. El profesor Hastings entró en el edificio y Marcus se planteó bajar, salirle al paso en algún pasillo y llamarle al orden. Pero, en definitiva, resultaba bastante inofensivo, al menos con las jovencitas de la casa. Y él estaba en pleno proceso de redimirse por sus formas, llevaba semanas intentando borrar el pasado, desde su discusión en el despacho.

No era cosa de que un enfrentamiento así llegase a oídos de Olivia. Seguro que no se lo tomaba a bien.

—Señora Burton, ¿sabe si está lista la cesta? —preguntó Harmony, abajo.

El ama de llaves debía rondar por allí. Qué mujer, se movía de continuo por todas partes, atenta y severa, servicial, pero exigente. Siempre vigilando que todo se hiciera de un modo correcto, ajustado al tiempo de su reloj.

—No tardará, la señora Witt está con ello —la oyó replicar—. En cinco minutos las aviso. —Y luego, empezó con sus gruñidos, como de costumbre—. ¡Pero no se queden aquí, miladies, vayan dentro o siéntense en el porche! Hagan el favor de tener más cuidado con el sol. Recuerden que no deben parecer simples campesinas, pónganse a la sombra.

—Sí, señora Burton —respondieron las dos, sumisas, pero en cuanto la mujer se alejó, empezaron a reír.

—Ven, vamos aquí —dijo Olivia. Se movieron hacia la escalinata que había en ese lado del porche trasero y se sentaron en el peldaño superior, cerca de la barandilla. Marcus tuvo que moverse un poco para poder seguir viéndolas. La sombra del Viejo Gigante cubría aquella zona, aunque no siempre. Algunos rayos se filtraban de vez en cuando entre sus ramas y, con la brisa, las dos muchachas quedaban expuestas al sol a ratos—. Entre el sol y la sombra, para contento de todos.

—Qué astuta. —Harmony suspiró—. ¡Ay, Livvy! Qué bien se está aquí. Me quedaría dormida...

—Y te despertarías con la piel tostada. Ya puedes imaginar el escándalo. Te estarían dando absurdas friegas con leche o cosas así, y te tendrían encerrada meses, hasta que volvieras a estar blanca.

—Cierto. Qué pena que no podamos tomar el sol todo lo que queramos.

—Yo siempre lo he hecho —replicó Olivia con indiferencia—. Aunque nunca

he llegado a ponerme morena de verdad, raro era el verano que no terminaba con bastante color.

—Qué curioso. Me hubiese gustado verte. —Hubo un segundo de silencio antes de la siguiente pregunta—: ¿Añoras tu vida anterior?

—No mucho, la verdad. Soy muy feliz aquí. Pero sí que echo de menos sentirme ocupada.

—¡Pero si no paras! ¡Tienes clases todo el día!

—Ya, bueno... Ocupada *de verdad*. —La otra debió interrogarla con la mirada, porque añadió—: Da igual, no puedo explicarlo. En todo caso, espero volver a estarlo pronto.

—¿A qué te refieres?

—Oh... a nada. —Se refería al asunto de la escuela de lady Acton, claro, pero les había pedido discreción hasta que se organizase todo bien—. ¿Sabes? Lo más importante es que añoro a mi madre, cada día —dijo, con tono más profundo—. Pero bueno, aquí os he conocido a ti, y a lady Acton, y me siento otra vez en familia.

—Y a Marcus.

—Bueno, sí... A Marcus también.

—Desde hace un tiempo estás distinta con él.

—Porque ha dejado de insistir en la boda. Ya no me agobia con «hago esto porque sé que la hará feliz, lady Olivia, por cierto, cuando nos casamos para poder limpiar mi honor con mi sacrificio», y situaciones por el estilo.

—No seas mala. Marcus quiere agradarte, es normal.

—Sí, lo sé. Es solo que... —Que preferiría que lo hiciese de corazón, claro, no con segundas intenciones. No lo dijo, pero quedó evidente. Y aunque tenía razón, Marcus no pudo evitar sentirse molesto, como le ocurría siempre con aquel asunto. Qué demonios, como si fuera fácil cortejar a una dama, la cosa se volvía casi imposible cuando no se dejaba cortejar y todo le parecía mal, porque no quería sentirse presionada—. Bah, da lo mismo. Olvídalo, tienes razón. Dejemos todo en que estoy muy contenta aquí, con vosotros.

—Yo también he llegado a apreciarte mucho, Livvy —replicó Harmony, al cabo de un par de segundos—. De hecho, hasta que llegaste, no sabía lo sola que

estaba.

—Bueno, nunca has estado sola, cariño. ¿Por qué dices eso? Estás rodeada de gente que te quiere. Tu hermano, lady Acton... Incluso la señorita Chatham, que pasa mucho tiempo contigo.

Harmony bufó.

—Antes preferiría hacerme amiga de Doll que de esa arpía de Melanie. De hecho, soy amiga de Doll, por mucho que la señora Burton insista en que debemos mantener las distancias.

—Haces bien. Doll es una muchacha encantadora, me ayudó mucho cuando llegué aquí. Pero Melanie no es una arpía, en realidad. Solo es alguien en una mala situación y que busca una salida.

—Supongo que sí. Pero estoy segura de que no tendría problemas en pisar a cualquiera, con tal de encontrarla. Como Lucy. ¡Menudo bicho! —Bajó la voz, pero Marcus la oyó con claridad—. ¿No has visto cómo miran esas dos a Marcus? ¡Te aseguro que ya se ven como marquesas de Northcott!

Él sonrió en el balcón. Olivia se echó a reír.

—Qué cosas dices.

—Haría una apuesta, de no ser porque le daría un mal a la señora Simpson. Lady Acton dice que tiene corazonadas respecto a las personas. A mí me pasa algo parecido, Por eso, Livvy, hazme caso. Sé distinguir el carácter de la mayoría. Y no todos me gustan.

Olivia suspiró.

—Eres demasiado joven para ser tan sabia —dijo, apesadumbrada.

—Da igual. —Le cogió una mano entre las suyas—. Lo único que importa es que, con tu ayuda, todo es más fácil. Agradezco mucho que estés aquí.

—Yo también, cielo.

Vio que se abrazaban y el corazón se le enterneció. Qué estampa más bonita. Ojalá pudiera tenerlas a las dos, así, siempre juntas y felices.

—La cesta espera en la cocina, miladies —se oyó la voz del ama de llaves—. Cuando estén listas, avisen y una doncella la cogerá y se reunirá con ustedes. ¿Seguro que no quieren que preparen el coche? Hay bastante distancia hasta las ruinas.

—No sé... —Harmony se puso en pie la primera, aunque Olivia la imitó casi de inmediato—. Nos lo pensaremos mientras cogemos las cosas.

—Muy bien, lady Harmony —replicó la mujer, aunque no parecía muy conforme.

Al quedarse solas, las muchachas volvieron a reír.

—Tiene razón en que hay una caminata, pero nos llevará poco más de media hora —dijo Olivia—. Otro tanto para volver... Podemos estar casi una hora allí, y todavía llegar con tiempo para la cena.

—No sé, me da miedo arriesgar, ya sabes lo estrictas que son lady Acton y la señora Burton con los horarios.

—Bueno, lo pensamos. Subo a por la chaqueta y el sombrero.

—¿Bajas los míos? Yo voy a avisar a Lucy.

—¿A Lucy? ¿Con lo poco que le gusta andar? Y no digamos ya lo de servir un té en el campo.

Harmony rio.

—Por eso lo hago. —A Marcus casi se le escapó una carcajada. Pequeña pérfida—. Ahora nos vemos.

—Muy bien.

Marcus se lo pensó un momento y se dirigió a la jofaina. Se lavó la cara y se mojó el pelo para peinarlo rápido, y terminó de ajustarse la ropa frente al espejo del tocador. Se sintió casi como alguno de los caballeros que vivieron en aquellas ruinas del castillo de los Scott, preparándose para alguna de sus guerras.

—Muy bien, lord Northcott. Listo para la batalla —se dijo, terminando de ponerse la chaqueta, mientras miraba sus propias pupilas en la superficie del cristal—. Intenta no meter la pata hoy.

Cogió el bastón y el sombrero, y bajó casi dando brincos por las escaleras secundarias del ala oeste. Por suerte, no se encontró con nadie. Hubiese resultado un tanto impropio de su posición.

Las jóvenes no estaban en el vestíbulo, aunque sí encontró allí al señor Barry, sacando brillo a uno de los apliques metálicos de la puerta de la calle. Al verle, se incorporó mientras guardaba el trapo en el bolsillo, lo que le llevó a pensar que se trataba de su propio pañuelo. El hombre se apresuró a abrirle el umbral,

con gesto deferente.

—Milord.

—Señor Barry... Siempre tan ocupado.

—Así lo quiera Dios por muchos años, milord. —Salió con él fuera, y bajaron las escaleras de la fachada principal. Habían cambiado algunas de las flores de los parterres que las adornaban, se fijó. A la izquierda de su posición, junto al cenador, vio al señor Randall con sus cosas de jardinero, ocupándose de algo en las raíces de un sauce. Más cerca, los patos del estanque nadaban o dormitaban en la caseta, felices bajo el sol—. ¿Va de paseo?

—Eh... Sí. Hace un buen día.

—Desde luego, milord. —Miró hacia la entrada. Las grandes puertas exteriores estaban abiertas y, justo en ese momento, estaba entrando un jovencito, un muchacho rubio, muy guapo, con expresión decidida. Marcus le calculó trece o catorce años. Le sonaba conocido—. Vaya...

—¿Quién es?

—Se llama Johnny River, milord. Viene todos los días a pedir trabajo. Ya le he dicho cien veces que milady no necesita a nadie más. Y menos un crío. ¡Eh, muchacho! —llamó, aunque con amabilidad—. ¿Otra vez aquí?

—Sí, señor Barry, buenos días —respondió el chico, con una sonrisa animosa—. He pensado que no le dije que soy un buen carpintero. ¡Y también se me da bien arreglar toda clase de cosas!

—Vaya. Estás lleno de virtudes. Ayer eras un gran pintor y anteayer la jardinería no tenía secretos para ti. Por no hablar de lo bien que se te dan los caballos.

—Soy un hombre que aprende rápido, señor. —Marcus sonrió, aunque hubo algo agrídulce en el modo en que aquel crío quería ser mayor—. Aunque atender los caballos es lo que más me gusta. —Sus ojos brillaron—. ¡Seguro que podría ayudar en la caballeriza! Y podría dormir allí mismo, en cualquier rincón sobre la paja, puedo cubrirme con mi chaqueta y no ocupo mucho espacio. Además, no como mucho. Me conformaría con las sobras.

—Pero querrías cobrar un sueldo.

—¡No, señor! Me conformo con alojamiento y comida. Seguro que aquí

puedo aprender muchas más cosas. No necesito dinero.

—¿Y tus padres, chico? —preguntó Marcus, intrigado—. ¿Qué opinarían de algo así?

Un brillo de dolor cruzó las pupilas de Johnny. El señor Barry hizo un gesto en dirección a Marcus.

—Es el marqués de Northcott, muchacho. Más te vale comportarte.

—Un honor, milord. —Johnny le hizo una reverencia, torpe pero sentida—. No se preocupe por eso, yo no tengo padres. Nunca los he tenido.

—Vaya. Lo siento...

Justo entonces se oyó el ruido de las grandes puertas de Minstrel House al abrirse y salieron Harmony y Olivia, seguidas de cerca por Lucy. La doncella iba cargada con una gran cesta que debía pesar lo suyo, pero al verle perdió parte de su expresión de enojo.

Johnny alzó una mano.

—¡Señorita Olivia!

—¿Johnny? —Al reparar en el muchacho, Olivia aceleró el paso y bajó la escalera, para alcanzarles—. ¡Johnny! ¿Qué haces aquí?

—¡Olivia! ¡Livvy, no corras! —exclamó Harmony. Mientras la seguía, a paso moderado, se fijó en Johnny, que sonrió al verla e hizo una reverencia algo torpe. Ella se ruborizó, quizá porque eran más o menos de la misma edad. Nerviosa, miró a Marcus—. ¿Pasa algo?

—Este joven caballero viene buscando trabajo —explicó. El chico se dirigió a Olivia con aire desesperado.

—Señorita Olivia, ¿no podría decirles que me den algo, por favor? ¡Así podría irme de una vez de la casa de la señora Cotton! ¡Por favor, se lo ruego! ¡Usted sabe bien que es un infierno!

—Claro que sí. Perdóname, Johnny, debí haber ido a buscarte hace mucho.

El muchacho la miró sorprendido.

—¿A mí?

—Claro. Sé lo difícil que tiene que haber sido vivir con Mildred Cotton. Hubiese debido preguntarte desde el principio, desde que me asenté aquí, si querías venir.

Johnny asintió.

—No se preocupe, señorita Olivia, entiendo que tiene sus propios problemas. Pero yo tengo que salir de allí. Haré lo que sea.

—Yo también, descuida. —Olivia se volvió hacia los dos hombres presentes—. ¿Podrían ocuparse de buscarle algo, por favor? Johnny es muy trabajador y voluntarioso, fue siempre mi mejor alumno. Vive con la señora Cotton, pero estoy segura de que, si se le da trabajo aquí, no habrá ningún problema. Todo el mundo estará más que de acuerdo en que se traslade a vivir con nosotros.

—No sé si... —empezó el señor Barry, pero Marcus le interrumpió alzando una mano, aunque tardó un poco en hablar porque, de pronto, se le había ocurrido que le convenía oponerse.

¿Acaso no se quejaba Olivia de que siempre intentaba complacerla por un plan? ¿Que no era sincero en sus avances? Si se negaba a contratar a Johnny River, le quedaría claro que no estaba actuando, que no era todo un puro teatro para conseguir convencerla de las bondades de un matrimonio con él.

Pero tampoco podía hacerle eso al chico. Acababa de darse cuenta de por qué le sonaba conocido. De los domingos a la salida de la iglesia, por supuesto. La señora Cotton lo llevaba con ella a misa y el chico siempre parecía apagado, deseoso de escabullirse. Había llegado a pensar que era su nieto, atado a una abuela dominante y malvada. Pobre muchacho.

—Por supuesto —terminó diciendo—. Si lo recomienda lady Olivia, tendrá un sitio en esta casa. Y necesitamos un buen trabajador, alguien que ayude en las caballerizas.

—¿En serio? —Johnny casi pegó un brinco de pura felicidad—. ¡Gracias, milord! ¡Gracias, señorita Olivia!

—Es *lady* Olivia —le corrigió Marcus, aunque sin acritud.

—Eso. Lady Olivia, perdón. —La miró intrigado, pero no indagó al respecto, aunque seguro que estaba lleno de preguntas—. Gracias, de verdad.

—Muy bien, entonces. —Marcus se volvió hacia Barry—. Señor Barry, ¿puede ocuparse de presentarlo a la señora Burton?

El señor Barry arqueó una ceja.

—Si le soy sincero, preferiría enfrentarme otra vez a la caballería francesa que

iniciar cualquier conversación con esa mujer, milord. ¡Es peor que muchos generales de los que he conocido! Pero qué se le va a hacer. —Hizo un gesto a Johnny—. Vamos, muchacho, tú te lo has buscado. Aunque seguro que le caes en gracia, dada tu amplia variedad de habilidades.

Johnny había palidecido, pero mantenía una expresión decidida.

—Le aseguro que no va a ser peor que la señora Cotton.

—No lo es, no te preocupes. —Olivia lo abrazó y sonrió—. Bienvenido, Johnny.

—Gracias, señorita... lady Olivia.

—Ahora entiendo tu insistencia, chico —dijo el señor Barry, palmeándole un hombro—. No sabía que vivías con esa mujer. ¿Eres algún familiar?

—No, me recogió cuando tenía ocho años. Cuando murió el padre Roberts. —Marcus se sobresaltó y buscó las pupilas de Olivia, que le devolvieron una mirada directa—. Ya no lo soporto más.

—Bueno, no será necesario llegar a ningún extremo enojoso. Hasta yo estoy de acuerdo en que la temible señora Burton es mejor que Mildred Cotton. Vamos, ven conmigo. —Se dirigió hacia la escalinata—. Por hoy, entrarás por la puerta principal. Pero no te acostumbres.

—Yo... ahora debo irme, pero hablaremos cuando vuelva —le dijo Olivia.

El muchacho asintió y alcanzó a Barry en un par de brincos. Se le veía feliz.

—¡Es curioso que, justo aquí, vaya a empezar una nueva vida! —Hizo una señal hacia el suelo, a media escalera, y Olivia sonrió y asintió—. ¡Gracias, milady! ¡Gracias, milord!

—¿Quién es? —preguntó Harmony cuando el señor Barry y Johnny estuvieron ya dentro de la mansión.

—Un huérfano —respondió Olivia—. Nadie conoce su origen. Lo abandonaron aquí mismo, en esos peldaños, cuando era un bebé. Lo recogió el padre Roberts y lo crió hasta... hasta el incendio. —Marcus contuvo la respiración, sintiendo que se le revolvía el estómago—. Johnny tenía ocho años por aquel entonces y estaba durmiendo en la casa del párroco. No murió por pura suerte.

—Qué terrible... —dijo Harmony, abriendo mucho los ojos.

«Si tú supieras», pensó Marcus, cada vez más decidido a enterrar todos aquellos secretos.

—Luego se habló de quién podía ocuparse de él, y lo recogió Mildred Cotton, por supuesto. Es una beata y una arpía, alguien malvado y dictatorial, pero que se esfuerza por parecer piadosa. Pero claro, es pura apariencia. Utiliza lo que sea para poder decir a los demás cómo tienen que vivir. El pobre Johnny ha estado atrapado bajo su sombra desde entonces.

—Pues me alegro de que le hayamos acogido. —Harmony la miró con expresión sentida—. Pobre Johnny, ha debido vivir un infierno. Odio a esa clase de gente.

—Yo también. —Olivia suspiró—. Eso sí, estoy segura de que, en cuanto se entere, la señora Cotton pondrá el grito en el cielo y tratará de llevárselo.

Marcus apretó la mandíbula.

—No te preocupes. De darse el caso, yo me ocuparé. Johnny no se moverá de Minstrel House.

—Gracias. —Olivia sonrió—. De verdad.

—No hay de qué, Livvy. No lo hago por ti, sino por él.

Olivia lo miró, confusa por el comentario y el tono con el que había sido dicho. También Harmony estaba sorprendida. ¿Por qué? ¿Acaso no pensaba que era mejor mantener las distancias? Ella misma había dejado claro que quería ir poco a poco.

Por supuesto, no tardó en sentirse mezquino, y se hubiese disculpado con Olivia de no ser porque su hermana empezó a hablar, quizá para hacer pasar el momento cuanto antes.

—¿Te vienes de paseo con nosotras, Marcus? ¡Hoy vamos a ir a las ruinas del castillo de Scott Hill, en las tierras de los Clifford! Es una buena caminata, pero muy agradable.

Marcus titubeó. Había pensado hacerse de rogar, pero ¿para qué? Olivia tenía razón, siempre estaba actuando ante ella, se mostraba como pensaba que podía gustarle más, o como creía que podía resultar más interesante. No como era. No hacía lo que quería, sin más vueltas.

Tenía que cambiar las cosas y asumir que no podía pagar una deuda que no

quería cobrarse...

—Está bien, hermanita, si tú me lo pides, iré encantado. —Hizo una inclinación hacia Olivia—. Y si a lady Olivia le parece bien, por supuesto.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras.

Cuánto entusiasmo... Marcus decidió obviarlo y miró la cesta. Se la cogió a Lucy.

—Permíteme. —Aunque fuera una doncella, no podía permitir que cargase con aquel peso todo el camino. Él era un caballero—. Yo la llevaré.

Lucy abrió mucho los ojos y se ruborizó.

—Gracias, milord.

—No hay de qué —replicó, algo sorprendido. Pues sí que era una jovencita muy guapa, nunca se había fijado bien hasta ese momento. Qué pena darse cuenta tan tarde, cuando no sabía bien qué rumbo iba a tomar su vida. A ella sí que le hubiera puesto una casa en Londres, seguro que se hubiese conformado con eso, aunque soñara con ser la marquesa de Northcott. Un imposible, no por la diferencia social, sino porque dudaba de que se pudiese enamorar de ella. Carraspeó, recordándose que estaba con Harmony. Se volvió hacia su hermana—. ¿De verdad no preferís ir en coche?

—¡No, no! —Harmony sonrió. Se notaba que disfrutaba con la perspectiva del paseo—. Queremos caminar, y ver cosas.

—Muy bien, entonces —dijo, la cesta en una mano, el bastón en la otra—. Vamos allá.

—¡Qué estupendo que vengas, Marcus! ¡Verás qué cosas más ricas nos ha puesto la señora Witt en la cesta! ¡Qué bien vamos a pasarlo! —Harmony se colgó del brazo en el que llevaba el bastón y dio un par de saltitos. En cuanto cruzaron las puertas exteriores de Minstrel House empezó a tirar de él hacia el sur, por King's Road—. ¡Estoy deseando llegar y enseñártelo todo!

—En ese caso, sería mejor ir en la dirección correcta —dijo Olivia. Al ver cómo le miraban, señaló hacia el oeste—. Es por allí.

—Pero, por ahí no hay camino... —Harmony contempló sorprendida la pradera salpicada de árboles, los campos labrados y el bosque al fondo—. Y

siempre hemos ido por el pueblo.

—En realidad, fuimos *desde* el pueblo. ¿Te acuerdas? Las dos veces estábamos allí, sin nada que hacer, y surgió la idea de acercarnos hasta las ruinas. —Harmony puso cara de haber recordado y asintió—. Pero hoy, nos encontramos a bastante distancia, y si queremos aprovechar bien el tiempo, tenemos que tomar el camino más recto posible. Por aquí tendremos que ir un tramo campo a través, pero más adelante encontraremos senderos. Y acortaremos mucha distancia.

Tenía razón: sin dar todo el rodeo que implicaba el camino al pueblo, llegarían antes. Además, se notaba que Olivia conocía bien la zona: se movieron por muchos senderos y atajos secundarios que conducían hacia la colina donde se levantaban las ruinas del castillo, ya fuera atravesando bosquecillos y grandes campos cultivados, o hermosas extensiones de hierba.

Un paseo que se demostró como muy grato desde el primer momento, sobre todo por el paisaje que les rodeaba, aquella preciosa campiña inglesa pintada por los colores vibrantes de la primavera. Ciertamente hacía mucho calor, que el sol golpeaba con fuerza por momentos, pero el lugar estaba salpicado de árboles y raro era que no tuviesen siempre cerca una sombra bajo la que cobijarse.

¡Qué razón había tenido Harmony! Ir en coche no hubiese sido ni la mitad de agradable.

Marcus sonrió para sí y empezó a disfrutar de la caminata.

Capítulo 21

Harmony iba hablando, como siempre, de cuanto iban viendo, y Olivia contestaba sus preguntas.

Marcus solo intervenía de vez en cuando. Se sentía de un humor extraño: bien, cada vez mejor, de hecho, pero reflexivo y algo melancólico. Era tan agradable estar así, caminar con ellas, dejarse llevar disfrutando de aquella impresión maravillosa de haberse librado de un peso enorme. Ya no sentía que le iba la vida misma en cumplir con su familia, en equilibrar a cualquier precio la infamia de lo ocurrido, ya fuera a costa de su libertad o de la propia voluntad de Olivia. Si ella no lo deseaba, no podía obligarla a aceptarlo.

Pero quizá todavía quedaba una posibilidad: el amor.

Pese a todo lo ocurrido, mientras contemplaba aquel paisaje bellissimo, se dio cuenta de que no había renunciado por completo a enamorarla, por difícil que pudiera resultarle. Con un poco de suerte... ¿No decía todo el mundo que aquel lugar estaba empapado por el amor y la magia? O por la magia del amor, vaya... Algo así había entendido cuando hablaban de su leyenda...

—Me gustaría escuchar por fin la historia de esa famosa leyenda —se oyó decir, antes siquiera de terminar de pensarlo. Harmony y Olivia, que habían estado hablando de algo, se interrumpieron y le miraron—. La de la Dama Blanca y el juglar, si es que no te importa repetirla una vez más, Livvy.

—¡Claro que no! —exclamó Harmony—. ¿Verdad, Olivia?

—Oh, pues... sí, por supuesto, si quieres, yo encantada. —La muchacha sonrió, con algo que quizá fuera nostalgia—. Es una historia preciosa, muy nuestra, muy de Minstrel Valley. Y eso que no se conocen apenas detalles

concretos, creo que ya nadie los recuerda y dudo que se puedan llegar a recuperar algún día. Seguro que había muchos datos en la iglesia, pero, con lo del incendio, se perdieron gran cantidad de archivos y...

Volvieron a mirarse. Claro, maldición, vaya día. Una y otra vez la mención del maldito incendio provocado por sir Herbert.

—Sí, entiendo —dijo, intentando disimular ante Harmony—. Adelante, sigue, por favor.

—Claro. Verás, en tiempos, en el castillo de los Scott, al parecer el señor decidió casar a una de sus hijas...

—Pero así no —protestó Harmony—. Así no, Livvy. ¡Cuéntaselo como me lo contaste a mí!

—Pero...

Olivia se había ruborizado. Qué interesante. Marcus la observó con detenimiento.

—¿Cómo se lo contaste?

Ella se encogió de hombros.

—Es que... Cuando era niña, mi madre me la narraba a mí casi como si fuese una representación teatral. —Movi6 los brazos—. Se inventó unos versos y gesticulaba al escenificarla. —Se encogió de hombros—. Cosas así.

—Ah. —Se echó a reír—. Me encantará verlo.

—¡Sí, por favor, Livvy! ¡Aunque solo sea el comienzo, para que lo vea!

—Oh, por favor... Está bien. —Olivia puso los ojos en blanco, y luego tomó aire. Cuando volvió a centrarse en ellos, se la vio más decidida. Dio una vuelta sobre sí misma y les hizo una reverencia, impostando la voz—. «¡Escuchad atentamente, / habitantes del lugar, / porque aquí traigo una historia, / que no debéis olvidar! / Es historia, es leyenda, / lo que yo voy a contar; / sobre amores, sobre magia, / sobre un tiempo singular». ¡Y eso es todo! —añadió, volviendo a su tono normal para romper el encanto de la actuación—. El resto, lo contaré sin ripios.

—¡Me encanta! —rio Harmony—. ¡Tu madre debía de ser muy divertida!

Olivia parpadeó, triste.

—Lo era, sí.

Marcus sonrió, sintiéndose rebosante de cariño. ¿Cómo podía haber vivido sin saber de la existencia de Olivia Coombs? La imaginó en su casa, creciendo, una niña encantadora, ignorante de su auténtico linaje, pero feliz con aquellos versos sencillos.

—¿Lo compuso tu madre? —preguntó.

—Sí. Desde muy pequeña me lo contaba todo así, rimando, y ella se envolvía en una sábana para simular ser algún narrador de otro tiempo. Pero ahora no lo voy a recitar entero, me limitaré a decir que, según cuenta la leyenda, Minstrel Valley es un rincón... especial. Un sitio en el que conviven el amor y la magia, atrapados en un tiempo distinto.

Marcus lanzó una carcajada.

—Eso ya lo sabía —dijo—. Me consta cada vez que leo la fecha del periódico.

—Qué ocurrente. —Ja. Sonó a reproche falso, porque le hizo gracia. De hecho, quedó en evidencia en cuanto sonrió—. Amor, magia y tiempo empapan por completo esta tierra, Marcus, entrelazados mil veces, con mil nudos distintos, de tal modo que no pueden soltarse. Y suponen una combinación muy poderosa.

—¡La que más! —convino Harmony, arrebolada.

Olivia asintió. Su expresión había adquirido un curioso aire soñador.

—Pero ¿cómo ocurrió? —Olivia alzó un dedo enguantado, con aire misterioso. Marcus imaginó que también era parte del teatro de su madre, y que lo contaba así ella a sus alumnos—. ¿Qué sucesos dieron comienzo a todo? Para entenderlo, hay que remontarse muy atrás en el pasado, atrás, atrás. —Con cada «atrás», hubo un giro del dedo en el aire—. Más atrás de lo que piensas, a la época en la que Minstrel Valley no se llamaba así. Nadie recuerda qué nombre recibía el pueblo en aquel lejano entonces, si es que existía como tal, pero nadie duda de que todo todo empezó allí.

Olivia movió el brazo y señaló con el dedo que ya tenía listo hacia delante, hacia la silueta suave de la colina que se alzaba al fondo, tras los bosques y las construcciones que había entre medias. También estaba cubierta de árboles, sobre todo hayas y olmos, y tenía un aire hermoso y cautivador, como todo el paisaje que les rodeaba.

Marcus echó un vistazo, con curiosidad.

—Ahí arriba están las famosas ruinas, ¿no?

—Sí. Son lo que queda del castillo de los Scott, una rama pobre de la familia Lancaster. Poco más se sabe de ellos, pero nos consta que, en un momento dado, una hija del señor, una muchacha de la que se dice que era muy joven y bellísima, fue entregada en matrimonio a un hombre al que no amaba. No solo eso, sino que le desagradaba mucho. Era viejo, feo, malvado y muy violento.

—Menudo compendio de virtudes —rio él.

Harmony se estremeció.

—No seas malo, Marcus. A mí me parece terrible... ¡Tener que casarte con alguien así!

Olivia sonrió y le pasó un brazo por los hombros.

—Era lo habitual, cariño. Si ahora el matrimonio se sigue considerando una pura cuestión de negocios, imagina cómo eran las cosas en aquellos tiempos. Hablamos de hace varios siglos, no sé cuántos. Era una época en la que no se contaba con la opinión de las jóvenes casaderas, en absoluto.

—No te preocupes, que eso a ti no te pasará —la consoló Marcus—. Podrás elegir con libertad. Y, si es un botarate, ya me ocuparé yo de hacerle madurar lo más rápido posible.

Olivia lo miró con reproche.

—Seguro que estás pensando en arrinconarle en cualquier reunión y amenazarle con un puñetazo si no se comporta bien con tu hermana.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me has tomado? —Marcus simuló ofenderse—. De darse esa situación tan... desagradable, te aseguro que no me quedaría en un simple puñetazo. Le amenazaría con una paliza completa, como poco. —Ellas agitaron las cabezas, contemplándole con la misma expresión crítica. Marcus simuló considerarlo—. En realidad, creo que lo haré en cualquier caso, según me lo presentes. Así nos curamos en salud.

—¡Marcus! —exclamaron las dos damas.

Solo había hablado un poco en broma, no del todo. Más de una vez se había imaginado arrinconando por los salones de Londres a todo posible pretendiente de Harmony. No pronunciaría la palabra «paliza», por supuesto, al menos no

para empezar, pero sí que pensaba intimidarles, y dejar claro que, con los Hale, no se jugaba. Y con Harmony Hale, menos todavía.

Captó la mirada suspicaz de Olivia y carraspeó. Mejor volver a la leyenda.

—Bueno, dejemos el tema de momento, que me intriga mucho lo que me estabas contando —dijo, intentando congraciarse—. ¿Se sabe qué le pasó a esa belleza, casada con el ogro de la historia?

Olivia se encogió de hombros.

—Poco, pero sí algo. Por lo que parece, el marido fue reclamado por el rey, quizá para ir a una de las Cruzadas.

—Ah, entiendo. —Vale, ya se ubicaba un poco en el tiempo, aunque con un margen de un par de siglos, porque, que él supiera, hubo varias misiones a Tierra Santa—. El difícil trance de ser noble en la época. Tener que armarse con una maza bien grande, llena de pinchos metálicos, e ir a dar golpes por ahí.

La broma tuvo como recompensa una risilla de las dos jóvenes. Eso estuvo bien. Incluso de Lucy, aunque tardó un momento en unirse.

Olivia asintió.

—El caso es que, sí, tuvo que partir y dejar a la joven recién casada en el castillo.

—Pobrecilla... —murmuró Harmony, indecisa—. O no sé si alegrarme, la verdad.

—Quizá deberías hacerlo porque... —Sonrió y soltó una nueva frase de su madre—. «En su ausencia, aquella dama, / conoció a nuestro juglar, / que soñaba desde siempre / con mil historias contar».

Marcus arqueó una ceja.

—Un juglar, ¿eh?

—Sí. Debió llegar a estas tierras por aquel entonces, y la leyenda dice que era realmente guapo. —Sonrió y añadió—: «Su nombre no lo conozco, / pero puedo asegurar, / que su figura galante, / todos tienden a alabar. / ¡Verso rápido! ¡Voz hermosa! / Nada lo puede evitar: / las jóvenes de todo el valle, /se sienten enamorar».

A medida que lo decía, se llevó una mano al pecho y se inclinó ante Harmony con una reverencia gentil y muy graciosa, que hubiese podido ser propia de un

juglar de otros tiempos. Su hermana dio unas palmadas, encantada y le devolvió el saludo, alzando la falda e inclinándose casi hasta el suelo.

Olivia sonrió a Marcus.

—Así lo presentaba siempre mi madre —concluyó.

Él lanzó una risa. Cualquiera con un mínimo de sensibilidad poética caería fulminado ante una rima semejante. Por suerte, en esos momentos a él le importaban más otros valores. Imaginó a la joven costurera, esa que había aprendido a escribir después de casarse, componiendo aquellos versos torpes pero sentidos, para hacer sonreír a su hija. Lo único que le quedaba del hombre que amó.

No podía haber poesía más hermosa.

—Pues me parece encantador —dijo, y se notó que la frase le había salido del corazón. Olivia sonrió.

—Gracias, Marcus. Sí, así era aquel juglar: encantador. Cuenta la leyenda que todas las muchachas del pueblo, de la primera a la última, se iban enamorando de él a medida que lo veían, y nuestra joven dama no fue una excepción. Por supuesto, él se fijó en ella y correspondió de inmediato a ese amor...

Esa parte del relato no le pareció tan romántica. Por supuesto, el juglar tenía a todas las jóvenes enamoradas, pero fue a fijarse en la única con poder y riquezas. Pero mejor no decirlo. Le echarían en cara su falta de sensibilidad, y no era el momento para dar pie a algo así. No tenía sentido empezar una discusión con aquellas dos románticas empedernidas.

—Por supuesto —se limitó a decir, con tono neutral.

Quizá ella se dio cuenta, porque Olivia le lanzó una mirada, que no supo descifrar.

—Para su desdicha, esa muchacha estaba ya casada —siguió diciendo—. Y, en aquella época, nadie iba a reprocharle a un noble que matase a un simple juglar, por el puro placer de hacerlo. De modo que su situación no podía ser más peligrosa.

—Cierto.

—Pero, nuestro juglar no pudo evitar enamorarse a su vez, pese a saber los riesgos que implicaba algo así. Aunque no lo creas, es algo que, algunas veces,

ocurre. El amor te arrastra como... como un río tumultuoso. —Los ojos de Olivia brillaron y Marcus sintió que algo se estremecía en su interior. En ese momento, se juró que la besaría. Pronto—. Si caes en él, puede que consigas salir, pero será en algún otro punto de la corriente, allá donde te haya llevado la fuerza de sus aguas.

«Y te arrastra con más fuerza todavía si tienes riquezas, poder, o un aspecto deseable», pensó él, pero sus labios siguieron siendo prudentes.

—En eso, estamos muy de acuerdo —dijo, no supo bien por qué. Vio que la había sorprendido. Quizá esperaba un comentario cínico por su parte. Algo más acorde con aquellos pensamientos tan poco románticos que mantenía en silencio. Pero, aunque no lo pareciera, también creía en el amor. El amor verdadero—. Continúa, por favor.

Olivia titubeó un par de segundos, pero terminó asintiendo.

—Pues, por lo que se cuenta, aquella joven era toda una dama.

—¡Una Dama Selecta! —afirmó Harmony. Olivia rio.

—Eso es. Una Dama Selecta. Alguien tan fascinante, tan delicada y perfecta, que hizo que esos versos rápidos propios del juglar se quedasen paralizados entre sus labios, para luego salir como un río de auténtica poesía, esa que surge del alma y por eso llega muy dentro y sobrevive al paso de los siglos. —Lo miró con intención—. De la que te gusta, Marcus.

Él rio.

—Así es. Me declaro culpable.

—«Ese poema es distinto, / ese vibra con pasión» —declamó entonces Olivia—. «Lava ardiente hay en la rima, / que surge de su interior. / Su música eleva el alma, / en las venas es ardor; / caricia en piel, beso en boca... / Ahora sabe qué es amor».

—Esa estrofa sí está bien —concedió Marcus, sorprendido. Olivia sonrió—. ¿También era de tu madre?

—Digamos que en ella también participé yo un poco. Fue una colaboración. —Su rostro se entristeció—. Nos divertimos mucho aquel día. Y era necesario que hubiese un verso más hermoso ahí. Por simple que fuera.

—¡Claro! Su poesía cambió, porque estaba enamorado —aportó Harmony—.

Y, como consecuencia de ello, aquel juglar se hizo famoso en todo el valle, con sus nuevos versos y sus cantos.

Olivia asintió.

—Eso es. No sé si alguien conoce los detalles concretos de lo que sucedió a continuación. Pero, por lo que yo tengo entendido, vivieron su amor hasta que el marido regresó y montó en cólera.

—Como es lógico, por otra parte —apuntó Marcus.

La mirada que le dedicó Olivia fue directa y algo desafiante.

—¡Marcus! —protestó su hermana—. ¡Ya te hemos dicho que ese hombre era odioso, y la obligaron a casarse con él! ¡Se merecía eso y más!

—Eso no puedo negarlo. Me ha quedado claro que el pobre diablo era malvado, además de viejo y feo. Vaya suerte nefasta la suya. —Se encogió de hombros—. Pero era el marido, y es normal que se molestase, al volver de la guerra con la maza de pinchos cubierta de sangre y pelo de sarraceno, para encontrarse a la esposa componiendo poesía con un juglar joven y guapo.

Las dos lo miraron con fijeza y luego se echaron a reír. Él las secundó.

—Mira que eres tonto —dijo su hermana.

—Bueno, soy abogado, recuerda. Somos poco románticos... por lo general. —Hizo un gesto obsequioso hacia Olivia—. Sigue, por favor, Livvy.

Ella sonrió.

—Muy bien, aunque, visto lo visto, no sé si alguien como tú va a poder captar la esencia de esta historia. Le daremos un voto de confianza —dijo, mirando a Harmony. Su hermana asintió, muerta de risa. Detrás, Lucy suspiró, con expresión inescrutable—. Al ponerse la situación tan peligrosa, los dos jóvenes decidieron huir. Lograron contactar de algún modo y acordaron un encuentro en el lago, se supone que en algún punto de Lake Hill, la colina sobre la que ahora está la posada, aunque no se sabe si es cierto. —Agitó la cabeza—. Pero él nunca se presentó.

Marcus la miró, intrigado a su pesar.

—¿No acudió a la cita?

—Eso parece. —Los ojos de Olivia brillaron—. La gente piensa que, para entonces, el marido ya le había hecho matar y que sus hombres lo habían

enterrado en algún punto del valle, a saber dónde.

—Pues vaya... ¿Y qué fue de la joven dama?

—¿Ella? Me temo que enloqueció, o eso parece indicar la historia. Dicen que vagó durante un tiempo por la orilla del lago, como un alma en pena, buscando a su amante, y un día también desapareció. —Hizo un gesto incierto—. Se supone que se suicidó. Que se metió en el lago, nadó aguas adentro y terminó ahogándose.

Marcus se detuvo de golpe, no pudo evitarlo, y la miró con fijeza.

—Pues qué historia más espantosa, caramba, Livvy...

—¿Tú crees? —Casi parecía divertida por su reacción—. Quizá, de haber estado alguna vez enamorado, podrías entenderla mejor.

—¿Qué tendrá eso que ver? —Se calló la respuesta inmediata que le vino a los labios: que él sí que estaba enamorado, por completo y para siempre. Y, aun así, seguía sin entender aquella leyenda de amor y muerte, como la había descrito el señor Barry—. Me estás hablando de una pareja de enamorados que no logran disfrutar de su amor en vida y que mueren separados, y de forma trágica. Es... es *espantoso*. Creía que el abogado era yo. El poco romántico. Y ya ves, a mí, las historias de amor me gustan con final feliz. Siempre.

«Toma nota», le dijo. Quizá se dio cuenta de que había más mensaje, porque parpadeó, pero siguió con la leyenda.

—A mí también. Pero, si te fijas, en realidad, con esta leyenda estoy hablando del amor, sin más. Y de la continua superación de obstáculos para poder estar con el ser amado, uno tras otro, por terribles que puedan ser, incluso el mayor de todos: la muerte.

—Sí, parece uno bastante insalvable.

—Pero es que, date cuenta, toda la leyenda en sí no es más que un entretejido de suposiciones. «Se supone que el juglar no acudió, porque lo habían matado». «Se supone que ella se suicidó». No hay nada en concreto, nada, Marcus, solo misterios entrecruzados con datos inventados por unos y otros con el paso de los años. Trágicos, cierto, pero misterios.

—Pero eso...

—No, escucha, por favor. Lo que queda, tras tanta suposición, es que en

Minstrel Valley *puede que viviese* una pareja que se amaba, se amaba mucho, pese a todas las dificultades que les pusieron delante. Y la leyenda, como siempre, lo llena todo de maravilla, afirmando que el amor que sentían esos desventurados amantes fue tan fuerte, tan intenso que, en realidad, ni la misma Muerte pudo destruirlo. Por eso, en la estatua que les erigieron en la plaza, pone: «LA DAMA BLANCA Y EL JUGLAR. El amor eterno».

Olivia guardó silencio, como esperando que él llegase a alguna clase de conclusión. Y no fue capaz.

—Lo siento, no lo entiendo. ¿Qué significa?

—Está claro: tu final feliz. —Olivia sonrió—. Significa que todavía hoy en día siguen en Minstrel Valley, reuniéndose noche tras noche cerca del lago, bajo los árboles. Por eso, de vez en cuando, alguien ve al anochecer una dama vestida de blanco caminando por la orilla, y a veces se oye la música de la flauta del juglar en la espesura del bosque. Están ahí, siguen ahí, con nosotros, en todos los tiempos y en este lugar. Viviendo ese amor, como dices, y, lo más importante, transmitiendo su magia a todos los que pisan estas tierras y beben el agua de sus pozos.

—¡Es tan romántico! —exclamó Harmony arrebolada.

—Oh. —Marcus parpadeó, comprendiendo por fin—. Ya veo. Sí, desde luego, puede considerarse un final feliz, y es del más puro gusto romántico, cierto. Amor y vida eterna en una historia sin fin. —Sonrió, haciendo una reverencia a Olivia y bromeó—: Milady, estaba usted en lo cierto. Reconozco que tiene su encanto. Aunque, si me permitís una corrección para vuestra leyenda, «amor eterno» debería ser una redundancia. No concibo un amor de otro tipo.

Tuvo la satisfacción de ver que las dos jóvenes lo miraban con ojos muy abiertos, y casi soñadores.

—Eso ha sido muy romántico, hermanito —dijo Harmony.

—Estoy de acuerdo —asintió Olivia.

—Sí, bueno... Será mejor que sigamos —replicó Marcus, con un carraspeo. Por Dios, nunca había sido tímido, no en ese aspecto. ¿A qué venía sentirse así, como un crío que cortejase por primera vez a una mujer? Bueno, sí, se trataba de algo que no había hecho antes, cierto... ¡Pero ya era un hombre adulto!—. O se

convertirá todo en ruinas antes de que llegemos a las que vamos a visitar hoy.
Las dos rieron la broma y, sin más, retomaron la marcha.

Capítulo 22

Durante varios minutos, mientras avanzaban hacia la cada vez más cercana Scott Hill, Marcus guardó silencio. Prefería escuchar la charla de las dos jóvenes, que iban comentando detalles de la leyenda y, sobre todo, pensar. Le daba vueltas una y otra vez. Él pensó en aquello que había dicho Olivia sobre lo de que los desventurados amantes de aquel lejano pasado compartían su magia con todos los que pisaban la tierra de Minstrel Valley y bebían el agua de sus pozos.

Con él, de alguna manera, se había confirmado. Jamás se había enamorado, nunca, en sus casi treinta años de vida. Había conocido mujeres de todo tipo y condición, muchas encantadoras, pero no fue hasta que estuvo en ese pueblo que su corazón serio y analítico se dejó llevar por esa clase de sentimientos.

Y allí estaba, feliz. Disfrutando de sus paisajes y esperando que, ya pronto, su historia de amor con Olivia pudiera por fin florecer, como esa primavera que les rodeaba.

Magia. Amor. Tiempo...

De pronto, oyó un ruido a lo lejos. Era un golpeteo metálico continuo.

—¿Qué es eso? —preguntó, aunque antes de perderse el sonido de sus palabras, ya había imaginado por sí mismo la respuesta—. ¿Una forja?

—Sí —contestó Olivia—. La forja de Reed McDonald y su hijo Angus. —Ah, sí, aquel par de conquistadores—. Está por allí. —La muchacha señaló con un dedo, en la distancia, hacia el extremo noroeste del pueblo. Marcus divisó la casa a lo lejos y recordó sus excelentes espadas. Quizá un día se animase a ir a ver qué más tenían. Unas armas así podían ser un excelente regalo para lord

Badfields y sus amigos, con lo que podría agradecerles su apoyo—. Algo apartada, para no molestar demasiado con su ruido a los lugareños.

—Bien pensado.

—Yo también lo creo. —Hizo un gesto hacia el sur—. Y, por ahí, ya podemos ir viendo bastante bien Clifford Manor. —Marcus miró hacia allí. A veces, cuando el bosque lo permitía, se divisaba ya la majestuosa figura de una mansión—. Es propiedad de los condes de Clifford.

—Ah, sí. —Marcus asintió—. Lady Acton me presentó en Londres a la condesa viuda, buena amiga suya de juventud. De hecho, estaba algo enferma, por eso no pudo venir, pero quería hacerlo para reunirse con lady Conway. Así, habrían estado las tres. Debían de ser inseparables de jovencitas.

—Sí, lo mencionaron en nuestro primer encuentro. —Ambos omitieron más referencias a aquel té—. La familia reside en la capital y también hace bastante tiempo que no visitan Minstrel Valley. Su mansión se levanta junto a la base de Scott Hill, conocida como «la colina de las ruinas» por las gentes del pueblo. La mayor parte de la estructura está construida con la misma piedra gris que Minstrel House, muy abundante en las canteras cercanas; pero, una zona está formada por piedras más antiguas, tomadas de los restos romanos de los que ya solo quedan el famoso Pozo de los Deseos y el Puente de las Ánimas.

—¿Y el resto?

—Sus piedras han sido reutilizadas a lo largo de los siglos. Están dispersas por todo Minstrel Valley. Por ejemplo, se usaron ya en tiempos, como parte de la estructura del castillo de los Scott, y luego para la construcción de Clifford Manor y del muro trasero de Minstrel House... —Lo miró—. Eso ya lo sabes, ¿no?

—No, no tenía ni idea. Aunque, ahora que lo dices, sí que me he fijado que el muro trasero es de otro tipo de piedra, más vieja.

—Sacada de las ruinas romanas, sí.

—¡De hecho, en una de las piedras pone «Julia»! —exclamó Harmony.

Marcus arqueó una ceja, sin entender.

—¿Cómo?

—Que alguien inscribió ese nombre en la piedra, y se ha mantenido a pesar

del tiempo transcurrido. ¡Ahora puede verse en el jardín trasero de Minstrel House! Fíjate, ¿qué posibilidades tenía de llegar allí? Podía haberse quedado atrás, en el bosque, o formar parte de los cimientos de las ruinas de los Scott, o incluso ser colocada con el nombre hacia abajo, pegado a la argamasa... Pero no, está a la vista, y muy cerca del invernadero.

Marcus agitó la cabeza. Sí que sonaba sorprendente, sí. No imposible, pero difícil. Claro que, la vida estaba llena de casualidades asombrosas.

—Y solo pone ese nombre —dijo, esperando confirmación.

—Sí. ¡Quizá lo inscribió un soldado, recordando a su prometida! ¡O un marido, a su esposa!

Había otras muchas posibilidades, algunas de las cuales podían pasar por la añoranza a una madre o marcar algo relativo a la propia estirpe Julia, que era una familia, si no se equivocaba; pero Olivia le indicó con la mirada que no se le ocurriera romper el ensueño romántico de Harmony.

—De nuevo, la magia de Minstrel Valley —se limitó a decir.

Olivia sonrió.

—No hay nada que pueda asegurar lo contrario. Y sí mucho que confirme esa teoría. Mis padres, por ejemplo. ¿Recuerdas la nota privada, aquel sobre cerrado que me dejó mi madre, en su carta?

—Sí, claro.

—En ella me aseguraba que era hija del amor, que nunca dudase de eso, y me contaba el modo en que se conocieron mi padre y ella. Aquella noche, la del baile, mi madre no quería ir. No conocía a nadie y se sentía violenta entre tanta gente importante. Había buscado cobijo junto al muro, intentando pasar desapercibida, cuando vio ese nombre tallado. Y estaba examinándolo, sorprendida, cuando lord Camden la vio a ella y se acercó para preguntarle si necesitaba algo. Y se enamoraron.

—Por la magia de este lugar —dijo Marcus, pensando que estaba a punto de creerlo. Él, que era el más enamorado de todos.

Olivia sonrió.

—Quién sabe...

Clifford Manor surgió por fin de la espesura, porque pasaron muy cerca de su

entrada principal para enfilear la subida hacia la cima de Scott Hill, y pudieron contemplar con libertad la hermosa fachada, en toda su grandeza. Por su lado derecho, la mansión estaba tan unida a la colina que, de hecho, parte de la construcción parecía encajarse en su base de una forma casi natural.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró Harmony. Luego debió de considerar que había sido algo desleal, porque añadió—: No tanto como Minstrel House, pero casi.

—Un lugar magnífico, cierto —admitió Marcus. Miró a lo lejos, hacia atrás. Al margen del núcleo del pueblo, que se divisaba un poco al sur, y de la opulenta Clifford Manor; aquí y allá se veían muchas casas salpicando toda la zona, unas más grandes, otras tan pequeñas como cabañas, separadas por campos labrados, por prados, arroyos o zonas de bosque—. Tengo que admitir que Minstrel Valley tiene unos paisajes preciosos —dijo, al cabo de unos momentos—. Pero, le faltan algunas cosas.

—¿Como qué?

—Pues... un teatro, ya que estamos. Uno en el que escuchar a un buen actor declamar un texto de Shakespeare. —La miró con una media sonrisa—. ¿Has visto alguna vez la representación de una obra de Shakespeare, Olivia?

Ella frunció la boca.

—No, ¿qué dices? Por aquí solo pasan compañías teatrales de segunda, como la que robó el cerdo moteado de Conway House y se lo llevó a... —Al ver cómo la miraba, hizo un gesto apartando aquel tema—. Bueno, cosas nuestras. El caso es que, los actores que nos visitan pocas veces interpretan algo tan complejo. No creen que vaya a interesar a los lugareños. Se limitan a alguna comedia más o menos simple con la que hacer reír a mentes poco despiertas.

Marcus había estado buscando el sendero que subía el resto de la colina. Al fin lo encontró: era estrecho y algo agreste, y no tardó en descubrir que solo cubría algunos tramos. Por suerte, la cuesta no era muy pronunciada y el ejercicio resultaba agradable

—Entonces, ¿no has ido al teatro? —preguntó, mientras avanzaban.

Olivia volvió a reír.

—Recuerda que mi madre cosía para las gentes del pueblo, era nuestro modo

de sobrevivir. ¿Teatro? ¡Por Dios, Marcus! Era algo que nos quedaba muy lejos. Me temo que nunca he tenido la opción. —Chasqueó la lengua—. Y, mira por dónde, acabo de descubrir que sí soy capaz de sentir envidia.

Marcus sonrió.

—Eso es imperdonable. Debemos eliminar semejante pecado de tu alma. —Hizo un gesto con el bastón, antes de clavarlo en la cuesta para seguir ayudándose en la subida—. Si lo deseas, mañana mismo me ocuparé de que nos suministren el programa de las representaciones en los teatros de Londres para los próximos días, y te llevaré a ver una de las obras de Shakespeare, en cuanto nos sea posible.

—¿A mí? ¿Al teatro? —Olivia lo miró con sorpresa, y también con un brillo de entusiasmo en los ojos—. ¿Lo harías?

—Desde luego que sí. —Sus pupilas se quedaron prendidas de tal modo que llegó a sentirse incómodo, y quizá a ella le pasó lo mismo. Marcus carraspeó—. Y a ti también, Harmony, por supuesto. —No hubo respuesta. Miró a su alrededor—. ¿Harmony? ¿Harmony, dónde estás?

No estaba por ningún lado, por supuesto. Ni ella ni Lucy.

«Voy a matarte», le dijo Marcus, sin palabras, suponiendo lo que había hecho su hermana. Desaparecer, otra vez, para dejarles espacio y obligarles a hablar, a acercarse el uno al otro.

Miró a Olivia de reojo. Seguro que volvía a sospechar que la artimaña era suya.

—Me temo que la hemos perdido —dijo ella.

Bien. Eso le daba pie a ponerse crítico y librarse de la sospecha.

—Pues yo te aseguro, Olivia, que Harmony no está perdida, en absoluto. —Suspiró, exasperado—. Ambos sabemos lo que ha pasado. Te juro, de verdad, te doy mi palabra, de que no he tenido nada que ver.

—No te preocupes.

—Es importante que me creas. —La miró, serio—. Supongo que has notado el cambio, ¿no?

—Sí. Desde luego. —Sonrió—. De verdad, no te preocupes.

¿Estaba contenta? ¿Se alegraba de encontrarse a solas con él? Casi lo parecía,

pero no se atrevía a concebir semejante esperanza, por si acaso. Marcus carraspeó.

—¿Dónde se levantan esas ruinas?

—Ahí delante. —Señaló hacia la parte alta de la cuesta—. Ya estamos muy cerca.

Él asintió.

—Vamos, entonces. Tarde o temprano, mi hermana reaparecerá. —La vio dudar—. A menos que te parezca incorrecto caminar a solas conmigo.

Ella arqueó ambas cejas.

—No digas tonterías. Me daría igual, estamos en Minstrel Valley, no en Londres. Pero, además, se supone que eres mi prometido, por lo tanto, podemos salir juntos de paseo. Incluso podrías ofrecirme tu brazo. Creo. Tampoco me hagas mucho caso, porque me cuesta mucho recordar los detalles de las clases de etiqueta.

Marcus sonrió.

—Con esa bruja de profesora, no me extraña.

—Si yo te contara... —murmuró Olivia.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no. Cosas mías, de clase.

—Muy bien. —Dudó un momento, pero terminó ofreciéndole el brazo.

Ella también vaciló, pero lo tomó. ¿Significaría eso que reconocía ser su prometida? Esa impresión daba.

—Haces bien aceptando —le dijo, intentando bromear—. Te advierto que soy el mejor partido de todo este bosque. —Olivia lo miró a la expectativa, sin acabar de entender, y él agitó la cesta—. Soy el que tiene mejor cesta de merienda en muchas millas a la redonda.

Ella se echó a reír. Luego, poco a poco, en silencio, llegaron a lo alto de la colina y se internaron entre los árboles, varios metros.

Entonces, surgiendo como por arte de magia de entre los troncos de fresnos, hayas, abedules y olmos que conformaban aquel bosque, aparecieron los restos del castillo de los Scott.

Lo primero que pudo ver fueron unos tramos de las murallas que permanecían

todavía en pie, casi por completo cubiertos de musgo y hiedra. Marcus tardó en distinguirlos, de hecho, porque se camuflaban bien con el entorno, y los contempló con tristeza.

—Es impresionante... —susurró.

«Y, en definitiva, han cumplido de largo con su deber», pensó Marcus. Siglos después de ser levantados, y de ser abandonados por quienes los construyeron, seguían allí, custodiando lo que había más allá, en el interior del recinto: bloques hundidos y paredes que formaban dibujos laberínticos.

Piedras rotas, ruina. Hermosura. Grandeza.

Pesaba sobre aquel rincón del bosque un profundo silencio, como si el mundo estuviera conteniendo la respiración. Como si supiera que, aquel lugar, era una prueba de lo que implicaba de verdad el paso del tiempo.

Imaginó cómo debió haber sido, en el pasado, cuanto veía. Una construcción soberbia sobre una colina despejada por la fuerza del hacha; un castillo orgulloso, con los estandartes de los Scott ondeando en las murallas, lleno de gente ocupada en sus tareas; con algunas casas cercanas, supuso, las de gente que se habría establecido cerca para buscar la protección de aquellos poderosos señores.

El inicio, quizá, del propio Minstrel Valley.

Todo era, todo se iba, y había que aprovechar el momento al máximo... *Carpe diem*, que hubiesen dicho los romanos que habían dejado por allí sus propias ruinas, más antiguas aún.

Marcus sintió que le embargaba una emoción extraña, intensa, a la vez dulce y aterradora, y se giró hacia Olivia. Casi a la vez, ella también volvió el rostro en su dirección.

¿Sentiría lo mismo? ¿Lo comprendía?

Seguro que sí. Durante unos segundos, se limitaron a mirarse en aquel silencio abrumador, sintiéndose solos y unidos, perdidos en el largo sendero del tiempo. Tan unidos al mundo real en el que vivían, como a aquella lejana gente que tuvo en ese sitio su propia tragedia de amor.

Olivia no se movió cuando Marcus dejó caer la cesta y el bastón, dio un paso en su dirección y se inclinó hacia ella, poco a poco, con evidentes intenciones de

besarla. No retrocedió, no se apartó, y él dio las gracias por ello a cualquier dios que estuviera prestando atención a aquellos dos pequeños mortales, porque quería ese beso como jamás había querido nada, en toda su vida.

Pero, en el último momento, ella le detuvo, con un dedo en su barbilla.

—Espera —susurró. Él parpadeó, sorprendido—. Espera un segundo, así. O un milenio. Aquí no importa el tiempo.

Así que, también tenía aquella impresión, como él. Marcus sonrió.

—¿Por qué?

—Como la Dama Blanca y el juglar.

—¿Así nos ves? —No pudo evitar una risa—. Vas de negro, Olivia, y, aunque me guste la poesía, yo sí que no sabría rimar ni un mal ripio.

—No es por ellos. Es por su beso. —Estaba tan cerca, tan cerca... Sintió su aliento cálido. Toda ella olía a bosque. Seguro que también sabía a bosque, a vida intensa—. Un beso eterno.

Marcus sonrió. Sus labios se unieron.

«¿Qué siento?», se preguntó en aquel instante único, mágico, en el que todo pareció detenerse, justo antes de la violenta explosión de emociones, de la marea ardiente que lo embargó por completo y volvió su mundo del revés.

Los labios de Olivia eran suaves y muy dulces. También le parecieron inexpertos: en pocos segundos, estuvo convencido de que aquella hermosa mujer nunca había besado a nadie, no de ese modo; pero no importaba, no le importaba lo más mínimo, porque él estaba dispuesto a enseñarle todos los misterios de esa parte del amor.

Y él, que siempre había estado lleno de inseguridades que jamás admitiría, no temía nada a su lado. Era fuerte. Era una roca empeñada en durar por siempre, a pesar de todo, como las de ese castillo.

—Olivia... —susurró, contra sus labios—. Dios mío, Olivia...

Se movió, para sujetarla entre sus brazos y estrecharla contra su pecho. Quería que notase la firmeza de su erección, aquella urgencia que le atenazaba desde hacía ya demasiado tiempo. Para su sorpresa, ella no se arredró lo más mínimo; al contrario, se apretó más a él, sinuosa, mientras acentuaba la profundidad del beso.

Era posible que no hubiese sido capaz de contenerse, ni tampoco ella. En otras circunstancias, se hubieran dejado llevar por la pasión, y hubiesen hecho lo que sentían que debían hacer, juntos, en ese lugar y en ese momento, mientras el beso crecía y crecía, y se volvía más y más exigente...

Pero, entonces, oyeron voces.

Era Harmony, que llegaba con Lucy. Y los habían visto, porque estaba alzando la voz como una tonta, para hacerse notar.

—¡Ahora vamos a acercarnos a las ruinas, Lucy! —decía, en voz lo bastante alta como para estárselo contando a alguien que estuviese al pie de la colina. O al otro lado del pueblo, para el caso—. ¡Así que por allí veremos a mi hermano y a su prometida! ¡Los veremos *perfectamente!*

—Oh, demonios... —Olivia maldijo, y se separó con brusquedad. Lo miró a los ojos—. ¿Ha sido cosa tuya?

—¡No! —replicó Marcus, aturdido. Y algo molesto, a qué negarlo. ¿Por qué demonios se había apartado así, como si de pronto apestase?—. Maldita sea, Livvy, tenemos un pacto. No he hecho nada para forzar la situación. Son cosas de Harmony, ya sabes cómo es. —Se encogió de hombros—. Y da igual que nos haya visto, ya que vamos a casarnos.

Ella lo miró atónita.

—¿Crees que voy a casarme contigo solo porque nos hemos dado un beso en el bosque? ¿O porque nos han descubierto haciéndolo?

—Por supuesto que sí —replicó, al borde del enfado—. O no. Es...

Iba a decirle que ese beso solo era la confirmación de otra cosa, de ese amor que se profesaban el uno al otro, por más que se empeñasen en ignorarlo, pero no pudo seguir discutiendo, porque Harmony apareció a su lado y los cogió a cada uno de una mano. Estaba exultante.

—¡Qué bien! ¡Cómo me alegro de que os hayáis comprometido por fin! —Debió notar su tensión, porque les miró preocupada—. ¿Ocurre algo?

—No —empezó él—. Yo...

—¡Vamos, daos la mano y otro beso y todo se arreglará! —Dispuesta a salirse con la suya, Harmony intentó unir sus manos por la fuerza. Casi llegó a conseguirlo, pese a la evidente resistencia de ambos; Olivia por sus razones,

Marcus por el enfado en respuesta, que iba creciendo poco a poco; pero, en el último momento, Olivia dio un tirón y se liberó—. ¡Livvy!

—Debo irme —dijo ella. Marcus se limitó a mirarla con ojos entrecerrados. «¡Cobarde!», le dijo sin palabras. Seguro que lo entendió, pero no sirvió de mucho. Les saludó con una inclinación—. He recordado que debo pasar a indicarle un par de cosas a la señora Meyers y se me hace tarde. Disculpadme. Me reuniré con todos en la cena.

—¡Pero, Olivia...! —empezó Harmony—. ¡No puedes irte sola! ¡La señora Simpson siempre dice que...! ¡Livvy! —No sirvió de nada. Olivia les dio la espalda y se alejó a buen paso, casi corriendo, y no tardó en perderse en el bosque. Su hermana lo miró—. ¿Qué ha ocurrido, Marcus?

«¿Tú qué crees?», iba a decirle, y a reprocharle su comportamiento. Pero seguro que ella ya lo sabía, porque se le habían llenado los ojos de lágrimas. Pobre niña atolondrada. Tenía todavía menos paciencia que él.

—Nada —replicó, haciendo un esfuerzo por no salir en persecución de Olivia. Algo le decía que, en esos momentos, no hubiese sido bienvenido. Era mejor darle tiempo para tranquilizarse—. Nada en absoluto.

Y era verdad.

Capítulo 23

—El próximo miércoles llegarán unas amigas —dijo lady Acton, mientras terminaba su postre, durante la cena—. Espero que no os importe, porque van a invadir la casa y se quedarán con nosotros unos días. —Sonrió de aquel modo sibilino que le inquietaba en otros momentos. Cuando él no cargaba con sus propias preocupaciones—. Tendremos una reunión.

Marcus asintió.

—¿Por sus planes?

—Pues sí. —Le lanzó una mirada, divertida por su perspicacia—. ¿Tanto se me nota?

—Un poco, milady. —La señorita Chatham apenas podía disimular su enfado, tampoco—. Y creo que yo, al menos, debería haber estado al tanto de semejante encuentro. ¿Cómo se le ocurre? ¡Si me lo hubiera dicho, no hubiese organizado mi viaje a Londres para el martes!

—Oh, no, querida, ¿por qué? —Lady Acton arqueó ambas cejas—. Yo entiendo su situación, se lo aseguro. Su hermana está enferma y la necesita, eso es lo único que importa ahora mismo. Acuda a su lado y quédese con ella el tiempo que le parezca conveniente. No se preocupe, que nos las arreglaremos.

La señorita Chatham apretó los labios, frustrada. Marcus imaginó lo que estaba pensando. De haber podido anular su viaje a casa de su hermana, lo hubiera hecho de inmediato. Para ella era mucho más importante quedarse y estar en aquella reunión. Alternar con aquellas damas, las amigas de lady Acton, era una oportunidad que podía abrirle muchas puertas, de esas que buscaba con auténtica desesperación.

En realidad, en el mundo en que vivía era lógico que se preocupase. Tenía ya veinticinco años y empezaba a ser una solterona en toda regla. Su belleza, la mejor baza con la que podía jugar a la hora de conseguir un matrimonio ventajoso, se iría disipando poco a poco, haciéndola sentir que se quedaba sin nada. Envejecería convirtiéndose en una mujer amargada y solitaria, viviendo siempre en casa ajena.

Marcus agitó la cabeza. La honorable Melanie Chatham no tenía toda la culpa de ser como era, así la habían educado. Era solo una mujer de su tiempo, atrapada en un mundo en el que las mujeres no tenían más opción clara que la de casarse, o vivir de un modo miserable y solitario toda su vida.

Y, al margen de todo, había que reconocer que estaba haciendo un buen trabajo como dama de compañía. Se mostraba pendiente de lady Acton en todo momento: de sus medicinas, de que no cogiera frío, de que no se cansara en exceso, de que estuviera cómoda y no se aburriese... Quizá los Hale deberían retribuirle de algún modo, por esa curiosa lealtad que estaba desplegando, y toda su eficiencia. Podía hablar con lady Acton y ocuparse de buscarle un compromiso matrimonial. Algo que no vulnerase su dignidad y le permitiera vivir de un modo adecuado.

Claro que, quién era él para arreglar la vida sentimental de nadie...

—Y yo se lo agradezco, milady —la oyó replicar, con un toque de ansiedad en su voz—. Pero soy su secretaria, además de dama de compañía, no entiendo su reserva. Estoy aquí para ayudarla.

—No se enfade, querida. He preferido tratarlo primero con ellas, por si la cosa termina quedando en nada. Por mucho que a mí me encante la idea, no puedo llevarla adelante sola, y la opinión de mis amigas va a ser decisiva. —Le sonrió, para darle ánimos—. De todos modos, descuide, que le contaré todos los pormenores de lo que pase en la reunión, señorita Chatham. De hecho, Olivia, querida, me gustaría que tú estuvieses presente y tomes notas para que...
¿Livvy?

—¿Eh? —replicó la mencionada, volviendo de algún lugar remoto. Marcus ya se había dado cuenta de que apenas había probado bocado. Se había dedicado a picotear un poco, pero la mayor parte del tiempo había dado vueltas a la cuchara,

contemplando la comida sin verla, perdida en sus pensamientos—. ¿Perdón, lady Acton?

—Decía que espero que estés presente en la reunión que voy a tener con unas damas que van a venir de visita.

—Oh, sí, por supuesto. Lo que necesite.

—¿Y yo no debo estar? —preguntó Harmony, molesta.

Lady Acton le sonrió.

—Me temo que tú eres demasiado joven, Harmony. Son damas patrocinadoras de muchachas mayores que tú, y vamos a organizar cosas en las que no puedes estar, entiéndelo. —Sonrió, alentándola—. Pero te aseguro que, lo que vamos a llevar a cabo, te va a encantar. Y, más adelante, cuando seas lo bastante mayor como para ser presentada ante el rey, podrás unirte a nosotras, siempre que quieras.

Por supuesto, Harmony arrugó la boquita y bufó.

—¡Es injusto! Si es así, ¿por qué puede estar Olivia? ¿Qué tiene que ver ella con presentaciones ante el rey? Nunca será presentada, porque no es noble. Podría serlo, pero, como se cree muy importante, no quiere casarse con Marcus.

—¡Harmony! —exclamó lady Acton.

—Es la verdad —siguió, obstinada—. Hoy mismo se ha portado muy mal con él, en las ruinas.

—No era mi intención —dijo Olivia, pálida.

Harmony le frunció el ceño.

—Pues para no serlo, te has...

—Harmony —la cortó Marcus, con tono seco. Agradecía que su hermana le defendiese, pero no era el momento. Ni tenía la razón—. No digas nada más.

—Pero, Marcus, es que...

—Que te calles —volvió a cortarla él—. La culpa es mía. Creí entender que te dabas cuenta de la situación que habías provocado y que te arrepentías en el momento, por eso no te reñí. Pero, ya que insistes en ello, que te quede claro que la única culpable de lo que ha pasado, has sido tú. —Le frunció el ceño como no había hecho nunca—. Te rogué que no te metieras más en ese asunto, que no intrigases para forzar las cosas, y, como siempre, has hecho lo que has querido.

No acuses a los demás de tu torpeza. —La niña fue a hablar, pero la señaló con un dedo—. Ni una palabra o estarás castigada un mes. Te lo advierto muy en serio.

Harmony lo miró dolida, pero obedeció. Lady Acton agitó la cabeza.

—Marcus, ¿estás bien?

—Sí. —Dejó la cucharilla, incapaz de seguir simulando que iba a comerse su trozo de tarta. Todo le sabía amargo—. Lo siento, prima Helena. No estoy muy hablador esta noche.

Lady Acton arqueó una ceja.

—¿Ha ocurrido algo?

—Al parecer, nada —volvió a decir Harmony, como buena y terca Hale—. Un beso no es nada.

Marcus dio un manotazo en la mesa. La porcelana y la cristalería tintinearón. Todos le miraron con sobresalto, incluso Harmony.

—Estarás un mes sin salir de Minstrel House —le dijo—. Irás de tu habitación a las clases y de las clases a tu habitación. Te llevarán allí las comidas, en una bandeja. Y, por supuesto, te disculparás ante Olivia.

Harmony entrecerró los ojos.

—No pienso hacerlo. La odio.

—Pues ya sabes lo que te espera. Todo el mes. —La vio a punto de llorar. Si empezaba, temía ablandarse, así que ordenó—: Ahora, deja esa tarta y vete a tu habitación, vamos.

Harmony titubeó todavía un momento, como si esperase que algo cambiara, que su hermano reaccionase y volviera a ser el de siempre, amable, cariñoso, demasiado permisivo a ratos. Pero como Marcus permaneció serio, manteniéndole la mirada, soltó la cucharilla, se puso en pie de un salto y salió corriendo.

Algo más por lo que debería castigarla, pero tampoco era cuestión de provocar otro conflicto. Podían dejarlo en que estaba demasiado nerviosa.

Lady Acton les miró, pensativa.

—Bueno, no voy a preguntar ni voy a meterme. De hecho, creo que será mejor que todos descansemos y hablemos de esto mañana, si es que quieres

hablar de ello, Marcus.

—Sí, será mejor —aceptó él.

—Muy bien. Entonces, ahora, voy a retirarme. Estoy agotada. —Hizo una señal a la doncella, Kitty, para que fuese a empujar la silla de ruedas. Doll, que estaba junto a la puerta, salió a buen paso, seguro que para avisar a Goliath—. Lo siento, Marcus, hoy tampoco terminaremos nuestra emocionante partida de ajedrez. De hecho, creo que deberíamos dejarlo hasta que se vayan mis amigas. Debo aprovechar cada minuto de descanso.

—No se preocupe, prima Helena —dijo él. Aunque lady Acton no se levantó, cuando Kitty empezó a mover la silla de ruedas y la separó de la mesa, Marcus sí se puso en pie. Siempre lo hacía cuando la anciana entraba o se iba de una habitación—. El día que usted decida, estará bien.

—Sí, otro día. Cualquier momento será bueno para su desenlace. —Rio entre dientes—. Te auguro jaque en tres, mate en cinco.

Esperó un segundo alguna respuesta jocosa, pero al ver que no la había, indicó a Kitty que la llevase a la puerta. Solo cuando salieron, habló la señorita Chatham, con aire triste.

—Otra noche cualquiera, usted hubiese replicado que su jaque mate en dos los anularía.

—Sí, bueno... Ya he dicho que no tengo ganas de hablar. —Marcus no volvió a sentarse. Se limitó a dejar la servilleta a un lado—. De hecho, será mejor que también me retire. Disculpen. Buenas noches.

No miró a nadie y solo recibió silencio como despedida, a excepción del gesto con la cabeza de la señora Burton y de la inclinación precipitada de Doll, que tampoco levantaron sonido alguno, para el caso.

Marcus salió al pasillo. Como siempre, las zonas importantes de Minstrel House estaban iluminadas ya a esas horas con una lamparilla cada varios metros, para facilitar el movimiento de un lado a otro. Escuchó a lo lejos el crujido familiar de la silla de ruedas, y las voces de lady Acton, Kitty y Goliath en el inicio de la escalera secundaria del ala oeste. El gigante galés estaba preparándose para subir a su señora al segundo piso. Estarían por allí, trasteando, varios minutos.

No tenía ganas de hablar con ellos, con ninguno, de modo que dejó el pasillo principal y se movió por salitas y corredores secundarios, hasta llegar al vestíbulo, desde donde subió al primer piso por su gran escalera.

Estaba ya con la mano en el picaporte de su dormitorio, cuando sintió que había alguien a su espalda.

—Marcus... —Era Olivia. Marcus se quedó muy quieto. Luego, poco a poco, se volvió a mirarla. La muchacha se encontraba en mitad del pasillo. Se frotaba las manos, nerviosa, y estaba muy pálida—. Lo siento. Entiendo que estés muy molesto por lo que ha ocurrido antes en las ruinas, no debí irme corriendo de ese modo. Pero... es que no puedo evitarlo. Reconozco que me da miedo.

—¿El qué?

—Lo sabes bien. Iniciar algo contigo, dejarme llevar. *Ilusionarme*. No tuvimos buen comienzo y apenas te conozco todavía.

—Oh, demonios, Olivia. —Estaba tan harto de todo... Se llevó una mano al pecho—. Solo soy yo, Marcus Hale, de Shambles, York.

—Marqués de Northcott. Se te olvida.

—No se me olvida. Jamás olvido que me convertí en marqués gracias a la ambición y el derramamiento de sangre. Soy el que tiene todo lo que hubiera debido ser tuyo, sin merecerlo.

—Marcus...

—Y un pobre idiota, por cierto. Ni siquiera he sabido cortejarte en condiciones, está claro. Pero te aseguro que suelo aprender de mis errores y no voy a insistir, no voy a incomodarte más. De hecho, ambos estaremos de acuerdo que no tiene sentido que permanezca más aquí, molestándote de este modo. Mañana me marcharé a Londres. Si quieres algo de mí, allí me encontrarás.

—¿Qué? —La vio sobresaltarse—. ¡No puedes irte!

—Desde luego que sí. Y tú también, puedes hacer lo que quieras. —Se inclinó hacia ella—. La cuestión, señorita Coombs, debería ser: ¿qué te pide el corazón?

Eso la tomó por sorpresa y no respondió. Marcus esperó todavía un momento; luego, volvió a darle la espalda, entró en su dormitorio y cerró la puerta con cuidado. Ya estaba todo dicho, si debía empezar una nueva etapa en su vida, lo haría, aunque fuera... así. Con la dolorosa sensación de que le habían arrancado

algo del pecho.

Se sirvió una copa, abrió la ventana y contempló el paisaje, el jardín trasero amurallado. Ya estaba oscureciendo y las lámparas se reflejaban en la gran fuente central, creando reflejos dorados. Qué sitio hermoso era Minstrel House, Minstrel Valley en general. Recordó lo que había dicho Olivia, aquello de que era un lugar de amor y magia atrapado en el tiempo. Sin duda, lo era.

Y cómo dolía el amor.

Mejor acostarse pronto, quería partir para Londres a primera hora. Tenía que hablar con Oakes y meterle prisa en lo de terminar de organizar el despacho. Pensaba encerrarse en él, entre montones de legajos, y hacerse viejo a la luz de las velas, sin volver a mirar al maldito mundo exterior. No se casaría, no tendría descendencia, era lo menos que podía hacer por los muertos.

Si no estaba Olivia para transmitir el título de marqués de Northcott a uno de sus hijos, no sería él quien lo hiciera. Que fuese a parar a otro familiar a su fallecimiento, uno que pudiera alegar ser un poco inocente en todo aquel asunto. O que revertiera a la Corona y se olvidase para siempre, le daba igual.

—Oh, Dios mío —susurró, frotándose el rostro. ¿Estaba llorando? Qué idiota...

Se quitó las botas, se soltó el lazo y la camisa, y se tumbó en la cama, seguro de que le iba a costar dormir. Se tomaría una copa o dos, o cinco, o la botella entera, y quizá leyera algo, tratando de distraerse, aunque sabía que no tenía la cabeza para concentrarse en nada.

No dejaba de pensar en la escena en las ruinas, de recordar el olor a bosque, el frescor de la vegetación, la sensación maravillosa de estar vivo, muy vivo, atrapado en aquel beso. Vivo como nunca.

—Te quiero —le dijo ella, de nuevo en las ruinas, apoyada en el Pozo de los Deseos. Pero... ¿no estaban en lugares diferentes? Marcus se sentía desconcertado. De hecho, él ni siquiera había visto ese pozo, nunca. Pero era tan agradable estar allí, estar así, que se negó a continuar dándole vueltas—. Sí, claro que sí —dijo entonces Olivia, como si hubiese leído sus pensamientos—. Pero, aquí, todo es posible. —Lanzó una moneda a la oscuridad—. Un penique por un amor eterno.

«Una libra», pensó él, agobiado. «¡Por Dios, lanza una libra!».

Pero el penique empezó a rebotar en las paredes del pozo, mientras se hundía en sus profundidades. Produjo un par de golpes firmes.

Golpes.

Marcus alzó la cabeza de la almohada. ¿Qué ocurría? ¿Se había quedado dormido? Sí, claro que sí. Y estaban llamando a la puerta. Se incorporó, sintiendo la cabeza densa por el alcohol, se deslizó hacia un lateral y se puso en pie. En la penumbra creada por la vela y el fuego de la chimenea, vio su imagen en el espejo del tocador.

Por todos los demonios, qué aspecto lamentable tenía. Se pasó una mano por el pelo, intentando peinarlo.

—Adelante —dijo con voz desabrida, que casi se le ahogó. Carraspeó, para recuperar fuerza—. Pase.

Imaginó que sería alguien del servicio, para preguntar si necesitaba algo. Quizá Upton, aunque su ayuda de cámara solía ser muy discreto, y cuando Marcus se acostaba pronto, nunca entraba a molestar, se limitaba a recoger la ropa por la mañana. Pero no, claro que no, no podía ser él, ni ninguna doncella.

Había pasado mucho rato. A través de la ventana pudo ver el cielo oscuro, cuajado de estrellas. Era ya noche completa.

La puerta se abrió en silencio. Al otro lado, enmarcada en la oscuridad de fondo, con un candelabro en la mano, estaba Olivia. Llevaba un camisón blanco y el cabello suelto, una hermosa melena de rizos oscuros que casi llegaba a alcanzar su cintura.

Estaba bellísima.

Marcus sintió que su miembro reaccionaba, se endurecía, casi por voluntad propia, en respuesta a esa imagen. ¡Dios, cómo la deseaba! ¿Y qué hacía allí? Pensó en lo obvio, y la posibilidad de que esa noche, por fin, aquella mujer pudiera ser suya casi le quitó la respiración.

—Así llamaste tú, cuando viniste a mi casa aquel día —dijo ella—. Dos golpes. Aunque más fuertes.

—¿En serio? —Marcus suspiró—. Sí, supongo que sí. Fui un completo idiota, Livvy. Estaba desesperado por creerlos culpables a tu madre y a ti.

—Ya. A mi madre... ¡Tachar de embaucadora a mi pobre madre, que jamás hizo nada malo en toda su vida! ¿Cómo te atreviste, cómo te atreves? —Entrecerró los ojos, llena de dolor—. Te odié mucho. Es algo que, todavía ahora, me cuesta perdonar. Lo reconozco.

—Y yo lo entiendo. De verdad, lo entiendo. —Marcus dio un paso hacia ella—. Pero dijiste que todo eso quedaba olvidado. —Olivia no replicó. Se limitó a mirarle con amargura—. Además, has venido. Estás aquí.

—Sí. Estoy aquí. —Entró, cerró la puerta y avanzó hasta estar frente a él. Marcus no se movió. El camisón era de una tela suave, que se volvía casi transparente por momentos. Podía ver la silueta de su figura gracias a la luz de la chimenea—. Porque me lo pide el corazón.

Él tragó saliva, sintiendo el pecho hinchado por algo muy intenso.

—Gracias. De verdad.

Olivia irguió los hombros. Sus ojos brillaban.

—No me falles, Marcus. Por favor, no lo hagas. Y yo intentaré no hacerlo jamás, tampoco. Te doy mi palabra.

—Es el juramento de amor más extraño que he oído nunca.

Ella sonrió. De pronto, parecía más tímida, más indecisa. Supuso que, tras dejar claro lo que quería decir, y tener que avanzar en el terreno pasional, no sabía bien qué hacer. Al fin y al cabo, era una joven virgen, enfrentada a su primera noche de amor.

Marcus tomó el candelabro de su mano y lo dejó en la mesilla. Entonces, le tendió una mano. Olivia la tomó en silencio y entrelazaron sus dedos. ¡Era tan suave! ¡Tan firme y a la vez tan delicada!

La atrajo y la abrazó por la cintura, y enterró el rostro en su cuello, llenándose los pulmones con su aroma. Lavanda. Tenía un cabello tan suave, tan perfumado...

—Olivia... —susurró, y alzó la cabeza para besarla.

No, no se había equivocado, no se había confundido, en aquel beso había auténtica magia, de esa que se decía que existía en Minstrel Valley, la que se intuía en la estatua de su plaza. La que había nacido siglos antes, con el amor de aquella dama y aquel juglar, y que vivía oculta tras la aparente tragedia de su

leyenda.

En todas partes, a qué negarlo. Él, que todavía era un extraño en aquel sitio, ya había descubierto que aquella magia empapaba su tierra, su aire, su agua. Estaba en su historia, en el entramado de su pasado y su futuro.

En Olivia...

Marcus quería ser parte de todo aquello. Quería enredarse en ese hilo interminable del amor eterno, y solo conocía una manera: amarla. Amarla por completo, sin límites. En cuerpo y alma.

Adelantó una mano y cogió un extremo del lazo que cerraba el escote. Olivia parpadeó, pero no se opuso. Estaba nerviosa y se lamió los labios de una forma que le resultó muy excitante. Marcus tiró poco a poco, deshaciendo la lazada. El cuello del camión se aflojó y la delicada prenda se deslizó por sus hombros para luego caer, con un susurro suave, hasta el suelo.

Pensó en una flor, una rosa blanca, abriéndose solo para él.

Olivia se mantuvo erguida y él la contempló con admiración. Desnuda, era tan hermosa como había imaginado. Marcus alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Eres bellísima, señorita Coombs.

Ella sonrió.

—Lady Olivia para usted, milord.

Marcus ahogo una risa. Se inclinó hacia ella y volvió a besarla, mientras se quitaba la camisa. Los pantalones y los zapatos fueron lo siguiente. Quizá a Olivia le hubiese dado tiempo a ponerse más nerviosa, al verle desnudo, pero casi sin transición, la cogió en brazos y la llevó a la cama. Cayeron juntos sobre el colchón, donde rodaron en una mezcla de besos y caricias.

Lavanda intensa. Piel suave. Suspiros que le excitaban más todavía...

Abarcó sus pechos con las manos, los lamió haciéndola gemir. Tenían la medida adecuada, y eran suaves y dulces. Olivia se arqueó hacia él, en un ofrecimiento que hubiese sido del todo silencioso, de no ser por su suave jadeo. La sintió estremecer y eso le enardeció más todavía.

Marcus besó su cuello, su pecho, su vientre, y cuando terminó de dibujar aquella línea invisible sobre su piel, estaba tan excitado que cada segundo dolía, luchaba por contenerse. Hizo un esfuerzo sobrehumano y se detuvo a comprobar

si estaba lista. Por suerte, así era: la encontró húmeda y dispuesta para recibirle.

—Para siempre —le susurró, sintiendo que era cierto, que aquella era la única verdad rotunda de toda su vida.

Olivia no dijo nada, aunque sus pupilas brillaron.

Entró en ella poco a poco, alargando todo lo posible aquellas maravillosas sensaciones. Siempre con cuidado, pero también con ímpetu. Olivia se estremeció y apretó los dientes, pero no protestó.

¡Era tan maravilloso! Marcus cerró los ojos, pero volvió a abrirlos casi al momento porque no quería perderse la expresión de su rostro. En él leyó el momento en que el dolor dejó paso a una sensación incierta, y luego al placer. Olivia se movió, animándole a seguir, a empujar, a entrar en ella a impulsos cuyo ritmo controlaban por igual. No tardaron en estar atrapados en una ola de puro deseo que los zarandeaba de un lado a otro.

—¡Marcus! —exclamó ella, algo alarmada.

Él sonrió y la sujetó con fuerza.

—¡Déjate llevar! ¡Ven conmigo, vamos...! —le dijo, con los dientes crispados. Sus manos se unieron, sus dedos se entrelazaron. Y, justo un segundo antes de llegar a un orgasmo intenso, estremecedor, como nunca había sentido, pudo susurrar—: Esto, Livvy, es el amor.

Subió, subió, subió, en un ascenso agónico y brutal que, por momentos, temió no ser capaz de resistir, hasta alcanzar por fin una oscuridad deliciosa que le cobijó durante no supo cuánto tiempo.

Luego, de pronto, estaba otra vez allí, con Olivia.

Agotados, se quedaron quietos, abrazados de tal forma bajo las mantas, que hubiesen podido pasar por una sola criatura. Durmieron un rato y, de madrugada, volvieron a hacer el amor, esa vez de un modo lento y perezoso, pero muy placentero. De hecho, quizá incluso más, porque Olivia se mostró mucho menos nerviosa. Al contrario, se notaba que disfrutaba del sexo y no se avergonzaba por ello.

—¿Estás bien? —le preguntó al final, cuando, satisfechos, se quedaron quietos, abrazados entre las sábanas revueltas.

Ella rio en la penumbra.

—No. Estoy feliz.

Marcus sonrió. Estaba feliz, sí. Así la sentía.

Despertó a altas horas de la madrugada, por culpa de un sonido violento. Olivia no estaba en la cama. Marcus se incorporó, asustado, pero casi al momento la vio junto a la ventana. Se había vuelto a poner el camisón.

—¿Ocurre algo, Livvy? —preguntó.

Ella giró el rostro en su dirección.

—Hay una tormenta.

Tras el fuerte calor del día, no era de extrañar. Se levantó y fue junto a ella. Antes de llegar, el resplandor de un relámpago entró en el dormitorio y lo iluminó todo con una intensa y fría luz blanca.

Iba perseguido de cerca por un trueno que pareció intentar cambiar la forma del mundo con su estruendo.

—¡Qué barbaridad! —Ya podía imaginar el cielo, rasgado por aquellos relámpagos. Y, el lago... Eso sí que debía de ser un espectáculo increíble. Lástima que desde allí no se viera, necesitaría más altura. Al pensar en ello, se le ocurrió una idea. Recogió su ropa, que estaba tirada por todas partes, y se vistió. También se puso una chaqueta. A ella le dio uno de sus abrigos. Arriba podía hacer frío—. Ven.

Tomó el candelabro que había traído Olivia, cogió su mano con la otra y la condujo por la escalera del ala oeste hasta el tercer piso. Allí había un sinfín de habitaciones llenas de cajas y trastos, los desvanes. Tanto por la parte delantera como por la trasera tenían balconadas, no tan grandes como la terraza del segundo piso de la que disfrutaba lady Acton, pero eran el punto más alto de la casa, ideales para mirar en la distancia.

Se dirigió a las puertas de la balconada sur y soltó a Olivia para poder abrir. Al momento, se coló una fuerte ráfaga de viento que estuvo a punto de empujarles a un lado, azotó el pasillo con un bramido y apagó las velas del candelabro.

La única iluminación que quedó fue la de la noche. Todo lo envolvía un resplandor pálido, y, de pronto, un rayo rasgó la oscuridad a lo lejos, sobre el lago, y lo iluminó todo con fuerza, convirtiendo sus aguas en un charco de plata.

Otro trueno.

—Es precioso —susurró Olivia.

Él sonrió. Se sentía extraño, lleno de energía. Y limpio. Libre de cargas por completo, por primera vez en mucho tiempo.

—Sí que lo es.

Estaban juntos, apoyados en la barandilla, las manos muy cerca, como en su sueño. Como aquella vez, en la biblioteca, cuando se apartó con frialdad, aunque se moría por dentro por las ganas de tocarla. Marcus movió el dedo meñique hasta rozar el de Olivia. Ella sonrió.

Tal como hizo en las ruinas, se inclinó hacia ella, más, más y más, con mucha lentitud, hasta que sus labios estuvieron a punto de unirse. Y ella tampoco se apartó. Parecía atrapada por aquel momento mágico.

Se quedaron muy quietos, muy cerca, pero sin tocarse. Marcus pensó en el beso de la estatua de la Dama Blanca y el juglar. El beso que siempre estaba a punto de llegar, pero que nunca llegaba.

No iba a decírselo, pero pensaba en cómo hablarían de ese momento cuando fueran ancianos. «La oscuridad se iluminaba». «El lago era de plata». «El aire de la noche crepitaba a nuestro alrededor y olía a lavanda...». Seguro que ella reiría y lo llamaría tonto, y le diría que era ella la que olía a lavanda, no la noche. Y ambos se besarían, en recuerdo de ese beso que estaban a punto de darse. Siempre.

Porque Olivia y él harían como lady Acton y sus amigas: vivirían una larga vida juntos y, algún día, sonreirían con las manos entrelazadas, sentados frente a alguna chimenea, satisfechos de haber compartido todo ese tiempo.

—Esta vez, tendrás que dármelo tú —susurró—. Solo tienes que ponerte de puntillas. Bésame, Livvy.

Ella sonrió.

—Te quiero, Marcus Hale.

—Y yo juro que viviré para no defraudarte. —Le acarició la mejilla—. Y, desde esta noche, todo irá bien. Irá mejor que bien, será maravilloso, porque tú me quieres y yo te quiero, Olivia, te apellides Hale o te apellides Coombs. Te querría aunque no fueras la hija de lord Camden. Aunque tu único linaje fuese el

de un campesino y una costurera de aldea. No voy a casarme contigo por deber, sino porque te amo, y sé que tú me amas a mí. Tal como siempre hemos deseado, ambos.

Se besaron y contemplaron la tormenta durante un tiempo, hasta que se alejó del lago. Después, regresaron al dormitorio y volvieron a hacer el amor.

—No debo quedarme dormida... —dijo Olivia, más tarde. Marcus casi ni lo oyó. De hecho, se preguntó si no estaría soñando—. Si Upton me encuentra aquí, me moriré de vergüenza...

Pero sí, seguro que lo había dicho. Por eso no se preocupó demasiado, al despertar mucho más tarde que de costumbre, y ver que Olivia no estaba a su lado. Le disgustó un poco, porque hubiera vuelto a hacer el amor con ella, lo estaba deseando pese a la noche agotadora que habían tenido, pero supuso que había decidido regresar a su dormitorio antes de que la descubriesen, para evitar problemas.

Aun así, era imposible borrar todo rastro de su paso por aquella cama. Las sábanas estaban más revueltas que de costumbre, por no hablar de la mancha de sangre que pudo ver a la luz del día, cuando ya estaba en pie, con su ayuda de cámara trasteando por el dormitorio.

Pero, si se fijó, Upton no dijo nada. Le llevó la taza de té habitual y le comentó el clima mientras decidían entre ambos qué iba a ponerse, como hacían siempre. La única diferencia estuvo en su buen humor. Marcus se preparó silbando y salió hacia el comedor.

Pero, de camino, recordó su enfado con Harmony y decidió pasar por su habitación. Era la única forma de verla ya que, según lo indicado, su hermana no bajaría a desayunar, estaba castigada y le llevarían una bandeja a su habitación.

Marcus se debatió en un mar de dudas, mientras se dirigía hacia allí. ¿Debía retirarle el correctivo? Se sentía tentado de hacerlo solo porque la quería, pero también porque estaba tan feliz que quería compartir aquella alegría con Harmony, y no habría posibilidades si estaban enfadados.

Pero, por otra parte, tenía el deber de educarla. Su hermana debía aprender que no podía tensar siempre las cosas para conseguir resultados a su gusto. Si dejaba que pasara el asunto sin más, podía volver a repetirse en asuntos más

graves.

Llegó frente a la puerta de Harmony sin haber decidido nada. La doncella pelirroja, Doll, también estaba allí, saliendo. Se llevó un dedo a los labios.

—No haga ruido, milord.

Marcus arqueó una ceja, esperó a que se hubiese ido y se asomó.

En la cama, abrazadas, estaban Olivia y Harmony, dormidas.

Sonrió. Entró y cerró la puerta, se tumbó detrás de Olivia, pasó un brazo por ambas, estrechándolas contra su pecho, y se quedó también dormido.

Capítulo 24

El grupo de damas, cerca de una docena, se había acomodado en el gran salón azul de Minstrel House.

Al entrar, todas ellas habían alabado el buen gusto de su decoración, pese a que la disposición de los muebles era muy diferente a la de otros días. No era cosa de hacer que tan insignes invitadas tuvieran que sentarse en sillas, por lo que los criados habían hecho sitio, sacando de allí todo lo prescindible, y traído más sillones, otro sofá y varias mesitas. Los habían colocado como si fuera un teatro, todos encarados hacia un punto en concreto, a la derecha de la chimenea.

Allí se había dejado espacio para la silla de ruedas de lady Acton. Justo detrás, había una litografía del pueblo, de la época en la que los marqueses de Northcott pasaban allí tanto tiempo. Cada vez que tenía oportunidad, Olivia seguía las líneas de casas y calles con los ojos, viendo parecidos y diferencias. En realidad, había habido cambios, pero no tantos como hubiera podido esperarse.

Seguía siendo Minstrel Valley.

«Tiempo. Amor. Magia», pensó Olivia, mirándolo. Se estremeció al recordar las noches de placer vividas con Marcus. ¡Era tan feliz! ¡Tan *absolutamente* feliz! Le costaba centrarse en nada que no fuera esa relación que estaban iniciando, y que se había convertido en el absoluto centro de su existencia. Pero, debía atender a lo que estaba ocurriendo allí, en aquel salón. Si los planes de lady Acton fructificaban, y ese era su deseo, se completaría otra parte importante de su vida.

Las damas, distribuidas sin ningún protocolo, reían y charlaban entre ellas, como buenas amigas. Se había servido té, pero también un vinito dulce con

pastas para quien lo prefiriese. Todas sabían que, en cuanto terminase aquella reunión, las estaba esperando una cena de celebración, en el comedor.

Olivia, que había sido presentada como «lady Olivia Hale, pupila de lady Acton y prometida del marqués de Northcott», estaba sentada en un rincón. Lady Acton le había pedido que tomara notas sobre lo que se hablase, aunque poco había escrito hasta entonces, teniendo en cuenta que acababan de empezar y solo había tomado la palabra la anfitriona.

Lady Acton había saludado y había empezado a exponer lo que pensaba que debía ser la Escuela de Señoritas de lady Acton, más o menos lo que les había dicho a Marcus y a ella aquella noche en su salón. Olivia escuchó durante una parte, pero no estaba muy concentrada. Los ojos se le iban de continuo a las elegantes mujeres que llenaban la habitación, tomando el té con gesto distinguido o bebiendo el vino a sorbitos.

Ya empezaba a conocerlas, pero seguía sintiendo la misma sensación de asombro y maravilla del primer momento. Jamás había visto tantas grandes damas juntas, tan distinguidas y refinadas. Allí estaba su excelencia, la duquesa de Gysforth, que le había dicho, muy simpática, que la llamase lady Bethany. Con ella estaban sus amigas, la marquesa de Rutshore y la marquesa de Badfields, o lady Harry y lady Ishbel, respectivamente, esta última con su perrito Bubú en el regazo, un precioso cachorro blanco de raza pomerania.

Había creído oír mal cuando le dijeron que se dirigiera a lady Rutshore como «Harry», pero no, pronto se dio cuenta de que todo el mundo la llamaba así. Luego había sabido que su auténtico nombre era Harriet, pero había llegado a entrever que, tras el «Harry» había algún misterio, alguna historia interesante. Ojalá pudiera, algún día, preguntar al respecto. Seguro que aquello tenía una explicación fascinante.

En el otro extremo de la sala estaba su excelencia la duquesa de Kenwood. Lady Charlotte era ya una mujer de cierta edad, Olivia le calculaba más de cincuenta, y estaba algo entrada en carnes, pero se mostraba siempre elegante y tenía unos bonitos ojos azules que dejaban vislumbrar la joven hermosa que fue en otros tiempos.

Lady Kenwood era una pieza vital en los planes de lady Acton, uno de los

nombres con los que deseaba poder contar en firme, porque su apoyo sería sinónimo de éxito. Como esposa del poderoso duque de Kenwood, tenía una gran influencia social; además, se trataba de una reconocida anfitriona de cenas y bailes que pocas veces se perdía eventos y estaba siempre al tanto de todos los rumores que circulaban por Londres.

Olivia había simpatizado mucho con ella. Lady Kenwood era afable y cariñosa, muy amiga de todas las otras damas, aunque lo que más le gustaba de ella era que tenía el corazón tierno de una madre. La propia Olivia había podido comprobarlo varias veces a lo largo del día, cuando acudió a ayudarla en muchas pequeñas cosas. Lady Kenwood siempre estaba pendiente de las más jóvenes, como ella misma, o lady Cinthya de Clowes, la baronesa Rowsley, una belleza de Derbyshire que parecía poco más que una debutante.

Olivia había congeniado bien con ella, era una joven muy agradable. Ya al verla, estuvo segura de que tenía su edad, más o menos. Intrigada, le había preguntado al respecto a lady Acton, por lo que no había tardado en saber que la joven baronesa Rowsley tenía tan solo veinticuatro años, aunque ya era viuda, y que, en realidad, participaba en todo aquello porque tenía una sobrina que tarde o temprano requeriría de todos aquellos apoyos para contar con una buena presentación en sociedad.

—No es una crítica —había asegurado lady Acton—. Es una razón tan buena como otras y, sin duda, mejor que muchas. Se esforzará por que todo resulte lo mejor posible.

Con las otras damas había tenido menos trato, de momento. Los ojos de Olivia pasaron de unas a otras: la anciana lady Fenswith, la tímida lady Marwein, la honorable Diana Everleigh, hija única del vizconde Beckwith, que había acudido en nombre de su madre enferma... Pero todas, en definitiva, eran encantadoras, como era de imaginar, siendo amigas personales de lady Acton.

Y todas estaban muy contentas e intrigadas en esos momentos.

Lo de contentas no era para menos: la visita a Minstrel Valley les estaba gustando mucho. Todas ellas habían ido llegando a lo largo de la jornada anterior, en pequeños grupos, entusiasmadas por la idea de pasar varios días alojadas en Minstrel House. Tras una cena excelente, y la animada velada que la

siguió, con música a cargo de las propias participantes, habían descansado en las habitaciones del ala este. Y, esa mañana, habían salido en varios carruajes descubiertos para pasar el día visitando los puntos más interesantes del pueblo.

¡Menos mal que, tras la gran tormenta que sufrieron la noche en que Marcus y ella decidieron dejarse de suspicacias y amarse, había vuelto a hacer un tiempo excelente! Una situación que se mantendría durante toda la visita de las damas, según había vaticinado el viejo Swan. Los paisajes de Minstrel Valley eran bonitos con cualquier clima, incluso durante las intensas nevadas de invierno, pero había que reconocer que, cuando salía el sol en su cielo inmenso y azul, todo parecía refulgir de otra forma.

Una Olivia muy nerviosa había sido la encargada de acompañarlas como guía y anfitriona en la excursión. Tras decidir que era mejor dejar el Puente del Pasatiempo para otra ocasión, al estar situado en la salida noreste del pueblo, al lado contrario de todo lo demás, la visita había empezado en la parte trasera de Clifford Manor, en las ruinas romanas, lugar que les había parecido muy «evocador», a decir de todas.

El llamado Puente de las Ánimas era lo que quedaba de un viejo puente romano, una construcción que ahora resultaba inútil y fuera de lugar, porque se encontraba sobre un cauce seco, en una zona de sombra y mucha vegetación que imponía por su ambiente lóbrego. No se sabía nada de sus constructores, excepto que debía tratarse de los mismos romanos que levantaron la villa romana cercana, la que había sido saqueada para usar sus piedras en la construcción de otros edificios, y de la que formaba parte el llamado Pozo de los Deseos.

Por eso, resultaba curioso que, la única leyenda relacionada con el sitio fuera de época medieval, la que lo enlazaba con el Puente del Pasatiempo, pero Olivia no pensaba mencionarla. Lady Acton le había advertido que no dijese nada al respecto del fantasma del hombre sin cabeza que vagaba por allí, porque algunas de sus amigas eran muy delicadas y podían alterarse.

En todo caso, ni siquiera fue necesario decir nada. Ya ellas mismas demostraron tener una gran fantasía propia, a la hora de asustarse unas a otras, inspiradas por el nombre del puente: varias hasta lanzaron grititos y se abrazaron, seguras de que había espíritus de «salvajes romanos» en las cercanías,

aunque luego, casi sin transición, habían disfrutado como niñas del Pozo de los Deseos.

Habían arrojado más monedas a su interior de las que habían tirado todos los habitantes del pueblo juntos en los últimos diez años. ¡Qué barbaridad! Al parecer, aquellas damas que hubiesen debido tenerlo todo, guardaban en el corazón numerosas peticiones que solicitar al destino.

Allí tuvo lugar el primer percance del día, cuando lady Harry, quien al parecer estaba casada con el marqués de Rutshore, un reputado arqueólogo, había estado a punto de perder el equilibrio y caer al fondo, en un revoloteo de enaguas. La dama en cuestión, un tanto temeraria, se había empeñado en distinguir algo que parecía tallado en la pared de piedras, y para ello decidió inclinarse hasta más allá de lo sensato sobre la fría oscuridad que surgía de aquel agujero profundo.

Por suerte, la maternal lady Kenwood estaba cerca, atenta y preocupada, y pudo sujetarla cuando perdió pie, aunque ambas se tambalearon unos segundos, al borde del desastre.

No llegó a ocurrir nada, todo se quedó en un susto, y un examen posterior llevado a cabo con la ayuda de Goliath, demostró que la aparente inscripción no era más que un dibujo natural en la roca. La noticia decepcionó a los presentes, pero al menos les había procurado unos cuantos minutos de entretenimiento, de modo que abandonaron el lugar contentos, y deseosos de ver el siguiente.

Solo Olivia siguió un buen rato con el corazón en vilo. No dejaba de imaginar lo que hubiese sido tener que volver para dar explicaciones sobre las dos damas que se le habían caído al pozo.

Tomaron el almuerzo en las ruinas del castillo, donde se produjo el segundo percance: Bubú, el pomerania diminuto de lady Badfields, desapareció ladrando en el bosque, persiguiendo unos pájaros, y durante casi veinte minutos estuvo perdido, pese a que los hombres del grupo se dispersaron de inmediato para tratar de localizarlo. Fueron momentos de gran tensión en los que la dama apenas pudo contener el llanto.

Por suerte, Johnny regresó con el perro, sucio de barro y paja, pero entero.

—Estaba en la granja del señor Seamus, persiguiendo a las gallinas —explicó el muchacho a Olivia.

Bubú iba a ser castigado con severidad, aseguró su dueña, aunque nadie confiaba mucho en ello, viendo los besos que le daba, sin importarle mancharse también de barro. Lo lavaron como pudieron, con agua del lago que trajo Johnny, y luego Olivia las entretuvo contándoles la leyenda de la Dama Blanca y el juglar.

No pensaba hacerlo, pero una vez hubo empezado, decidió intercalar de vez en cuando alguno de los versos de su madre, como había hecho al narrársela a Marcus y a Harmony. Pensaba que no les gustaría, que serían mucho más exigentes en cuanto a poesía, pero no; para su sorpresa, la encontraron muy entrañable y divertida, y rieron y aplaudieron encantadas.

Y, de allí, volvieron a Minstrel House, donde las damas pudieron descansar un rato y prepararse para esa reunión.

Fue entonces cuando lady Kenwood descubrió que había perdido uno de sus pendientes de diamantes. Claro que, no sabía dónde había ocurrido. No se había dado cuenta hasta llegar a la casa y quitarse las joyas.

En cuanto se enteró, lady Acton se ofreció a enviar a algún criado a rebuscar por los sitios en los que habían estado, pero la duquesa rechazó de plano la idea.

—No, por favor, querida Helena —había dicho en el pasillo, poco antes de empezar la reunión. Agitó una mano en el aire, ayudando a rechazar de plano la idea—. Hágame un favor y no se preocupe. ¡Si solo ha sido un pendiente! Le aseguro que podré sobrevivir a su pérdida.

Olivia, que en aquel momento estaba ayudando a acomodar a las damas con la ayuda de las doncellas, había visto cómo Doll y Lucy intercambiaban una mirada al fondo. Por supuesto, cómo no. Aquella mujer despreciaba un pendiente de diamantes que debía costar más que un año completo de su sueldo. Seguro que al menos Lucy aprovecharía su tiempo libre para explorar por ahí, a ver si lo encontraba.

Y era lo bastante ambiciosa como para...

—¿Durante la temporada, lady Acton? —estaba preguntando lady Marwein, sentada en su extremo del sofá. Parecía atónita.

Su voz, algo chillona, fue lo que sacó a Olivia de sus pensamientos.

«¿Qué?». Parpadeó, volviendo de repente a la realidad. Había estado tan

metida en esos recuerdos y reflexiones que no se había dado cuenta de que lady Acton ya había terminado de explicar las bases de su idea y ahora llegaba el momento de plantear las dudas. Y lady Kenwood parecía tener muchas sobre ese detalle en concreto, porque alzó una mano y añadió, casi sin pausa:

—Sí, por cierto. ¿Quiere decir que las niñas seguirán en la escuela *incluso* después de su presentación ante el rey?

—Así es —replicó lady Acton con tranquilidad—. Durante toda la temporada, de hecho. Estarán aquí, en sus clases, pero asistirán a las fiestas en Londres, donde las damas patrocinadoras observarán sus avances y redactarán unos informes que nos permitirán estudiar su evolución.

Un coro de rumores. Lady Bethany sonrió.

—Qué... peculiar.

—Lo sé —admitió lady Acton. Tras ella, un rayo de sol incidió sobre la litografía de Minstrel Valley—. Pero es que, esta será una escuela peculiar. Algo nunca visto. De hecho, dudo de que nunca vuelva a existir nada parecido.

—Oh, ¿no es un poco atrevido? —se quejó la condesa de Fenswith, una mujer encantadora, que ponía mucha voluntad en agradar pero no era muy abierta de miras. Ni valiente, por cierto. Fue una de las primeras en gritar en el Puente de las Ánimas, temerosa ante la posibilidad de que se les apareciera el fantasma de un romano. De haber sabido lo del hombre sin cabeza, con toda probabilidad hubiese sufrido un vahído—. Me refiero, querida Helena, a que las cosas nunca se han hecho así, y lo sabes.

—Lo sé, Beth. Pero, recuerda: «Nunca llega a ser coronado por la inmortalidad quien teme ir adonde le conducen voces desconocidas».

Lady Fenswith parpadeó.

—¿Y eso qué quiere decir, querida?

—Es de John Keats —dijo lady Harry—. Y supongo que puede interpretarse de muchas maneras, pero yo entiendo que quiere decir que no hay que dejarse someter por lo establecido. Que solo los que innovan, los que se atreven a internarse por senderos todavía no recorridos, son recordados. Los demás... bueno, caen en el olvido, puesto que forman parte de la gran masa.

—¿Masa? —Lady Fenswith la miró escandalizada, aunque quizá no sabía

bien el porqué—. ¡Oh! ¡Lady Rutshore! ¡Yo no formo parte de ninguna masa!

—En realidad, tiene razón, Beth —intervino lady Acton—. Te lo he dicho muchas veces, querida, en esta vida hay que atreverse. Hay que probar nuevas cosas, luchar por evolucionar y mejorar. Es lo que diferencia a los intrépidos de la mayor parte de la gente: ellos serán recordados porque luchan por lo que desean, pese a que eso les cueste salirse de la norma. El ir «adonde le conducen voces desconocidas».

—No sé si yo quiero salir de la norma... —adujo la marquesa de Marwein, que ya se había mostrado muy tímida antes.

Lady Acton le sonrió con afecto.

—Y lo entenderé, lady Marwein. Os he convocado a todas vosotras porque sois mis queridas amigas, confío en vosotras y hemos colaborado organizando muchos eventos y presentaciones juntas, muchas veces. —Sonrió, en general—. Disfrutamos mucho en Londres.

—Ya lo creo —sonrió lady Fenswith—. Se te echa mucho de menos, querida.

—Y yo a vosotras. Por eso, quería contar con todas las que estáis aquí para esta aventura. Es un proyecto nuevo, lo sé. Diferente, lo sé. Os diré más: es osado, atrevido y audaz. —Más murmullos, algunos escandalizados—. Nuestras jóvenes serán miradas con mucha atención, porque serán distintas. Serán, como os he dicho, Damas Selectas.

—No sé yo si me gusta eso... —siguió protestando lady Fenswith.

—Me consta. Te conozco, Beth, y sé que los cambios no van contigo. Ya digo, comparto con vosotras un proyecto en el que me encantaría que trabajásemos juntas, porque creo que tenéis derecho a opinar, os lo habéis ganado. Pero, por supuesto, mi propuesta no es una obligación, sino solo eso: una propuesta. La que no quiera participar, puede decirlo sin problema y quedarse al margen.

—Bueno... —titubeó lady Marwein,

—Os recuerdo, en todo caso, que mi idea no va a hacer mal a nadie. Al contrario, quizá consiga que unas cuantas jóvenes sean más cultas y piensen más por sí mismas, lo que dará lugar a una mejor generación de jóvenes damas. Unas Damas Selectas.

—A mí me parece perfecto —dijo lady Ishbel. Bubú ladró una única vez,

dejando claro que apoyaba lo dicho por su ama—. De hecho, me apena que no se me ocurriese a mí, y ya hace años. Puede contar conmigo.

—Y conmigo —dijeron casi a la vez sus dos amigas, lady Bethany y lady Harry.

—Desde luego, puede contar conmigo, lady Acton —dijo lady Cinthya, con voz dulce—. Coincido con usted en que todo iría mejor si se permitiese que las jóvenes tuvieran una mayor educación. Hay que enseñarles a razonar sobre el mundo que nos rodea, no solo a pensar en bailes, cintas y encajes.

—Pues no sé si es buena idea —insistió lady Fenswith—. ¿En qué otra cosa debe pensar una jovencita? Podemos estar creando esposas contestonas que terminen con toda posibilidad de paz en sus matrimonios.

—Oh, por favor —replicó la honorable Diana Everleigh, con el ceño fruncido—. Ya va siendo hora de que las jóvenes puedan ser algo más que un adorno en el brazo de un hombre, ¿no cree?

—¡Oh! —Lady Fenswith apretó los labios—. Jovencita, dudo mucho que a tu madre le agrade lo que acabas de decir.

—Bueno, no está aquí. Estoy yo, y lady Acton puede contar conmigo.

La mayor parte de las damas se unieron. Seguro que lady Acton ya contaba con la negativa de unas pocas, porque lo aceptó sin problema.

—La escuela abrirá en septiembre, si todo va bien —anunció—. Antes haremos algunas obras para acondicionar Minstrel House a este nuevo destino, y he iniciado gestiones para contratar más profesores y una directora. Yo me dedicaré a elegir qué niñas van a venir. Sabéis que me gusta guiarme por mis corazonadas, aunque aceptaré solicitudes y, por supuesto, las jóvenes que vosotras propongáis siempre tendrán un sitio en mi escuela.

—Oh, estupendo —dijo lady Kenwood—. Mis hijas ya están casadas, gracias a Dios, pero estoy segura de que será una buena oportunidad para mi sobrina, en un par de años. Ahora solo tiene dieciséis.

—¡Oh, qué casualidad, yo también tengo una sobrina de esa edad! —Lady Rowsley sonrió a lady Kenwood—. Espero que se hagan amigas algún día.

—Claro que sí, querida. Estoy segura de ello.

—Ambas serán bienvenidas —asintió lady Acton—. También decidiré, de

acuerdo con la directora, qué joven está preparada en cada momento para asistir a una fiesta, o en qué necesita más atención. Y ahí entraréis vosotras. Seréis las damas patrocinadoras de las niñas de la escuela, y las acompañaréis y observaréis durante las fiestas. Además, cada una organizaréis para ellas al menos una fiesta durante la temporada. En ese evento, la dama patrocinadora será llamada «dama anfitriona».

—Pero ¿cómo harán para asistir? —preguntó la señorita Everleigh—. Estamos a pocas horas de Londres, pero es un viaje incómodo. Son jovencitas, y están llenas de energía, pero si van a viajar y luego ir a una fiesta, quedarán agotadas, pobrecillas.

—Por supuesto, pero es un problema que tiene fácil solución: irán el día anterior y se alojarán en Acton House o en Northcott House, atendidas por mi sobrina, que para entonces ya será lady Northcott. —La miró a ella—. Lady Olivia sería, en ese caso, nuestro enlace, y contará con la ayuda de alguna profesora que acompañe a las niñas en el viaje. —Hizo un gesto con la mano, señalándolas a todas en general—. También, por supuesto, se pueden quedar en una de vuestras mansiones, si vais a dar la fiesta y así lo creéis conveniente. Todo es organizarse. En ese caso, la dama anfitriona se ocupará de que las niñas estén bien atendidas y vigiladas durante su estancia. Luego, al día siguiente o cuando se decida, volverán aquí.

—¡A mí me encantaría eso! —Lady Harry lanzó una carcajada—. ¡Tener la casa llena de jóvenes debutantes! Seguro que es una experiencia divertida.

—No sé yo, la verdad... —dijo lady Marwein, con los ojos muy abiertos, aunque, como ella había sido de las que habían rechazado la propuesta, nadie la tuvo en cuenta.

—¿Y los jóvenes? —preguntó lady Ishbel—. Si están tan lejos, no podrán cortejarlas fuera del momento del baile. Y eso es muy importante, sobre todo si se desea que consigan el éxito en una primera temporada.

Lady Acton le dedicó una sonrisa.

—Es importante, sin duda. Pero es que, cortejar a una Dama Selecta debe ser algo más difícil que cortejar a cualquier damita de Londres, querida. Además, insisto, que estén en Minstrel Valley no significa que no vayan a estar, y mucho,

en la capital: lo estarán. Y los jóvenes podrán verlas allí y visitarlas allá donde estén alojadas. Pero, en otros momentos, tendrán que esperar a sus apariciones en los grandes salones. Tendrán que enterarse de cuándo o dónde van a estar, esperarlas... desearlas.

—¡Desearlas! —exclamó lady Fenswith. Casi dio la impresión de que había escuchado una blasfemia.

Lady Acton rio.

—Vamos, Beth. Que ambas fuimos juntas a muchos bailes y soñábamos con besarnos con un joven. —Lady Fenswith se quedó mirándola un segundo, y luego rio entre dientes—. Pero sabes que no hablaba de nada impropio. Queremos que esos caballeros *deseen* a nuestras niñas, sí. Que las *valoren*. Y queremos que ellas sepan cómo deben afrontar las cosas, antes de embarcarse en el viaje más importante de su existencia: el matrimonio. Buscando el amor, pero sabiendo cómo vivirlo.

Al oír aquello, Olivia la miró con inmenso cariño. Marcus ya le había contado a qué se refería con eso, y no podía por menos que sentir unas ganas inmensas de abrazarla y protegerla. Lady Conway también debía saberlo, porque, aunque había estado silenciosa durante toda la reunión, sonrió y dijo:

—Desde luego, Helena. Así debe ser. Cuenta conmigo.

—¿Va a ir a Londres, lady Conway? —preguntó lady Fenswith.

—No, si puedo evitarlo —replicó la otra, muy tiesa. Se notaba que no le caía demasiado bien lady Fenswith—. Pero puedo ayudar aquí, en lo que se tercie.

Lady Acton sonrió.

—Gracias, Florence.

—¿Y cuántas niñas acogerá, milady? —preguntó lady Bethany.

—Depende. Diez mínimo, espero. Quizá veinte de máximo. Quince, como término más deseable. Pero ya digo que dependerá de vuestras necesidades, de las peticiones que se me hagan y de mis famosas corazonadas. Hablando de eso... He decidido ya quién será nuestra primera alumna. —Sonrió, dejando un segundo de expectación—. Romola Seymour. Molly.

—¿Romola Seymour? —repitió lady Fenswith, atónita—. ¡Por favor, Helena! Ya somos mayores, no nos queda tiempo que malgastar en causas imposibles, y

lo harás, lo perderás si lo empleas en esa chica. ¡Es un desastre! Y ni siquiera es noble.

—Lo sé. Me consta todo eso. La conocí hace algunos años, en el museo Rutshore, Harry, por cierto —se volvió hacia lady Rutshore—, estuvo a punto de derribar el sarcófago de esa momia egipcia que tenéis allí, una sacerdotisa.

Lady Rutshore se envaró.

—¿Fue la que casi tiró a *Nefer-Anjet-Ast*?

—La misma.

—¡Por Dios! —Se echó a reír—. ¡A Edward casi le dio un ataque, aunque mantuviera su habitual flema británica! ¡Eso sí que es un reto, lady Acton! ¡Voto por afrontarlo!

—Gracias, Harry. Espero contar con vuestro apoyo, porque Molly es una Dama Selecta. Lo veréis.

A partir de ahí, la conversación siguió, aclarándose ideas y detalles, hasta llegar la hora de la cena. De camino hacia el comedor, Olivia se encontró con Marcus en el pasillo. El corazón brincó en su pecho, como siempre que lo veía. Él la cogió de la mano y casi podía decirse que la secuestró, arrastrándola al jardín trasero.

Allí, no se detuvo hasta llegar al Viejo Gigante. La apoyó en su enorme tronco y la besó.

—¡Marcus! —exclamó, sorprendida, en cuanto pudo volver a hablar—. ¿Te has vuelto loco? Vamos a llegar tarde a la cena.

—Solo será un momento. Una disculpa y un beso. —Volvió a besarla—. O dos...

—¿Y la disculpa? —Arqueó una ceja—. ¿Por qué es?

Su expresión se ensombreció.

—He intentado entrar en tu habitación —confesó—. Te lo contará la señora Burton, puesto que me ha sorprendido en pleno «acto indigno de mí», tal como lo ha descrito. Casi ha llegado a reñirme. —Torció el gesto—. No, en realidad, me ha reñido. Estoy seguro.

—¿Qué? ¡Marcus! Pero si sabías que no iba a estar. —Desde que iniciaron su relación, rara era la noche en la que él no iba a su dormitorio, o ella no visitaba

el suyo—. ¿No podías esperar a que me acostase?

—Iba a darte una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Pero qué?

—Bueno... Supongo que ya da igual. —Sacó de la chaqueta una flor. Era una rosa muy roja, que todavía se mantenía perfecta—. Iba a dejártela sobre la almohada. Es del jardín de la francesa.

—Marlene.

—Sí, eso. Y es roja. Como debió ser desde el principio. —Se la colocó en el pelo, sujetándola con bastante habilidad en el moño. Olivia pensó que no debía olvidar mirarse bien cómo quedaba antes de entrar al comedor. No quería comentarios por parte de lady Fenswith—. Sé que la blanca no terminó de gustarte.

—Oh, no me disgustó. De hecho, me sorprendió muy gratamente. —Hizo un gesto evasivo—. Y luego me decepcionó.

Él la miró confuso.

—¿Te decepcionó? ¿Por qué?

Olivia se echó a reír. Se apoyó en el Viejo Gigante y tiró de él, para que se acercase.

—Eso vas a tener que adivinarlo por ti mismo, lord Northcott.

Se besaron. Cuando se apartó, Marcus la miró, con ojos inteligentes.

—¿Cuál es tu color favorito?

Olivia sonrió.

—El blanco.

Epílogo

*P*incipios de septiembre de 1835

—¡Ya están aquí!

Olivia oyó la exclamación de Harmony cuando estaba todavía a media escalera hacia el vestíbulo. Dudó un momento, preguntándose si estaría bien que la marquesa de Northcott echase a correr de cualquier manera. En otras circunstancias, no lo hubiese hecho, pero dado que no había nadie a la vista, se levantó la falda y aceleró el paso cuanto pudo. Al llegar a la puerta, recuperó su aspecto elegante.

Ya era la esposa de Marcus Hale, desde hacía tres días. Pensaban repetir la ceremonia en Londres, con una gran celebración a la que asistiría lo más selecto de la sociedad, pero habían querido contraer matrimonio ya, y en Minstrel Valley, porque lady Acton no podría encarar un viaje. Y la conocían: de casarse solo en la capital, ella hubiese insistido en ir y no podían consentirlo.

Total, ya era hora de hacerlo. Marcus y ella pasaban juntos casi todas las noches, cualquier día podían encontrarse con la noticia de que esperaban un hijo. Olivia apoyó una mano en su vientre, con una sensación inmensa, algo que iba más allá de la alegría. Ojalá fuese cuanto antes, lo estaba deseando.

Marcus estaba en la plazoleta que formaba la parte alta de la escalera, acompañado de Harmony y de una taciturna señorita Chatham. También estaba Eleanor Harper, la que había sido nombrada directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, que en ese día abría sus puertas a la primera alumna del colegio. La señorita Harper era una joven muy agradable, pero de ojos muy tristes. Olivia

se preguntaba qué le habría ocurrido. Quizá algún día llegara a saberlo.

La propia lady Acton estaba allí, en su silla, en el centro del semicírculo que formaban sus acompañantes. Goliath acababa de fijar su freno allí, y se puso a un lado. Al ver a Olivia, sonrió.

—Lady Northcott... —dijo como saludo, y ella sintió que casi estallaba de felicidad.

—Señor Goody...

Marcus la vio y le tendió una mano, sonriente, y ella la tomó y pensó que no podía haber felicidad más grande que estar enamorado. Harmony lanzó una risa.

—Se te pone cara de tonta, hermanita...

—Ya te ocurrirá a ti algún día.

—No, yo no me casaré nunca. ¡Voy a ser una artista! ¡Contaré historias con dibujos y nadie querrá casarse conmigo!

Marcus agitó la cabeza, pero no pudo evitar echarse a reír.

—Mejor. Así no tendré que amenazar a nadie por los rincones.

—¡Marcus! —exclamó Olivia, pero todos chistaron, para que guardasen silencio.

El coche en el que llegaba la primera alumna de la Escuela de Señoritas de lady Acton había cruzado ya las puertas y se estaba deteniendo al pie de la escalinata. El señor Barry se colocó a un lado y Johnny acudió raudo a abrir la portezuela, impecable en su nuevo traje oscuro. Soltó la escalerilla y sostuvo la puerta para que bajaran sus ocupantes.

El primero en descender fue un caballero que, en cuanto pisó el suelo, se volvió para ayudar a la muchacha que apareció tras él en el umbral. Era morena y bajita, pero con formas muy acentuadas.

Romola Seymour, llamada Molly por familiares y amigos, tenía el sombrerito algo ladeado y, aunque vestía impecable, no se había percatado de que se le había soltado del moño un mechón bastante grueso, lo que arruinaba todo el conjunto. Sus grandes ojos castaños se fijaron en el grupo que esperaba en lo alto de la escalera con una mezcla de agudeza y ansiedad.

Empezó a bajar del vehículo...

El tropezón fue tan inesperado, que ni Johnny, que estaba allí cerca, pudo

impedir que la muchacha se cayera de bruces al suelo, en un lío de lazos, faldas y enaguas.

—¡Oh, Dios mío! —se oyó exclamar al caballero, que debía de ser su padre. Se inclinó rápido a ayudarla—. ¡Molly! ¿Te has hecho daño?

Johnny también hizo amago de ir a agacharse a su lado, o de tenderle una mano, pero no se atrevió a tocarla. Se quedó allí, rojo como una manzana madura, quizá porque se habían vislumbrado los pololos de la joven dama. Por suerte, no fue necesaria su intervención.

—¡Estoy bien, estoy bien! —replicó la muchacha, poniéndose en pie por sí misma y sacudiéndose la ropa. Movi6 el sombrero con un tir6n demasiado fuerte y se le sali6 otro mech6n, pero tampoco pareci6 darse cuenta—. De verdad, pap6, estoy perfecta.

—¡Qu6 torpe, pobrecilla! —ri6 Harmony por lo bajo. Su hermano le pellizc6 apenas una oreja—. Ay, vale, no lo dir6.

—No, no lo digas —la ri66 Marcus.

—Como no dir6 que tiene un nombre horrible. ¡Romola! —Abri6 mucho los ojos, con espanto—. ¿De d6nde ha salido eso? ¡Si me lleg6is a llamar as6...! No, ahora me llamar6 de otra forma.

—Calla, que te van a o6r —le susurr6 Olivia.

Romola subi6 la escalera con su padre. Casi se dir6a que la escoltaba de cerca para que no cayera rodando. Olivia sinti6 una simpat6a instant6nea, y tambi6n algo de pena, al ver c6mo le temblaban las manos.

Lady Acton sonri6.

—Se6or Seymour. —Acept6 su reverencia con elegancia y se centr6 en la ni6a—. Hola, Molly. Me alegra mucho volver a verte.

—Buenos d6as, lady Acton —dijo ella en respuesta, balbuceando un poco, quiz6a por los nervios—. ¡Estoy deseando estudiar las fascinantes piedras romanas de su muro trasero! No es por alarmarla, pero estoy convencida de que han sido mal datadas, por lo que voy a...

—¡Molly! —la ri66 su padre. Se dirigi6 a lady Acton—. Milady, es un placer estar aqu6. Queremos agradecerle mucho su invitaci6n... —Sonri6, con entusiasmo— ¡Y estamos deseando estudiar esas piedras, desde luego!

Lady Acton rio.

—Yo soy la que está agradecida de que tuviera en cuenta mi propuesta, señor Seymour. Le aseguro que ha sido un auténtico placer invitar a Molly a la escuela... Y, desde luego, espero que los dos disfruten mucho estudiando esas ruinas. —Olivia sintió la mano de Marcus estrechando sus dedos y, de algún modo, supo que estaban viviendo el principio de algo maravilloso, que estaría lleno de vida. Lady Acton sonrió—. Bienvenidos a la Escuela de Señoritas de lady Acton.

Nota de la autora

Como la mayoría de las lectoras de romántica ya sabréis, Meryton es una ciudad imaginaria, creada por la autora Jane Austen. Está situada cerca de Longbourn y Netherfield, en Hertfordshire, y aparece en *Orgullo y Prejuicio*, una de sus novelas más famosas. Las autoras de la serie de Minstrel Valley han querido mencionarla como homenaje, en agradecimiento a lo mucho que han disfrutado y aprendido con sus maravillosas historias.

La Legión Británica de Simón Bolívar, mencionada en la novela, corresponde a datos reales, y Hippisley fue uno de los coroneles más importantes. Tras la victoria de Waterloo y la derrota final de Napoleón, alrededor de medio millón de hombres, soldados británicos durante todas las guerras napoleónicas, se vieron de pronto convertidos de nuevo en civiles, hombres sin futuro, sin posibilidades de reinserción en la vida normal, gracias a un trabajo digno. El gobierno inglés, en plena crisis económica, no se opuso (al menos en un principio, el asunto cambió con el tiempo) de un modo oficial al reclute de algunos miles por parte de los representantes de Bolívar, pese a las protestas españolas.

Los ingleses formaron unidades militares para luchar bajo el mando del general Simón Bolívar en la guerra de independencia de los actuales países de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. La historia de lo que allí ocurrió es estremecedora, como lo fue el destino de esos hombres sin futuro, que habían arriesgado sus vidas por la preservación de Inglaterra y solo habían recibido a cambio el olvido de su país.

La *Histoire de monsieur Jabot, la littérature en estampes* de Rodolphe

Töpffer, publicado en Ginebra, en mil ochocientos treinta y tres, es considerado el primer cómic de la historia.

El poema *Cuando las suaves voces mueren* es, efectivamente, de Percy Shelley, al igual que *Oda a una urna griega* es obra de John Keats.

Los personajes de lady Gysforth, lady Rutshore y lady Badfields (lady Bethany, lady Harry y lady Ishbel, respectivamente), así como sus esposos, lord Gysforth, lord Rutshore y lord Badfields, pertenecen a la ambientación *El mundo del Támesis*, en concreto a la serie «Un día en el Támesis», de la autora Díaz de Tuesta.

El mencionado sir Arian Creepingbear, investigador al servicio de lord Northcott, también pertenece a esa ambientación.

Sí, Bubú es hijo de Tutú, el pomerania de lady Badfields.

Y «¿Verde? —Intentó adivinar. Leyó en sus ojos que se equivocaba, así que, propuso otro—. ¡No, no, rojo!» es, por supuesto, un guiño a una película muy divertida. Seguro que sabéis cuál.

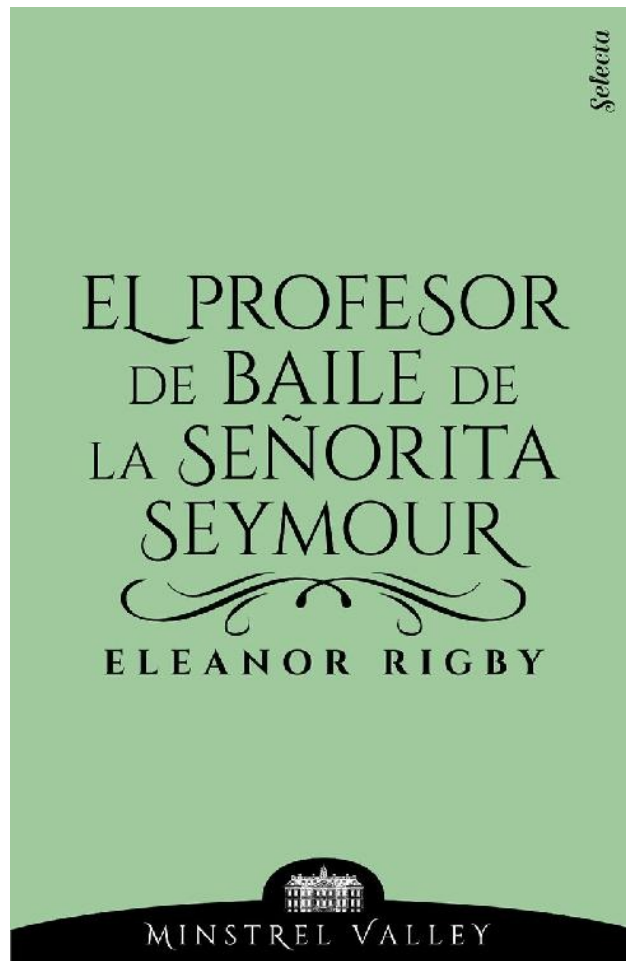
Bethany Bells

Si te ha gustado

Si me lo pide el corazón

No te pierdas la segunda entrega de Minstrel Valley

El profesor de baile de la señorita Seymour
de *Eleanor Rigby*



Minstrel Valley, Hertfordshire

Abril de 1837

Las botas nuevas de Edward Hastings pisaron la grava con recelo, como si antes tuvieran que comprobar la temperatura. Tratándose del camino desnivelado y fangoso de un pueblo inglés, hablábamos de medidas preventivas y no reticencias a conocer por fin su destino... Aunque también las tenía. Albergaba muchas y grandes reticencias. Pero tras haber sido víctima de un insufrible trayecto de casi tres horas y media, sometido al vaivén de un carruaje alquilado, no solo habría puesto los dos pies sobre el infierno para poder estirar la espalda, sino también las manos.

Tuvo que entornar los ojos para evaluar el terreno. Había dejado atrás al Londres del segundo diluvio para que un rayo de sol estuviera a punto de cegarlos. Veintitrés años vivo, veintitrés años como ciudadano británico, y todavía le causaba rechazo la volubilidad del clima. Eso solo en un día normal. En un día espantoso como aquel, lo único que no le inspiraba un arrollador desprecio era la convicción de que se marcharía de Minstrel Valley antes de volver a acostumbrarse.

—¡Por fin! —exclamó una voz que se le hacía conocida—. Llevamos esperándote media hora.

Edward usó la mano como visera para captar el paseo renqueante de su tío, la razón en carne y hueso por la que estaba allí, y también el motivo de su tormento. No se atrevía a exteriorizar su molestia porque, a fin de cuentas, él no era el tullido, ni tampoco el que no podría ejercer su trabajo por ello. Pero había sido una inconveniencia que no se le hubiera ocurrido nada mejor que hacerse un esguince de tobillo apenas unos días antes de la apertura de la temporada.

El señor Lionel Hastings, aparte de ser el efusivo tocón que le daba la bienvenida con un abrazo, era un miembro indispensable de la escuela de señoritas de Minstrel Valley. Estas señoritas acudirían a uno de sus primeros bailes en sociedad en tan solo unos días. Por el momento llenaban de vida la lujosa mansión de lady Acton, una obra

de arquitectura francesa espectacular. La entrada estaba enmarcada por dos filas de sirvientes, preparados para darle la bienvenida.

—Créeme —masculló de mal humor—, yo también esperaba llegar media hora antes.

—¿Por qué? ¿Impaciente por ocupar mi lugar? —se recochineó el muy miserable, esbozando una sonrisa juguetona.

¡Desde luego que estaba impaciente! Siempre había sido el sueño de su vida plantarse delante de toda una escolanía de mentecatas para...

«Esa no es la actitud», se recordó. «Estás haciendo un favor. Qué menos que fingir que no te importa, o que no te lo vas a cobrar muy caro en cuanto tengas oportunidad».

—No eres el único —continuó Lionel—. Le he hablado a las jovencitas de tu incorporación y están deseando conocerte. Estos días andan muy nerviosas por la presentación, así que es posible que te haya vendido como un manjar suculento.

Edward dejó de acomodarse la chaqueta para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Perdón?

—Necesitaban inspiración, Edward —le reprochó, echando el peso del cuerpo sobre uno de los soportes de madera. El otro lo utilizó para darle un toquecito en la cadera—. Y sabes que no me gusta dar malas noticias sin una buena, menos aún en estas fechas. Si hubieras visto sus caras cuando les dije que tendrían que bailar con ellas mismas, te puedo asegurar que habrías dicho cualquier cosa para animarlas.

—¿No es eso lo que se lleva haciendo desde que Londres era un solar? Las mujeres siempre han practicado juntas.

—Pero ellas se han acostumbrado a la figura masculina, y ya no se les puede negar. Dejémoslo aquí y entremos. Lady Acton y la señorita Harper han pospuesto el desayuno para darte la bienvenida. Jack puede encargarse de llevar tus maletas a la habitación contigua a la mía.

A continuación, Lionel llamó a un muchacho que estaba escondido en una de las filas de criados. El susodicho asintió y procedió a encargarse del único baúl. A Lionel no se le escapó la ligereza de este, y no perdió la oportunidad de comentarlo en voz alta. Su sobrino le seguía de cerca, vigilando que no pusiera

la muleta donde pudiera tropezar.

—Dijiste que solo sería un mes —contestó—. He traído lo justo y necesario. Comprenderás que no puedo alargarlo más. Tengo unos compromisos que requieren mi presencia en la capital.

—¿Qué compromisos son esos? —inquirió. Edward saludó con la cabeza a los miembros del servicio; así se perdió la sonrisa divertida de su tío—. ¿Alguno con tirabuzones?

A decir verdad, ni con tirabuzones, ni con trenzas. El único compromiso que Edward tenía pendiente era el de sustituirle por tiempo reducido, más por la ridícula lealtad que se le debía a la familia que otra cosa. Pero más allá de eso, no recordaba haber señalado nada relevante o inaplazable en su agenda durante el siguiente... año y medio. Claro que tenía un mejor amigo con el síndrome del marqués egocéntrico, y tenerlo contento requería tanta dedicación como para considerarse un trabajo a tiempo completo. Se cumplían unas horas desde que Clive le había armado toda una escena por atreverse a abandonarlo en plena temporada, y encima cargando con la responsabilidad de encontrar una esposa.

Como si el propio Edward no actuara ya como tal.

—¿Sabes? —seguía hablando Lionel—. Lo bueno de todo esto, aparte de los magníficos profesionales con los que tratarás, es que puedes echarles un ojo a las muchachas. La mayoría tienen ya dieciocho, y están listas para casarse. Tal vez, alguna de ellas...

—No llevo aquí ni cinco minutos y ya me estás arrojando a los brazos de una mujer —interrumpió—. Dios santo, pensé que el reencuentro traería un poco de originalidad por tu parte. Te veo con el mismo discurso con el que te dejé hace dos años.

—Bueno, muchacho, no se puede decir que tú estés resultando inspirador; te veo con la misma cara de vinagre con la que te dejé, hace dos años. Hablando de eso, sería un detalle que la cambiaras antes de conocer a lady Acton y a la directora. Se toman muy a pecho todo lo relacionado con su institución, y dudo que les guste que esa sea tu actitud respecto al contrato.

Edward no contestó por pereza. Se limitó a seguir en silencio al chico de los recados y a Lionel, que ni mantenía el ritmo de la marcha ni tampoco le

importaba. No se dejó impresionar por la magnificencia del edificio, que en poco se parecía a las mansiones estilo regencia o neoclásicas que imperaban ahora en Londres. Se daba más un aire a un castillo de reducido tamaño, enmarcado por sus torres y amplias arquerías. Tuvieron que acceder a la entrada subiendo una hermosa escalinata que habría complicado el equilibrio del perjudicado Lionel, quien aun así, resolvió con estilo.

Su tío era uno de esos hombres autoritarios sin quererlo. Marcaba el compás de los movimientos del resto solo caminando junto a ellos, despertando la envidia hacia su agilidad y el respeto por su trabajo, lo que ya era una victoria cuando se codeaba con aristócratas muy pagados de sí mismos. Se trataba de un caballero en el sentido estricto de la palabra. Alto, heredero de la melena rubia de los Hastings, y portador de la misma mirada desafiante de su difunto padre. Vestía tallas algo más ajustadas que el clásico hombre delgado, pero eso no le hacía desgarbado o huesudo, y aunque así fuera, su seguridad al ser y estar seguiría haciendo que más de una se diera la vuelta al cruzárselo por la calle.

Al margen de los atractivos físicos de un tipo cercano a los cuarenta, Lionel era el único bailarín que conocía que sabía dotar de profesionalidad a su pareja en medio de un vals, cuando con otro de su misma estatura y destreza habría parecido un pato mareado. Durante su época en Francia, donde no definió precisamente su técnica como danzarín clásico —más bien se movió en el barrio de Montparnasse, estando presente durante el nacimiento y asimilación del cancan, desconocido en Inglaterra—, se alzó el rumor de que era capaz de hipnotizar a su acompañante para hacerla bailar a su son. Edward podía dar fe de que su tío era la excepción del famoso dicho: dos podían bailar si uno no quería. Le sobraba talento para ambos, y eso le generaba una molesta sensación de incompetencia. Iba a reemplazar a alguien que le parecía insustituible, y en un momento donde las muchachas tendrían los nervios a flor de piel. Esperarían magia de un desconocido durante los últimos ensayos antes de volar a un salón real, cuando lo único que él sabía hacer era mantener el ritmo.

Se consolaba pensando que los caballeros que firmarían sus carnés de baile no serían expertos. Edward se había fijado en que la inmensa mayoría era torpe y no le daba importancia a la técnica: usaban la música como excusa para ponerle la

mano encima a su preferida.

Quien estuviera libre de pecado...

Sacudió la cabeza y dedicó un vistazo al techo. No había tenido mucho tiempo para valorar la mansión por fuera, ni tampoco era un apasionado de las decoraciones; se podía decir que Edward tenía el gusto por lo hermoso a la vista algo atrofiado, y un ejemplo eran las prendas sobrias y oscuras con la que se había vestido para la ocasión. Aunque, a decir verdad, no había ocasiones. A Edward no le importaba ponerse lo mismo para viajar que para bailar. Si establecía distinciones era por simples cuestiones de etiqueta y saber estar. Pero aun y con su falta de gusto, supo valorar la salita a la que

le condujeron, donde tres mujeres esperaban manteniendo una charla comedida. Reconoció el ambiente hogareño, el amueblado estilo Sheraton y las paredes forradas de damasco. Hasta ahí llegó su observación, antes de que una de las mujeres se levantara y dirigiese a él desde su sitio con una pose... adecuada.

Sí, así la describiría. Adecuada.

—Milady, señorita Harper; tal y como les prometí, les presento al rescatador de las bailarinas. Mi sobrino, Edward Hastings —intervino Lionel, haciendo un gesto divertido—. Edward, permite que te presente a lady Acton, dueña de todo lo que ves, a la señorita Eleanor Harper, directora de la escuela, y a la honorable señorita Melanie Chatham.

—Señor Hastings —saludó la primera, acercándose para tenderle la mano—. Bienvenido a Minstrel Valley. Habíamos salido a recibirle, pero sabiendo de la borrasca en Londres supusimos que la espera se prolongaría. Espero que haya tenido un viaje agradable.

Edward aceptó su bienvenida con timidez. La impecable cortesía de la mujer fue opacada por la mirada que le dirigió, empañada de un aire melancólico desconcertante.

—Los caminos del pueblo son algo angostos en determinadas zonas, pero nada insoportable. —Esbozó una sonrisa amigable y se dirigió a lady Acton, a la que saludó con una sencilla reverencia—. Milady. Señorita Chatham.

No se llevó ninguna sorpresa al advertir las limitaciones físicas de la

fundadora de la escuela; Lionel ya le había puesto sobre aviso, no fuera que se le escapara una mueca de lástima que pudiera tensar el ambiente. En cualquier caso, su situación no le restó eminencia, sino todo lo contrario. A Edward no le costó imaginar la reputación que tendría allí. Su presencia y elegancia resultaban, hasta cierto punto, intimidatorias. Contrarrestadas, gracias al cielo, por la buena de Melanie, que la acompañaba a todas partes.

—Señor Hastings..., sentía curiosidad por conocerlo. Es posible que no le esté captando del todo bien, pero es usted casi igual a su tío —comentó lady Acton—. Si lo que me han contado es cierto, también lo igualará en destreza musical.

—Si sus referencias vienen de Lionel y lo conoce solo un poco, sabrá que exagera.

—Por supuesto que no ha exagerado. No olvidamos el gran favor que nos hace, señor Hastings —continuó la señorita Harper—. Nos habría resultado imposible encontrar un bailarín del nivel de su tío en tan poco tiempo. Su aceptación y precipitado viaje han sido una bendición. Las niñas estarán muy agradecidas.

—Es un honor para mí ser útil.

«Aunque preferiría ser útil en mi casa».

—Por supuesto que lo estarán, pero haríamos bien en avisarle de que también pondrán a prueba su paciencia —intervino lady Acton, evaluándolo con la mirada—. Si no tiene experiencia tratando con jóvenes, espero que al menos adquiera la pericia necesaria en el menor tiempo posible. Y si en algún momento se siente incómodo, con alguna que otra en concreto... —Findlay y Harper intercambiaron una rápida mirada cómplice, como si todo el mundo supiera ya de quién estaban hablando—, siéntase libre de comunicárnoslo para que las supervisoras puedan meterla en cintura.

»Hay unas cuantas que tienden a poner ojos de cordero cuando hacen una trastada, y otros que son demasiado blandos para reprenderlas como merecen. Espero que, ya que sustituye al señor Hastings, sea más tajante con ellas en ese sentido.

—He captado la indirecta —asintió Lionel, divertido—. Puede estar segura de que mi sobrino no es fácil de conmover. Convertirá esto en un regimiento si se lo

pide.

—No es necesario que lleguemos a tanto. Soy consciente de que es un esfuerzo para usted, ya que es músico y no bailarín especializado. Por eso le agradezco en persona que ponga a nuestra disposición uno de sus talentos. Sepa que todos ellos serán valorados —añadió—. Por mi parte, soy una entusiasta de la buena música. Si no tenemos la oportunidad de oírle tocar en esta ocasión, procuraremos contar con otra.

Edward se tensó de manera inapreciable para todos, excepto para sí mismo. Conociendo al taimado de Lion, y su tendencia a la grandilocuencia, habría vomitado un discurso sobre sus capacidades. Unas que perdió hacía bastante tiempo, motivo por el que preferiría no ponerse a prueba.

—Un placer conocerle —dijo lady Acton para terminar—. Con su permiso, voy a retirarme. Nuestra directora le dará las indicaciones pertinentes y enseñará los emplazamientos.

—Las niñas están recibiendo su lección de aritmética —intervino Harper—, pero mañana mismo, cuando se haya instalado y familiarizado con la escuela, se las presentará el señor Hastings en el salón de baile. Y hablando de señores Hastings... —continuó—. Tal vez debiéramos hacer alguna diferenciación, para que las muchachas no se confundan.

Lionel se puso al cargo de la conversación, de la que fue elegantemente expulsado unos minutos después, cuando la señorita Harper señaló que disponía de poco tiempo para guiarlo por la mansión. Era un trabajo del que podría haberse encargado algún

serviente, pero la directora se mostró tajante y comprometida con lo que le concernía. Se hizo evidente para Edward que allí las cosas se hacían a la manera particular de las responsables, lo que imprimía cierta intimidad al lugar. No dejaba de ser una mansión adaptada por una dama de alta alcurnia para satisfacer un deseo de realización personal.

Por lo que sabía, hacía un año o dos desde que lady Acton llegó a la conclusión de que debía hacer alguna aportación al mundo; una que diera sentido a su existencia. Era una lástima que no se le hubiera ocurrido nada mejor que fundar una fábrica de muñecas idénticas. Si de Edward hubiera dependido,

habría construido una biblioteca monumental, o una exclusiva academia de música, como aquella en la que tuvo la suerte de destacar no hacía mucho tiempo: The Royal Academy of Music.

Pero todo esto tuvo la decencia de pensarlo cuando se quedó a solas en sus aposentos, una vez concluido el interminable turismo por las amplias y ostentosas habitaciones dedicadas a... Ni siquiera se acordaba de las descripciones o los pasillos para acceder a ellas. Se había aprendido de memoria el camino de su habitación al salón de baile, y de este a la puerta de entrada y a la cocina, todo cuanto necesitaba para desempeñar su labor sin decepcionar a nadie.

La escuela no iba por libre, pero las restricciones tampoco eran severas, lo que significaba que no tenía por qué permanecer en Minstrel House durante todo el día. Era una buena noticia para un hombre que se sentía encerrado cuando pasaba más de unas horas en el mismo espacio, al que le gustaban las expediciones campestres y dormir al aire libre. Y también para alguien que estaba haciendo algo que iba contra todos sus principios.

No podría haberse negado. Lionel le necesitaba, había toda una escuela de niñas pendiente de su respuesta, y él no estaba lo bastante atareado para no hacerse responsable con razón. Sin embargo, todo lo que aquel lugar representaba le producía un rechazo automático. Quizá los cimientos se salvaran; la deslumbrante fachada y belleza decorativa, pero ese adiestramiento tan banal... Era insultante. Y si solo sirviera para atraer a hombres superficiales, no estaría tan en contra. Lamentablemente, ni los estúpidos ni los inteligentes se resistían a una jovencita con las mejillas coloradas, debutando como pianista en una velada de tarde. Incluso el temblor de sus dedos estaba estudiado, la mayoría de las veces.

Pero no iba a amargarse con pensamientos de ese tipo. Se levantó de la cama, tras haber colocado con religiosa meticulosidad sus pertenencias, y salió a la aventura de descubrir el pueblo de la infancia de su madre. De la suya.

Minstrel Valley no era ningún desconocido para él. Todavía recordaba las historias que le acompañaron de joven, la mayoría de corte mítico. ¿Quién, en todo el pueblo, no conocía la destacada leyenda sobre el juglar y la esposa del

cruzado? Dicho así, sonaba interesante, pero tenía que sustentarse en un romance trágico del todo absurdo para amargarla. La tendencia a las invenciones épicas era un tópico frecuente —manido, diría él— en lugares irrelevantes como aquel. Tal vez, pensaba, porque sus vidas eran tan aburridas que sentían la necesidad de poner a prueba su imaginación.

Llegó al jardín trasero rodeando la casa, impulsado por la invitación de la señorita Harper, que había hecho especial hincapié en el maravilloso trabajo del jardinero. Llevaba la mano encajada en el bolsillo del chaleco y el ceño fruncido por culpa del sol cegador. No había visto un día tan voluble como ese en años, lluvia torrencial durante el viaje y de repente calor del trópico.

Con el ánimo desmoralizador que arrastraba desde primera hora de la mañana, no prestó su admiración a las curiosidades del espacio. Era un amplio jardín coronado en su centro por una fuente de agua fresca, donde la naturaleza crecía más o menos en libertad. La particularidad era el cercado del patio, constituida por los restos de una vieja muralla que parecía de origen antiguo.

Pretendía acercarse a valorarlo, cuando un coro de risas captó su atención.

Edward levantó la cabeza como un perro de caza y siguió el murmullo. En solo unos pasos distraídos se plantó delante de un grupo de cinco jóvenes: tres distanciadas, y una agarrando a otra por los hombros. Lo primero en lo que se fijó, fue en que todas sin excepción tenían el borde de la falda manchado de barro, seguramente de esa misma mañana. Y después...

—¡Ya! Ahora... Todo el mundo en silencio —ordenó una muchacha rubia con seguridad. Se alejó de la que había estado conteniendo como si le hubiera dado un calambre. Añadió, en voz baja—: Recordad que no podéis salir del patio. Ni hablar.

—Tú estás hablando.

—Y tú también.

—¿Quién es la que habla ahora?

Un contundente «shhh» de la rubia las calló a todas. Segundos después, estaba palpando la corteza de uno de los árboles para decidir si merecía la pena arriesgarse a escalarlo, huyendo de los brazos extendidos de la que se quedaba sola.

Edward no le prestó mucha atención a la osada. Estaba concentrado intentando adivinar a qué jugaban. No le resultó difícil cuando una de ellas se giró, no muy segura sobre su eje, y mostró que tenía los ojos vendados.

Recordaba ese juego. Sus primas maternas le habían estado persiguiendo para que se uniera a ellas a la gallinita ciega durante toda su infancia. Era popular incluso en fiestas de adultos y picnics.

Pensó en darse la vuelta y seguir su camino, pero entonces, la intrépida delgaducha de la melena rubia reparó en su presencia. Sus grandes ojos azules se abrieron de par en par, y su dedo índice no tardó en apuntarlo. Edward arqueó una ceja cuando la vio cubrirse la boca con la mano libre. Así inició una especie de conversación con signos en la que la muchacha preguntaba, haciendo grandes aspavientos, si era el nuevo profesor de baile. Fue gracioso verla gesticular, haciendo la pose del vals y encarnando al maestro con el ademán de regaño.

Él solo asintió.

—¿No tenéis clase ahora? —se le ocurrió—. En vuestro programa dice que a estas horas debéis estar en...

La chica agitó las manos con violencia para cerrarle el pico.

—¿Quién ha hablado? —inquirió la joven de la venda, girándose hacia él. Avanzó a tientas, algo desequilibrada. Nada fuera de lo común; a las gallinitas se les daba vueltas hasta que se mareaban, y aquella además tenía el aspecto de una. Pequeña y curvilínea—. ¿Tibey? ¿Eres tú? Tienes que dejar de poner voz de hombre, como te escuche la señorita Sherman...

Edward estuvo a punto de preguntar dónde intuía el parecido entre su tono de voz y el de una de sus compañeras adolescentes, pero le desorientó que se dirigiera a él caminando con seguridad.

No tenía ningún sentido que se sintiera acorralado. Vías de escape no le faltaban, y, sin embargo, allí permaneció, pendiente de adónde iba. El instinto le susurró que necesitaría una mano cuando se tropezara.

—Tibey, si estoy acercándome a ti, muévete —dijo con firmeza. Tenía una voz muy musical, como si estuviera cantando un poema—. No tiene ninguna gracia si te ofreces a que te atrape solo porque te gusta ser la gallinita...

—¿Gallinita? ¡En todo caso gallo! —exclamó la rubia, con una sonrisa que

era todo dientes—. No te asustes, Molly, solo se nos ha unido alguien al juego. Estás muy cerca de atraparlo. Solo sigue andando...

Edward le dedicó una mirada expectante a esa última, sin saber si reírse o molestarse por el comentario. Se le ocurrían mil maneras de abordar o referirse a un caballero, y esa no era ni de lejos la más apropiada. Claro que, visto de otra manera, tampoco era muy conveniente ponerse a jugar cuando no eran horas de recreo. Si no estuvieran en el patio trasero de la propiedad de lady Acton, habría imaginado que eran muchachas corrientes como todo hijo de vecino, sin ningún proyecto de matrimonio. Tal vez por eso no se movió, intrigado por cómo resolverían aquella muestra de espontaneidad.

—¿Quién se ha unido? —quiso saber Molly—. ¿Es alguien del pueblo? ¿Lo conozco?

La muchacha rubia lanzó una mirada brillante a Edward, tan expresiva que no le hizo falta que gesticulara para entender lo que esperaba de él. Era obvio que quería que la marease más aún, que le siguiera el juego.

Con amigas como esa... ni enemigos necesitaba.

—No nos han presentado todavía —respondió él, algo incómodo—. Las circunstancias tampoco son las más propicias para ello.

—¿Es el padre Ellis? —probó la joven Molly, sin escucharlo—. ¿El padre Roberts?

—¡Pero si el padre Roberts está muerto!

—Bueno, quién sabe... ¿El señor Lewis? ¿Thomas Barry? —Se acercaba cada vez más—. ¿Sabe usted quién soy yo, señor?

Edward se fijó en que se humedecía los labios, pensativa. Sus ojos no fueron a parar allí por ningún motivo en especial. Fue fruto de la pura casualidad, igual que el extraño y breve pinchazo que sintió en el estómago.

—No tengo el placer.

Observó que dudaba antes de dejarse llevar por la curiosidad.

—¿Es usted... un caballero?

La pregunta le divirtió, pero era demasiado pronto para reconocerlo.

—Solo cuando me conviene.

—Oh. Entonces es un hombre corriente.

—Depende del aspecto al que nos refiramos. ¿Por qué? ¿Eso la decepcionaría?

—No. Los hombres corrientes son más interesantes, puesto que desarrollan sus habilidades para desempeñar actividades nobles, mientras que, por lo general, lo único y principal que atrae de un caballero es su apellido, su dinero, o ambas.

Edward levantó las cejas. Miró a la muchacha rubia, que ya se había acomodado en la rama más gruesa del árbol. Esta se encogió de hombros, como diciéndole que Molly ya era así cuando la encontró. Una entusiasta de las respuestas largas o, en su defecto, una redicha.

—Esa ha sido una generalización odiosa, señorita.

—Por supuesto que no son todos así. Pero si se ofende, debe ser porque me ha mentido y sí es un caballero.

—Bueno... Hay muchas formas de ser un caballero.

—Ajá. ¿Y usted es de los que toman la mano cuando una joven va a bajar el último escalón, o de los que alardean de título nobiliario?

Su discurso sería el ideal anti-nobleza si lo acomodara en tono desdeñoso, pero Molly no discutía la honorabilidad de nadie. Solo sonaba ansiosa por adivinar su identidad, y también objetiva, como si supiera que la aristocracia era, de forma resumida, tal y como la había definido.

—Soy de los que prefieren hacer algo productivo a quedarse esperando a una mujer al pie de la escalera. Confío en que no rodará si no cuenta con mi ayuda.

—Entonces es un cínico —apostilló, ilusionada por tener una pista más. Al ladear la cabeza, un rayo de sol se apoyó en su pelo, tiñéndolo del color del vino tinto.

Edward sonrió por primera vez en todo el día.

—Eso depende de con quién esté hablando. Hay quienes no darían esa descripción de mí.

—¿Y qué descripción darían de usted?

Edward empezó a encontrar divertido el interrogatorio. No respondió: un solo paso más y le encontraría. Lo miraría a los ojos y lo definiría a su gusto. Se

sorprendió esperando que lo pospusiera un poco más para poder fijarse en sus detalles sin tener que dar explicaciones.

Y como si ella hubiera descubierto su deseo irracional, no se quitó la venda al poner la mano sobre su pecho. Sin connotaciones de ningún tipo. Solo una mano pequeña, intrépida, descansando sobre su corazón. Edward dirigió allí la vista con gesto inexpresivo. Carraspeó de manera imperceptible.

—Interesante —comentó ella.

—¿El qué es interesante?

—Lleva un pañuelo de seda casi nuevo... Pero el chaleco es de algodón y muy fino, diría que desgastado. Por otro lado, la chaqueta... —Molly pasó la mano por su brazo—. Este spencer es algo más corto de como se lleva ahora, y no tiene ningún detalle. Ni madroños, ni cordoncillos... Su atuendo parece desfasado y aburrido. Dudo que un caballero vistiera de esta manera, a no ser que esté arruinado. Aunque si fuera un señor sin más, ¿no llevaría una corbata? Deberé preguntarle a la señorita Sherman.

Edward fue a resolver el misterio aduciendo que no le causaban simpatía las corbatas, pero entonces ella, como si supiera a dónde se dirigía, le cubrió la mejilla con la mano. Su cuerpo no respondió, pasmado con la espontaneidad del gesto. Era... diminuta. Cálida. Sobre todo, decidida. Estaba tan segura de que no había nada malo en estar allí, que logró convencer al propio Edward.

Despegó los labios para decir algo que se quedó atascado en su garganta.

—Es usted muy joven, señor —dedujo, mientras sus dedos husmeaban por el puente de su nariz, sus sienes, su frente... Su barbilla—. Está bien afeitado, no tiene arrugas, ni marcas de nacimiento... —Dejó de hablar un instante al rozar sus labios, casi sin querer. Edward tragó saliva de forma involuntaria al apreciar que se sonrojaba con suavidad—. ¿Puede... puede ser un aprendiz de abogado? ¿Un comerciante rico, pero tacaño consigo mismo? ¿O solo se ha vestido así porque viene a conocer a lady Acton?

—La veo muy interesada en averiguar quién soy.

—Adoro las adivinanzas.

—¿Y está segura de querer saber quién soy, más allá de destapar el misterio? ¿Quiere conocerme?

—No puedo conocerle. Una señorita de bien no puede hablar con un hombre sin haber sido presentados por un tercero. De lo contrario sería indecoroso.

—¿Y dice eso mientras me manosea a su antojo? —inquirió, arqueando una ceja.

Edward probó a acariciar el dorso de su mano con un dedo. Ella dio un pequeño respingo, seguro porque él estaba congelado y ella acaparaba todo el calor del ambiente. A diferencia de lo que esperaba, demoró en dejar caer los brazos.

—No le he manoseado. Tenía que conseguir más pistas —repuso, con todo convencimiento—. Esta es la única forma porque, por si no se ha dado cuenta, estoy en desigualdad de condiciones. —Señaló la venda—. Podría hacer conmigo lo que quisiera.

La última frase se repitió como un eco tentador en su cabeza.

—Quítesela si se siente desprotegida.

—No puedo. Perdería.

—¿El qué va a perder? ¿El juego? Ya me ha encontrado.

—Pero usted no juega. Usted solo ha venido a estorbar. ¿Cómo se ha colado en el recinto? Nuestro portero, el señor Barry, se pasa el día vigilando. ¿Y con qué objetivo ha sorteado al conserje? No me dirá que quería jugar con nosotras...

«No es como si hubiera otras posibilidades de emprender el ocio en un sitio como este».

—Tampoco creo que sea tan estúpido como para venir a robar por la mañana... —prosiguió ella.

—Así que he pasado de caballero a posible ladrón. ¿Por qué asume que soy el hombre malo?

—¿Por qué debería asumir que es el hombre bueno?

—¿He hecho algo que demuestre lo contrario?

—No ser malo no le hace directamente bueno, señor; todos los adjetivos hay que ganárselos.

—Muy bien, sabionda. Le daré una pista. No me conoce... todavía. Pero va a hacerlo muy pronto. No estaré en su vida por mucho tiempo, aunque sí el suficiente para que aprenda algo de mí. Algo que, con suerte, recordará toda la

vida.

—¿Entonces va a ser usted mi primer marido, el que morirá joven? — propuso.

Edward levantó las cejas de golpe.

—¿Ha decidido ya que tendrá varios esposos, e incluso programado la defunción del primero?

—Claro que no, pero es lo único que se me ocurre teniendo en cuenta que, los hombres que conoceré en los próximos días, serán posibles maridos.

El recordatorio de lo que hacía allí podría haber modificado su estado de ánimo si hubiera prestado atención a sus palabras. Edward encontraba serias dificultades para comprender lo que decía, porque en realidad no le importaba demasiado. Aquella era una conversación para tontos, un juego que debería haber cortado desde el principio. No obstante, era bonita su forma de expresarse, y por eso se había quedado allí. Su tono era dinámico, cantor. Lo estaba interrogando y denostando con sutileza, y sonaba como el rasgueo alegre de una guitarra romántica. Apenas diez minutos en su compañía, y la parte musical de su cerebro ya había asimilado su voz como una melodía pegadiza que nunca sonaba igual, pero siempre lo hacía de forma atractiva.

La risilla que soltó la rubia desde el árbol le recordó que no estaban solos, una certeza que cayó sobre él como una jarra de agua fría.

¿Cómo se habría visto la charla desde fuera? No la había tocado, pero quizá la miró más de lo que se miraba a una mujer cuando esta podía verlo. De forma involuntaria, retrocedió unos pasos, queriendo remarcar que no podían tratarle con esa cercanía. Tanta pregunta sobre su identidad había terminado deformándola, y él creyéndose un muchacho intrépido del barrio.

—Me temo que no, no voy a ser su marido —atajó—. Y visto que no formo parte del juego, me retiro para no distraerla de su pilla-pilla.

—¿Se marcha? —preguntó, avanzando de nuevo hacia él. Esta vez de forma errática, nerviosa—. No es justo, creo que tengo derecho a resolver el...

Entonces se cumplió la predicción que Edward hizo distraído nada más ver sus ojos vendados; la muchacha tropezó, quizá con su falda, tal vez con sus pies, o a lo mejor con su descaro, y se precipitó hacia delante. Edward se impulsó en

su dirección al instante para agarrarla por los hombros. Por el rabillo del ojo apreció que la rubia bajaba del árbol, mirando a su derecha con una mueca de fastidio, mientras que la agrupación de tres corría al interior de la casa. No entendió por qué hasta que, además de escuchar la maldición de marinero de Molly, oyó a una mujer recitando a voz en grito los nombres de las alumnas.

—¡Señoritas! ¿Se puede saber qué hacen aquí en horario lectivo? Y, usted, Margaret, ¡baje de ahí ahora mismo!

Al margen de una bronca que no le concernía, Edward se fijaba en que a Molly le costaba recuperar el equilibrio. Puso las manos sobre él de nuevo, esta vez usándolo como soporte para incorporarse. La ayudó a hacerlo envolviendo su cintura con el brazo.

Era tan menuda que no se le hizo difícil manejarla, pero sí lo bastante mujer, costándole concentrarse al ponerle la mano encima. El vestido de mañana contenía sus curvas de puro milagro, y no olía a jazmín, rosas o cualquier otro perfume común en mujeres de su edad, sino a... cítricos.

Inhaló, confundido. El perfume venía de su pelo.

—Creo que ya he recobrado el equilibrio... Puede soltarme, señor.

Edward la examinó con el ceño fruncido. La regañina continuaba al otro lado del patio. No distinguía las voces, ni lo que decían, y parecía que Molly tampoco, estableciéndose el momento perfecto para iniciar presentaciones. La soltó, como le

había pedido, pero no se apartó: retiró la venda tirando hacia arriba. Ella parpadeó despacio para acostumbrarse al sol antes de separar sus largas pestañas.

La tela descubrió unos ojos robados de otra cara. De una cara donde la nariz y la boca no serían opacados frente a estos. Molly pestañeó una sola vez antes de expresar con ellos la estupefacción superlativa.

Su boca pequeña dibujó una «o» perfecta, pero sus pupilas cobraron todo el protagonismo al dilatarse, absorbiendo casi al completo el cálido tono avellana de sus iris. Edward intuyó lo que aquello significaba y salivó, tan tenso de golpe que creyó que se rompería. El deslumbramiento de ella le dio la excusa ideal para que su mano, desapegada de toda diplomacia, volara hacia el lunar escondido justo bajo su ojo derecho.

Molly ni siquiera se percató de que la estaba tocando, tan ocupada como estaba buscando desesperada un defecto en su rostro.

—Señor —exclamó—. Debería haberme dicho que es usted perfecto.

De nuevo, sin connotaciones, sin intenciones. Solo una verdad universal que no podía ser discutida. Se le templó la sangre bajo su escrutinio objetivo. Vaciló antes de responder, rezando por no haberse ruborizado como un colegial.

—¿Se supone que eso es una identidad?

—Teniendo en cuenta que solo existe un ser perfecto en el mundo, yo diría que sí.

—¿Y qué ser es ese?

—¿Cómo no puede saberlo? ¿No ha leído a Santo Tomás? Hablo de Dios, claro.

—¿Cree que soy Dios?

—Ni afirmo ni desmiento. Solo propongo hipótesis.

—¿Y se basa exclusivamente en mi aspecto?

—Y en el hecho de que ha venido usted cuando más le necesitaba. Pero podemos salir de dudas con tres sencillas preguntas. ¿Lo puede usted todo? ¿Lo sabe usted todo? ¿Está en todas partes?

Edward soltó una carcajada que sonó desafinada. Hacía tanto que no usaba la garganta con esos planes que él mismo quedó sorprendido, no sabía si para bien o para mal.

—Debería crear otra hipótesis, señorita sabionda...

—¡Romola Seymour! —llamó una voz femenina. Edward vislumbró una figura bajo el quicio de la puerta que daba a la casa, que se quedó inmóvil al reparar en él—. ¿Qué está haciendo... y quién es el caballero que la acompaña con esa familiaridad?

La interrupción sacó a Molly de su ensimismamiento. Edward habría jurado que se enfriaba incluso el aire alrededor cuando daba la vuelta y miraba a la que sería su profesora con una mueca atribulada. Esta mueca derivó en algo muy distinto cuando devolvió la mirada a Edward, luego a la maestra, y luego a la escasa distancia que la separaba de él.

Edward fue a explicar la situación y presentarse, antes de que lo interpretara

como una cita clandestina, pero Molly se adelantó frunciendo los labios y empujándolo por el pecho. Imprimió tanta fuerza a su movimiento que Edward tropezó y cayó hacia atrás, con la suerte de poner las manos antes de rebotar.

Lo pilló tan desprevenido que ni siquiera supo cómo levantarse.

—¡No le conozco de nada! —Se cogió las faldas y echó a andar hacia la profesora, sin dedicarle ni una mirada más a la víctima—. Es solo un canalla que se ha colado en la casa para incordiarlos, señorita Sherman. Le estaba diciendo que debía marcharse.

La señorita Sherman sobrellevó la perplejidad con diplomacia, mientras Edward se levantaba, indignado. Le lanzó un último vistazo fulminante a la falda sucia que desapareció en el interior de la casa por orden de la profesora, quien le recordó que la esperaba una reprimenda. A continuación, y al tiempo que Edward se quitaba la chaqueta para sacudirla, la señorita Sherman se acercó sin tanto recelo como expectación.

Al final, Edward iba a ser más voluble que el tiempo. Un minuto riendo, y ahora estaba tan mosqueado que apenas le dedicó un vistazo furioso de reojo.

—Podría cuestionar las historias que le cuentan sus alumnas antes de creerlas a pies juntillas, señorita Sherman.

—Por eso no se preocupe. No he creído ni una sola palabra. —Se detuvo a distancia prudencial, dándole espacio para arreglarse tras la caída. Sus ojos verdosos le examinaron con especial cuidado—. Usted es el señor Hastings, el profesor de baile temporal... ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo ha deducido? ¿Es su trabajo ser tan aguda?

La señorita Sherman arqueó una ceja.

—Es usted igual que su tío, y desde luego que requiere ingenio trabajar con muchachas como la que acaba de conocer.

Reconoció el toque de atención en su contestación. Edward cuadró los hombros y se dirigió a ella.

—Me disculpo por la ironía, ha sonado mucho más grosera de como pretendía.

—Disculpas aceptadas. Reconozco que, cuando se lo proponen, son capaces de sacar lo peor de uno. —Esbozó una sonrisa sencilla, cortés—. Soy Valery

Sherman, profesora de protocolo y etiqueta. Si me acompaña podremos comentarle el incidente a la señorita Harper, antes de que alguna de las muchachas lo tergiverse a su beneficio.

—No tiene ninguna importancia. Solo ha sido una niñería —resolvió, con la boca torcida—. Encantado de conocerla, señorita Sherman. Puede llamarme Edward a partir de mañana. Por lo que queda de día estaré en mi habitación.

Esperó su respuesta por educación, un simple asentimiento, y se marchó tan rápido como se lo permitió el paso, molesto.

Entendía que le hubiera sorprendido tener que lidiar de buenas a primeras con un hombre, y sin juegos por medio, teniendo en cuenta que estaba recluida en una escuela y no trataba más que con profesores y miembros del servicio, pero, ¿había sido eso necesario?

Quedaba claro que había días en los que era mejor no levantarse, lugares a los que sería preferible no ir, y mujeres que convenía ahorrarse conocer. Con la suerte y los ánimos de Edward, no era nada nuevo que se hubiera juntado todo en el mismo espacio y tiempo. Le quedaban unos pantalones embarrados que no iba a reutilizar y la amarga certeza de que se le había quedado cara de estúpido por obra de una tarada de remate, llamada...

«Por favor...», pensaba, cerrando tras él la puerta de la habitación. «¿Quién demonios se llama Romola?».

Había nacido en un lugar surgido del amor eterno. No podía conformarse con menos.



Olivia y Marcus se conocen en una situación muy difícil, en la que descubren que los actos de sus padres provocaron un cambio en la línea legítima de la herencia del marquesado de Northcott. Tras ese comienzo tan conflictivo, inician una relación en la que él se siente impulsado a una boda por el deber de limpiar el honor de su apellido. Pero Olivia, nacida en un pueblo que se mueve en entre la realidad y la leyenda de un

amor eterno, no desea algo así. Ella, solo se casará por amor.

«La extraordinaria primera entrega de una serie fascinante, con emotivas y tiernas historias de amor en un entorno común. En esta, la prudente Olivia y el rígido Marcus, os harán disfrutar de una lectura deliciosa».

Nieves Hidalgo

Bethany Bells nació en Minstrel Valley, Hertfordshire, y es una apasionada de la novela romántica, las charlas con las amigas, la jardinería y el té, exactamente por ese orden.

Hija, esposa y madre feliz, es muy celosa de su vida privada, por lo que prefiere que no se sepa nada más al respecto.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Bethany Bells

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-15-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Si me lo pide el corazón

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bethany Bells

Créditos